

JANE SHOUP



UNA
BARONESA
DE AMÉRICA

Una baronesa de América

Jane Shoup

Contenido

[Una baronesa de América](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[El baile de Buckley](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Sábado 27 de mayo, a las 8 en punto.](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y Tres](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Capítulo Treinta y Seis](#)

Capítulo Uno

Londres, Inglaterra

14 de abril de 1820

La señora Eliza Weatherly viajaba en el carruaje alquilado junto a su esposo y frente a las dos más jóvenes de sus cuatro hijas adultas, Alice y Jocelyn. Era el primer viaje de las chicas al Londres natal de su padre y su entusiasmo era palpable. Era gratificante presenciarlo, aunque a Eliza el viaje le había parecido agotador. Había mantenido una buena actitud por el bien de todos, pero en más de una ocasión se le había ocurrido que tal vez se estaba haciendo demasiado mayor y obstinada en sus costumbres para disfrutar de los viajes. Ciertamente, todavía podía soportarlos, pero ¿disfrutarlos?

Alice, su tercera hija, tenía veinte años, cabello rubio, estructura ósea delicada y ojos de dos colores diferentes, uno azul y otro verde, un curioso defecto de nacimiento de algún tipo. Alice era inteligente, pero Eliza temía que la niña tuviera más imaginación que buen sentido. Se creía escritora y estaba constantemente creando historias, ideando cuentos e indagando en la investigación. Su madre no se oponía precisamente a ello, siempre y cuando lo mantuviera como una diversión, pero con demasiada frecuencia resultaba una preocupación.

Jocelyn era poco más de un año menor que Alice y tenía el cabello más oscuro que su hermana. Poseía una belleza sencilla y saludable, ya que favorecía a su padre. La más joven de su prole era una joven dulce y pensativa.

«¿Sabías que, en la época de los romanos, Londres era una ciudad amurallada de solo 1,6 kilómetros cuadrados? La llamaban Londinium».

«Londinium», repitió Jocelyn. «Me pregunto si queda algo de eso todavía en pie».

«No mucho, creo», reflexionó Alice. «El gran incendio del año 1666 destruyó casi todo. Ese fue el año siguiente a la peste negra que mató a la mayoría de los londinenses».

Jocelyn se estremeció al pensarlo. «Qué terrible. Pero, ¿cómo recuerdas esa fecha?».

«¡Porque es mil seiscientos sesenta y seis! ¿Quién podría olvidarlo?».

«El gran incendio no destruyó todo, querida», la corrigió su padre. «Piensa en los grandes edificios que han permanecido en pie durante cinco o seis siglos».

«Por supuesto, tienes razón», concedió Alice. «La Abadía de Westminster se construyó en el año mil doscientos, ¿no? No puedo esperar para verla».

«Chicas», dijo Eliza. «Su padre y yo tenemos un regalo para ustedes». Buscó en su bolso de viaje paquetes envueltos en tela y se los entregó. El de Jocelyn estaba atado con una cinta azul formando un bonito lazo y el de Alice con una cinta amarilla. Cada uno era del mismo tamaño, de dos centímetros y medio de espesor, quince centímetros de ancho y cincuenta centímetros de largo.

«Es un libro», dijo Alice con alegría.

«No», bromeó el señor Weatherly. «Pensamos que ustedes podrían pensar eso, pero en realidad es un sombrero nuevo para cada una de ustedes».

Las chicas se rieron mientras desenvolvían rápidamente unos diarios grabados con la palabra Londres, la fecha 1820 y sus nombres. «Qué lindo», dijo Jocelyn, «gracias».

«Sí, gracias», le dijo Alice a su madre. Ella miró a su padre. «Los llevaremos en la cabeza con orgullo».

«Podemos atarlos con la cinta», siguió el juego Jocelyn.

«Por supuesto», respondió su padre, «todos se preguntarán qué estilo de moda han adoptado las mujeres estadounidenses».

«¿No sería divertido si comenzáramos una tendencia?», dijo Alice mientras hojeaba las páginas. Cada página tenía un lugar para la fecha y la agenda del día, mañana, tarde y noche.

«Nuestro monograma está en cada página», comentó Jocelyn mientras trazaba su J W E con el dedo. «Me parece que tu estancia», dijo, golpeando juguetonamente el hombro de su hermana, «será particularmente emocionante ya que cada página comienza con AWE».

[Nota de la Trad.: *Awe en inglés significa “Asombro” en español*]

«Y en mayúsculas también», respondió Alice. El nombre completo de Alice era Alice Emmanuel Weatherly.

«Es para que escriban sus planes y pensamientos», dijo su madre. «Quizá sus recuerdos del día. Alice, no es para una de tus historias».

«Entiendo», respondió Alice con una pizca de paciencia forzada.

«Más tarde, comenzaré con mis recuerdos de hoy», dijo Jocelyn, percibiendo el tono en la voz de su hermana y queriendo mantener el ambiente alegre. «Al llegar al puerto, anotaré todos los escenarios que hayamos visto hasta ahora».

Richard asintió por la ventana. «Estamos llegando a Bryanston Square. El nuestro es el número catorce».

«Estoy ansiosa por ver a la abuela y a la tía Julia», dijo Jocelyn. «Solo espero que no molestemos a Jeremy».

«Me atrevo a decir que se adaptará», dijo su padre. «Ahora es prácticamente un hombre. Además, es una casa cómoda y con suficiente espacio. El último piso, que no es un ático, es el espacio de Jeremy, en parte dormitorio y en parte *estudio*. Hoy en día se considera un artista», dijo, «un pintor».

«Oh», murmuró Alice.

«Otro artista en la familia», dijo Jocelyn. «Ojalá tuviera talento artístico».

«Solo para recordarles», habló Eliza, «Rose Fisher es el ama de llaves, la señora Halley es la cocinera y la sobrina y el sobrino de Fisher se unieron a la casa hace unos meses, cuando quedaron huérfanos».

Las chicas asintieron. Habían leído la última carta de su tía explicando que Dinah, que tenía trece años, y Ethan, que era unos años menor, habían perdido a su padre pescador en una tormenta.

«Julia dice que se están adaptando», concluyó Eliza.

«Tienen suerte de tener a su tía y contar con un techo sobre sus cabezas», agregó Richard.

«¿Dónde está tu empatía?», Alice resopló.

«Tengo empatía», respondió a la defensiva. «Lo siento por ellos. Solo quise decir que hay quienes son mucho menos afortunados».

Los ojos de Alice brillaron. «Aparentemente no tenían madre y luego perdieron a su padre y a su hogar».

«Sí, pero tenían un lugar adonde ir, ¿no?».

«No discutan, ustedes dos», insistió Eliza. «Miren, aquí es».

Las niñas se acercaron a la ventana del lado de Jocelyn para ver la casa cuando el carruaje se detuvo. «Oh», dijeron ambas al mismo tiempo y luego se rieron. La majestuosa casa de ladrillo rojo era agradablemente simétrica, con largas ventanas y la puerta de entrada tenía un bonito montante de abanico en lo alto. «Es encantadora», se regocijó Jocelyn. «Es tal como la imaginé».

«En efecto», dijo Richard Weatherly. «Ahora, salgamos. Estoy cansado de estar sentado».

Se abrió la puerta, se bajaron los escalones y el conductor ofreció asistencia desde el transporte comenzando por Jocelyn. La puerta principal se abrió de golpe y Julia, la hermana de Richard, salió con los brazos abiertos. «Han llegado», gritó exuberantemente.

«Tía Julia», dijo Jocelyn mientras se apresuraba a abrazarla.

«¡Jocelyn! Ya han crecido. Te pareces mucho a tu padre y a Clara».

«Sí», se rió Jocelyn. «Sí».

«Y un poco a mí», añadió Julia alegremente.

«Gracias», dijo Jocelyn, con una gran sonrisa.

«Y Alice», dijo Julia cuando llegó hasta ella. La abrazó y luego la estudió por un momento, su mirada yendo y viniendo entre los ojos de Alice. «Eres encantadora». Alcanzó a Jocelyn con el otro brazo. «Ustedes dos. He anhelado este día».

«Nosotros también», dijo Alice. «Es maravilloso verte».

«Y estar aquí», añadió Jocelyn. «Ver la casa. ¡Ver todo! Todavía me cuesta creer que estemos aquí».

«Julia», dijo Eliza con nostalgia, habiéndolas alcanzado.

Julia abrazó a su cuñada e intercambiaron sinceros elogios sobre lo bien que se veía la otra. «Richard», le dijo Julia con cariño a su hermano cuando él llegó hasta ella.

Él la besó en la mejilla y luego se apartó para evaluarla. «No has envejecido ni un día desde la última vez que estuvimos aquí. ¿Cómo lo has conseguido?».

«Dormir bien, levantarme temprano y caminar a paso ligero todos los días».

Arrugó la nariz con fuerte disgusto. «Preferiría que dijeras vasos de whisky a partir de las tres de la tarde».

Ella rió. «Es bueno verte».

«Es bueno verte también», respondió Richard. «¿Cómo está mamá?».

«Está bien», respondió Julia con cautela. «Ella duerme mucho».

«¿Y cómo está nuestro primo?» preguntó Alice.

«Está perfectamente bien», le aseguró Julia. «Aparecerá cuando se sienta con ánimo. Ahora, entren rápidamente y vean a su abuela. Ella está tan ansiosa de verlas como yo. Es solo que le faltaba el vigor para llegar a la puerta cada pocos minutos, y mucho menos, para salir corriendo y recibirlas en el momento en que llegaran».

Las chicas entraron con sonrisas y pasos ligeros.

«El salón está al final del pasillo a la derecha», dijo Julia antes de volverse hacia Eliza. «¿Cómo estuvo el viaje?»., preguntó mientras seguían a las chicas.

«Largo. Casi siete semanas».

«Bueno, ya están aquí. Lo pasaremos de maravilla».

«Estoy segura de ello», respondió Eliza con una cálida sonrisa.

~~~

Esa noche, vestida con un camisón y una bata, Jocelyn se preparó para escribir en su diario por primera vez. La luz de la vela era la única iluminación ya que Alice ya estaba dormida. Alice se despertaba frecuentemente en medio de la noche y tenía problemas para volver a dormir debido a la actividad de su mente. «Si tan solo pudieras dejar de pensar», la aconsejaba Jocelyn con frecuencia. «Sí», Alice siempre estaba de acuerdo. «Si tan solo pudiera. Aunque algunas de mis mejores ideas me vienen a las tres de la madrugada».

Ahora, mientras Jocelyn consideraba qué escribir, distraídamente trazó su monograma con el

dedo. «Estoy tan emocionada de estar aquí», susurró y luego preparó su bolígrafo y escribió las mismas palabras. Era cierto que la abuela había envejecido más de lo que se había preparado para verla, pero era tan cariñosa y amable como siempre, y la tía Julia se sentía como un alma gemela.

Alice se dio vuelta en la cama y murmuró algo, y Jocelyn miró por encima del hombro y vio a su hermana acostada boca arriba con el brazo sobre su rostro. Con suerte, no empezaría a trabajar en una escena en su mente. Necesitaban dormir bien ya que mañana tendrían un día completo para pasear.

Volviendo a su tarea, Jocelyn se concentró y golpeó su pluma nuevamente comenzando su primera entrada en el diario.

Viernes 14 de abril

JWE

*Mañana:*

*Tarde:*

*Noche:*

*¡Estoy tan emocionada de estar aquí! Llegamos esta tarde y tía Julia salió corriendo a recibirnos. Estaba tan eufórica como nosotros. La abuela ha envejecido considerablemente desde la última vez que la vimos, pero parece estar en buena forma para una señora de más de setenta años. Como siempre dice papá, la vejez puede no ser buena, pero es mejor que la alternativa. La tía Julia es maravillosa y sé que seremos las mejores amigas. A todos nos ha gustado volver a encontrarnos, aunque nuestro primo Jeremy apenas ha conversado. Me sorprendió lo excepcionalmente guapo que es. Espero que nos permita conocerlo.*

*Mañana haremos turismo y concertaremos una cita con una modista llamada Madame Devy que tiene una tienda en Grafton y Bond. A todas nos harán vestidos nuevos, incluida la tía Julia. (Papá insiste.) Me alegro mucho. Qué aventuras nos esperan, no tengo idea, pero presiento que serán trascendentales.*

## Capítulo Dos

Sentada en el escritorio en la esquina del salón donde pasaba la mayoría de las tardes, Lydia Walston, ampliamente conocida como lady Merton, intentaba escribir una carta, pero estaba demasiado distraída para lograr mucho. Miró con frustración la puerta vacía y luego el reloj sobre la repisa de la chimenea. Su esposo había prometido regresar a las cuatro y eran casi las cinco de la tarde.

Tomó aire y luego lo soltó lentamente porque en presencia de los demás, una dama permanecía tranquila, sagaz y plácida, sin importar la irritación, incluso si dicho agravante fuera causado por el esposo que podía ser enloquecedor en su comportamiento temerario, irresponsable, insensato y egoísta. Ciertamente, una lady podía hacerle saber a su marido sus pensamientos y conocerlos bien, pero, en presencia de otros, era una cuestión diferente. Tranquila. Sagaz. Plácida.

Miró a sus tres hijos adultos que estaban jugando a un juego de mesa, algo tonto llamado “El Juego Real de la Oca”.

«No», se quejó Nigel cuando una de sus piezas fue golpeada.

Las niñas se rieron y su madre no pudo evitar sonreír ante sus payasadas.

Ada, la menor, de dieciocho años, chilló de alegría. «¡Gané!».

«Apenas», respondió Nigel con una sonrisa.

«Ella ganó», intervino Lakely.

«Gracias a ti», replicó Nigel. «Si no me hubieras retenido...».

Lakely se encogió de hombros. «Mejor ella que tú. El mejor de todos hubiera sido yo, por supuesto».

«Por supuesto», repitieron sus hermanos con sarcasmo.

Nigel era el mayor de los tres y nunca había dado a su familia motivos para sentir otra cosa que orgullo. Tenía veintiséis años y era guapo, con cabello castaño arenoso, del mismo color que el de Ada. De hecho, los dos se parecían. Lakely, que tenía veintidós años, tenía el pelo muy oscuro, muy parecido al de Lady Merton, antes de que pasara el tiempo y las imprudentes travesuras de su marido empezaran a tornarlo en un gris plateado. Lakely era una belleza innegable. La exquisitez de su apariencia provenía del linaje de Lydia, aunque la había pasado por alto. En verdad, Lakely se parecía a la hermana menor de Lydia, Rosemont.

Había habido otro hijo Walston, un primogénito, pero les había sido arrebatado. Jamie había estado ausente por más tiempo del que había vivido, pero su madre nunca dejó de recordarlo, incluso imaginándolo crecer. Él había sido su ángel.

Nigel se levantó. «Bueno, eso fue divertido, pero si me disculpan...».

«Nigel», habló su madre. «Espera, por favor. Tu padre llegará pronto a casa y necesitamos hablar contigo».

«Me reuniré con mis amigos», le recordó con un gesto del pulgar hacia la puerta. «Vamos a cenar. Te lo había dicho».

«Lo sé, querido, pero necesitamos una breve conversación contigo. Tu padre prometió estar en casa pronto».

«Y así es», dijo la voz de lord Merton mientras entraba con paso rápido. «Hola a todos». Su mirada recorrió brevemente a su esposa, pero no se detuvo ya que, si era posible, era mejor evitar su reciente y gélida conducta. No es que no fuera bien merecida. Él sabía que lo era.

«Niñas», dijo imperiosamente su madre mientras se levantaba.

«Mamá», respondió Lakely.

«Dennos privacidad», dijo Lydia con forzada paciencia, ya que Lakely era suficiente para poner a prueba la paciencia de un santo. «Y sube a tus habitaciones», le dijo a su hija de en medio con una ceja levantada.

Ada se levantó de inmediato, pero Lakely se resistió. «¿No podemos quedarnos?», suplicó. «La familia debe unirse en tiempos de... bueno, sea lo que sea que sea este momento».

«Lakely», la regañó su padre. «Tu madre te ha pedido...».

«Ahora», intervino su madre, sin tolerar más argumentos o discusiones.

Ada se fue, sensible a la tensión en el aire, mientras Lakely se encogió de hombros, se levantó y comenzó a salir a una velocidad inferior a la aceptable, deteniéndose para darle una palmadita en el brazo a su hermano en el camino. «Buena suerte», dijo.

Entonces él le dirigió una mirada de sospecha y luego se volvió para mirar a su madre mientras ella se acercaba. Su padre también lo hacía. «¿De qué se trata esto?», preguntó.

«Cierra la puerta», le dijo Lydia Walston con severidad a Lakely. Cuando su hija mayor miró hacia atrás por encima del hombro, su madre entrecerró los ojos. «Tu turno llegará muy pronto». Esa advertencia provocó una reacción de alarma y Lakely rápidamente cerró la puerta.

Lord Merton suspiró casi de forma inaudible. «Siéntate», le dijo a su hijo. «Por favor. Sentémonos todos».

Todos tomaron asiento alrededor de la mesa que sus hermanas acababan de dejar libre. Nigel miró el tablero de juego. «¿Realmente necesitamos este juego de la oca entre nosotros para esto?».

«Nigel», dijo su padre con seriedad. «Yo... perdí una apuesta».

La declaración provocó un incómodo momento de silencio. «Pero lo habías dejado», respondió Nigel con firmeza. «Hace dos años. Lo prometiste».

La vergüenza en el rostro de James Walston fue desgarradora y tomó a su esposa por sorpresa. Últimamente había sentido muchas cosas, sobre todo furia y traición. La empatía no había estado entre ellas.

«Lo sé», respondió su esposo. «Lo siento mucho».

Nigel se reclinó en su silla como si intentara prepararse. «¿Cuánto perdiste?».

«Una suma importante», pronunció su padre entrecortadamente.

«Nigel», dijo su madre. «La finca está en peligro».

«¿Qué quieres decir?», preguntó en voz baja.

«Quiero decir que ahora tenemos más deuda que activos».

Nigel miró acusadoramente a su padre. «En realidad nunca dejaste de hacerlo, ¿verdad?».

«¡Lo hice! Lo juro. Pero luego...».

Nigel se levantó. Se alejó de sus padres y comenzó a caminar de un lado a otro en un intento de controlar el pánico y la ira que rápidamente lo invadieron.

Lydia también se puso de pie. «Cariño, hay una solución sencilla».

Nigel se volvió hacia ella con resentimiento grabado en sus rasgos. «Déjame adivinar. Debo casarme con una heredera. ¿Es eso? ¿Es esa la solución a *nuestro* problema? ¿Yo debo casarme por causa del dinero?».

Lydia miró a su marido, que observaba sus manos fuertemente apretadas, como si estuviera viviendo un infierno.

«¿Cuánto dinero es?», exigió Nigel. «¿Cuánto perdiste?».

«Treinta y cuatro mil libras», respondió su padre.

La cantidad dejó a Nigel sin aliento. Se acercó al sillón más cercano y se sentó. «Dios mío».

~~~

«¿Sabes de qué se trata eso?», Ada le preguntó a su hermana cuando llegaron a lo alto de la escalera.

Lakely asintió. Había una expresión de arrepentimiento en su rostro.

«¿Qué es?», Ada preguntó con los ojos muy abiertos.

«No es bueno».

«Eso asumí. ¿De qué se trata?».

Lakely le indicó a su hermana menor que siguiera adelante para que no las escucharan. Las dos entraron en la habitación de Ada, donde Lakely cerró la puerta y se apoyó contra ella. «Está jugando de nuevo».

«¡No!».

Lakely asintió. «La deuda está peor que nunca».

«¿Cómo lo sabes?»

Lakely se encogió de hombros. «Solo lo sé».

Los ojos de Ada se abrieron enormes. «¡Lakely!».

«Está bien», cedió Lakely. «Lo sé porque llegó una carta a la casa y el hombre insistió en esperar respuesta. Afortunadamente, Beatrice había abierto la puerta porque Crichton estaba en otro lugar, así que tomé la carta y fui a buscar a mi padre». Hizo una pausa y luego resopló ligeramente. «Él no estaba en ese momento».

«Lo cual imagino que sabías antes de tomarla. ¿Estoy en lo cierto?».

«¿Acaso sigo la agenda de todos?», contestó Lakely.

«¿Leíste la carta?».

«El sello se soltó», respondió Lakely con un aleteo en los ojos. «La carta prácticamente se abrió sola».

«Oh, Lakely. ¿Y si papá te hubiera atrapado?».

«No lo hizo».

«¿O mamá? Peor aún. ¿Pudiste sellarla de nuevo?».

«Por supuesto. No es tan difícil. Usando la cantidad justa de calor», dijo, susurrando lo último. «De todos modos, la carta era una demanda de pago».

«Así que está jugando de nuevo», dijo Ada en voz baja. Suspiró. «Él lo había prometido».

«Sé que lo hizo. Y eso es solo lo primero».

Los ojos de Ada se abrieron más.

«Oh, la deuda es considerable», corrigió Lakely. «Quizás incluso lo suficiente como para arruinarnos. Así que lo admito, es algo bastante grave».

«¿Cuál es la otra cosa?».

«Han encontrado a alguien con quien Nigel se casará para saldar la deuda».

«¿Cómo eliminaría eso la deuda?».

«Ella es rica, cariño. Usa tu cabeza. Tiene una dote considerable».

«¿Quién? ¿Quién es?».

«No la conocemos. Es estadounidense».

«¿Una que viene de América? ¿Cómo sabes esto?».

Lakely vaciló. «Solamente lo sé».

«¡Lakely!».

Lakely puso los ojos en blanco. «Escuché a madre y padre discutirlo».

«Eres incorregible escuchando a escondidas».
«¿De qué otra manera podríamos enterarnos?».
«Finalmente lo sabríamos».

«Prefiero saberlo lo más pronto posible», replicó Lakely. Le lanzó a su hermana una mirada amarga. «No seas siempre tan buena. Es aburrido»

«Tengo que ser aburrida», replicó Ada. «Porque ya eres lo suficientemente audaz por las dos. ¿Y si ambas fuéramos como tú?».

«Es un punto válido», admitió Lakely. «No estoy segura de que mamá hubiera sobrevivido».

«Yo tampoco. Entonces, ¿cómo encontraron a esta estadounidense?».

«Nuestro padre conoció a su padre en la escuela antes de mudarse a Estados Unidos».

«¿Lo hizo? ¿Cuánto tiempo lleva pasando todo esto?».

«¿La comunicación entre ellos? Unos pocos meses».

«Unos meses», se sorprendió Ada. «Debiste decírmelo».

«¿Por qué?», Lakely preguntó suavemente. «No hay nada que podamos hacer al respecto. Además, no sabía cómo se desarrollarían las cosas».

Ada se acercó y se sentó en la silla junto a la cama, sobre todo, reflexionando. «¿Qué pasa si Nigel no se interesa en ella?», dijo preocupada.

«Me imagino que lo hará de todos modos. Estará muy molesto, pero al final dará su consentimiento. Por el honor familiar y todo eso». Se acercó y se sentó en el borde de la cama junto a su hermana. «¿Me vas a regañar por sentarme en la cama?».

«No, no lo haré. Sé de buena tinta que es aburrido ser siempre bueno».

Lakely sonrió. «No eres aburrida».

«Todo esto me da ganas de llorar», dijo Ada. «Nigel merece la oportunidad de conocer a alguien y enamorarse tal como debe ser».

«Quieres decir con violines tocando y sonrojos tímidos y la joven asomándose por encima de su abanico mientras lo mira desde el otro lado...».

«¡Ahorra el comentario, por favor! No seas tan cínica como pretendes».

«En realidad, creo que sí».

«Compórtate. Realmente pensé que este sería el año. Eso es lo que todos siguen diciendo. La temporada de la razón».

Lakely puso los ojos en blanco. «Lo mencionan, pero no lo dicen en serio. Se casarán cuando les apetezca o cuando sea necesario. Cuando sus familias insistan o cuando sea necesario, como en este caso».

Ada negó con la cabeza. «No pensé que Nigel sería el primero de ellos».

«Yo tampoco. Habría pensado que Hugh sería el primero», dijo Lakely mientras repasaba mentalmente el grupo de amigos de Nigel. «Es el más dulce del grupo».

«Muy educado e inteligente», coincidió Ada. «Es una pena que tenga que usar esas gafas porque es bastante guapo», añadió como si se le acabara de ocurrir la idea.

«Sí, pero no tan guapo como los demás. Puedo decirte quién será el último de los cinco en casarse. Si alguna vez sucede».

«Dab», sonrió Ada. «Dudo que eso suceda alguna vez. Entonces, ¿cuándo conoceremos a esta dama estadounidense? ¿Sabes su nombre?».

«Alice. Tiene veinte años y es de Boston. Está aquí con sus padres y una hermana menor visitando a su familia».

«¡Oh, Dios! Es tan repentino».

«Me imagino que Nigel está pensando lo mismo».

«Me siento muy mal por él. ¿Tú no?».

«Por supuesto que sí».

«Espero que sea amable. Y guapa. ¿Sabes si lo es?».

«No sé nada sobre ella, realmente. Sé algo sobre su padre, ya que él era quien mantenía correspondencia con nuestro padre».

Los ojos de Ada se desorbitaron. «¿Leíste sus cartas?».

«No las escondía precisamente», respondió Lakely a la defensiva.

«Cuéntame».

«Con la condición de que dejes de juzgarme por ser curiosa».

«Por no decir emprendedora. Bueno, está bien, en muchos sentidos, lo admiro».

Lakely asintió en señal de aceptación. «Papá y el señor Weatherly, su nombre es Weatherly, asistieron a Eton. No creo que fueran particularmente buenos amigos y no tengo idea de cómo se reconectaron todos esos años después. La correspondencia entre ellos parece bastante directa sobre una posible conexión matrimonial. He deducido que Weatherly no tiene título, pero debe ser noble».

«¿Es eso lo que quiere para su hija? ¿Un título?».

«Parece que sí, y está dispuesto a pagar generosamente por ello».

«Me pregunto cómo se sentirá ella al respecto», reflexionó Ada.

«Me pregunto si ella tiene más opciones que Nigel», dijo Lakely mientras se levantaba.

«Es muy triste», dijo Ada.

Lakely se dirigió hacia la puerta. «Muchas cosas son tristes, cariño. Hay pobreza y dificultades en el mundo. A nadie le importa un comino lo que piense una mujer». Ella se alejó de la puerta. «Tú y yo no podemos pasear por ‘White’ y jugar a las cartas ni disfrutar de una buena comida y tomar brandy, como está a punto de hacer Nigel».

«Nigel y los demás solo pueden entrar gracias a JG», respondió Ada en tono conciliador.

«Tú o yo podríamos casarnos con JG y no nos dejarían entrar».

Ada sonrió. «Pobre JG. Incluso como heredero de un duque...».

«Oh, alguna señora lo tomará y se emocionará. Ya verás. No desperdiciaría mi simpatía por JG».

~~~

¡Treinta y cuatro mil libras! Nigel no podía hablar.

«Hay un hombre», dijo su padre, «que ha manifestado su interés por tu hermana. Podría ayudar con parte de ello».

Así que él y Lakely iban a ser vendidos.

«Nigel», dijo su madre. «Tu padre conoció a alguien en la escuela, después se fue a Estados Unidos y le fue bien en los negocios. Tiene una hija y su dote solucionaría mucho».

La amargura que Nigel sentía era asfixiante. «Así que...», le dijo a su padre, «hay un hombre que una vez conociste que adquirió una fortuna y una hija, y debería casarme con ella y eso es todo».

«No, eso no es así», respondió su padre. Se puso de pie y caminó hacia la chimenea apagada. Dándose la vuelta, continuó, «no se puede confiar en mí. Lo he demostrado una y otra vez. Me convenzo de que puedo controlarlo, pero luego las ganas, la *necesidad* de jugar y de ganar se apoderan y vencen todo autocontrol. Entonces, tras tu matrimonio, todo te será entregado», hizo una pausa, «Me voy a Reims. El viñedo es en parte mío».

Claramente, esto era una novedad para su esposa. «¿Qué?», ella exclamó.

Nigel la miró y luego volvió a mirar a su padre, quien fijó la mirada en él.

«Hijo, me odio por esta situación. Sé que no es un consuelo, pero es verdad».

«No me mudaré a Francia», afirmó Lydia antes de que Nigel tuviera la oportunidad de hablar.

James la miró. «Entiendo, querida. Pero no puedo quedarme».

«Esto es una locura», gritó ella. «Únicamente discutimos poner el control de la propiedad en manos de Nigel. Él puede cambiar las cosas. Todavía tenemos activos e intereses que pueden prosperar».

«Hasta que vuelva a flaquear. Todavía tengo mi nombre y mi reputación. Incluso si no lo merezco, preferiría mantenerlos intactos. ¿No lo ves? Salir del país no es una locura. Destruir la herencia y el legado de mis hijos sí lo es. Mi compulsión por apostar es una locura. Cada vez supera mi mejor juicio. *Cada vez*».

«Pero si no tienes los fondos para ello», volvió a intentarlo. «Vivirás de una asignación. Eso es lo que decidimos».

Sacudió la cabeza. «Si no tuviera un centavo y todos lo supieran, otros me apoyarían por amistad o por beneficio propio. El honor significa algo para todos nosotros, por lo que habría que pagar la deuda. Me gustaría creer que soy lo suficientemente fuerte como para resistir la tentación, pero ¿cuánta evidencia necesitamos de que no lo soy?».

Nigel se dio cuenta de que la profundidad de la angustia de su padre le había robado su propio fuego de indignación. «Háblame de este hombre de Estados Unidos», dijo con voz inexpresiva. La atención de sus padres volvió a él. Por un momento sospechó que lo habían olvidado en el intercambio. Las consecuencias aún persistían en el aire como un olor nocivo.

«Su nombre es Weatherly», respondió su padre. «Richard Weatherly. Ha estado en Boston estos últimos años. El negocio familiar y de la familia de su mujer, es el acero. Aparentemente, ha prosperado obscenamente bien bajo su dirección», hizo una pausa, «él y su familia están aquí de visita».

«¿Están aquí ahora?», repitió Nigel. Un escalofrío cruel le recorrió la espalda.

«Sí».

Eso era. Se había acumulado una deuda, la propiedad estaba al borde del colapso, el matrimonio podía solucionarlo y la futura novia estaba aquí. Resultaba abrumador. «Me reuniré con mis amigos», dijo Nigel mientras se levantaba. Se dirigió hacia la puerta y nadie dijo una palabra más cuando salió.

## Capítulo Tres

Nigel hizo que el conductor lo dejara a unas cuerdas de ‘White’ pensando que la caminata le vendría bien, pero aparentemente no fue así, ya que no se dio cuenta de la presencia de su amigo Dabney Adams hasta que este habló. Dab lo había estado esperando en la acera. Con un metro ochenta y cuatro de altura, cabello oscuro y ojos bordeados por pestañas absurdamente largas, no era fácil pasar por alto a Dab. Sorprendentemente, él era el más guapo de su grupo de amigos. También era el más enigmático. Era hijo único, pero completamente aislado de su familia. Rara vez veía a sus padres. Su reducido grupo de amigos parecía ser lo único importante para él.

«Llegas tarde», dijo Dab cuando estaban prácticamente uno frente al otro.

Nigel lo miró. «Creo que llego a tiempo», respondió.

«Excepto que siempre llegas temprano, por lo que llegar a tiempo te hace llegar tarde», razonó Dab mientras se dirigían al edificio.

«Por el mismo razonamiento, ¿supongo que tú llegas temprano?».

«Exactamente. Todo es según se aprecie y de las expectativas».

«¿Qué opinas al respecto?», preguntó Nigel.

«¿Sobre qué? ¿Expectativas? Eso es fácil. No las tengas y no las ofrezcas. Hace la vida más sencilla». Hizo una pausa antes de preguntar. «¿Estás bien?».

Nigel asintió rápidamente, aunque sin comprometerse. Cuando entraron por la puerta principal, JG les hizo señas para que se acercaran. Como si fuera difícil de detectar. John George Baillie era el heredero aparente del ducado de Morguston y el amigo de los cinco. Los cinco eran, Nigel, Dab, Hugh Pritchett y los hermanos gemelos Joel y Jonathan Stewart, eran amigos desde que se conocieron en Harrow cuando eran niños. Nigel, Joel y Jonathan fueron a Oxford mientras que los demás asistieron a Cambridge, donde conocieron a JG y se hicieron amigos.

JG, de veinticuatro años, medía un metro setenta y cinco de alto, pelirrojo y entre seis y nueve kilos de exceso de peso, cómodamente acomodados alrededor de su cintura. Se esforzaba demasiado y frecuentemente hablaba cuando resultaba mejor permanecer en silencio, pero era un buen tipo con excelentes conexiones. Tenía puertas abiertas en donde los otros cinco, meros hijos de barones, no tenían acceso. Él era su boleto para ingresar a ‘White’ y, a veces, para los eventos más prestigiosos de la temporada. «Ya los registré», dijo JG dando un paso atrás. «Estamos arriba».

«Oh...», pronunció Dab mientras agarraba el brazo de JG evitando que retrocediera hacia un hombre que miraba a JG.

«Lo siento», murmuró JG. Se puso colorado antes de seguir caminando. Nigel y Dab lo siguieron a través del elegante vestíbulo pasando por las salas de la mañana, a ambos lados de la imponente escalera. Las bolas de billar crujían desde la trastienda de la planta baja.

«¿Hay algo mal?», Dab le preguntó a Nigel en voz baja.

Nigel sacudió la cabeza, pero evitó la mirada curiosa de Dab.

«Tenemos una mesa», dijo JG por encima del hombro, «esta noche hay mucha gente».

Entraron a la sala de cartas y vieron al resto de sus amigos, Joel, Jonathan y Hugh, sentados juntos mientras Jonathan barajaba un mazo de cartas. Levantaron la vista en un alegre saludo, pero entonces los ojos de Hugh se entrecerraron pensativamente hacia Nigel. El cabello de Hugh era del color del trigo maduro de verano, tenía un rostro de huesos finos que solía pasar desapercibido debido a las gafas que usaba para corregir su miopía. «¿Qué ocurre?», le preguntó

a Nigel mientras los recién llegados tomaban asiento. Joel y Jonathan miraron a los tres antes de que sus miradas se centraran en Nigel.

Nigel intentó evadirlo. «¿Quién dice que algo está pasando?».

Dab levantó un dedo en el aire. «Lo vi en tu cara».

«Estamos jugando ‘Faro’», dijo Jonathan.

«Bien», dijo Nigel, listo para alejar la atención hacia él. «Pensé que me reuniría con mis amigos, no con una mesa llena de niñeras».

«Entonces, ¿jugamos primero?», dijo Jonathan, «o primero nos cuentas?», se dirigió a Nigel.

Un mesero se acercó con los vasos de whisky que habían pedido y Nigel tomó uno después de mirar a Jonathan. Si Dab era el miembro más guapo del grupo, los gemelos ocupaban el segundo lugar. Eran altos, con cabello oscuro y ojos sorprendentemente azul pálido. Las diferencias entre los gemelos idénticos eran que Joel, ocho minutos mayor, tenía bigote y Jonathan tenía una leve cicatriz en la barbilla, resultado de una caída infantil.

«¿Se trata de tu padre?», preguntó Joel en voz baja cuando el mesero se hubo marchado.

El pulso de Nigel se aceleró. «¿Es de conocimiento general?».

«¿Qué es de conocimiento general?», preguntó Hugh, mirando entre Nigel y los gemelos.

«No. Solo son rumores», agregó Jonathan.

«¿Por qué no me lo dijeron?», preguntó Nigel.

«No te hemos visto desde que nos enteramos», dijo Joel.

«¿Qué ha pasado?», le preguntó Dab a Nigel.

Un par de caballeros mayores se acercaron tranquilamente. «¿Ustedes van a usar la mesa?».

«Sí, lo hacemos», respondió Dab.

«Porque pueden charlar en...».

«Lo hacemos, señor», secundó JG.

Uno de los hombres gruñó y le dio un codazo al otro. «Unámonos a la mesa de Fitzgerald», dijo y luego abrió el camino.

Todas las demás mesas estaban llenas, así que Jonathan empezó a repartir. «Esto es solo para aparentar», dijo en voz baja.

«¿Cuáles son los rumores?», preguntó Nigel.

«Deuda», añadió Joel en voz baja. «Juego».

«¿Cuál es la verdad?», preguntó Hugh.

«Deuda», respondió Nigel. «Maldito juego de azar. Al parecer, mi padre no puede controlarlo». Se hizo un silencio incómodo durante el cual Nigel sintió que se le calentaba el rostro.

«¿Qué tan malo es?», preguntó J.G. «Tal vez podría ayudar».

La oferta era conmovedora. «Gracias, pero no».

«Todos podríamos participar», dijo Joel.

«Son los mejores amigos, pero no. Al parecer, la salida es casarme con una heredera».

«Inscríbeme para lo mismo», dijo Dab. «Aunque es más fácil decirlo que hacerlo, ¿no es así?».

«Por lo general, sí. Pero mi padre ha preparado una muy conveniente».

«¿Quién?», al unísono preguntó la mayoría. El coro disipó la tensión y los hizo reír.

«Una estadounidense», dijo Nigel. Aunque disfrutó la sorpresa mostrada por sus amigos. Se recostó y miró sus cartas. «Todavía no la conozco».

«¿Cómo surgió la idea?», preguntó Hugh mientras dejaba una tarjeta.

Nigel negó con la cabeza. «No tengo idea», admitió. «Me siento como si fuera el último en

llegar a un lujoso baile de máscaras y todos los demás invitados saben quién soy, pero yo no reconozco a ninguno de ellos. Es, cuanto menos, desconcertante».

Dab arrojó un as de corazones.

«¿Realmente no estamos jugando en absoluto?», preguntó JG, desconcertado por los descartes.

«No», dijo Dab. «No lo hacemos. Es para aparentar hasta que nos enteremos de toda la historia».

Nigel soltó una carta y JG hizo lo mismo.

«Bueno, como que te demoras un poco, JG», lo regañó Dab.

«Tú no lo hiciste», replicó JG.

«Quiero decir, *aparenta* un poco». Dab miró por encima del hombro antes de mirar a Nigel. «Una estadounidense», estaba desconcertado.

Nigel asintió. «Alguien que mi padre conocía de la escuela se fue a Estados Unidos, le fue bien y tuvo una hija».

«¿Cómo se llama?», preguntó Hugh.

Nigel no recordaba si lo habían dicho. Sí, lo habían hecho, ¿cómo era? ¿Weathers? ¿Weatherby?

«Más importante aún», dijo Dab, «¿Qué sabes de la hija?».

«Nada en realidad. Solo que la conoceré pronto. La familia está aquí de visita».

«Entonces, podría ser preciosa», dijo Jonathan encogiéndose de hombros.

«O podría tener cara de pug», respondió Nigel. «No creo que importe mucho en el esquema general de las cosas».

«Dudo que te obliguen a casarte con ella si, digamos, es repulsiva», habló Joel.

«Tienes razón. Supongo que podría rechazarla e ir a buscar otra heredera que me desembolse una pequeña fortuna por el privilegio de casarse conmigo».

Eso volvió a silenciar la mesa.

«Bueno», dijo Dab. «Quizá debas conocerla primero y luego ver cuán grave es la situación».

JG asintió. «Además, estoy seguro de que hay cosas peores que tener una esposa con cara de pug».

«Sí», estuvo de acuerdo Jonathan. «Por ejemplo, también podría tener la cintura gruesa y las piernas arqueadas. Y un gran espacio entre sus dientes frontales».

Nigel sonrió y tomó otro trago. Finalmente se estaba relajando.

«Pero, tener hijos con cara de Pug», se compadeció Dab. «Con cuerpos gruesos y piernas arqueadas».

«Y podría ser demasiado ruidosa», añadió Joel. «Como pueden serlo los estadounidenses».

«¿Qué hay en el menú esta noche?», Nigel le preguntó a JG para cambiar de tema.

«Pato asado».

«Al menos eso hará un buen momento», continuó Dab.

«¿El pato asado?», preguntó Nigel con ironía.

«Sí, exactamente, el pato asado». Dab puso los ojos en blanco. «Con la temporada sobre nosotros, quiero decir. Tal vez se presente alguna joven que encaje admirablemente. Digo, por si la estadounidense no lo hace. Y si ese es el caso, envíame a la querida con las piernas arqueadas».

Nigel lo miró, preparado para la broma que estaba por venir.

«Incluso si tiene cara de pug», dijo Dab. «Creo que soy lo suficientemente guapo como para salvar a los hijos. Y aportar una fortuna al compromiso suena maravilloso».

«Lo tendré en cuenta», dijo Nigel.

«Está bien», dijo Jonathan, recogiendo las cartas. «Juguemos de verdad».

## Capítulo Cuatro

Jocelyn llamó una vez y luego entró en el dormitorio y encontró a Alice acostada boca arriba en medio de la cama con un trozo de papel sobre su cara. A su alrededor estaba el material que había estado recopilando para su libro, además de un plato con las migas de los macarrones que habían comprado esa tarde. «Veo un cuerpo y mechones rubios debajo de un papel donde debería estar una cara».

Alice hizo a un lado el papel y sus ojos se iluminaron. «En lugar de entre un esposo o una mujer o entre hombre y mujer, porque aún no he decidido si los iba a casar, la correspondencia podría venir de un niño», dijo hablando rápidamente como siempre hacía cuando la inspiración estaba impulsada por demasiados dulces. «Un niño de doce años cuando comienza la rebelión», añadió mientras su mirada se dirigía hacia el techo donde, aparentemente, apareció ante su mente una visión de este nuevo personaje.

«Es demasiado joven para unirse», continuó Alice. «Sus padres se lo prohíben. También lo hacen sentir responsable del trabajo en la granja y de la seguridad de su madre. Su padre sale a luchar, y las cartas son entre padre e hijo con sus historias simultáneas. El hijo... ¿cómo lo llamaré? Sea lo que sea, al final se verá arrastrado al conflicto. Porque lo haría. ¿Cómo no iba a poder hacerlo a los dieciocho o diecinueve años?». Alice dejó de hablar abruptamente y miró a su hermana que estaba parada al borde de su cama.

Jocelyn sacudió lentamente la cabeza. «No seguí exactamente lo que dijiste».

«Supongo que no», Alice se tapó la boca con el dorso de los dedos y bostezó. «Te lo explicaré mañana si todavía tiene sentido para mí».

Jocelyn reconoció una de las cartas copiadas sobre la cama. «Esta es muy conmovedora», dijo tomándola. «Abigail Adams, 16 de julio de 1777».

Alice reconoció la fecha sin mirarla. «La muerte fetal. No mezcles los montones. Los tengo en un orden determinado».

Jocelyn acercó el diario y leyó en voz alta. «“Únete a mí, mi más querido amigo, en gratitud al Cielo porque una vida que sé que valoras ha sido salvada y llevada a través de la angustia y el peligro, aunque el querido niño se cuenta entre sus antepasados”».

«Era una niña», dijo Alice. «Piénsalo. Han pasado cinco días desde el nacimiento y Abigail recién ahora puede sentarse, pero nunca siente lástima de sí misma. Se preocupa más por su hija, que lo tomó muy mal».

«Nunca quedó claro qué le pasaba a la bebé, ¿verdad?».

«No es que haya podido descubrirlo. Sabemos por sus cartas que estaba enferma de antes. Y dice que era evidente por qué la niña no había sobrevivido, pero que no se atrevió a escribirlo por si caía en las manos equivocadas».

«Aquí está», dijo Jocelyn mientras se sentaba en la cama y comenzaba a leer en voz alta. «“Nunca abrió los ojos en este mundo. Parecía como si solo estuvieran cerrados para dormir. La circunstancia que puso fin a su existencia fue evidente desde su nacimiento, pero a esta distancia y en una carta que posiblemente caiga en manos de algún rufián insensible, debo omitir detalles. Baste decir que no se debió a ninguna lesión que hubiera sufrido, ni ningún cuidado mío podría haberlo evitado”». Jocelyn dejó el diario y pensó en ello. «¿Qué crees que fue?».

Alice se sentó. «Supongo que tuvo que haber algún tipo de deformación. ¿Qué más puede ser

evidente?». Tomó lo último de su bebida. «Supongo que no traerías más ponche y macarrones», dijo dulcemente.

Jocelyn se giró con expresión desdeñosa. «Por una vez, tráelos tú». Dejó la carta de nuevo en su montón correcto.

«Quería que compartiéramos», respondió Alice a la defensiva.

Jocelyn le dirigió una mirada de reproche. «El ponche de la abuela es bastante fuerte. Me sentí mareada después de un vaso».

«Yo también. Pero te acostumbras. Casi no puedo esperar a probar su próxima tanda. La tía Julia decía que nunca ha habido dos exactamente iguales».

«Ali, necesito hablar contigo. Creo que hay algo extraño sobre nuestra presencia aquí».

«¿Aquí? ¿En esta casa?».

«No, claro que no. Aquí, en Londres».

«¿Qué quieres decir?».

«Oh, Alice. Si dejaras de leer tu historia durante cinco minutos, también lo verías».

«No es justo. No he metido la nariz en mi historia en todo este tiempo».

«Te lo digo, hay algún secreto entre padre y madre y... sea lo que sea, de alguna manera te involucra a ti».

«¿De qué estás hablando?».

«He visto miradas entre ellos», explicó Jocelyn. «Ella ha sido la instigadora. Ella llama su atención, te mira fijamente y luego vuelve a verlo a él con... esa mirada».

«¿Cuál mirada?».

«Como en... ‘haz algo, di algo’. Él la ignora, pero su expresión...», Jocelyn hizo una pausa tratando de entender bien la descripción.

«¿Qué?».

«Estoy pensando en cómo describirla».

«Bueno, mientras reflexionas sobre el asunto, ¿por qué no nos traes más ponche y galletas?».

«Mamá diría que ya has comido suficiente ponche y galletas».

«Es precisamente por eso que no se lo pido a ella».

Jocelyn puso los ojos en blanco. «Solo usas ese tono de voz dulce cuando quieres algo».

Alice jadeó consternada, pero, un momento después, su expresión se aclaró. «Eso es cierto, ¿no?».

Jocelyn asintió. «Mmmm, hmm».

Alice hizo un puchero. «¿Por qué me mantienes cerca?».

«¿Estás diciendo que tengo otra opción en este asunto? En serio, en cuanto a la expresión del rostro de papá, imagina que tú y yo somos niñas de diez y once años. Entramos furtivamente en la habitación de nuestra hermana y tú rompiste su caja de música, que se suponía que no debíamos tocar. O yo la rompí. No importa».

«Entonces digamos que tú la rompiste».

«Bien».

«¿De cuál hermana?».

«Clara».

«Sophia se enojaría aún más al respecto».

«Entonces Sophia», replicó Jocelyn con impaciencia. «Más tarde, estamos todos cenando. Esto es antes de que Sophia descubra el crimen. Uno por uno, toda la familia sale de la habitación excepto nosotras tres. Sé que tengo que decir algo sobre la caja, pero le tengo miedo. No quieres que te culpen por ello, así que me miras como diciendo *díselo tú*».

Alice parpadeó cuando Jocelyn dejó de hablar. «¿Es así?».

«Sí. Esa es la mirada».

«Tu imaginación es tan buena como la mía».

«No exactamente».

«¿De qué tendría que sentirse culpable mi padre?».

«No sé».

«Él quería regresar de visita y nosotros queríamos venir también. Más o menos, de hecho. Entonces, vuelvo a preguntar, ¿de qué se sentiría culpable?».

Jocelyn se encogió de hombros y sacudió la cabeza. «Y repito que no lo sé».

Alice miró a su hermana con cariño. «Si esta intriga que has imaginado, a la vez que entretenida, es tu forma de decirme que preste más atención a todo lo que me rodea, lo haré. Lo intentaré. No puedo evitar la forma en que funciona mi mente, ¿sabes?».

«Creo que deberías prestar más atención a todo lo que te rodea, pero no estoy inventando esto».

«Bueno, el tiempo lo dirá. Si hay alguien, es madre quien debería sentirse culpable. Siempre tratando de cambiarme. Lo juro, no estará satisfecha a menos que me case con Stanley Ingham».

Jocelyn no podía estar en desacuerdo. «Mamá quiere lo mejor para ti, para todos nosotros, y nunca se sentirá culpable. Tú lo sabes».

«Sí, lo sé», admitió Alice. «Pero no puedes saber cuánto desearía nunca haber hecho esa promesa de aceptar un compromiso a los veintidós años».

«Antes de los veintidós años», le recordó Jocelyn.

Alice resopló. «Ninguna joven de dieciocho años debería ser responsabilizada por las promesas que le hizo a su madre para que la dejaran en paz, pero ella quiere obligarme a cumplirlo».

Jocelyn asintió con la cabeza. «Con Stanley Ingham. Ella cree que él colgó la luna en el cielo».

«Siempre podría huir».

«¿Y unirte a un convento?», Jocelyn bromeó.

«Exactamente. Eso lo demostraría. ¿Adivina qué, mamá? Me casé... con Jesús», finalizó en un susurro.

«Y antes de los veintidós años», se rió Jocelyn. «Primero tuve que convertirme a una nueva religión, pero cumplí mi promesa».

Alice gimió.

«Todavía te queda casi un año», apaciguó Jocelyn.

«¿Pero el verano pasará rápidamente aquí y luego casi dos meses para el viaje de regreso a casa? Mi tiempo se acabará antes de que te des cuenta». Alice suspiró, pero luego se levantó de la cama. «No voy a pensar más en eso esta noche. Bajemos sigilosamente por más vino».

«¿En calcetines?».

«Por cautela. Ven conmigo. Sé mi cómplice».

Jocelyn aceptó la mano de su hermana. «No sería de nadie más».

~~~

Los otros miembros de la familia Weatherly estaban abajo, en el salón que estaba agradablemente iluminado por medio de lámparas estratégicamente ubicadas, tanto Carcel como Argand. Richard Weatherly estaba leyendo *The Times*. Eliza Weatherly estaba sentada a la mesa de juego frente a su cuñada, jugando Écarté, mientras la madrastra del señor Weatherly, de

hecho, la única madre que había conocido, ya que la suya murió cuando él todavía estaba en pañales, la señora Emmanuel Thompson Weatherly estaba ocupada tejiendo.

Jeremy Alward, el hijo de Julia, que tenía diecisiete años, era elegante y tenía rasgos faciales que parecían más femeninos que masculinos, estaba de pie dibujando en un papel grande pegado a un caballete en un rincón de la habitación. A nadie se le permitía acercarse y ver su obra sin invitación. Uno podría mirar en su dirección sin incurrir en su resentimiento. En ese momento, uno podía incluso mirar descaradamente ya que Jeremy no se daba cuenta de nada ni de nadie mientras trabajaba. El pobre muchacho estaba afectado de la cabeza.

Jeremy era extrañamente intelectual pero no siempre inteligible. A veces exponía hechos uno tras otro y, por lo general, no estaba claro por qué sentía que esos hechos en particular necesitaban ser expresados. Parecía poco dispuesto a establecer contacto visual con nadie más que con su madre, su abuela y el ama de llaves, Rose Fisher. Incluso su cocinera de los últimos siete años, la señora Halley, no era considerada lo suficientemente digna de confianza como para recibir más que miradas furtivas. Sus lindas primas lo fascinaban, pero solo las observaba cuando ellas no lo miraban. Naturalmente, ellas lo entendían y lo permitían.

Julia Alward, que era cinco años menor que Richard, nunca había sido más que atractiva, pero había envejecido bien. Había sobrellevado reveses y tragedias con aplomo, confiando en que la providencia tenía firmemente el control. Ella creía en centrarse en las propias bendiciones, de las cuales tenía muchas. Su hijo, su madre, esta casa, mañanas llenas de maravillas, su gran familia, animados juegos de cartas, buenos libros, buen vino. Tenía tantas.

Generalmente, dormía profundamente, se levantaba temprano y bajaba al jardín, sin importar la época del año que fuera. El jardín, de hecho, ese mundo que estaba tan lleno de vida a primera hora de la mañana. No podía comprender por qué todos los seres humanos no salían corriendo temprano para presenciar y regocijarse de los abundantes regalos de la naturaleza.

Disfrutaba su ritual nocturno no menos que sus mañanas. Terminaba cada día saboreando dos dulces de azúcar de arce, uno o dos vasos de su oporto favorito y algunos capítulos de un libro. Luego, completaba todo con una pizca de polvo justo antes de acostarse. El polvo, remedio para el dolor de cabeza, el insomnio o la sensación de pesadez de cabeza, se elaboraba a partir de coca, mezcal y otros ingredientes naturales. Tenía la costumbre de transferirlo del bote en el que venía a una preciosa caja de rapé de la colección de su difunto marido. Tenía una base plateada y una tapa de esmalte blanco adornada con delicadas flores pintadas a mano y un diseño de enredaderas arremolinadas alrededor del perímetro.

En ese momento, la anciana señora Weatherly miraba confusa el proyecto que tenía entre manos. La dama normalmente llevaba una gorra y un cuello de encaje sobre un vestido anodino, generalmente de color gris o lavanda. Se ocupaba tejiendo redes, ya que no tenía buena vista para el bordado. Había tenido bastante talento con la aguja en su época, pero no tejía redes muy bien. Nunca podrían deshacerse de las diversas retículas, carteras y bufandas que ella había tejido, pero eso la entretenía bastante bien.

«Hetero...», murmuró Jeremy. «Cromo. Cromía».

Eliza y Julia lo miraron. «¿Disculpa, mi amor?», preguntó su madre.

«Ojos diferentes. Alejandro Magno los tenía».

«¿Tenía qué?», preguntó Julia. «¿Ojos de diferentes colores? ¿Como los ojos de Alice?».

«Heterocromía», fue su única respuesta.

Julia miró a Eliza. «No sabía que se llamaba así».

«Yo tampoco», respondió Eliza.

«Lo es», dijo Richard mientras pasaba la página. «Aunque no sabía eso sobre Alejandro

Magno. ¿Me pregunto de qué color eran los suyos?».

«Azul, marrón», dijo Jeremy.

«Ah», dijo Richard.

«¿Estás dibujando a Alice?», le preguntó Julia a su hijo.

Él no respondió ni apartó la mirada de su trabajo. Julia conocía esa expresión y volvió a sus cartas. «Tus hijas se ven muy diferentes unas de otras», comentó. «Alice se parece más a ti y Jocelyn a Richard».

Eliza murmuró acuerdo mientras descartaba. «Lo mismo que con sus hermanas. Clara se parece a su padre y Sophia se parece a mí, más que Alice».

«Me hubiera encantado volver a verlas».

«Han estado ocupadas».

«Sí, así es», Julia tomó una carta y luego descartó otra. «Son todas tan encantadoras».

«La cabeza de Alice está en las nubes la mayor parte del tiempo», opinó Eliza.

Richard se rió discretamente y las damas lo miraron. No estaba claro si había reaccionado al comentario o a algo que había leído. Tenía los labios fruncidos y la mirada todavía fija en el diario. Julia y Eliza intercambiaron una mirada divertida y volvieron a su juego de cartas.

«Es bueno que tengas el diario», dijo Eliza. «Él no sabría qué hacer sin él».

«No podría estar sin él», respondió Richard. «Habría iniciado una suscripción como lo hice la última vez que estuve aquí. Me sorprende que la hayas continuado».

«Jeremy lo lee», explicó Julia. «De principio a fin».

«A veces me lo lee», dijo la abuela. «Es más entretenido que esta maldita red, te lo aseguro».

Capítulo Cinco

Frente al espejo, Nigel se arregló la corbata y luego se miró con ojo crítico. La familia Weatherly se acercaba para presentar a su prometida. «Pronto la conoceremos», murmuró. Dio un paso atrás pensando en su hermano mayor. *Si estuvieras aquí, este lío recaería sobre tus hombros*, pensó. Se imaginó la sonrisa de satisfacción de Jamie y la respuesta de que no estaba allí. «No, no estás, así que depende de mí».

El segundo mejor.

~~~

«¿Crees que pronto recibiremos invitaciones a bailes?», Jocelyn le preguntó a su padre mientras se dirigían hacia la casa de un antiguo compañero de escuela suyo, un hombre llamado Walston.

«Yo creo que sí», respondió. «Especialmente después de esta noche».

Alice lo miró con curiosidad. «¿Por qué?».

«Los Walston están bien conectados», respondió suavemente.

«¿Eran cercanos tú y el Sr. Walston en la escuela?», preguntó Jocelyn.

«No. Él tenía sus amigos y yo los míos. Pero no se llama Walston. Se llama Merton. Lord Merton. Es el barón de Merton».

Los rangos y títulos de los ingleses eran muy confusos. «Si es así, reflexionó Alice, «¿por qué no llamarlo Lord Walston, barón de Merton?».

«Esa no es la forma en que se hace».

«¿Merton es un lugar?», Alice siguió.

«Sí. Creo que es un pueblo o un pequeño municipio del condado de Somerset. ¿Han oído hablar de Bath?», ambas chicas asintieron. «Bath es una ciudad en Somerset».

«¿Qué hacen los barones?», preguntó Alice. «¿Gobiernan su pequeño feudo?».

«En cierto modo».

Jocelyn miró a su padre con curiosidad. «¿Cuándo iniciaste la amistad con lord Merton?».

«No diría exactamente amistad», evadió, «hemos mantenido correspondencia. Cuando le mencioné nuestro viaje aquí, nos invitó a cenar con ellos».

«Pero, ¿cómo empezó la correspondencia?», Jocelyn insistió.

«Dios mío, Jaus», la regañó juguetonamente su padre. «Tú tampoco estarás escribiendo un libro, ¿verdad? No estoy seguro de que tu madre y yo podamos soportarlo».

Alice resopló.

«Estoy bromeando», le dijo a Alice. Volviendo a centrar su atención en su hija menor, y añadió, «creo que así fue como sucedió. Lord Merton se topó con mi viejo amigo Randall Page en alguna parte y me mencionaron. Recordarán al señor Page».

Alice asintió. Recordaba a un hombre agradable con bigote en forma de manillar. Había hecho un truco que la había fascinado sacándose una moneda de la oreja.

«Después de su encuentro, lord Merton me escribió y yo le respondí».

«¿Cómo está el señor Page?», preguntó Alice.

«Me temo que no está bien».

«¿Qué le pasa?», preguntó Alice.

«Alice», objetó su madre.

«¿Qué? Me agradó el señor Page. Sería bueno volver a verlo».

«Eso no es probable», afirmó su padre. «Lo iré a ver, pero mi amigo está un poco mal. Sus médicos creen que es una enfermedad del hígado».

«Lamento oírlo», dijo Alice. «¿Transmitirás nuestros mejores deseos?».

«Por supuesto que lo haré. Ahora, volviendo a esta noche, los Walston tienen dos hijas de su edad y un hijo que es un poco mayor. Su nombre es Nigel».

«¿Cómo se llaman las hijas?», preguntó Alice.

«No lo recuerdo», respondió pensativamente, «aunque es sumamente extraño».

«¿La chica o el nombre?».

«El nombre. No sé nada sobre la chica».

Alice miró a Jocelyn. «No puedo esperar a saber qué es».

Jocelyn sonrió, pero entonces su mirada se fijó en algo más allá de la ventana de Alice y se quedó boquiabierta. Alice se giró para ver qué era cuando el carruaje se detuvo frente a una hermosa casa, una mansión, de hecho. Parpadeó sorprendida. «¿Es aquí?».

«Aquí es. La llaman Larkspur House», respondió el señor Weatherly.

«Larkspur House suena como una cabaña», dijo Alice asombrada. «Pero no esto. ¡Santo Dios!». Era de ladrillo, de cuatro pisos de alto y cinco tramos de ancho. Ella fue la primera en bajar del carruaje con la ayuda de un lacayo de Larkspur House. De repente se alegró de haber llevado un vestido nuevo debajo de su esclavina. Era una bonita combinación de muselina y seda azul y violeta claro con mangas cortas y abullonadas.

Jocelyn se unió a ella luciendo uno de los vestidos del año pasado. «¿Crees que serán unos snobs espantosos?», Jocelyn preguntó en voz baja.

«Probablemente. Solo espero que nos consideren adecuados para justificar su invitación».

«Yo también».

La puerta principal se abrió cuando se acercaron, y el gran vestíbulo al que ingresaron tenía un techo dorado seis metros más arriba, una amplia escalera que se curvaba en dos direcciones diferentes y una plétora de esculturas de mármol. «Es un palacio», respiró Jocelyn para que solo Alice pudiera oírla.

Mientras el mayordomo los conducía por un amplio pasillo bordeado de grandes cuadros, Alice se dio cuenta de que debía mirar sin quedarse boquiabierta, lo cual no era lo más fácil en un lugar así. Así acostumbraban vivir los barones.

Entraron en un salón donde se había reunido la familia. Un atractivo hombre de mediana edad, obviamente lord Merton, se levantó con una sonrisa de bienvenida y fue a saludar a su padre. «Weatherly», saludó. «Qué bueno verte».

«Igualmente, lord Merton», respondió Richard, estrechando la mano del hombre.

Un joven apuesto, obviamente el hijo, estaba junto a la chimenea. Había un parecido entre los hombres Walston: cabello castaño claro y semblante agradable. Tres señoras, una mayor y dos más jóvenes, miraban con interés a los recién llegados, especialmente a ella. *Por favor, podemos pasar la prueba para poder recibir invitaciones a los bailes.* Los bailes ingleses eran una de las cosas que más esperaban.

«¿Puedo presentar al Sr. Richard Weatherly?», anunció el mayordomo, leyendo la tarjeta que le habían entregado, «Sra. Eliza Weatherly, la señorita Alice Weatherly y la señorita Jocelyn Weatherly».

Todos los que estaban de pie hicieron una reverencia cortés cuando se dijo su nombre.

«Gracias, Crichton», dijo Lord Merton al despedirlo. «¿Puedo presentarles a mi esposa?».

«Lady Merton», dijo el señor Weatherly. «Es un placer».

«El placer es mío, señor. Bienvenidos a nuestra casa».

«Gracias».

«Este...», continuó lord Merton, «es nuestro hijo Nigel. Y nuestras hijas Lakely y Ada».

Cada uno inclinó levemente la cabeza cuando se pronunció su nombre. La hija mayor, Lakely, era deslumbrante, con cabello muy oscuro y una mirada astuta. La más joven tenía el cabello más claro y una dulce sonrisa.

«Por favor, siéntense», dijo lord Merton. «Se está convirtiendo en una hermosa velada, ¿no es así?».

Todos estuvieron de acuerdo en que así era. Cuando un sirviente comenzó a circular con copas de jerez, la mirada de Alice se dirigió a Lakely Walston, que la estaba observando. Cada una sonrió.

«Su casa es tan hermosa», dijo la señora Weatherly.

«Gracias», dijo lady Merton. «Fue construida por un antepasado de mi esposo hace más de un siglo».

Alice aceptó uno de los vasos pequeños de jerez. Jocelyn se negó. Alice no sabía qué esperar de la velada, pero Larkspur House era espléndida. Quería absorber cada detalle de la casa para hacerlo parte de un libro futuro.

«¿Está disfrutando de la ciudad, señora Weatherly?», preguntó lord Merton.

«Mucho», respondió ella. «Siempre lo hago. Este es el primer viaje de las chicas al extranjero», dijo mirándolas de reojo. «Así que es especial. Trajimos a nuestras hijas mayores en un viaje anterior, pero eso fue hace casi diez años».

«Y ustedes, damas, ¿qué piensan?», preguntó Lord Merton alegremente dirigiéndose a Alice y Jocelyn. «¿Cuál ha sido su cosa favorita?».

«Todos los lugares turísticos normales», admitió Alice. «Los palacios. No los tenemos en casa».

Todos sonrieron.

«Y los jardines Vauxhall», añadió Jocelyn. «Qué aventura».

Alice asintió con la cabeza. «Me ha gustado Hatchard's, la librería», dijo, «y la pastelería llamada Parmentier's».

Las chicas Walston estuvieron de acuerdo.

«¿Cómo van las cosas en Estados Unidos?», lord Merton preguntó al Sr. Weatherly, a lo que el Sr. Weatherly accedió, hablando principalmente de negocios y crecimiento. Alice tomó un sorbo de jerez y miró a Nigel Walston, que escuchaba a su padre con interés. De hecho, era guapo.

«¿Ha tenido la oportunidad de viajar allí, señor Walston?», el señor Weatherly le preguntó a Nigel.

«En efecto. Sí. Visité Nueva York con amigos hace tres años. Es muy diferente a Londres».

El señor Weatherly asintió. «Aún recuerdo mis primeras reacciones».

«Pero luego te gustó», observó Lord Merton.

«Oh, me gustó desde el principio», respondió el Sr. Weatherly. «Estaba preparado para el cambio y las oportunidades que conllevaba».

«Yo también lo disfruté», dijo Nigel. «No quise decir lo contrario».

«¿Cuándo se mudó a Estados Unidos, señor Weatherly?», preguntó lady Merton.

«En el setenta y nueve. Tenía diecisiete años».

«Tan joven», comentó Ada.

«Sí», estuvo de acuerdo el Sr. Weatherly. «Que suele ser cuando tenemos más valor».

«¿Conocía a alguien allí?», preguntó Lakely.

«Mi padre tenía conocidos y me enviaba cartas de presentación. Me ayudaron mucho».

«La guerra aún continuaba», se dio cuenta lord Merton.

El señor Weatherly asintió. «En efecto. No fue una época fácil, pero tuve la suerte de contar con anfitriones que marcaron la diferencia».

«¿Luchó en la guerra?», preguntó Lakely.

«Lakely», reprendió su madre.

«¿Qué?», preguntó ella a la defensiva. «Es una pregunta lógica».

«No me importa responderla», dijo Richard, dirigiéndose a lady Merton. «Lo hice», le dijo a Lakely. «Del lado de los colonos».

«Yo habría hecho lo mismo», respondió Lakely.

«No lo sabes», le dijo Nigel a su hermana. «No puedes saber eso. Mucho tiene que ver con el deber y la responsabilidad de cada uno».

El señor Weatherly asintió. «Estoy de acuerdo», le dijo a Nigel. «Por mi parte, amo este país, pero sentí que las colonias merecían la independencia que buscaban. Es una pena que haya tenido que ir a la guerra».

«¿Por qué no pasamos a un tema más agradable?», sugirió lady Merton a la ligera.

«¿Conoces nuestra complicada situación con el rey y la reina?», Lakely le preguntó a Alice con un brillo travieso en sus ojos.

«Lakely», amonestó su madre una vez más. «Eso no es lo que quise decir».

«Lo sé, pero no puedes negar que es interesante».

Alice deseaba poder preguntar de qué lado estaban, si de la reina o del rey, pero lady Merton quería cambiar de tema.

«¿Estás lista para que comience la temporada?», Jocelyn le preguntó a Ada en voz baja. Como la sala se había quedado en silencio, todos escucharon y prestaron atención.

Ada sonrió. «Oh sí. Es mi debut».

«Qué emocionante», respondió Jocelyn con una sonrisa.

«¿Tienen temporadas en Estados Unidos?», Ada preguntó con curiosidad.

«Nada tan grandioso como aquí».

Alice miró a Nigel cuando él la miró a ella. Ambos sonrieron avergonzados y miraron hacia otro lado.

Durante la cena, Alice estaba sentada entre Nigel y Ada y frente a Lakely. La estaba pasando mucho mejor de lo que esperaba en una cena educada con un viejo conocido de su padre. En gran parte eso se debía a que la señorita Walston era diferente a cualquiera que hubiera conocido. Desenfrenada fue la descripción que me llegó a su mente. «Tu nombre es poco común», comentó Alice cuando sirvieron la sopa. «Es encantador, pero inusual».

«Es el apellido de soltera de mi madre y mi segundo nombre», respondió la señorita Walston.

«Su nombre de pila», dijo su madre desde el final de la mesa, «es Lara. Y así la llamaron hasta los cuatro años y anunciaron que se llamaba Lakely y no Lara. Naturalmente, la corregimos, pero era una niña demasiado testaruda. Esto siguió así hasta el día en que cumplió cinco años y se negó a responder a cualquier nombre que no fuera su segundo nombre».

Lakely se encogió de hombros. «Sabía que era mi nombre».

Lord Merton sonrió. «A su madre le tomó algún tiempo», dijo lord Merton, «antes de que cediera de manera frecuente».

Lady Merton todavía parecía enojada por eso. «Deseé fervientemente que le hubiésemos puesto otro nombre, pero ya era demasiado tarde».

«A veces tienen opiniones propias», se compadeció Eliza.

Lakely vio la mirada de Alice, miró hacia sus madres e hizo un puchero, de lo que Alice se rió en silencio.

«¿Qué hay de sus hijas mayores?», preguntó lady Merton a la señora Weatherly.

«Clara y Sophia están felizmente casadas y tienen hijos. Tres para Clara y Sophia espera el segundo en verano».

«Qué lindo debe ser tener nietos».

«Sí», respondió Eliza con una sonrisa. «Lo es».

El siguiente plato fue un delicado filete de lenguado con salsa de alcaparras al limón y verduras salteadas.

«¿Qué le gusta hacer, señorita Weatherly?», preguntó Nigel.

«Me apasiona escribir», respondió Alice.

«¿Oh? ¿Escribir qué?».

«Historias. Estoy trabajando en una novela».

«¿Qué pasatiempos practica, señorita Ada?», preguntó el señor Weatherly, casi interrumpiendo la respuesta de Alice.

«Música», respondió Ada. «Escucharla, sobre todo. No toco muy bien. Y me encanta bailar. Es una de las razones por las que estoy ansiosa por que comience la temporada», le dijo a Jocelyn, quien sonrió y asintió.

«¿De qué trata su novela?», Nigel preguntó a Alice.

Lakely la miró con interés.

«Gira en torno a cartas escritas durante la guerra revolucionaria».

«¿Una serie de cartas, entonces?», preguntó Lakely. «¿De gente famosa?»

«No. Las correspondencias serán entre cinco o seis parejas, creo, desde el principio del conflicto hasta el final. Quiero darle al lector una idea del costo de la guerra desde diferentes perspectivas».

Nigel asintió. Parecía interesado.

«He conseguido cartas reales, pero el plan es intercalarlas con una narración o historias de ficción».

«Qué fascinante», dijo Ada con seriedad.

«Lo es para mí», respondió Alice. «He estado trabajando en ello durante más de un año. Principalmente investigando».

«¿Sus ojos son de dos colores diferentes?», preguntó Ada, apenas dándose cuenta.

«Ada», la reprendió su madre. «Tus modales».

«Está bien, lady Merton», dijo Alice. Miró a Ada. «Lo son».

«Notable», exclamó Ada.

Lakely se levantó y se inclinó más para ver. «¡Oh, mi Dios!»

«Lakely», resopló su madre con exasperación.

«Son dos colores diferentes», se maravilló Lakely, ignorando por completo a su madre.

Alice sintió que Nigel estaba mirando, así que se volvió hacia él para que pudiera verlo por sí mismo.

«Fascinante», dijo en voz baja.

«¿Y qué pasatiempos disfruta, señorita Walston?», preguntó la señora Weatherly.

«Me gustaría escribir novelas», respondió Lakely. «Me encanta leerlas. Bueno, veamos.

Disfruto de la buena comida, el vino, los viajes y...».

«Crear un poco de caos aquí y allá», intervino Nigel.

Lakely se encogió de hombros. «Solo cuando las cosas necesitan una buena sacudida».

«La investigación que está haciendo», le dijo Ada a Alice. «¿De qué trata eso?».

«Encontrar y copiar cartas de la época y descubrir las historias detrás de ellas lo mejor que pueda».

Ada asintió. «Ya veo».

«Eso no puede ser tan fácil de hacer», comentó Nigel.

«No, pero somos afortunados de tener una excelente Sociedad Histórica en casa que ha sido invaluable».

«Creo que hay una aquí», sugirió Lakely.

«Eso espero», dijo Alice. «Para mí, no importa que los estadounidenses y los británicos estuvieran en bandos opuestos; todos tenían sus convicciones y obligaciones. Todos conocieron las dificultades, el dolor, el amor y el valor».

«Sí», estuvo de acuerdo Nigel.

«Pero estoy monopolizando...», Alice comenzó a disculparse.

«No», dijeron Lakely y Ada al mismo tiempo.

«Es muy interesante», dijo cortésmente Nigel.

Ella lo miró y sintió un extraño cosquilleo en el centro.

«Si necesita ayuda con su investigación», dijo Lakely, «me interesaría ayudar».

«Yo también ayudaría», ofreció Ada con entusiasmo.

«Eso es muy amable de su parte», respondió Alice. «Temo que se me acabará el tiempo y no lograré lo suficiente mientras esté aquí», las expresiones de sus rostros cambiaron repentinamente. En un instante, hubo una extraña tensión en el aire. ¿Por qué? ¿Qué había dicho ella? Como ocurría a veces, todo parecía ralentizarse a su alrededor, excepto los latidos de su corazón.

Vio a Lakely parpadear sorprendida y luego mirar a Nigel.

Lord Merton miró a su padre con asombro.

Su padre parecía desconcertado, quizás incluso avergonzado.

¡Oh Señor! ¿Qué había dicho Jocelyn? *Te lo digo, hay algo entre padre y madre y, sea lo que sea, te involucra a ti.*

La mirada de Nigel estaba fija frente a él. Parecía como si lo hubieran convertido en piedra. Nigel. ¿Se trataba de Nigel?

Lady Merton se aclaró la garganta. «Más vino», dijo en voz baja.

Alice sintió que no podía moverse. Apenas podía respirar. Mientras se atendía la orden de lady Merton, la dama tomó el control de la conversación. «El siguiente sábado habrá un baile en la casa Buckley. Espero que puedan asistir. Están enviando una invitación a petición mía».

«Eso sería muy agradable», respondió la señora Weatherly suavemente. «Gracias».

Lady Merton hizo una ligera inclinación con la cabeza. «Más tarde, deberíamos discutir las presentaciones de las chicas en Almack's».

«Oh, por supuesto», dijo Lakely en voz baja, dirigiéndose a Alice. Aparentemente, se había recuperado de cualquier sorpresa que Alice le hubiera causado antes. «Porque el mundo gira en torno a la aprobación de las patronas de Almack's. O eso creen. Y todas tenemos que fingir que es así».

Alice no lo entendía, no solo por ignorancia de la sociedad británica, sino también por la sacudida de lo que ahora parecía terriblemente claro. La habían dejado fuera de un complot que

la involucraba mucho. ¿O su mente demasiado dramática estaba evocando esa idea? Pero cuanto más observaba a los demás para discernir lo que sabían, más se convencía de que algo importante estaba en juego.

Lakely parecía fascinada por ella.

Ada parecía avergonzada y arrepentida.

Nigel parecía estoico y algo ofendido. ¿Era este el famoso estoicismo inglés del que tanto había oído hablar? Pero, ¿cuál había sido exactamente su ofensa?

Ni su madre ni su padre la miraban a los ojos, lo que transmitía culpabilidad. Jocelyn estaba tratando diligentemente de conversar alegremente, lo que significaba que entendía algo de la situación. Era bastante humillante. Alice siempre se había imaginado capaz de estudiar perspicazmente a las personas, entonces, ¿cómo se le había escapado lo que fuera que esto era?

El siguiente plato fue una ensalada. Luego siguió filete con salsa de vino tinto y una guarnición de papas. Alice mordisqueó cada plato y se sintió como si se hubiera quedado muda. Se sirvieron quesos y finalmente un pastel con relleno de frutos rojos. Los alimentos estaban deliciosos, pero ¿cuánto había probado realmente? Concluida la comida, los hombres se disculparon. Alice sintió una ansiedad sorda. ¿Iba a languidecer el resto de la velada sin comprender lo que todos los demás parecían saber? Observó impotente a los hombres salir de la habitación.

Pasaron los segundos, pero ella no pudo soportarlo más. «¿Me disculpan un momento?», se dirigió a lady Merton antes de levantarse y salir de la habitación, sin mirar a su madre a propósito. ¿Había recibido siquiera una respuesta de lady Merton? No podía preocuparse por eso en este momento. Llegó al pasillo y vio a su padre y a lord Merton caminando varios metros más adelante. No sabía dónde había ido Nigel, pero era con su padre con quien necesitaba hablar.

El recuerdo de la advertencia de Jocelyn la acompañó. *Te lo digo, hay algo entre padre y madre y, sea lo que sea, te involucra a ti.* Debió haber estado ciega para no verlo. Mientras ella había estado en su pequeño mundo, ellos habían estado tramando a sus espaldas. «Papá», lo llamó.

El señor Weatherly se detuvo. Se disculpó por un momento con lord Merton, a lo que su anfitrión se mostró amable y añadió que la sala de fumadores estaba justo delante. Lord Merton luego continuó su camino mientras el Sr. Weatherly regresaba con su hija con expresión molesta. Él señaló una habitación vacía, un estudio, y ella entró y se volvió para mirarlo.

«Alice, simplemente esto no se hace», afirmó su padre con irritación.

«¿Qué no se hace?», ella desafió.

«No deberías haber dejado a las damas para venir tras nosotros».

~~~

Al salir del comedor, Nigel se disculpó y se metió en la biblioteca para recobrar la compostura. En las últimas veinticuatro horas se había sentido engañado. ¿Pero darse cuenta de que su *pretendida* no tenía idea de que ella era el premio para tentarlo? ¿Por qué, en nombre del cielo, no se lo habían dicho? No era de extrañar que hubiera estado tan relajada. Antes, la había visto observando el salón y se le había ocurrido que probablemente estaba decidiendo cómo lo redecoraría una vez que lo tuviera en sus manos.

¿Por qué de repente la situación le parecía tan insultante? Comenzó a caminar, deteniéndose en seco cuando vio a Alice pasar por el pasillo. Antes de que él hubiera decidido si seguirla o no, Lakely también pasó, moviéndose furtivamente. Si hubiera sido una espía contra los franceses, la guerra sin duda habría terminado antes. Él la siguió. Más adelante, Alice tomó un camino, hacia

sus padres, y Lakely tomó otro, en dirección al pasillo de los sirvientes. Siguió a su hermana, quien abrió la puerta y se deslizó por el pasillo. Cuando llegó a la misma puerta, vio que ella había acelerado el paso hasta casi correr. Él hizo lo mismo. Ella miró hacia atrás y vio que era él, pero ninguno de los dos aflojó el paso.

Comenzó a espiar por las puertas. El vestíbulo estrecho y poco iluminado en el que se encontraban había sido diseñado para que los sirvientes pudieran acceder y salir discretamente. Espiar estaba mal, absolutamente mal, pero Nigel sintió una repentina y ardiente necesidad de saber todo lo que pudiera. Lakely, ahora solo un metro delante de él, se detuvo abruptamente. Una línea de luz que salía por la rendija de la puerta cerrada era notoria. La alcanzó y miró por encima de su cabeza hacia el estudio donde Alice y su padre estaban uno frente al otro. Alice levantó la barbilla en lo que parecía un desafío.

«¿Es esto un intento de emparejarme con Nathaniel y yo?», exigió. «Oh, como sea que se llame. Nigel».

Los ojos de Nigel se abrieron ante el insulto. Estaba consciente de que su hermana contuvo la respiración y apretó los labios en un intento de no reír.

«Discutiremos esto más tarde», respondió su padre en voz baja.

«Lo es, ¿no?», Alice insistió.

«Pensé que disfrutarías conociéndolo. A todos ellos. Lakely y Ada tienen edades cercanas a tu edad, y Nigel Walston es amable e impresionante. Ahora, por favor, vuelve con las damas antes de que se convenzan de que eres una estadounidense más sin la menor noción de comportamiento adecuado. No me avergüences más de lo que ya lo has hecho».

El desaire debió dejarla sin aliento y su padre aprovechó su mudez y salió rápidamente de la habitación. Alice resopló para sí misma.

Nigel y Lakely observaron la confusión de Alice. «¿Y bien?», Lakely respiró mientras retrocedía.

«¿Bien qué?», susurró en respuesta, incapaz de apartar su mirada de Alice.

«Entra», dijo Lakely, empujándolo hacia la puerta.

Jadeó y casi tropezó, sorprendiendo a la señorita Weatherly, quien lo miró con los ojos muy abiertos y la mandíbula ligeramente caída. Se apresuró a cerrar la puerta detrás de él, deseando poder golpear la cabeza de su hermana como lo había hecho cuando eran jóvenes. «Hola», le dijo a Alice. «Te pido perdón por interrumpir, si es que lo estoy haciendo». Se aclaró la garganta y luchó contra el impulso de alisarse la chaqueta y el pelo. Estar inquieto le haría parecer aún más culpable y torpe de lo que ya se sentía.

«¿Escuchaste el intercambio entre mi padre y yo?».

Sería absurdo no admitirlo. «Lo hice. Por lo cual me disculpo. No tenía intención de espiar, pero fui por el camino de atrás para reunirme con nuestros padres y me encontré con... tigo. Eso». Su color, notó, estaba subiendo aún más. «No es necesario que te sientas mal por tener un ataque de ira», dijo mientras avanzaba. «Yo lo hice cuando me enteré».

Ella retrocedió. «¡No tuve un ataque de ira, señor! Si alguna vez tengo un ataque de *ataque de ira*, lo cual estoy relativamente segura de que nunca he tenido, en principio, pero si lo tengo y usted está convenientemente cerca de escucharlo, lo sabrá». Hizo una pausa y levantó la barbilla. «¿Qué clase de hombre tiene un ataque de ira?».

Obviamente no era un hombre de América que fuera todo fanfarrón y músculos. «Era una figura retórica», replicó. «¿De repente tengo yo la culpa aquí?».

«No dije eso, pero es una forma de hablar ridícula, si me perdona que lo diga».

Maldita sea, ella era bonita cuando estaba enojada. «Me disculpo por parecer ridículo. Debo

decir que es la primera vez que me acusan de tal cosa. Especialmente en mi propia casa con una invitada...».

Su expresión cambió a una de profundo arrepentimiento. «Le pido perdón», dijo. «Eso fue imperdonable».

Él la estudió un momento. Era ridículo que le gustara tan pronto, especialmente teniendo en cuenta los salvajes contrastes de su personalidad, pero era refrescantemente directa e ingenua. Había dicho que lo sentía. No podía fingir que era estadounidense, porque había conocido a damas del país que eran tan comedidas como cualquier dama inglesa de buena educación. Incluso Jocelyn parecía completamente diferente a su hermana. Y para ser justos, Alice no se había dado cuenta. «No seamos demasiado dramáticos, señorita Weatherly. Imperdonable es una palabra fuerte». Ella sonrió débilmente y se miró las manos mientras las apretaba debajo de sus senos. Eran bonitos pechos y le costó un esfuerzo apartar la vista de ellos.

«Siento como si estuviéramos jugando a la gallina ciega», dijo, «y fuera la que tiene los ojos vendados y que anda a tientas patéticamente».

Recordó su referencia al baile de máscaras y abandonó lo último de su susceptibilidad. «Lo entiendo».

«Yo no estoy segura de hacerlo», admitió ella. «Pensé que esta noche era simplemente una visita a un viejo compañero de escuela de mi padre. Pero resulta ser más que eso», dijo entrecortadamente, mitad afirmación y mitad pregunta.

«Sí. Estaba destinado a ser una presentación».

«¿Para nosotros?».

«Sí»

«Pero, ¿por qué?», ella soltó.

Soltó una carcajada ante la franqueza de la pregunta. Sintió que el calor le subía a la cara.

«¿Por qué yo?, quiero decir» ella aclaró.

«¿Está cuestionando su valía, señorita Weatherly?», preguntó a la ligera.

«No. Confío en mi valía, señor Walston. Es más bien nuestra... compatibilidad lo que cuestiono».

Eso lo paralizó.

«No es que nos conozcamos», añadió. «Pero...».

«Ahí estás», dijo Lakely desde la puerta del pasillo principal.

Nigel notó que estaba un poco sin aliento, probablemente por la carrera loca que había hecho después de escuchar la mayor parte de su conversación. Él la fulminó con la mirada para establecer la culpa que se le debía y de la que se enteraría más tarde, pero ella solo tenía ojos para Alice, que se había vuelto hacia ella.

«Pensé que podría disfrutar de un soplo de aire fresco antes de que nos reunamos con los demás», le dijo Lakely.

«Sí», dijo Alice. «Me gustaría», se volvió hacia Nigel y le hizo una elegante reverencia, evitando su mirada. «Señor Walston», dijo recatadamente.

Hizo una reverencia. «Señorita Weatherly».

~~~

Mientras Alice caminaba junto a Lakely, se sintió confundida por el encuentro con Nigel. Algo había pasado entre ellos, pero *¿qué?* Se sentía desconcertada en cuanto a lo que tenía delante de ella y desequilibrada por ello. Lakely abrió el camino hacia un salón y cerró la puerta detrás de ellas antes de ir al otro extremo de la habitación y abrir puertas francesas que conducían

a un patio iluminado por la luna. Alice se acercó, atraída por la fuente del patio. El agua que salpicaba brillaba y salpicaba. Detrás de ella, Lakely les sirvió vino.

«Por una nueva amiga y un buen Burdeos», dijo Lakely mientras le entregaba una de las copas a Alice.

«Gracias», tomó un sorbo. «Está delicioso».

«Lo sé. Siempre guardo una botella escondida para estas ocasiones. ¿No te hartan las variedades aguadas que sirven a las mujeres? Como si no se pudieran confiar en nosotras para medir nuestro propio consumo», hizo una pausa. «Entonces. Parecías inquisitiva antes».

El espíritu de Alice se desplomó. «¿Hice el ridículo?»

«¡No! Por supuesto que no».

«Pensé que iba a ser una cena sin incidentes en casa de un conocido de mi padre».

Lakely murmuró con simpatía. «¿Te parece un poco como si tú fueras el plato principal de la cena y nuestros padres estuvieran afilando sus cuchillos de trinchar?».

«Oh, Dios mío», se rió Alice.

«Digo cosas impactantes, lo sé. La mayoría de las veces lo hago a propósito».

«¿Cuál sería el propósito ahora?».

«Para aclarar la situación, supongo. Hacer que te resulte más fácil preguntar lo que realmente quieres saber».

Alice vaciló.

«Continúa», instó Lakely. «Te diré lo que quieras saber si tengo conocimiento de ello. Lo cual probablemente sea así. Como te diría Ada si estuviera aquí, suelo ser una entrometida incorregible».

«¿Todos esperan que se haga una unión entre tu hermano y yo?»., preguntó Alice.

«No tanto se espera sino se confía en ello».

Alice parpadeó. Fue un sentimiento sorprendente, pero bastante agradable.

«Ahora que te conocemos, lo espero», continuó Lakely. «Pensé que tener una cuñada sería una tarea pesada y ahora veo el puro placer que podría ser. Por supuesto, todo eso depende de la cuñada, ¿no?».

«Pero, ¿por qué yo?».

Lakely se encogió de hombros. «Encajas muy bien».

«¿Cómo es eso?».

«Eres encantadora, saludable y brillante».

*Yo y cien personas más*, pensó Alice. «¿No le sentaría mejor una dama inglesa? ¿Una con perfectos modales y conocimiento de su sociedad y una lengua más moderada?».

«¡Buen Dios! Espero que no».

Alice le lanzó una mirada implorante.

«Como dije, encajas bastante bien. Encantadora, saludable, brillante... y rica».

¿Rica? Qué extraño oírlo decir como si fuera un hecho. Nunca había pensado que su familia fuera rica. Su padre tuvo éxito y tenían una bonita casa, pero no se parecía en nada a esta. Ni ella ni sus hermanas habían querido nunca mucho, pero su familia era normal en su propia sociedad. «Tu familia es mucho más rica. En verdad, nunca pensé que mi familia fuera rica».

Lakely caminó hacia las puertas para contemplar la noche. «Las apariencias no siempre son lo que parecen».

Seguramente Lakely no estaba insinuando que no fueran ricos. Sería absurdo.

«¿Puedo compartir algo en confianza?»., preguntó Lakely, volviéndose para mirarla.

«Por favor».

«Tenemos propiedades, títulos... y deudas», finalizó en un susurro.

Alice lo pensó. «¿Nigel provocó la deuda?» ¿Casarse con ella sería algún tipo de castigo?

«¡No! Mi hermano tiene una excelente cabeza sobre sus hombros y control sobre sus impulsos. Es bastante maravilloso en todos los sentidos; aunque por favor nunca menciones que lo dije».

La idea de que su dote pudiera cubrir la deuda de la familia propietaria de todo esto era incomprensible. «Habría pensado que las jóvenes elegibles harían cola para tener la oportunidad de casarse con tu hermano. Damas de noble linaje. ¿No es eso importante aquí?».

«Ser hija de un compañero nunca está de más, pero, en este momento, una afluencia de capital es de suma importancia para mi padre. Él es quien tiene pasión por el juego y adquirió la deuda».

«Ya veo», dijo Alice suavemente.

«Mientras que tu padre...».

*Título.* Alice se dio cuenta de repente. Se trataba de que ella adquiriera un título, algo que él siempre había codiciado. Las lágrimas brotaron de sus ojos, por lo que apartó la mirada antes de que fuera evidente. La situación no era exactamente una traición, excepto quizás a su confianza, pero sí parecía una conspiración con bastante engaño.

«Por favor, no estés triste, Alice. Tú y yo seremos amigas, incluso si no quieres tener nada que ver con mi hermano».

Alice sonrió y asintió. Se secó el rabillo del ojo antes de volverse hacia su anfitriona. «No estoy triste. Fue una sorpresa. Eso es todo».

«Esperábamos que lo supieras».

Alice negó con la cabeza.

«Quiero ayudarte con tu investigación si lo permites».

«¡Por supuesto que lo haré!».

«Primero, tendré que ir a buscar mi cerebro, desempolvarlo y asegurarme de que todavía funciona. Ahora, déjame pensar, ¿cuándo fue la última vez que lo usé?».

Alice se rió. «No hay duda de que funciona».

«Vayamos a reunirnos con los demás. Se preguntarán dónde estamos».

«Gracias, Lakely», dijo Alice significativamente.

«Debías saber la verdad. Todos deberíamos hacerlo. Sinceramente espero que consideres conocer a Nigel. No permitas que este asunto entre nuestros padres te desanime antes de que lo conozcas». Lakely se encogió de hombros con delicadeza y sacudió la cabeza. «Después de todo, no ha hecho nada más que intentar estar a la altura de sus responsabilidades».

Alice sintió que se le ponía la piel de gallina en los brazos. Afortunadamente, Lakely no se dio cuenta mientras bebía lo último de su vino, dejaba su copa y se dirigía hacia la puerta. Alice dejó su vaso en la misma mesa y siguió reflexionando sobre la afirmación y preguntándose por qué le molestaba tanto.

~~~

Las cuatro mujeres más jóvenes jugaban el juego de cartas ‘Whist’ mientras sus madres, sentadas al otro lado de la habitación, conversaban con sorprendente facilidad, como si fueran viejas amigas. Cuando Alice escuchó a los hombres regresar, sintió una oleada de calidez en su rostro y maldijo en silencio su tendencia a sonrojarse. Nigel fue el último en entrar.

«Señor Walston», dijo Jocelyn mientras dejaba sus cartas. «He vuelto a perder. Desea ocupar mi lugar».

El juego ni siquiera llegaba a la mitad, pero Lakely siguió el ejemplo y rápidamente recogió

las cartas diciendo, «Más suerte la próxima vez», con un brillo en los ojos.

Alice levantó la vista y se encontró con la mirada de Nigel en lo que pareció el preciso momento en que él la miró.

«¿Te importaría?», le preguntó Nigel.

«En absoluto», respondió ella con sinceridad.

Ada se levantó. «¿Por qué no te muestro los alrededores?», le ofreció a Jocelyn.

«Me gustaría eso», respondió Jocelyn.

Lakely barajó la baraja mientras las chicas salían de la habitación. «Creo que van a ser buenas amigas».

Alice intentó relajarse, pero se había dado cuenta de la anchura de los hombros de Nigel y de la forma en que su cabello rozaba el cuello almidonado de su camisa. Él era guapo, rico y un futuro lord ‘no sé qué’, mientras que ella era solo una estadounidense sin la más mínima noción de comportamiento adecuado. ¿Por qué los dos serían emparejados? Incluso si lord Merton tuviera deudas, ¿qué importancia tendría para la gente que tuviera todo esto? No tenía sentido.

«¿Conoces el juego ‘Euchre’?», le preguntó Lakely.

Alice volvió a enderezarse. «Sí».

«Bien. Podemos jugar eso con tres».

Al otro lado de la habitación, sus padres compartieron cierta jovialidad y, una vez más, Nigel y Alice se miraron al mismo tiempo.

«Sin trampas, Nigel», dijo Lakely mientras comenzaba a barajar.

«¿Me recuerdas la última vez que hice trampa?», preguntó secamente.

«El hecho de que no te haya atrapado todavía no significa que no estés haciendo trampa».

«Señorita Weatherly», dijo Nigel. «¿Tiene eso sentido, te pregunto?».

Lakely miró a Alice. «Gana con demasiada frecuencia, por lo que debe estar haciendo trampa».

Nigel negó con la cabeza. «Si necesitas una buena lógica», dijo él mientras recogía sus cartas, «querrás buscar a alguien que no sea mi hermana».

Alice se alegró de las bromas alegres. La cena se le había echado a perder, pero la velada había tenido aspectos agradables. Le agradaban mucho Lakely y Ada y ciertamente no le desagradaba Nigel Walston.

~~~

Al final de la velada, Nigel y Alice se sintieron inusualmente tímidos el uno con el otro. Hubo cierta desgana y, sin embargo, también cierto alivio al decir buenas noches; ambos se habían vuelto muy conscientes de sí mismos. Nigel observó cómo se alejaba el carruaje de Weatherly mientras el resto de su familia lo observaba discretamente.

«¿Qué opinas?», preguntó su padre.

«No lo sé», respondió Nigel en voz baja. «No es lo que esperaba», se dio la vuelta y volvió a entrar sin mirar a nadie.

Lord y lady Merton lo siguieron, dejando a Ada y a Lakely contemplando la noche estrellada. «No es lo que esperaba...», reflexionó Ada. «¿Eso significa que Alice no fue lo que él esperaba, o que la velada no fue lo que él esperaba?».

«O ambas cosas», dijo Lakely. «Quizá cierto sentimiento dentro de sí mismo no era lo que esperaba». Se miraron y sonrieron. «Tal vez todo sea como debería ser después de todo».

«Qué maravilloso sería eso», se maravilló Ada. «El destino parece tan insondable, pero tal vez sea seguro. Simplemente no lo reconocemos hasta que ha abierto un camino».

Lakely comenzó a regresar al interior. «Creo que es un poco pronto para eso». Ada se demoró unos momentos más con una sonrisa melancólica en su rostro.

## Capítulo Seis

Alice miraba por la ventana de su carruaje mientras su padre, sentado a su lado, miraba por la suya. Nadie había hablado desde que abandonaron la casa de los Walston, al menos durante varias cuadas.

«Me gustaron mucho», dijo Jocelyn para romper el silencio. Desafortunadamente, solo lo rompió cuando ella dio aliento a las palabras. «El recorrido que me dio Ada fue fascinante», intentó de nuevo. «Hay una docena de habitaciones para familiares e invitados y hay un salón de baile».

«Todos lo sabían», espetó Alice. «Todo el mundo sabía que se había hablado de la idea de una unión entre Nigel Walston y yo. Todos menos yo». Miró acusadoramente a su madre y luego a su padre. «¿Pueden al menos entender por qué me sentí como una tonta?»

«Si no hubieras atraído tanto la atención», comenzó su padre. «Estar hablando de escribir novelas».

La mandíbula de Alice cayó.

«Eso no es justo», objetó Jocelyn.

«Mantén-te al margen», le dijo el señor Weatherly a su hija menor.

«Estaba respondiendo a sus preguntas», espetó Alice. «Eso es lo primero. ¡Y *estoy* escribiendo una novela y estoy orgullosa de ello! Eso es lo segundo. No fuiste honesto conmigo. Punto número tres. ¿Por qué?», ella miró a su madre, «y esa es una pregunta para ambos. ¿Por qué me dejaron fuera de una discusión sobre *mi* vida? ¿Como si alguien además de mí tuviera derecho a elegir a quién consideraré pretendiente, y mucho menos esposo!».

«Además de eso», ofreció Jocelyn, «¿cómo podría no llamar la atención cuando estaba bajo escrutinio? Lo cual es comprensible cuando piensas que alguien podría unirse a tu familia...».

«Jocelyn», ladró su padre.

«Ella está en esta familia», gritó Alice, «¡Es mi hermana y no deseo que la silencien! De hecho, *ella* fue lo suficientemente astuta como para reconocer tu imprudencia cuando yo estaba demasiado estúpida y ciega».

«Nunca dije imprudencia», dijo Jocelyn sacudiendo rápidamente la cabeza.

«No, no lo hiciste», estuvo de acuerdo Alice. «No lo hizo».

El señor y la señora Weatherly intercambiaron una mirada.

«¿Por qué no dijeron algo?», Alice demandó.

«No se te está forzando a hacer nada, Alice», afirmó su padre con frialdad. «Este no es un matrimonio concertado con el que te has topado. Si tu deseo es no volver a ver a Nigel Walston nunca más», hizo una pausa y se encogió de hombros, «que así sea».

«Pero ustedes discutieron un acuerdo matrimonial con lord Merton», acusó. «La discusión llegó hasta ahí. ¿Cierto?».

«Si fue así, fue solo una discusión. Una que él inició».

Ella resopló y miró hacia la ventana. ¿Había reaccionado completamente de forma exagerada ante todo y ante todos? ¿Por qué de repente se sintió como si hubiera cometido un error patético y se hubiera puesto en ridículo?

«Alice», dijo su madre.

Alice la miró, pero no confió en la fuerza de su voz.

«Lady Merton ha sido muy amable al ofrecerse a organizar invitaciones para eventos

especiales. ¿Los bailes que tú y tu hermana mencionaban repetidamente? Si no quieres participar, házmelo saber y pediré disculpas».

Ahora parecía como si se estuvieran burlando de ella, pero Alice no estaba segura de nada, así que no respondió. Fue todo lo que pudo hacer para contener las lágrimas infantiles que amenazaban. Miró por la ventana y contó las lámparas de gas por las que pasaban. Cuando regresaron a casa, ella subió directamente a su habitación sin decir una palabra.

~~~

Jocelyn se quedó atrás en el vestíbulo. Después de unos minutos, siguió a sus padres que habían entrado al salón. Miró al interior y vio que el resto de la familia se había retirado a pasar la noche, así que siguió caminando. Si se habían trazado líneas de batalla, y esperaba que ese no fuera el caso, pero si así fuera, tenía que estar alineada con su hermana. Ella nunca había usado la palabra imprudencia con respecto a su comportamiento; era una palabra de lo más desagradable, pero sus padres tampoco habían sido francos.

Por otra parte, si sus padres hubieran sido perfectamente sinceros...

Jocelyn se detuvo al pie de las escaleras y consideró el pensamiento que acababa de ocurrírsele. Sus padres habían tenido innumerables oportunidades de discutir la correspondencia entre hombres, pero si lo hubieran hecho, Alice podría haberse resentido y resistido. Como mínimo, habría llegado esa noche cautelosa, si no francamente aprensiva. En cambio, había ido allí como su yo inimitable.

Jocelyn empezó a subir las escaleras. Alice había tomado por sorpresa a toda la familia Walston. Los había conquistado *porque* había podido ser ella misma. Era algo que Jocelyn necesitaba dejarle claro a su hermana, aunque probablemente ahora no era el momento. Llegó al segundo piso y miró hacia la izquierda, hacia la puerta cerrada de su habitación.

«Hola», dijo Jeremy, haciéndola saltar. Miró en la otra dirección y encontró a Jeremy sentado en el asiento de la ventana al otro extremo del pasillo, con su silueta oscura recortada por el cielo iluminado por la luna. «Hola», respondió ella. Él se puso de pie y ella se dirigió hacia él con paso vacilante.

«Hay luna llena», dijo él. Tenía las manos juntas y se balanceaba ligeramente de lado a lado. «Luna».

Ella se detuvo unos metros delante de él. «Es hermosa, ¿no?».

«Los locos son azotados».

Jocelyn parpadeó. «¿Ruego me disculpes?».

«Para mantener la locura a raya. Son encadenados y azotados».

Ella hizo una mueca ante el pensamiento. ¿Era eso verdad? «Eso es horrible».

«Luna. Lunático. En realidad, nadie se vuelve loco».

«No», estuvo de acuerdo. «Pero la creencia persiste, ¿no es así? La gente se vuelve loca y aúlla a la luna llena. Ah, y hombres lobo toman forma». No estaba segura de qué más decir. Ella y Jeremy no habían intercambiado ni una docena de palabras hasta ahora. «Siempre pienso en lo hermoso que es».

«¿Quieres ver?».

«¿La luna?».

Él sacudió la cabeza y pasó junto a ella hacia un arco que albergaba la escalera al tercer piso. Se puso en marcha.

Ella dudó un momento y luego lo siguió. Al pie de las escaleras, parpadeó sorprendida ante la efusión de luz de los apliques de pared. Debido al diseño de los candelabros de hojalata, la luz se

dirigía hacia arriba o hacia abajo en bonitos patrones. En lo alto de la escalera, respiró sorprendida. Se había imaginado un espacio reducido con una cama y una mesa llena de materiales de arte. En cambio, una cama cuidadosamente tendida, una mesa con un cuenco y un aguamanil y un armario eran los únicos muebles que demostraban que era un dormitorio. El resto de la habitación era el estudio de un artista elegantemente decorado.

Había buhardillas a lo largo de la pared frontal y una ventana redonda en el otro extremo. Lámparas de pie y espejos colocados aquí y allá proporcionando luz adicional. «Esto es encantador».

Su atención se centró en dos cuadros terminados sobre caballetes. Otro caballete estaba girado hacia un taburete alto junto a una mesa con utensilios de pintura. Jocelyn se acercó, atraída por la imagen del primer cuadro, un caballero extendiendo su mano delante de un carruaje que esperaba mientras una dama dentro del vehículo se inclinaba hacia adelante para mirar hacia afuera. La atención se centró en la mujer dentro del carruaje, pero también en el misterio del hombre y su mano levantada. Una pequeña placa de latón en la base del marco tenía grabadas las palabras '*La invitación*'. La pintura la fascinó. ¿Quién era la dama y qué estaba pensando? ¿Quién era el caballero? «Jeremy», respiró ella. «No tenía idea. ¡Eres un maestro!».

El otro cuadro era una imagen bucólica sin marco que mostraba a un niño de unos diez años con un trozo de cuerda en las manos, de pie, con las piernas ligeramente separadas, mirando hacia adelante, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Al fondo había una cabaña con la puerta abierta donde una mujer observaba al niño con recelo. Jocelyn ladeó la cabeza mientras estudiaba sus expresiones para discernir lo que sentían. Se volvió hacia su primo. «¡Son brillantes! Son tan buenas como cualquiera que haya visto». Jeremy estaba mirando al suelo, pero sonreía. Su sonrisa le dio un impulso al corazón.

Un armario con frente de vidrio tenía estantes con vinagreras de aceite tapadas y frascos cuidadosamente almacenados, cada uno con una mancha de color en cada frente. Había juegos de mortero y maja de piedra y cuencos de varios tamaños. En otra mesa había contenedores con pinceles y cuchillos, y un lienzo con trozos de tiza. Había tiza blanca, tiza negra y tiza roja, además de carbón. Todo estaba limpio, ordenado y fascinante. Era evidente que la pintura no era para él una mera diversión; era una pasión en la que sobresalía. «Pensar que hemos estado viviendo bajo el mismo techo con un genio artístico. Casi no puedo esperar a que Alice lo vea. Oh, espero que se lo muestres. A ella le encantará tanto como a mí. Sabes que ella escribe cuentos».

Él asintió.

«Ella crea historias con palabras mientras tú las creas con imágenes», dijo mirando las pinturas.

Jeremy se acercó al tercer caballete y lo giró para que pudiera ver el trabajo en progreso. Se quedó sin aliento al ver su propia imagen y la de Alice. La pintura las mostraba muy juntas como si hubieran estado compartiendo un secreto antes de mirar al espectador. Ella miraba hacia adelante mientras el cuerpo de Alice estaba de perfil con la cabeza ligeramente inclinada. Estaba completamente esbozado y la pintura apenas comenzaba. Sus rostros eran del tono de la piel y su cabello tenía capas doradas y marrones. «¡Es maravilloso! Que hayas hecho esto en tan poco tiempo es... bueno, es asombroso. ¿Todo esto viene de tu mente? ¿Nadie posa?».

Sacudió la cabeza. «No».

«Captaste el color de mi cabello».

«Momias», dijo él.

«¿Cómo dices?».

Seleccionó un frasco y se lo entregó. La etiqueta decía Marrón Egipcio. «Hecho de momias. Trituradas».

Se quedó boquiabierto. «¡No!».

Él asintió.

«¿Estás diciendo que la pintura marrón proviene de... está hecha de momias trituradas? ¿De Egipto?».

Él asintió de nuevo.

Ella tragó y se lo devolvió. La idea la hizo sentir mareada. «Oh, Dios», miró de nuevo el cuadro. No solo había logrado captar su parecido, sino también su cercanía, su absoluta confianza mutua. «¿Supongo que no podría verte trabajar alguna vez?».

Él agachó la cabeza. «No te vería».

«No, lo sé», dijo ella. «Te pierdes en ello, ¿no?».

«Perderme. Me pierdo», repitió como si disfrutara las palabras.

«Alice también lo hace cuando escribe. Puedo estar en la misma habitación que ella y, en cierto modo, ella no se dará cuenta porque está viendo lo que sea que esté escribiendo. Es como si ella estuviera dentro de la historia».

«Perdida en ello».

«Sí», Jocelyn volvió a mirar el boceto. «Gracias por mostrármelo. Es extraordinario», ella miró alrededor de la habitación. «Todo esto».

«Primos. Somos primos».

«Sí, lo somos. Y espero que también seamos buenos amigos».

Parecía inseguro, pero asintió.

«Buenas noches, primo», dijo Jocelyn y salió de la habitación.

«Buenas noches. Prima...», repitió él cuando ella estaba a medio camino bajando.

Sintió una oleada de compasión y tristeza por él que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Alice estaba en la cama y se giró de lado frente a la ventana cuando Jocelyn entró en la habitación. Se preparó para ir a la cama en silencio y luego caminó y apagó la vela antes de meterse bajo las sábanas. Sabía que Alice no estaba durmiendo. Había mucha luz para distinguir la tensión en la postura de su hermana. «¿Estás bien?», preguntó con ternura.

Alice se giró para mirarla. «¿Hice el ridículo?».

Jocelyn frunció el ceño confundida. «Por supuesto que no lo hiciste. ¿Cuándo?».

Alice parpadeó sorprendida. «En la cena. Y después».

«Honestamente, pienso que salió bien. Considerando todo».

«¿Qué significa eso? ¿Considerando todo?».

«Solo que se hizo evidente que había habido alguna discusión sobre un matrimonio entre tú y Nigel».

«Sí. Se hizo evidente entre bocados de pescado. No creo que un filete de lenguado vuelva a saberme igual».

Jocelyn sonrió.

«Pero, ¿qué pasó cuando salí del comedor?».

Jocelyn se encogió de hombros. «Pensé que la naturaleza te había llamado. Habías pedido que te excusaran. Y luego Lakely se fue justo después de ti. Supuse que debía asegurarse de que supieras adónde ir».

Alice negó con la cabeza. «No. Fui a hablar con papá».

«¿Lo hiciste?».

Alice asintió. «Necesitaba entender lo que estaba pasando. Vi a los hombres caminando

delante y los seguí. Bueno, Nigel no. No sé dónde había desaparecido. Pero alcancé lo suficiente como para llamar a papá, quien luego regresó para hablar conmigo, aunque no estaba contento con eso. Entramos en una habitación vacía donde me regañó por comportarme como una estadounidense que no sabría distinguir buenos modales aunque me mordiera el tobillo».

«¿Él dijo eso?».

«Estoy parafraseando. Y justo después de que se fue de nuevo, Nigel apareció de repente y tuvimos unas palabras».

Los ojos de Jocelyn se abrieron como platos. «¿Tuviste unas palabras con Nigel?».

«Me tomó por sorpresa. Había oído parte de mi conversación con papá, si a eso se le puede llamar conversación», añadió poniendo los ojos en blanco.

«En esta conversación, si se puede llamar así, con papá, ¿habías dicho algo malo sobre Nigel?».

«No», respondió Alice tímidamente.

«Bueno, ¿qué le dijiste a Nigel? ¿Y qué dijo él?».

«No recuerdo lo que dije exactamente. Pero entonces Nigel dijo algo sobre que yo tenía un *ataque de ira*. Eso no salió bien y yo...».

«¿Tú qué?», Jocelyn preguntó cuando Alice dejó de hablar.

«En pocas palabras, que fui grosera. Él reaccionó y le pedí disculpas. Se portó tranquilo, incluso amable, y luego Lakely vino a buscarme. Ella y yo nos fuimos y hablamos. Fue ella quien me dijo la verdad, que lord Merton se había endeudado, supongo que, con una gran deuda, por el juego», añadió en voz baja. «Y papá ofreció un precio sustancial por mí como la novia».

«¿Él hizo eso?», Jocelyn parecía pensativa. «Está obsesionado por el título, ¿no?».

«Tiene que ser eso», Alice respondió con tristeza.

«Además, viven en una especie de palacio», dijo Jocelyn. «Supongo que tampoco es su única casa. Pero *el precio como la novia...*», dijo Jocelyn con un ceño cómico, «qué expresión tan terrible. Es muy desagradable».

«Es un concepto terrible», coincidió Alice. «¿Necesitas una novia? Toma, toma mi descendencia. Por Dios, te pagaré para que me la quites de encima».

Jocelyn se rió entre dientes. «Pero piénsalo, Ali», dijo moviendo las cejas. «Algún día serías baronesa».

«Todo lo que siempre he querido», respondió Alice burlonamente.

«Bromea cuanto quieras. Te gusta. Me di cuenta cuando regresó de fumar».

«No me desagrada», dijo Alice.

«A él tampoco le *desagrada*. Así que, esta noche fue un éxito, considerando todo».

«Éxito», se preocupó Alice. «No estoy segura de qué se supone que significa eso».

«Significa que la pasamos bien y conocimos nuevos amigos. Solo eso lo convierte en un éxito. Y ahora empezarán para nosotros las invitaciones a fiestas, bailes y otras cenas elegantes». Ella hizo una pausa. «Dios mío, no tienes que casarte con él, pero te gusta bastante, así que disfrutemos todo lo que suceda. Gracias a lady Merton, nos presentarán en Almack's, sea lo que sea que eso signifique, y tendremos pruebas con las modistas más solicitadas a las que antes no podíamos acceder».

Alice gimió. «Odio las pruebas. Puedo sentir cómo me crece el pelo mientras estoy allí. Puedo sentir la sangre corriendo por mis piernas».

«Esa es tu mente hiperactiva en acción, y lo sabes. Lo importante es que conseguiremos cosas nuevas y hermosas».

«Tenemos suficientes cosas. ¿No lo ves? Una vida de accesorios, formalidades y títulos no es

para mí. Prefiero vestirme de cilicio y que me dejen escribir sola».

«De cilicio», repitió Jocelyn. Ella suspiró y se desplomó dramáticamente sobre su espalda. «Me rindo», miró a su hermana con expresión de derrota. «¿Se te *ha* ocurrido que estamos en Londres a principios de la temporada?».

Alice agitó los ojos. «¿Lo estamos?».

«Sí, lo estamos. La única que probablemente alguna vez tendremos. Ah, por cierto, Jeremy es un genio artístico. Me mostró sus cuadros».

«¿Lo hizo?».

«Sí. Está trabajando en una pintura de nosotras. Tiene un talento increíble».

«¿Cuándo fue esto?».

«Esta noche. Cuando llegamos a casa. Acabo de dejarlo. No crearás tus ojos. Su obra es digna de estar en un museo de arte».

Alice resopló suavemente sorprendida.

«Tuvimos una linda charla. Quiero decir... para Jeremy. Y el ático es una maravilla».

«Eso no es lo que me imaginaba», comentó Alice.

«Yo tampoco. La imagen de nosotros está completamente esbozada y él ha comenzado a pintarla. Capturó los colores de mi cabello perfectamente. Ah, ¿y adivina qué? La pintura marrón que utilizó proviene de momias trituradas. Se llama marrón egipcio. ¿No es un pensamiento repugnante?».

«Sí, lo es».

«Bueno, buenas noches».

«¿La pintura huele?».

Jocelyn hizo una mueca. «No la olí, por amor de Dios. No quiero pensar en eso».

«Tendré que olerla», dijo Alice.

Jocelyn gimió y se giró de lado, lista para dormir.

Alice se inclinó y besó su mejilla. «¿Qué haría yo sin ti?».

«Probablemente nunca lo sabremos. Si te casas con Nigel, yo te acompañaré. Hay mucho espacio en Larkspur House y Ada y yo nos divertiríamos muchísimo».

«Te estás adelantando, ¿no? Lo único que dije es que no me desagradaba».

«Mmm. Buenas noches».

~~~

Tres de la madrugada. Alice sospechó que era la hora de las brujas y lo confirmó mientras escuchaba los pequeños tintineos del reloj de la repisa. Había dormido antes, pero ahora estaba completamente despierta. Se levantó de la cama, fue a buscar su diario y salió de la habitación, cerrando la puerta en silencio detrás de ella. En el salón de arriba, abrió la puerta y encendió una lámpara. Escribir resultaba una liberación, aunque alimentaba su mente en lugar de calmarla.

Se sentó en el escritorio preguntándose qué la estaba molestando. ¿Era que sus padres habían sido reservados o era que a ella instintivamente le agradaba Nigel y eso la molestaba? El comentario de Lakely acerca de que Nigel cumplía con sus responsabilidades la molestó. No quería ser una mera solución a una dificultad financiera, y tampoco quería que le arreglaran un matrimonio. El descaro de su padre al pensar que podía hacerlo, era el tipo de comportamiento al que estaba acostumbrada por parte de su madre, no de él.

Alice se reclinó con el ceño fruncido, pero el recuerdo de Nigel sonriendo ante sus cartas suavizó su ira. Se levantó de nuevo y caminó por la habitación. Sí, a ella le gustaba, pero no se dejaría manipular y eso era todo. Ella sola elegiría al hombre que amaría cuando lo amara, y si

eso no era antes del fatídico día en que cumpliera veintidós años, que así fuera. Su madre la había obligado a comprometerse a algo que no debía, ni ella debía aceptarlo.

Se sentó en el sofá y se preguntó cuál sería el precio de la novia que habían ofrecido. No recordaba ni una sola conversación sobre sus dotes a lo largo de los años. ¿Habían pagado uno por Clara? ¿Por Sophia? ¿Los otros jóvenes que habían pedido su mano en los últimos años esperaban una o se les había ofrecido una? El concepto de dote era desagradable. En todo caso, un hombre debería pagar por conseguir una novia.

Se acurrucó, preguntándose qué habría pensado Nigel de ella. ¿Le resultaba molesto ver sus ojos de diferentes colores? ¿Consideraría que cualquier hijo que ella tuviera podría heredar el defecto? ¿Qué tan extraña la había encontrado? Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que mucha gente la encontraba inusual. Tenía interés en todo tipo de cosas que una dama no debería estarlo y no le interesaban en absoluto la mayoría de las cosas que a una dama deberían interesarle. No quería bordar muestras ni tocar el pianoforte ni pintar porcelana. Quería escribir historias e investigar lo que no sabía y leer sobre cosas que habían pasado y estaban pasando, incluso cosas morbosas. Cosas especialmente morbosas. Quería saber a qué olía la pintura de momia triturada.

La realidad era que no podía elegir tener una mente normal, como tampoco podía elegir tener ojos de un solo color.

## Capítulo Siete

A la mañana siguiente, la señora Weatherly entró apresuradamente en el comedor donde Alice y Jocelyn estaban terminando el desayuno, después de haber dormido más tarde de lo habitual. «Aquí están».

«Buenos días, mamá», dijo Jocelyn. «¿Dormiste bien?».

«Bastante bien», respondió su madre mientras se detenía en la mesa, «excepto que soñé que los niños estaban aquí corriendo jugando algún juego. Me enojé porque no recordaba haberlos traído con nosotros. Seguía intentando recordar si le había dicho a Clara que los traeríamos. Sabía lo asustada y lívida que estaría si no lo hubiera hecho. Se lo dije a los dos y luego Alice me dio esa mirada extraña y mordaz y me informó que toda la familia estaba aquí. Luego comencé a preocuparme por dónde íbamos a dormir todos. Incluso una vez que me desperté, seguí intentando descubrir dónde podríamos dormir todos en esta casa».

Jocelyn se rió entre dientes e incluso Alice cedió a una sonrisa, pero evitó la mirada de su madre.

Eliza apartó una silla y se sentó. «Entonces...», le dijo a Alice, «has tenido la oportunidad de dormir sobre las *revelaciones* de ayer», dijo casi irónicamente. «¿Qué opinas? Y antes de responder, déjame decirte que, en lo que a mí respecta, podemos pasar unos meses tranquilos viendo los lugares de interés y visitando a nuestra familia. Hay bailes públicos a los que podemos asistir, teatro y demás», hizo una pausa, «si nos afiliamos a los Walston, habrá bailes y eventos privados y más. Pero estas cosas no son importantes para mí ni para tu padre. Es tu decisión».

«A Jaus y a mí nos gustaría afiliarnos a los Walston», respondió Alice de manera uniforme. «Disfrutamos de la compañía de Lakely y Ada».

«Y a ella no le desagradó Nigel», añadió Jocelyn.

Alice estuvo profundamente tentada de afirmar nuevamente que no apreciaba el secreto que habían mantenido sus padres, pero se abstuvo. Se dio cuenta de que su madre no parecía particularmente contenta cuando asintió y se levantó. «¿Estás decepcionada?», Alice preguntó con curiosidad.

«Querida, no estoy ni contenta ni decepcionada. Este es un viaje de placer. Debe ser agradable y, si se desea, ajetreado y lleno de acontecimientos. Como dije, es tu elección. Nunca esperé que formarás un vínculo con Nigel Walston. La idea fue algo que a tu padre se le metió en la cabeza. Intenté decírselo».

¡Ajá! «Pensaste que me rebelaría contra la idea», acusó Alice.

«Te rebelaste contra la idea. Creo que conozco a mis propias hijas».

«¿Y me imagino que pensaste que un cierto caballero estadounidense de repente podría ganar más en mi estima?».

«Alice, no deseo discutir. ¿Tú sí?».

Alice se tomó un momento para responder. «No».

«Bien. Chicas, podrían ayudar a copiar recetas. La señora Halley ha compartido las suyas».

«Oh», dijo Jocelyn. «¿Su budín de pan?».

«Sí, y cien más. La abuela, Julia y yo las estamos revisando».

«Ayudará cuando termine de desayunar», dijo Jocelyn.

«Yo tengo que regresar a escribir», dijo Alice.

«Por supuesto», dijo la señora Weatherly, y se dio la vuelta y se fue.

Alice y Jocelyn intercambiaron una mirada. Jocelyn se encogió de hombros y Alice puso los ojos en blanco con disgusto. «¿Te parezco una marioneta?», preguntó en voz baja.

«Sabes que ella no puede evitarlo».

Alice se reclinó con el ceño fruncido.

~~~

«¡Ali, llegó!», Jocelyn se regocijó una hora más tarde mientras prácticamente bailaba hasta el salón de arriba donde Alice estaba trabajando. «¡Llegó la invitación!», la leyó en voz alta. “El baile de Buckley. Se solicita su compañía para una velada de entretenimiento en Steadfield Manor el sábado 29 del presente. A las nueve en punto”. Ella miró a Alice. «¿Qué significa del presente?».

«Significa como en este mes. En lugar de escribir abril».

«¿Puedo quedarme con esto? Mamá dice que puedo si estás de acuerdo».

«Está bien. Si puedo tener el siguiente».

«De acuerdo», dijo Jocelyn felizmente. Salió de la habitación con paso ligero. «¡Fuimos invitadas!», ella gritó felizmente.

Alice sonrió. Lo admitía, esto era emocionante.

Capítulo Ocho

Estar asociados con los Walston tenía muchas ventajas, pero nadie en la casa de los Weatherly estaba seguro de que la señorita Robina Rathke, a quien lady Merton había recomendado para que enseñara a las niñas el buen gusto social, fuera una de ellas. Se sentía en una parte insultante y en tres partes divertida o quizás al revés. Un jueves por la tarde, se sentaron frente a la señorita Rathke en la mesa del salón con papel y bolígrafo a mano por si surgía la necesidad de tomar notas.

La señorita Rathke era de mediana edad, delgada y seria. Su complexión era delgada, su rostro era delgado y su cabello oscuro bien recogido parecía delgado. Hablaba lentamente y miraba de un lado a otro entre Alice y Jocelyn, con una mano delgada colocada encima de la otra sobre la mesa. La madre, la tía y la abuela de las niñas también estaban en la habitación, todas ocupadas. Julia leyendo, la anciana señora Weatherly ocupada en su redecilla y la señora Eliza Weatherly bordando labios rosados y rizados en una de las muñecas de trapo que estaba haciendo para sus nietas. La señorita Rathke no les prestaba atención. Tenía su tarea y la tomaba en serio. Después de todo, si las chicas cometieran un error a partir de este día, podría reflejarse mal en ella. Uno nunca sabía con los estadounidenses.

La señorita Rathke había comenzado el tutorial haciendo preguntas sobre su educación. Una vez que estuvo satisfecha de que no eran completas filisteas, comenzó a recordarles los conceptos más básicos que se les enseñan a todas las niñas cuando tienen ocho años. Estas reglas formaban la base desde la cual podían avanzar y tal vez alcanzar grandes alturas.

Ella levantó un dedo delgado. «Una joven nunca debe estar sola con un caballero». Ella levantó un segundo dedo en el aire. «Las mujeres solteras deben estar acompañadas cuando estén en público». Un tercer dedo se levantó. «Una joven debería escuchar mucho». Ante esta pizca de sabiduría, hizo un gesto hacia su oreja antes de gesticular desde sus labios hacia afuera. «Y hablar con moderación».

«¿Qué pasa si nos hacen una pregunta?», Alice preguntó ingeniosamente, habiendo decidido que también podría divertirse un poco con la sesión. Después de todo, serían dos horas de su día que podría haber dedicado a escribir.

«Por supuesto que respondes, querida, pero moderas tu respuesta. No hablas extensamente ni con presteza. Tu objetivo en todo momento debe ser que sea inofensivo y expresado en voz baja».

«Ah», respondió Alice. «Eso será un cambio, al menos para mí».

La señorita Rathke asintió majestuosamente, como si reconociera el valor casi incalculable de su consejo. En ese momento, Alice y Jocelyn estaban dolorosamente conscientes de la necesidad de no mirarse la una a la otra. Si lo hacían, se comportarían con una hilaridad poco femenina.

La señorita Rathke hizo que le hicieran una reverencia, lo cual le pareció aceptable. Examinó sus tarjetas de visita y las encontró satisfactorias. «Siempre dejen una tarjeta en una visita, pero una dama soltera nunca entrega una tarjeta a un caballero».

Las chicas asintieron cortésmente.

«Una dama no debería hacer una visita matutina antes de las once. La mayoría de las visitas matutinas están reservadas para conocidos cercanos. En cuanto a las visitas de la tarde, acepten té y refrescos cuando se los ofrezcan. Participen despacio y con modales intachables». Hizo una pausa antes de agregar, «Estoy segura de que no hace falta decir que un cubierto nunca debe

raspar el plato», dijo con una mueca en el labio. «Tampoco deberían pedir un segundo plato».

«¿Ni siquiera si está delicioso?», preguntó Alice.

«No, señorita Weatherly. Si lo ofrecen, entonces está bien. Pero, no lo pidan».

Alice se inclinó para escribir la nota en un papel, lo que pareció complacer a la señorita Rathke.

A la hora acordada, Fisher trajo un servicio de té, según el protocolo que les habían dado para la sesión. Una vez servido, Alice sintió una fuerte necesidad de sorber su té solo una vez, pero se resistió. Una pregunta tonta aquí y allá hacía que el tiempo pasara más rápido, especialmente sabiendo que Jocelyn luchaba por no reaccionar, pero sorber era ir demasiado lejos. Aún así, había algo en el hecho de que la consideraran una tonta que la hacía querer interpretar el papel.

La señorita Rathke disfrutó de los pequeños sándwiches y aprovechó el descanso para hacer preguntas a sus pupilas, así como para compartir conocimientos. «Saben que nunca deben alcanzar un plato durante una cena».

«Sí, señorita Rathke», respondió Jocelyn.

«En efecto», añadió Alice, calculando su respuesta cuando la señorita Rathke eligió otro sándwich. «Es lo mismo en nuestra... sociedad». La señorita Rathke no se dio cuenta de cómo Alice pronunciaba la palabra *bárbara* con los labios sin sonido, pero Jocelyn sí, lo que hizo casi imposible contener una risita divertida. Sin embargo, una dama nunca se reía, ni soltaba una carcajada ni escupía. Seguramente estas instrucciones estaban a punto de darse. De lo contrario, ¿cómo lo sabrían?

La lección continuó. No debían salir de casa sin gorro o sombrero durante el día, pero nunca se debía usar un gorro o sombrero para ir a un baile. «Algunos tocados decorativos, plumas y cosas así están bien para los eventos nocturnos», afirmó la señora, y agregó que, si tenían dudas sobre el gusto sobre una pieza específica, estaría encantada de verla y opinar sobre su idoneidad.

«Pero ni una sola pluma en la cabeza», dijo Alice dulcemente. «¿Correcto? Al menos no para nosotros. Alguien podría pensar que adoptamos el estilo de los indios que nos rodean en casa».

Ante esto, su madre levantó la vista bruscamente, Julia apretó ambos labios y tembló en un esfuerzo por no reírse, mientras que la pobre Jocelyn solo pudo contener la respiración y clavar la uña del pulgar en la palma opuesta con el mismo esfuerzo.

La señorita Rathke no prestó atención a ninguna de estas reacciones mientras reflexionaba sobre la cuestión. Parpadeó una, dos veces y luego respiró hondo. «No debería haber ninguna preocupación por eso, señorita Weatherly. Las plumas están de moda. Almack's a menudo las requiere e incluso especifica el número que debe usarse. ¿Tengo entendido que se presentarán allí?».

«Entendemos lo mismo, señorita Rathke», respondió Alice.

«Entonces, debo hablarles de las patronas».

Ese sermón, que la señorita Rathke obviamente había pronunciado innumerables veces, duró al menos quince minutos, durante los cuales Alice se sirvió unos segundos y le ofreció el plato a Jocelyn, quien hizo lo mismo. A esto siguió una conferencia sobre cómo uno se dirigía a cada miembro de la nobleza. Alice, en ese momento, estaba inventando un poema en su cabeza.

Su Gracia, mi lord y Milady y demás. Un beso en su anillo es el toque más adecuado. Todo esto es muy tonto, al menos, para nosotros. Queridos lords, damas, duques y demás.

La señorita Rathke finalmente concluyó la lección con una firme advertencia de respetar los horarios adecuados para comprar, montar, etc. «Lo tengo todo escrito», dijo deslizando un folleto sobre la mesa.

«Gracias, señorita Rathke», dijo Jocelyn.

«Sí, gracias», repitió Alice. «Esto ha sido de gran ayuda».

«Espero que sí. Son unas chicas encantadoras».

«Gracias», dijeron las chicas al unísono.

«Me iré ahora».

Fue Jocelyn quien acompañó a la señorita Rathke hasta la puerta. Alice volvió a sentarse de espaldas a sus mayores y garabateó en su papel, repentinamente preocupada por la reprimenda que pronto recibiría de su madre. Ciertamente justificable, sí, pero ¡qué ridícula e insultante pérdida de casi dos horas!

Cuando Jocelyn regresó, manteniéndose rígida y evitando ardientemente la mirada de su hermana, la reacción de sus mayores comenzó con la risa de la abuela. El sonido fue lo suficientemente impactante como para que todos la miraran antes de ser arrastradas a la locura. Las lágrimas corrían por el rostro de la anciana señora Weatherly y estaba doblada, golpeando tanto como podía el costado de su silla. La alegría acababa de controlarse cuando la abuela buscó un pañuelo para limpiarse la cara y sonarse la nariz. «Oh, Eliza», dijo. «¿Por qué nunca nos dijiste que estaban rodeados de indios?».

Esto renovó la risa.

«¿Cómo podremos mantener la cara seria cuando veamos a una dama con una sola pluma?», preguntó Jocelyn.

«Maldita sea, si no me he orinado», comentó la abuela, lo que provocó la risa una vez más.

~~~

«¿Cómo estuvo la tutoría hoy, chicas?», preguntó el señor Weatherly durante la cena. Estaba agregando guisantes a su plato, por lo que no notó las sonrisas a su alrededor, ni siquiera la de Jeremy, a quien le habían comentado la experiencia.

«No fue muy instructivo», respondió Jocelyn.

Alice estuvo de acuerdo. «Ya sabíamos que no se debían coger los guisantes con un cuchillo».

El señor Weatherly notó las expresiones divertidas de todos. «Ah. ¿Hubo algo insultante en el contenido?».

«Se podría decir eso», respondió Alice.

«Me lo pregunto», dijo su esposa. «¿Qué tan bajos temen que seamos?».

«No creo que tengan miedo de eso», replicó el señor Weatherly. «En absoluto. No me sorprendería que sus propias hijas no hubieran sido educadas por la señora».

«Realmente lo dudo», dijo Alice mientras seleccionaba un trozo de jamón del plato.

«Yo también lo dudo», coincidió Julia. «O si lo hicieron, fue cuando las niñas todavía tenían dientes de leche».

Alice sonrió. «Incluso entonces, Lakely lo habría debatido».

«Pásame las papas, cariño», le dijo la abuela a Jeremy. «Una dama no puede tomarlas por ella sola, ¿sabes?».

«Por cierto», dijo Julia, «Alice y Jaus, encontré algo para cada una de ustedes». Levantó dos plumas de su regazo. Todos se rieron excepto el señor Weatherly que las miró como si se hubieran vuelto un poco locas.

Viernes 28 de abril

AWE

***Mañana:*** 9:00 Ajustes con Madame Neveah

***Tarde:*** Rehacer el segundo capítulo

***Noche:*** 7:00 Cena familiar en Rules

*Esta mañana pareció intolerablemente larga. Aunque detesto las pruebas, admito que el servicio de la modista estuvo increíblemente bien dirigido y la experiencia resultó mejor de lo habitual. Madame Neveah es claramente una astuta dama de negocios con media docena de ayudantas, cada una de las cuales estaba ocupada, midiendo, registrando o cosiendo. La gran tienda tenía gruesas alfombras, sillas tapizadas de terciopelo, espejos dorados de cuerpo entero y aire perfumado.*

*La cena de esta noche fue realmente especial. La familia fue a un restaurante llamado Rules, que existe desde hace más de veinte años. La comida y el servicio fueron excelentes. Jeremy fue con nosotros. La abuela y la tía Julia rara vez salen por la noche, pero para él es casi algo inaudito. Jaus y yo estábamos muy contentas. Él probó nuestra comida y nosotros probamos la suya, lo que le divirtió mucho. Es lo que hacemos y hemos hecho siempre, pero él es hijo único, además de aislado en su singularidad.*

*Desde el sueño de mamá de que los niños estuvieran aquí, siempre he pensado en nuestra familia en Boston. Los extraño, pero esta también es nuestra familia: la abuela, la tía Julia y Jeremy. Los extrañaré muchísimo cuando regresemos, pero ¿cómo podría vivir lejos de mis padres, mis hermanas mayores y los niños?*

*No podría.*

# El baile de Buckley

Se solicita su compañía para una velada de entretenimiento

Steadfield Manor

Sábado 29 del presente. A las 9 en punto.

-Sir Horatio Buckley

## Capítulo Nueve

El carruaje de Weatherly fue admitido en la fila de vehículos que se acercaban constantemente a Steadfield Manor para El Baile de Buckley. Jocelyn miró por la ventana de Alice temblando de anticipación. Como estaban sentados tres en un mismo lado, Alice podía sentirlo. Julia, al otro lado de Jocelyn, estaba casi tan emocionada como ellas. Sus padres se habían sentado frente a ellas. «¿Cuántas veces crees que bailarás esta noche, tía Julia?», preguntó Alice.

«Espero que los caballeros hagan fila para aprovechar su oportunidad», respondió Julia. «Cinco. Diez. ¿Quién podría decirlo? Solo espero no tener agujeros en mis zapatos».

Jocelyn se acercó y apretó la mano de su tía. Este era su primer baile y sería el menos formal al que asistirían, o eso les habían dicho, pero Steadfield Manor era espléndida, de piedra de colores claros con estuco blanco y un pórtico de muchos pilares. Claramente el baile no estaba siendo juzgado por la magnificencia del hogar.

Su padre les había explicado que Sir Horatio Buckley se había distinguido en la guerra con los franceses y, en consecuencia, había sido nombrado baronet, lo que no debía confundirse con el de barón. No era un par. Eso llevó a una explicación sobre la nobleza, quién tenía qué rango y cómo se llamaban ellos y cómo se llamaba a sus esposas y a sus hijos y quién heredaba qué. ¡Dios mío! Como si algo de eso fuera importante. Y, sin embargo, ¡cómo se iluminaban los ojos de su padre cuando hablaba de ello!

El carruaje dobló la curva del camino de entrada y un lacayo abrió la puerta y se ocupó de ayudar con los escalones. Alice fue la primera. Mientras esperaba a las demás, observó la multitud de invitados que entraban y los que se encontraban en grupos conversando en la espaciosa terraza.

Jocelyn se unió a ella, con los ojos brillando de asombro. «¿No te sientes como Cenicienta?».

Alice sonrió mientras se desabrochaba la chaqueta Spencer.

«Sí», añadió Jocelyn.

«Tú te ves bien», dijo Alice. El vestido de Jocelyn era de color dorado pálido con una capa de fina red sobre la falda que era un tono más claro y le daba dimensión. Con su vestido dorado, sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillantes, estaba preciosa.

«Tú también», respondió Jocelyn.

«Dos Cenicientas», reflexionó Alice. «Eso cambia un poco la historia». Ahora que lo pensaba, en cierto modo encajaba. No es que alguna vez se hubieran vestido con harapos o trabajado como servidumbre, pero tampoco habían asistido a los bailes de una temporada en Londres vestidas a la perfección. La velada tenía un aire encantador. Cuando toda la familia bajó del carruaje, las niñas volvieron a ponerse las chaquetas dentro y se dirigieron hacia la casa pasando junto a otros carruajes cuyos ocupantes descendían. Jocelyn mantuvo la mirada al frente, pero Alice no pudo evitar notar las miradas de curiosidad de los invitados con los que pasaban. Ella escuchó: «¿Quiénes son?», más de una vez.

El vestíbulo estaba lleno de gente, por lo que el nivel de sonido y calidez aumentaba considerablemente. Avanzaron lentamente abriéndose paso. A mitad de la gran sala, Alice sintió algo a su izquierda y miró a través de un claro de gente a Nigel mientras él la miraba a ella. Ambos sonrieron y asintieron el uno con la cabeza. Cuando apartó la mirada, sintió calor en la cara. ¡Qué extraño! Ella había sentido su presencia como si un hilo invisible tensado entre ellos hubiera sido jalado.

Jocelyn le tocó el brazo. «Lakely».

De hecho, Lakely estaba casi cerca de ellos con un vestido verde esmeralda muy por encima de todo lo que poseían. Era maravilloso. Sus vestidos, aunque bonitos, eran sencillos en comparación. El suyo tenía un corpiño azul pálido con una falda blanca. El bordado plateado en la parte inferior de la falda era el único adorno.

«Estaremos adentro», dijo su madre mientras continuaban.

«Ahí están», dijo Lakely cuando llegó hasta ellas. «Se ven tan frescas como margaritas».

Con suerte, no parecían tan provincianas como las margaritas, pero ¿en comparación con *ese* vestido?

«Hola», dijo Ada mientras se acercaba detrás de su hermana. «Las hemos estado esperando».

«Nos tomó algo de tiempo entrar», explicó Alice.

«Siempre está así de lleno de gente», dijo Lakely. «¿Por qué no las presentamos a los amigos de Nigel antes de entrar?».

«Son como hermanos para nosotras», añadió Ada. Su vestido era del color de un melocotón maduro con mangas cortas y abullonadas. «Nigel los conoce desde que eran niños. Fueron juntos a la escuela. Bueno, JG no fue a Harrow, pero ni siquiera está aquí esta noche. ¿Quieren saber sobre el resto de ellos?».

Alice y Jocelyn asintieron. «Sí», respondió Jocelyn sin dudarlo.

«Joel y Jonathan son gemelos y muy guapos. Y muy agradables. Hugh es el que lleva gafas y es tan reflexivo como el día es largo. Y luego está Dab, que es más guapo de lo que le conviene a él o a cualquiera». Hizo una pausa antes de agregar, «En realidad, es un alma perdida».

Lakely le dirigió una mirada irónica. «Eso es un poco melodramático, ¿no te parece?».

«No», respondió Ada con sinceridad.

«Ambas se ven tan encantadoras y sofisticadas», comentó Alice.

«Esto es del año pasado», respondió Lakely en tono aburrido. «No pude salirme con la mía en otros eventos...».

«Y nuestra madre no estaba muy contenta de haberlo usado esta noche», intervino Ada.

Alice no podía imaginarse sin usar un vestido del año anterior. «¿Alguna de ustedes tiene el ojo puesto en algún caballero especial?».

«Yo no», habló Ada. «Sospecho que mi hermana sí, pero se niega a admitirlo».

«Ella tiene razón en ambos puntos», afirmó Lakely. «Sospecha que lo hago y me niego a admitirlo, como ella dice».

«Ajá», exclamó Ada. «¡Eso significa que sí!».

«No, no significa eso».

Ada puso los ojos en blanco. «Habla dando vueltas y hace acertijos cuando le place».

«No estoy hablando en círculos ni en acertijos. Cuando no puedes proporcionar ningún razonamiento sólido para sospechar que...».

«Excepto que te conozco», interrumpió Ada.

Jocelyn murmuró su apoyo a la declaración. «Una sí conoce a su propia hermana. Casi tan bien como nos conocemos a nosotras mismas».

«Sí», estuvo de acuerdo Ada. «Eso hacemos».

«Vamos», le dijo Lakely a Alice. «Hay un baile en progreso». Agarró a Alice del brazo y condujo al grupo hacia Nigel y otros dos hombres de su edad. Los músculos del estómago de Alice se tensaron.

«Señorita Weatherly», saludó Nigel cuando llegaron hasta ellos. «Señorita Jocelyn», hizo una reverencia y ellas hicieron lo mismo. «Encantado de verlas. ¿Puedo presentarles a mis amigos,

Hugh Pritchett?», dijo Nigel, señalando a un hombre rubio con gafas que estaba junto a él, «y Joel Stewart», señaló Nigel a un hombre de cabello oscuro, ojos claros y bigote. Ambos hombres inclinaron la cabeza cuando los presentaron.

«Encantado de conocerlos», dijo Jocelyn, tartamudeando por su nerviosismo.

«Entonces», dijo Nigel rápidamente. «Este es su primer baile inglés».

Alice tuvo la impresión de que había hablado rápidamente para disimular la vergüenza de su hermana y sintió un gran aprecio por ello. «Sí».

«Será uno sencillo», dijo Joel Stewart. «En realidad, parece más un baile de campo que un baile formal».

«Lo cual prefiero infinitamente», dijo Hugh Pritchett.

«¿No le gustan los bailes, señor Pritchett?», dijo Jocelyn, una vez más tartamudeando por su nerviosismo. Difícilmente se la podría criticar. Eran tan guapos.

«No me gusta la aglomeración», respondió Hugh, arrugando la nariz al pronunciar la última palabra.

«¿Dónde están los otros?», preguntó Lakely.

Joel miró a su alrededor. «Probablemente tomando otra bebida».

«Joel tiene un gemelo llamado Jonathan», dijo Lakely como si aún no se lo hubiera explicado, «y Dabney Adams es el último miembro de los cinco feroces».

El señor Pritchett se rió entre dientes. «Nunca escuché que nos llamaran así».

Nigel tenía una sonrisa en los labios. «Tiene varios nombres para nosotros y te aseguro que no todos son halagadores».

Lakely le sonrió dulcemente al señor Pritchett. «Los que son para ti son todos halagadores, Hugh».

«Gracias», dijo dramáticamente.

Joel se llevó una mano al pecho. «¡Lakely! Me siento herido».

«Estoy segura de que te recuperarás», respondió ella en broma.

Los ojos azul pálido de Joel eran deslumbrantes, contrastaban mucho con su cabello oscuro.

«Pero, ¿no deberían ser seis?», preguntó Hugh. «No debemos dejar fuera a JG. Heriríamos sus sentimientos».

«Pensaré en algo», dijo Lakely.

«Aquí están», dijo Ada mientras otros dos hombres se acercaban. El círculo se expandió para admitirlos, y Nigel y Alice se acercaron más, algo de lo que ella se sintió muy consciente.

«Alice, Jocelyn», dijo Lakely, señalándolas mientras decía su nombre, «conozcan a Jonathan, el gemelo», dijo Lakely.

«Me encanta que me llamen así», comentó Jonathan jocosamente.

«Es todo lo que siempre has querido ser en la vida», bromeó su gemelo. «¿No es así?».

«En efecto», respondió Jonathan.

«Y este es Dabney Adams», continuó Lakely. «De quién, si no se los advertí ya, lo haré más tarde».

El señor Adams gruñó. «Me opondría, pero no puedo estar en desacuerdo», les sonrió. «Un placer conocerlas, damas».

«Un placer conocerte», respondió Alice, entendiendo lo que Ada había querido decir al comentar que era demasiado guapo para su propio bien. Era impresionante.

«Entonces, señorita Weatherly», le dijo Hugh a Alice. «Tengo entendido que escribes prosa».

«Sí. Sí».

«Una *bluestocking*, ¿eh?», preguntó Dabney Adams.

Alice no estaba familiarizada con el término.

«Una dama con cerebro», explicó Lakely. «Un concepto muy aterrador».

«En serio», dijo Nigel, «era una sociedad de mujeres defensoras de la educación y la literatura. Ya ni siquiera existe. Ahora tendemos a llamar *bluestocking* a cualquier dama intelectual».

«Ah», respondió Alice. «Supongo que sí», le dijo al Sr. Adams. «Al menos, me gustaría pensar que sí. Aunque soy más creativa que intelectual. Pero me encanta leer, investigar, escribir y aprender».

«¿Qué escribes exactamente?», preguntó Dab.

«Ficción, aunque mi proyecto actual es también de no ficción».

«¿Cómo es eso?».

«Gira en torno a cartas escritas durante la guerra revolucionaria».

«Fascinante», comentó Hugh. «¿Cartas reales?».

«Sí».

«¿Cómo las conseguiste?», preguntó Jonathan.

«Quizás ella pueda explicarlo en otro momento», le dijo Lakely antes de volverse hacia Alice. «¿Entramos?».

Lakely se la llevó. Habían pasado once días desde la última vez que Alice había visto a Nigel. ¿Se había dado cuenta de lo considerado que era? Por no hablar de su buena apariencia. Su corazón latía a un ritmo suficiente para dejarla sin aliento. «Son muy amables», dijo con toda la calma que pudo.

«Lo son», asintió Lakely. «Por supuesto, hay que conocerlos para saberlo realmente. Especialmente a Dab».

~~~

«Si decides que no la quieres...», le dijo Dab a Nigel.

Nigel lo miró. «Gracias por no terminar esa declaración».

Dab se rió entre dientes.

Hugh asintió hacia Nigel. «Ella es especial».

«Lo es», admitió Nigel. Lo que no sabía era si ella pensaba lo mismo de él.

Hugh le dio una palmada en el hombro a Nigel y los cinco desfilaron hacia un salón de baile lleno de color y movimiento. En el interior, una orquesta tocaba una melodía animada mientras una multitud de bailarines se integraban a una cuadrilla, y los espectadores hablaban y reían lo suficientemente fuerte como para ser escuchados por encima de todo.

~~~

«Tartamudeé como una tonta», se lamentaba Jocelyn mientras ella y Alice esperaban que Ada y Lakely regresaran de la mesa de refrigerios con bebidas.

«No lo hiciste», respondió Alice.

«Sí lo hice. ¿Y la forma en que Nigel habló para encubrirlo? Me gusta, Alice. Realmente, él me agrada».

«A mí también».

Lakely le entregó a Alice un vaso de ponche. Ada le entregó otro a Jocelyn y Lakely levantó su vaso en el aire. «Por una velada memorable».

Las chicas brindaron, bebieron y se movieron para mirar a los bailarines en la pista. La vergüenza anterior de Jocelyn pareció olvidarse en ese momento. Alice se encontró buscando a

Nigel. Apenas podía creer que lo hacía, pero así era. Intentó discreción, pero lo estaba buscando. Se quedó sin aliento cuando notó que él se dirigía hacia ellas, y luego notó que una hermosa dama también lo miraba.

La dama tenía el pelo castaño rojizo. Llevaba un vestido blanco con adornos de color gris peltre. Una tiara pequeña y brillante lucía perfecta en su cabello. Los rizos en forma de sacacorchos caían sobre un hombro. El corte de su vestido dejaba ver los hombros pálidos. El tiempo pareció ralentizarse mientras Alice se concentraba en la dama que cerraba su abanico. La punta llegó a su barbilla un momento antes de que extendiera la mano y tocara el brazo de Nigel. Él había pasado sin verla, pero se dio la vuelta y ella sonrió y dijo algo.

«Esa es Therese St. Clair», dijo Lakely.

La señorita St. Clair y Nigel conversaban fluidamente y el interés que mostraba la señorita St. Clair era evidente. «Ella es hermosa», comentó Alice.

«Me atrevo a decir que lo es», coincidió Lakely, «su tío es conde, pero tiene hijos que heredar, por lo que a ella no le beneficia más que la conexión». Ella tomó un sorbo de su ponche. «Es infaliblemente agradable. Criada con mucha delicadeza».

«¿Está enamorada de tu hermano?».

Lakely se llevó el dorso de los dedos enguantados a los labios y sonrió. «También dices cosas bastante impactantes. Solo que no es tu intención, ¿verdad?».

Alice estaba desconcertada. «¿Por qué eso es impactante?».

«Porque mi hermano es *tu* pretendiente. O lo será, si lo aceptas».

Era demasiado pronto para semejante declaración. Ridículamente demasiado pronto. «Lo que quise decir es que, antes de que yo llegara, antes de que alguien supiera de mí, era probable que ellos dos...».

Lakely se encogió de hombros sin comprometerse. «Es posible».

Alice miró hacia otro lado. ¿Estaba realmente experimentando un ataque de celos? ¡Qué absurdo! Acababa de conocer a Nigel Walston. Aún así, no pudo evitar mirarlos. No es que importara. Otras personas se habían interpuesto entre ellos. Así que, Therese St. Clair, la sobrina de un conde. Parecía rica. Hermosa y rica. Seguramente su dote habría sido suficiente. Esa unión habría tenido sentido.

Cuando Nigel se unió a ellas unos minutos más tarde, no parecía nervioso. Alice deseó sentirse tan serena como él parecía.

«¿Puedo tener el honor del próximo baile, señorita Weatherly?»., preguntó.

Si tenía algún sentimiento de culpa o arrepentimiento por la participación de la señorita St. Clair, ella no lo vio en su rostro. «Por supuesto, señor Walston. Me gustaría».

«¿Vamos a la pista?».

Él extendió su brazo y ella lo aceptó. ¿Lo había hecho lentamente o su mente estaba entrando nuevamente en modo melaza?

~~~

Therese St. Clair observaba a Nigel y a la extraña rubia caminar hacia la pista de baile con una sensación de inquietud. Nigel había sido tan educado como siempre, pero no tan atento.

«Me pregunto quién es ella», dijo la señorita Diana Fletcher. «Nunca la había visto».

«Yo tampoco», coincidió Susan Moorcroft, la tercera miembro de su grupo. «Quizás una amiga de su hermana».

La señorita Fletcher era atractiva y tenía el cabello castaño. La señorita Moorcroft era menuda, rubia y de apariencia normal. La señorita Moorcroft se quedó sin aliento al ver a Dabney Adams

acercándose a ellas. «Dabney Adams se acerca», anunció.

«Señor Adams», dijo Diana Fletcher cuando él estaba a un metro de distancia.

Él esbozó una sonrisa educada, aunque algo forzada, y se acercó a ellas seguido de su amigo Hugh Pritchett. «Buenas noches», saludó Dab.

«Hola», repitió Hugh. «Ustedes, señoras, se ven encantadoras esta noche».

«Gracias», respondió Therese, bajando la mirada modestamente.

«Sí, gracias», dijo la señorita Moorcroft. Ella miró de él al señor Adams con expresión de adoración.

«Y ustedes dos», habló la señorita Fletcher, «lucen elegantes», comentó con un seductor movimiento de un hombro.

La señorita Moorcroft intentó memorizar el gesto de Diana para practicarlo cuando llegara a casa.

«Es amable de tu parte decirlo», respondió Hugh.

«Es verdad», replicó la señorita Fletcher. «Es bastante sorprendente que todos nos vistamos tan elegantemente para un asunto tan rústico, ¿no creen? Aunque noto que no todos llevan algo nuevo. Estoy segura de que vi a la señorita Walston con ese vestido el año pasado.

La expresión de Hugh permaneció imperturbable. «Ese no es el tipo de cosas que un hombre nota. Oh, tal vez el vestido y cómo luce una dama con él. ¿Pero la moda de este año en comparación con la del año pasado?», sacudió la cabeza, «no. No tenemos idea ni nos importa de ninguna manera».

«Estoy segura de que es cierto», dijo Therese St. Clair, enviándole a Diana una mirada de reojo para alentar el silencio sobre el asunto. Estos eran amigos cercanos de Nigel, lo que significaba que serían leales hacia sus hermanas.

La señorita Moorcroft captó la mirada. «Oh, mira», dijo para cambiar de tema. Señaló con la cabeza a lady Gosforth, una dama corpulenta de sesenta años parada junto a una delgada joven de diecisiete o dieciocho años. La chica vestía de blanco con una cinta rosa alrededor de la cintura. «Lady Gosforth está aquí con su pupila. La chica parece muy dulce y joven, ¿no creen?», preguntó, queriendo decir algo agradable.

«Ella no está bajo tutela», dijo Therese St. Clair. «Los Gosforth la patrocinarán durante la temporada. Tengo entendido que es hija de un conocido cercano».

La señorita Fletcher arqueó las cejas. «*Mmm*. Me pregunto. ¿Es por generosidad o simplemente por apariencia?».

Hugh y Dab intercambiaron una mirada. «Si nos disculpan», dijo Dab. «Deberíamos volver a unirnos a nuestro grupo».

«¿Podemos preguntar?», habló la señorita Fletcher para detenerlos. «Hablando de la señorita Walston...».

«¿Estábamos...?», Dab preguntó con una expresión curiosa. «¿Estábamos hablando de la señorita Walston?».

«Por supuesto que lo hacíamos. ¿Con el vestido del año pasado? Pero ese no es el punto. Nos preguntábamos junto a quién está ella. ¿La dama que ahora baila con el señor Walston?».

«Esa es la señorita Weatherly», respondió Hugh. «Alice Weatherly. Su hermana menor, la señorita Jocelyn Weatherly, está ahora con las señoritas Walston. Ellas son de los Estados Unidos».

«De América», dijo la señorita Fletcher con burla. «No es de extrañar que no la hayamos visto antes».

Hugh asintió brevemente. «El señor Weatherly asistió a la escuela con lord Merton».

«Ah», dijo Therese St. Clair con una sonrisa. «Entonces son viejos amigos, supongo». Hizo una pausa antes de seguir preguntando, «¿han estado mucho tiempo en Londres?».

«No mucho», respondió Hugh.

«¿La has conocido?», preguntó la señorita Moorcroft.

«Sí. Esta noche. Es encantadora. Inteligente y muy lista».

«¿En serio?», dijo la señorita Fletcher jocosamente. «¿Una estadounidense? Me hace preguntarme cuántas respuestas ha preparado. ¿Es realmente inteligente o cada respuesta está planificada, estudiada y practicada?».

«Disculpen», dijo Dab intencionadamente.

«Oh, no te vayas», insinuó la señorita Fletcher. «Prometo frenar mi lengua y ser menos malvada»

«Malvada», repitió Dab. «¿Es verdadera maldad, señorita Fletcher?», preguntó fríamente. «¿O simplemente una excelente impresión?».

Hugh casi se ahoga con el sorbo que acababa de tomar. Dab sonrió a las demás, murmurando, «Damas» y se alejó.

«*Touché*», dijo Hugh en voz baja mientras se alejaban. «Y bravo».

Dab sacudió la cabeza con disgusto. «Se me ocurren algunas palabras diferentes a malvada».

«Sí, pero este es un evento agradable y rústico, así que ten cuidado con tu lenguaje», bromeó Hugh.

~~~

«Señor Merton».

Lord Merton se volvió hacia el hombre que había hablado, un joven de veintitrés años con el pelo rubio bastante largo y un rostro elegante. «Señor Bower. Qué bueno verle», dijo a pesar de que fue él quien incluyó al joven en las festividades de esta noche.

«Y a usted, señor», respondió Harrison Bower. «¿Podemos hablar en privado?».

«Por supuesto», lord Merton abrió el camino hasta un rincón apartado de la habitación y miró expectante al hombre.

«Estoy deseando conocer a la señorita Walston», dijo significativamente el señor Bower.

«Entonces, ¿podría aceptar los términos de un posible compromiso?», lord Merton contestó silenciosamente.

«La suma que mencionó me parece bastante exorbitante, pero la aceptaré si las cosas avanzan hasta ese punto».

Lord Merton asintió. «Iba a pedirle a mi hijo que hiciera la presentación, pero está ocupado en este momento, así que vayamos a buscarla». Harrison Bower asintió agradablemente y lord Merton se dirigió al lugar donde había visto a Lakely por última vez. No veía ninguna razón para que ella se opusiera al matrimonio. No tenía su límite puesto para nadie y Harrison Bower era un tipo apuesto de una familia de banqueros adinerados. Tenía unos ingresos de siete mil al año y algún día heredaría una buena suma y propiedades. «Ahí está», dijo cuando la vio.

Harrison Bower solo había admirado a la señorita Walston desde lejos, pero su belleza permanecía en un hombre. Lo embujaba

«Hola damas», saludó lord Merton cuando llegó hasta Lakely, Ada y Jocelyn.

«Hola, papá», dijo Ada. Su mirada curiosa se dirigió al señor Bower.

La mirada de Lakely se dirigió directamente al señor Bower. Cuando volvió a mirar a su padre, su expresión era sospechosa, si no francamente acusadora.

«¿Puedo presentarles al señor Harrison Bower del Banco Bower-Vasey de Londres?», lord

Merton dijo sin perder el ritmo ni ninguna señal de reconocimiento sobre la reacción de Lakely.

El señor Bower hizo una reverencia. «Damas».

«Señor Bower», murmuraron.

«Esta es mi hija mayor, Lakely, y mi hija menor, Ada, y esta es la señorita Jocelyn Weatherly de Estados Unidos. La hermana de la señorita Jocelyn, Alice, en este momento está en la pista con mi hijo».

«Es un gran placer conocerlas a todas», dijo el Sr. Bower. «Hablando de bailes», añadió, mirando a Lakely. «¿Puedo tener el honor? Este baile acaba de comenzar».

«Por supuesto», respondió ella con frialdad antes de girarse y caminar hacia la pista de baile.

El señor Bower inclinó la cabeza ante Ada y Jocelyn y luego la siguió. La mirada de Ada se centró en la de su padre, la suya llena de cautelosa curiosidad.

«Tu madre y yo nos iremos pronto», dijo. «Enviaré el carruaje de regreso. Disfruten», se giró y se alejó, dejando a Ada mirándolo fijamente.

«Creo que está haciéndolo otra vez», dijo Ada de manera confidencial. «Y a Lakely no le gustará ni un poquito». Miró hacia la pista de baile. «El señor Bower es atractivo, ¿no?».

Jocelyn murmuró su acuerdo. No se le ocurrió nada más que agregar, pero de todos modos la distrajo un hombre que se acercaba demasiado, un hombre de unos veintitantos años con cabello rubio rojizo y una cara amigable. «Damas», dijo. «¡Hola!».

«JG», respondió Ada alegremente. «No pensé que pudieras venir esta noche».

«Me escapé del asunto Sarasin», admitió. «Sabía que esto sería más divertido. Están todos aquí».

«¿Puedo presentarte a la señorita Jocelyn Weatherly de Estados Unidos?», Ada los presentó.

«¡Ah! Tú eres ella», respondió con entusiasmo. «La heredera de Estados Unidos».

«JG», objetó Ada. «¡No! Esa es su hermana Alice, que está en la pista de baile con Nigel».

«¡Oh!».

«Y no somos herederas», añadió Jocelyn sacudiendo la cabeza.

«Ruego me disculpes. ¿Fue ofensivo?», preguntó con una mirada de genuino remordimiento. «Si tan solo pudiera pasar un día sin meterme un pie en la boca... probablemente me preguntaría por qué mi mandíbula se siente tan libre».

Jocelyn se rió. «No me ofendo, pero no somos herederas».

«Jocelyn», dijo Ada, «este es John George Baillie. Algún día será duque».

«Soy el presunto heredero», dijo JG cómicamente. «Aunque mi abuelo no planea acercarse a las puertas del cielo hasta que pueda estar seguro de que allí sirven excelente oporto y puros de calidad».

Jocelyn volvió a reír. Tenía toda una personalidad.

«Ahora tiene otro título», dijo Ada. «Él es el marqués de Blairwood».

El asintió. «Entonces, tal vez escuches que me llaman Blairwood. En ese caso, no pienses que me he presentado erróneamente».

«No lo haré», le aseguró Jocelyn. «Debo admitir, sin embargo, que la variedad de títulos y rangos me parece confusa».

«Yo también», exclamó JG.

Ella volvió a reír.

«Piensa en la nobleza como una especie de escalera», explicó. «Un duque es el peldaño más alto, pero probablemente haya obtenido otros títulos en camino hacia la cima. En cuyo caso, a su hijo o hijos o, en mi caso, a su nieto, se le otorga el título o títulos bajo el suyo. Mientras viva, quiero decir».

Jocelyn asintió. «Eso ayuda. Gracias».

«Por nada».

«¿Adónde vas con eso?», Hugh le preguntó a JG en broma mientras se unía al grupo. Dab estaba justo detrás de él.

«Estaba explicando la nobleza», dijo JG.

«Ah», dijo Dab. Miró a Jocelyn. «JG es, con diferencia, el de mayor rango entre nosotros. Los demás somos unos humildes... hijos de barones», finalizó con la cabeza gacha con deferencia, aunque la sonrisa en su rostro desmintió la veneración. «Al menos, así es como siempre nos llamamos. Joel es un barón de pleno derecho desde que falleció su padre».

«En las presentaciones formales», le dijo Ada a Jocelyn, «a los barones se les llama El Honorable». Dirigió lo último a Dab con una mirada astuta.

«Ada», exclamó. «¿Dime que no estás insinuando que soy poco honorable?».

«No. ¡Nunca, Dab! No importa qué rumores escuchemos. Siempre digo: 'Disculpe, pero conocemos a ese hombre desde hace mucho tiempo y Dabney Adams es... honorable'».

«Gracias querida Ada. Es gratificante saber que tengo seguidores».

Nigel y Alice se reincorporaron al grupo sonrojados y ligeramente sin aliento por el baile. «JG», saludó Nigel. «No pensábamos que lo lograrías esta noche».

«Esto es mucho más divertido que lo otro», respondió JG. «Ya lo estoy pasando de maravilla».

Nigel se volvió hacia Alice. «Este es nuestro amigo JG», se detuvo. «Lord Blairwood».

JG hizo una reverencia. «Es un gran placer conocerla, señorita Weatherly».

«Y a usted, lord Blairwood».

«JG, por favor», respondió. Notó el color de sus ojos y se acercó. «Qué ojos tan fabulosos tienes. ¡Dos colores diferentes! Como un zafiro pálido y una esmeralda pálida». Se giró hacia Jocelyn y estudió sus ojos.

Ella sacudió su cabeza. «Marrón aburrido».

«Con un centro de color ámbar», reflexionó. «No es nada aburrido».

Ella se sonrojó y bajó la mirada.

«¿Tomamos un refrigerio?», Nigel le preguntó a Alice.

«Sí», respondió Alice. «Por favor».

«Qué pareja tan espléndida hacen», comentó JG cuando la pareja se fue. «¿Por qué fue hace apenas unos días?».

«JG», interrumpió Dab.

«Que se conocieron», replicó JG. «Solo iba a decir que se conocieron». Miró a Jocelyn con expresión triste. «Es ese actuar de mis pies en mi boca otra vez. Incluso si no lo hago, la gente supone que estoy a punto de hacerlo».

Jocelyn sonrió. JG era considerablemente diferente a los demás, pero a ella le agradaba. Era enormemente entretenido.

Jonathan se unió al círculo. «Este lugar está demasiado lleno», se quejó. «Incluso peor que el año pasado».

«Estoy de acuerdo», respondió Dab. «¿Vamos a la sala de cartas?».

«Sí», exclamó Jonathan.

«¿Dónde está Joel?».

«Primero, lady Lynn y su prole lo atraparon, y luego el tío Harold se apoderó de él. También noté que la señorita Fletcher tejía una red para llegar hasta él. Por muy educado que sea, quedará atrapado durante al menos media hora».

«No te preocupes por eso, ¿eh, Jonathan?», JG habló.

«¿Esa compañía cortésmente duradera que detesto? No. Vi de reojo a mi tío y me dirigí hacia el otro lado. Tiene buenas intenciones, supongo, pero está lleno de opiniones, sobre todo. La mayoría se equivoca. Y me habría caído boca abajo y me habría alejado deslizándome antes de dejar que la señorita Fletcher me clavara un anzuelo». Miró a Jocelyn. «Mi consejo es evitarla. Ella es del tipo tortuoso».

Jocelyn no tenía idea de quién estaba hablando.

«¿Alguno de ustedes ha bailado esta noche?», preguntó Ada. «Saben que deberían hacerlo antes de irse».

«La pista de baile está ridículamente abarrotada», se quejó Jonathan. «Están apiñados codo con codo. Si quieren que acatemos los dictados sociales, deberían invitar a menos personas».

«¿Con quién está Lakely?», Hugh preguntó con curiosidad cuando notó que ella se dirigía hacia ellos seguida por un hombre rubio. Parecía enojada.

«Señor Bower», respondió Ada. «Del banco Bower. Padre acaba de presentarnos».

«Ella no parece muy contenta», dijo Hugh.

Cuando Lakely se detuvo junto a JG, estaba aparentemente tranquila, pero por dentro estaba hirviendo. «¿Dónde está Nigel?».

«Fueron por refrigerios», respondió Ada.

Lakely se alejó de inmediato.

«Y hola a ti también, Lakely», dijo JG en voz baja.

«Ada», dijo Hugh. «Antes de irnos a jugar a las cartas, ¿te importaría bailar?».

Ada sonrió. «Lo haría, Hugh. Gracias».

Ofreció su brazo. «Ahora, puede que tenga que aletear así», bromeó antes de sacudir burlonamente ambos codos. «Para hacer algo de espacio en la pista de baile».

«Está bien. No me importa un poco de violencia si eso significa más espacio para bailar».

La pareja siguió caminando.

«¿Señorita Jocelyn?», JG habló. «¿Le importaría bailar?».

«Gracias, lo haré».

Mientras se alejaban, Dab miró a su alrededor. «¿Dónde está una bandeja de bebidas cuando las necesitas?», le murmuró a Jonathan. «Vamos».

«Estoy justo detrás de ti».

~~~

Lakely estaba en condiciones de ser inmovilizada, aunque pocos habrían tenido el descaro de intentarlo. En las primeras horas de la mañana, Ada observaba a su hermana pasear a lo largo del salón, despotricando a cada paso sobre el descaro de los hombres que creían que podían elegir todos y cada uno de los caminos que una mujer podía y tomaría.

«¡Como si fuera a permitir que nuestro padre o cualquier hombre eligiera por mí!».

Después del baile, Ada había regresado a casa con Nigel, quien sabiamente había subido directamente a la cama. Eran más de las dos de la mañana y estaba lo suficientemente cansada como para desplomarse y quedarse profundamente dormida, pero había cometido el error de revisar a ver cómo estaba su hermana. Lakely había abandonado la gala en el mismo momento en que regresó el carruaje para discutir con su padre; solo que ella llegó a casa y descubrió que él había ido a su club. Frustrada, abrió una botella de vino y bebió copa tras copa, decidida a esperar despierta a su padre. Una vez que terminó la botella, comenzó con su premio de oporto, y él, aún no regresaba.

«Tengo que irme a la cama», dijo Ada mientras se levantaba. «Ya no aguanto. Buenas

noches».

«Probablemente ni siquiera volverá a casa esta noche», se enfureció Lakely.

«Probablemente no», asintió Ada mientras salía de la habitación con sus zapatos en la mano. «Tú también deberías irte a la cama». Siguió caminando porque no podía obligar a su hermana a hacer nada. Nadie podía. Había sido una tontería que Lakely hubiera abandonado la gala. Había sido extraordinario y la había pasado completa y magníficamente maravillosa. Ella sonrió y se mordió el labio inferior mientras subía las escaleras.

~~~

En el mismo momento, Alice y Jocelyn yacían en la cama contando vertiginosamente cada impresión de la velada. «Estoy muy cansada», dijo Jocelyn, «pero no sé si podré dormir. Mi mente es un torbellino».

«Como la mía cuando me despierto a altas horas de la madrugada y empiezo a escribir en mi cabeza y no puedo parar».

«Sí. Me imagino así».

Alice se puso de lado con una sonrisa somnolienta en su rostro. «Perdón por dejarlos a todos aturdidos, pero ahora me voy a dormir. Buenas noches».

«Buenas noches», respondió Jocelyn mientras contemplaba un garabato de luz danzante en el techo. Existía debido a la ubicación y proximidad de todo lo que se encontraba entre ella y la luna. Tal vez no significara nada en absoluto, pero tal vez lo significara todo. ¿O estaba borracha? *Por la luna y los árboles y el viento que agitaba las hojas*. Ella sonrió ante la frase que acababa de inventar.

Jocelyn siempre había imaginado casarse con un hombre como Ross, el marido de Clara. Roscoe Linfield había creado su propio éxito. Había empezado a trabajar a los catorce años para ayudar a mantener a su familia y ahora era copropietario de una gran fábrica de ladrillos. Cuando era joven, a pesar de trabajar un día agotador, continuó estudiando y mejorando su mente cuando podía. Ross tenía un aspecto agradable pero no era especialmente guapo. Adoraba a Clara y era un padre maravilloso para sus dos hijos pequeños y su bebé. La unión de Clara y Ross tenía mucho afecto y amistad que ella quería tener en la suya algún día.

El marido de Sophia, Paul Timmons, era guapo. Era un abogado con una práctica próspera. Era un placer tenerlo en cualquier reunión y a Jocelyn le agradaba sinceramente, pero ese matrimonio era caprichoso. Sophia y Paul parecían perdidamente enamorados un día, pero enojados al siguiente. En una ocasión se mostraron aparentemente afectuosos, pero en la siguiente apenas se miraban. La dinámica parecía agotadora. Tenían una hija de tres años, Lola, y estaban esperando su segundo hijo. Ambos adoraban a la pequeña Lola y Jocelyn no tenía dudas de que también amarían a la bebé, pero no parecían disfrutarla como Clara y Ross disfrutaban de sus hijos.

Nunca en mil años un hombre como JG habría venido a la mente de Jocelyn cuando pensaba en posibles pretendientes, pero le agradaba muchísimo. Él había sido atento, considerado y la había hecho sentir especial. Con un suspiro de satisfacción, se acurrucó de costado y cerró los ojos para dormir. «Fue una noche tan buena», fue su último susurro.

## Capítulo Diez

Sentada en la sala de estar, frunciendo el ceño ante una carta que había llegado esa mañana, lady Merton levantó la vista cuando su marido entró con una expresión sombría en el rostro y una carta en la mano. «¿Qué ocurre?», preguntó con cautela.

«Esta mañana, en mi bandeja de desayuno», comenzó, «estaba mi comida habitual, el periódico y *esto*». se lo entregó a ella.

«Y tú necesitas leer esto», dijo ella, entregándole el suyo. Lydia miró la firma del autor de la carta antes de leer el contenido. Cuando terminó, miró a su marido, tan perpleja como él estaba.

«No estarán despiertos hasta dentro de horas», dijo él. «Llegaron alrededor de las dos».

Parecía curiosa. «¿Cuándo regresaste tú?».

«Oh, nunca me fui. Solo lo dije para no escuchar la inevitable diatriba de Lakely. Para alguien tan inexplicable como ella, puede resultar bastante predecible».

«Estoy de acuerdo con lo inexplicable. Podría llegar a decir que es incomprensible», ella suspiró. «Bien. Tengo llamadas que hacer y asistir a la fiesta en el jardín de lady Putnam».

«Entonces, sigamos con nuestro día y dejemos el mensaje de que tendremos una reunión familiar obligatoria para tomar el té».

Ella asintió en silencio. Él le devolvió la carta que ella le había dado y se fue. Lydia miró de una carta a la otra y meneó la cabeza. Estaba desconcertada. Era como si su plan se hubiera desintegrado solo para transformarse en una mariposa que ahora revoloteaba tentadoramente. Por supuesto, era posible que aún se fuera volando dejando un hedor extraño a su paso.

~~~

JG entró al comedor y encontró a su abuelo mirando el papel con el ceño fruncido. «Buenos días, abuelo». Su abuelo simplemente gruñó, su reacción típica cuando estaba absorto en el papel. JG llenó un plato con las selecciones que había en el trinchero. Ricos panecillos con trozos de mantequilla, lonchas de tocino y compota de manzana. Se sentó y se sirvió una taza de té. «¿Cualquier cosa interesante?», preguntó antes de darle un mordisco.

Su abuelo hizo un sonido de disgusto. «Malditos desvaríos de Hobhouse», se burló. Acercó el periódico para leerlo en voz alta. «Le sorprendió que cualquier hombre de sentido común y conocimiento común pudiera suponer por un momento que el proyecto de ley sería tratado con algo parecido a imparcialidad en la Cámara de los Lores. No quiso decir que los Pares fueran *peores* que los hombres comunes, pero sí sostuvo que *no eran mejores...*», azotó el diario de golpe con una mirada de repugnancia. «¡No mejores!».

JG se abstuvo de hacer comentarios. Su abuelo era de otra época. De la vieja guardia. El rey estaba ordenado por Dios y los pares eran superiores entre los hombres. Absurdo o no, y lo era, nadie jamás lograría convencerlo de lo contrario.

«Un día pronto estarás tú en la Cámara de los Lores», dijo su abuelo en tono de advertencia. «Deberías asistir más. Siéntate en la galería. Observa. Escucha. Aprende».

JG asintió amablemente para apaciguar a su abuelo. Funcionaba como de costumbre y el anciano volvió a fruncir el ceño al periódico. «Recibí una invitación de lady Toomey», dijo JG. «Aparentemente, parejas seleccionadas bailarán un vals en su baile, una especie de actuación, y habrá una audición para ello». Hizo una pausa, pero su abuelo no respondió. «Es inusual, lo sé.

Pero pensé que podría intentarlo».

«Té», ladró lord Morguston. Mientras el mayordomo se ponía firme y volvía a llenar su taza, estudió a su nieto. «¿Qué pensaste de la sobrina de Runyon?».

Que no tenía gracia y que era aburrida, con una exagerada mordida. «Pensé que ella era agradable».

«Me di cuenta de que desapareciste temprano», dijo lord Morguston.

«Hubo otro baile».

«¿Qué baile? No el de Buckley».

«Sí. Buckley. Lo pasé muy bien».

«Un buen rato con tus *amigos*», dijo desesperado el anciano.

JG dejó su taza y miró deliberadamente a su abuelo. No apreció el tono ni la insinuación. «Así es».

«Buckley es un baronet», espetó lord Morguston. «Deberías pasar tu tiempo con tus iguales».

El comentario no merecía respuesta y JG estaba decidido a no perder la compostura. Cada vez que se enfrentaba a su abuelo, no le iba bien.

«En los próximos años tomarás esposa, JG. La esposa *adecuada* que pueda engendrar un heredero o, con suerte, dos o tres de ellos. La vida no es una fiesta. Estarás al mando de nuestro imperio...».

JG podría haber gemido.

«Sucederá antes de que te des cuenta. Te preguntarás dónde se fue el tiempo. Entonces, pronto organizaremos una velada. Invita a Runyon y a su sobrina».

«No estoy interesado en la sobrina de Runyon».

Los ojos de lord Morguston se entrecerraron. «¿Después de tan poca consideración? ¿Por qué es eso? ¿Hay alguien más?».

«No tiene que haber alguien más para saber que no estoy interesado en ella».

«Pregunté si había alguien más», afirmó sospechosamente su abuelo. «Te estás poniendo rojo, JG. Nunca has sido difícil de leer».

«Está bien, ya que lo mencionas, conocí a alguien y disfruté mucho de su compañía».

«¿Quién?».

«No es nadie que conozcas. Ella es de Estados Unidos».

Su abuelo se quedó boquiabierto.

«Su nombre es la señorita Jocelyn Weatherly y es encantadora en todos los sentidos. Nigel está cortejando a su hermana mayor».

Lord Morguston carraspeó. «Ah, claro. Una estadounidense con dinero, sin duda. Podría decirte de qué se trata si aún no lo sabes. Merton es un tonto y se ha endeudado, eso pasa. Vergonzoso, eso es lo que es. ¡Vergonzoso!».

«Quizá lo es», respondió JG con ecuanimidad, «no podría decirlo. Lo que sí puedo decir es esto, ambas señoritas Weatherly son hermosas, inteligentes y...».

«¡Suficiente! Nada de ese negocio tiene nada que ver con nosotros. Mírate en un espejo, JG. Serás el undécimo duque de Morguston. Esta familia tiene tres siglos de sangre noble. No serás tú quien ponga fin a eso». Se echó hacia atrás en su silla y se levantó. «Hoy te unirás a mí en la Cámara de los Lores y comenzarás a estar a la altura del legado».

JG permaneció inmóvil mientras su abuelo salía de la habitación cojeando. Al parecer, su gota había empeorado.

¡Bien!

A las cuatro de la tarde, Lakely entró en el salón con un aspecto formidable, pero solo estaban presentes su hermano y su hermana. El té estaba servido con una bandeja de delicados sándwiches y trozos de pastel. Sus hermanos estaban ocupados y no le hicieron caso. Se acercó y se sentó con cuidado. Había consumido demasiado vino la noche anterior y había necesitado hasta la tarde para recuperarse. En circunstancias normales, habría llenado un plato y preparado su té, pero necesitaba concentrarse por completo en lo que estaba por venir.

El hecho de que sus padres pensarán que sus hijos podían casarse para beneficiarse ellos mismos era indignante. Fue casi un milagro que la pareja propuesta por Nigel hubiera resultado ser Alice, pero incluso si Alice no hubiera sido cautivadora, casarse era un sacrificio mucho menor para un hombre que para una mujer. Un hombre casado podía moverse por la ciudad y hacer lo que quisiera mientras la mujer estaba atrapada en casa criando a sus hijos y representando a su marido. Estaba sujeta a los caprichos, estados de ánimo y derechos de su marido. *Derechos*. La palabra la enfurecía.

«¿No vas a tomar té?», le preguntó Nigel.

Antes de que pudiera responder, su padre entró y su madre lo siguió un momento después. Ninguno de los dos se sentó. Lakely apretó los brazos de su silla esperando que su padre comenzara. Ella esperaba que él la mirara y dijera, «Sé que esto no es lo que quieres escuchar, pero es hora de que cumplas con tu deber para con tu familia». ¡Déjalo decir esas palabras! Ella estaba lista. Estaba temblando, estaba tan lista.

En cambio, su padre miró a Nigel. «¿Te divertiste anoche?», preguntó en tono conversacional.

«Lo hice», respondió Nigel a la ligera, aunque parecía sospechoso.

«Me alegra oír eso. ¿Y tú?», le preguntó a Ada.

Oh, ya veo, pensó Lakely. *Vamos a recorrer a cada uno de nosotros, ¿verdad?*

«Oh, lo hice», dijo Ada con una sonrisa brillante. «Lo pasé de maravilla».

Lakely se mordió la punta de la lengua. Ahora era su turno. Aquí venía.

«Ada», habló su madre bruscamente. «¿Bailaste con el Sr. Bower?».

«Sí, mamá», respondió Ada dulcemente.

«¿Tres veces?», preguntó su madre enojada. «¿O fueron cuatro?».

Lakely miró a su hermana con sorpresa.

Ada miró hacia abajo y se cogió un hilo invisible de la falda. «¿Fueron tantas veces?».

«Según la nota que recibí de lady Filmore», continuó su madre, «que vive para cotillear, fueron al menos tres veces y posiblemente más». La frase terminó en un virtual grito. Lady Merton respiró hondo, exhaló y luego apartó la mirada para recomponerse.

«La música estaba muy animada», explicó Ada. «Y era un buen bailarín. El lugar estaba lleno de gente, así que yo...».

«¿Dónde estabas?», lord Merton interrumpió, dirigiéndose a Lakely. «Ella es tu hermana menor. Podrías haberle impedido cometer un error».

Ada jadeó. «Un error garrafal», exclamó.

Lakely levantó la barbilla. «Regresé a casa para hablar contigo. Sospeché que estabas presionando al Sr. Bower, muy probablemente para tu propio beneficio económico, y quería saber la verdad. Al menos, se lo advertiste a Nigel antes de arrojarle a Alice en la cara».

«De hecho», respondió su padre con frialdad, «el señor Bower expresó su deseo de conocerte. Se acercó a mí, presentó sus credenciales y me pidió una invitación».

Ella se burló. «¿Cuántos ceros tenían sus credenciales?».

«Cuida ese tono conmigo», le advirtió lord Merton.

«¡No dejaré que me empañen!».

«No tienes por que preocuparte», replicó mordazmente. «El señor Bower ya no tiene ningún interés después de conocerte».

Esa era una declaración asombrosa. Por un momento, ella no pudo moverse. La habitación se había vuelto incómodamente silenciosa.

Lord Merton miró a su hija menor. «Ahora pide cortejarte a ti».

Todos miraron a Ada.

«Me gusta mucho», dijo ella.

Lady Merton meneó la cabeza. «Sabes que no puedes bailar con el mismo hombre tres veces diferentes en una noche», la regañó. «Ahora todo el mundo cree que estás comprometida».

Lakely hizo un sonido de disgusto. «Estamos en 1820, mamá. Eso es pensar retrógrados».

«¡No, no lo es!».

«Lady Filmore no tiene nada mejor que hacer que agitar rumores», añadió Lakely. «¿Y esto es lo que te tiene entre manos?».

«Ni siquiera sé quién es lady Filmore», comentó Nigel.

«Pero acabas de cumplir dieciocho años», le dijo Lakely a su hermana. «No es posible que todavía sepas qué o a quién quieres».

«Sí puedo», respondió Ada con ternura. «No soy tú. No soy ninguna agitadora. Me gusta muchísimo el señor Bower. Hablamos largo y tendido y reímos y... sí, bailamos. No digo que me casaré con él, pero me alegra que quiera cortejarme. Yo también lo deseo».

Su padre asintió. «Daré mi consentimiento».

Ada sonrió, «Gracias, papá».

Lakely negó con la cabeza e intercambió una mirada con Nigel.

«¿Existe alguna compensación financiera en caso de que se casen?», preguntó Nigel con cautela.

«Sí. Una bastante generosa», respondió lord Merton.

Ada parpadeó. «¿Estás diciendo que pagará para... casarse conmigo?».

Lakely tomó aliento para objetar. Ya era bastante malo que su hermana menor aceptara ser cortejada después de conocer al hombre. ¿Pero el matrimonio? Y su padre continuó.

«Sí. Y tendrás unos buenos ingresos propios».

«¿Qué pasa con mi dote?», Ada preguntó confundida.

«No habrá ninguna», dijo en voz baja. «Me doy cuenta de que eso es inusual. Naturalmente, todo esto es confidencial».

Lakely quedó estupefacta de que pudiera ser tan ingenuo. Todo el mundo lo sabría o lo supondría. ¿En la *alta sociedad*? No había ninguno que no viviera para levantar rumores y denigrar.

«El pagará para casarse conmigo», se maravilló Ada felizmente.

«Si llega el caso», espetó Lakely, dándole a su hermana una mirada de advertencia y alarma.

Lady Merton se acercó y se sentó junto a su hija menor. «No habrá ninguna presión para que te cases con el señor Bower», dijo. «Sin embargo, si eso ocurriera, beneficiaría enormemente a la familia».

Ada asintió. «Lo entiendo».

«Espera un minuto», objetó Nigel.

Los puños de Lakely estaban cerrados en su regazo. Si hubiera estado sosteniendo una taza de té, bien podría haberse hecho añicos.

«¿Se saldaría la deuda de papá?», preguntó Ada.

«Eso no es de tu incumbencia», le dijo Lakely a Ada.

Lady Merton miró furiosa a su hija mayor. «Y ciertamente no lo harás tu preocupación, ¿verdad?».

«Esto no está bien», intervino Nigel. «Esta carga no debería recaer sobre mis hermanas».

«No, no debería», coincidió su madre.

«No, no debería», repitió su padre. «Pero este joven no fue reclutado. Él vino a mí».

Lakely se mordió la lengua para no decir: *Ah, pero negociaste el trato más ventajoso, ¿no?*

«Por el amor de Dios», se quejó Nigel, «¡Ada tiene dieciocho años!».

«Nigel», dijo Ada con dulzura. «Está bien», se volvió hacia Lakely. «Es lo que quiero. No me siento forzada en lo más mínimo».

«Prométeme que lo tomarás con calma», suplicó Lakely. «No le des ninguna seguridad a él ni a nadie hasta que estés absolutamente segura de lo que quieres hacer».

«Lo prometo», Ada miró a su padre. «Papá, ¿podemos ser sinceros por un momento?».

«¿Qué es?», preguntó con ternura.

«¿Hay una fecha en la que se debe saldar la deuda?».

Se tomó un momento para responder. «En su mayor parte son deudas de honor. Pero algunas de ellas deben entregarse a principios de año como mínimo».

«Ya veo».

Lakely miró a su padre con reproche, pero él se negó a mirarla a los ojos.

«Si me disculpan», dijo antes de salir de la habitación.

Lady Merton se acercó, apretó la mano de Ada y luego lo siguió.

Mientras Nigel y Lakely permanecían congelados, Ada se sirvió más té. «Creo que tomaré otro sándwich», dijo alegremente. Sus dos hermanos la miraron. «¿Qué? Son deliciosos». Echó terrones de azúcar en su té. «Nigel, ¿podrías escribir e invitar al señor Bower a cenar con nosotros el martes? Los Weatherly volverán y será el escenario perfecto para nuestra primera cena familiar».

Lakely y Nigel intercambiaron otra mirada de asombro.

«Eh», pronunció él. «Está bien».

Lunes 1º de mayo

AWE

Mañana: 10:00 Cabalgata en el parque

Tarde: Trabajar en la historia de Martha. ¡Mejor diálogo!

Noche:

Me sentí feliz y contenta todo el día. Feliz y contenta son cosas diferentes, pero las sentí a ambas todo el día.

Montamos por la mañana. Hacía un clima perfecto y el parque estaba lleno de gente. Mi caballo era una yegua mayor llamada Calliope y fue una delicia. La montaré de nuevo. Nigel ha hecho arreglos para que montemos sus caballos cuando queramos. Me pidió leer algunos de mis trabajos. No me comprometí, pero quizás lo lleve a cenar mañana. Depende de lo valiente que me sienta. Me pregunto si él se da cuenta, si alguien realmente se da cuenta, de lo terriblemente personal que es lo que uno escribe. Mis historias son una extensión de mí misma.

Esta tarde escribí mientras llovía. Cenamos en casa y jugamos. Era mi tipo de día favorito.

Capítulo Once

El martes por la noche, a Jocelyn se le ocurrió que el salón de Larkspur House y sus ocupantes habrían sido un cuadro interesante. Los padres estaban sentados en una mesa de juego de cartas en el otro extremo de la habitación, mientras Alice y Nigel se sentaron en una mesa para dos en la esquina, examinando su trabajo y conversando. Jocelyn, Ada y el Sr. Bower estaban disfrutando de un juego de Blackjack, mientras Lakely, que había estado inusualmente callada, trabajaba en un rompecabezas, después de haberse negado a unirse al juego.

Jocelyn se preguntó qué habría captado Jeremy en las expresiones de cada persona que contradecían sus pensamientos internos. La pintura de un artista menos introspectivo habría mostrado a la clase privilegiada en sus diversas actividades, pero Jeremy habría capturado mucho más. La emoción sonrojada en el rostro de Ada y la gran atención en la del señor Bower. Una creciente conciencia y capacidad de respuesta entre Nigel y Alice. ¿Y qué habría en los rostros de sus padres? Jocelyn no estaba segura de lo que sentían.

«¿Jocelyn?», preguntó el Sr. Bower ya que él era el repartidor de esta ronda.

Sus cartas, un tres, un seis y un as, equivalían a veinte. «Me quedo», respondió ella.

«¿Ada?», preguntó él.

Ella lo consideró un momento. «Yo también me quedo».

«Yo también», dijo él. «Está bien. Muéstrenlas».

Ada dio la vuelta a sus cartas. En total sumaban diecisiete.

«Dieciocho», dijo Bower de su propia cuenta.

«¡Veinte!», dijo Ada cuando vio las cartas de Jocelyn. «Tú ganas».

«Deberías haber tomado otra», le dijo el señor Bower a Ada.

«Tenía miedo de superarlo». Tenía una sonrisa diabólica en su rostro. «¿Qué hubiera sido?».

Movió los dedos mientras lentamente alcanzaba una tarjeta. Le dio la vuelta a la carta superior, revelando un cuatro de corazones, y todos se rieron.

«Habría ganado», agonizó en broma.

«Y el bote también estaba muy jugoso», bromeó el Sr. Bower.

Lakely los miró, pero su expresión era ilegible. La de ella habría sido la expresión más interesante si Jeremy las hubiera pintado. Una criada rondaba la habitación con más oporto para los hombres y un suave vino de saúco para las damas. Lakely, cuando la doncella llegó hasta ella, dijo que tomaría oporto. La criada vaciló un momento, pero luego fue a buscar otra copa. Lady Merton miró a su hija con desaprobación, pero Lakely ni siquiera la vio.

«Ya veo», le dijo Nigel a Alice. «Por lo general, se comienza con una carta y luego se continúa con lo que sea que esté haciendo quien la escribe».

«En esta versión. Sí. Aunque quizá sea mejor empezar con una historia y luego pasar a una carta».

«Entonces, no es precisamente ficción», reflexionó.

«Las cartas no, pero el resto sí. Por eso consigo el permiso si los familiares aún están vivos. Estoy basando el relato ficticio en hechos, hasta donde puedo discernirlos, pero eso solo llega hasta cierto punto. Al final, no queda más remedio que hacerse cargo de cada historia. Convertirme en cada persona. También voy a agregar una sección completamente ficticia».

«Y lo has organizado por nombres. Horace y Catherine, James y Martha, John y Abigail...».

«Adams», dijo. «El expresidente y la primera dama».

«Ah».

«Sus cartas son magníficas».

«¿Cómo conseguiste esas?».

«Por la Sociedad Histórica. Las cartas fueron entregadas cuando ella falleció hace unos años. Puedes pasar todo el día examinándolas e incluso copiándolas. Te mostraré».

Mientras Alice giraba hacia ella el material que había traído y lo revisaba, la criada le llevó a Lakely una copa de oporto y los juegos de cartas continuaron. Alice encontró lo que estaba buscando y se lo mostró. «Esta es una copia de una carta real escrita por Abigail Adams, con errores ortográficos, tachaduras y todo. Incluso intenté copiar su caligrafía».

La miró por encima.

«Y esta es la traducción, que es más fácil de leer». Se acercó más y estiró el cuello para ver. «Intenté mantener la traducción lo más fiel y literal que pude, pero también condensarla y, en ocasiones, incluso corregirla. Mi plan es explicar eso al principio del libro y luego agregar una copia de las cartas reales al final».

«Cuánto trabajo le has puesto», se maravilló. «Es muy impresionante».

«Gracias. No me ha parecido trabajo exactamente, porque lo disfruto. Puede que tarde uno o diez años más en completarlo. Solo sé que quiero que el final sea perfecto».

«Estoy seguro de que así será».

Ella sonrió ante el ávido interés en su expresión y luego tomó otra carta. «Esta también es de Abigail Adams», dijo. «Escrita el veintisiete de noviembre de 1775. ¿Leo la traducción?».

«Por favor».

«Puedes ver la copia de su carta real en esta página».

Se inclinó hacia adelante para seguir leyendo.

“Hace quince días que no te escribo una línea”, comenzó a leer a un ritmo moderado para que él pudiera seguir la carta auténticamente copiada. “tiempo durante el cual, he estado confinado con ictericia, reumatismo y un resfriado muy violento. Ayer vomité, lo que me alivió y hoy me siento mucho mejor”.

«Oh, Dios», dijo él con una sonrisa tímida.

“Muchas personas que han tenido disentería ahora padecen ictericia y reumatismo. A algunos los ha dejado con agitación, a otros con hidropesía”.

Su sonrisa había desaparecido mientras se concentraba en las palabras.

“Las grandes e incesantes lluvias que hemos tenido este otoño, que no podemos recordar, pudieron haber ocasionado algunos de los desórdenes actuales. Últimamente hemos tenido una semana de clima muy frío, tan frío como enero, y una capa de nieve que espero purifique el aire de algunos de los vapores nocivos. Ha echado a perder muchos centenares de fanegas de manzanas, que estaban destinadas a la sidra y que las grandes lluvias habían impedido que la gente recuperara”.

Él la miró con asombro. «Me lo puedo imaginar», dijo él.

Ella asintió. «Ella pinta una imagen muy clara».

«De un momento tan difícil», dijo él. «La gente está tan enferma que hay un hedor en el aire tan fuerte que hace que las manzanas se pudran». Él hizo una mueca.

Ella asintió de nuevo, entendiendo la reacción. «John y Abigail Adams tenían la amistad más notable. Se llaman "amigos" todo el tiempo. Mi más querido amigo. Y no son solo palabras. Sientes el vínculo en su correspondencia. Eran socios. Verdaderos compañeros. Él la ve... *ambos* la veían como su igual». Recordó algo y pasó las páginas hasta encontrar lo que buscaba. «Este es su consejo sobre lo que debería incluirse en la declaración de independencia que se estaba

redactando en ese momento».

Se acercó para ver qué estaba leyendo.

«Es de marzo de 1776. Ella dice: *“Recuerden a las Damas y sean más generosos y favorables con ellas que con sus antepasados. No dejen ese poder ilimitado en manos de los esposos. Recuerden que todos los hombres serían tiranos si pudieran”*».

Él dejó escapar una risa entrecortada.

“Si no se presta especial cuidado y atención a las damas, estamos decididos a fomentar una rebelión y no nos obligaremos a ninguna ley en la que no tengamos voz ni representación”».

Ella lo miró y lo encontró sonriéndole. Su mano se deslizó hacia atrás y se posó sobre la de él, pero ella la retiró, consciente de repente de que eran el centro de atención, aunque se trataba de un gesto discreto.

Él tomó su copa de oporto. «Creo que la señora Adams habría sido una excelente vicepresidenta para su marido».

Ella cogió su vaso. «O él habría sido un excelente vicepresidente para ella», bromeó.

Él se rió y chocaron sus bebidas antes de beber. «Jocelyn», dijo, mirando hacia su mesa. «Algún día me gustaría saber tu impresión de la mente de tu hermana».

«Con mucho gusto», estuvo de acuerdo.

«Creo que debería ser parte de eso», objetó Alice riendo.

«¿Está bien?», Nigel le dijo a Jocelyn con una sonrisa juguetona. «Ahora es un momento tan bueno como siempre».

Jocelyn giró su silla para mirarlos. «Está bien. Ya que estamos entre manos».

«Además, todos queremos escucharlo», dijo Ada.

Incluso Lakely se movió en su asiento para ver a Jocelyn.

«Mi hermana tiene la mente más singular que todas las personas que conozco», dijo Jocelyn. «Creo que es a la vez una bendición y una maldición».

«¿Cómo que una maldición?», preguntó Alice.

«Bueno, este es el mundo real», dijo Jocelyn, señalando por la habitación. «Y a veces no estás en eso porque estás en tu mundo», finalizó con un ligero golpe en la sien.

«Ah», respondió Alice. «Eso es verdad».

«Diré que su mundo es mágico», continuó Jocelyn. «Yo también tendría uno si pudiera cómo».

«Yo también», estuvo de acuerdo Lakely.

«En una multitud», continuó Jocelyn, entrando en materia, «si está aburrida, imaginará a cada persona que ve en otro momento y lugar, cada una con su propia historia».

Lakely miró a Alice. «¿Podrías por favor ponerme en otro tiempo y lugar y con mi propia historia? Ya estoy bastante aburrida por las dos».

Nigel miró a su hermana.

«Eso es intrigante», dijo el señor Bower. «Sería muy interesante estar en su mente por unos momentos, señorita Weatherly».

Nigel sonrió. «Sospecho que puede que no sea para personas débiles de corazón. Me imagino que habrá mucha intriga, peligro y aventuras».

«En efecto», respondió Alice.

«Vengan a jugar a las cartas con nosotros», dijo Ada a Nigel y Alice. «Tú también, Lakely. Seis pueden jugar este juego».

Lakely se levantó. «Está bien, pero planeo ganar».

«Siempre piensas en ganar», respondió Ada con picardía.

Nigel miró inquisitivamente a Alice, recibió un asentimiento a cambio y se levantaron para unirse al juego. «Gracias por compartir eso conmigo», dijo él en voz baja.

«De nada», respondió ella con la misma suavidad y sin no menos interés en su mirada.

Capítulo Doce

En una tarde lluviosa, las damas Weatherly se sentaron alrededor de la mesa del comedor, donde había mucho espacio para el servicio de té, la agenda diaria de Eliza y un montón de invitaciones. Estaban eligiendo a qué eventos asistirían. Lady Merton había desempeñado un papel decisivo tanto en la adquisición de las invitaciones como en la determinación del orden del día. De hecho, había llegado tan lejos como para protagonizar las visitas obligadas. La abuela cogió otro bollo.

«Mamá», la regañó Julia con paciencia. «¿Deberías tomar un tercero?»

«¿Por qué no? Soy demasiado mayor para cuidar mi figura juvenil». La abuela agitó las cejas hacia Alice y Jocelyn, quienes se rieron discretamente. El sonido de la lluvia era agradable y el aroma fresco flotaba por la habitación.

«Estoy revisando la semana del veintidós», dijo Eliza.

«Entonces, ¿la agenda está lista para las próximas dos semanas?», preguntó Jocelyn.

«Sí. ¿También lo estás anotando?».

«Sí», respondió Alice.

«Debo asegurarme de tenerlas todas», admitió Jocelyn.

«Sabes que guardo mi agenda en el escritorio del salón de arriba», le recordó su madre a Jocelyn, «hasta que Alice la mueva de ahí, pero hasta ahora la ha mantenido en su lugar».

«Sí, lo he hecho y sí lo sabemos», dijo Alice, «y si al lado hay una A, debo escribir la aceptación o las disculpas, y si hay una J, esa eres tú», le dijo a su hermana.

«No he recibido un golpe en la cabeza para que haya olvidado todo lo que he aprendido», protestó Jocelyn, «solo pregunto si las próximas dos semanas están asignadas».

«Lo están y se ven sumamente ocupadas», afirmó su madre. «Ahora, el día veintitrés, martes, hay una exposición de flores por la tarde, al mismo tiempo que una conferencia sobre el estado de la ciencia moderna».

«Exposición de flores», respondió Jocelyn rápidamente.

«Conferencia», dijo Alice.

«Eso es lo que pensé que dirían ambas», respondió la señora Weatherly.

«Exposición de flores», dijo la anciana señora Weatherly detrás de su servilleta mientras su boca no estaba del todo vacía.

Jocelyn sonrió. «¿Cuál prefieres tú, mamá?».

«La exposición de las flores».

«Yo iré a la conferencia», ofreció Julia.

Alice la miró. «Me pregunto si a Jeremy le gustaría ir con nosotros».

«Podemos preguntar».

Eliza añadió, «es posible que tu padre también quiera ir. Julia, si prefieres asistir a la exposición de flores, insistiré en que acompañe a Alice a la conferencia. Sé que te encantan las flores».

«Sí, pero las flores son flores y estoy feliz con nuestro jardín. Disfruto su sensación de desorden natural».

«Está bien». Volviendo a leer su agenda, Eliza dijo, «esa noche es la sinfonía. Oh, aquí hay otro conflicto. La noche del día veinticinco, será el teatro para ver “Las alegres comadres de Windsor” o una gala de moda con vestidos de la Casa Leroy. Será algún francés».

Jocelyn miró a su hermana. «Moda», pidió. «¡Por favor!».

Alice se encogió de hombros. «Eso está bien para mí».

«¿Abuelita?», preguntó Jocelyn. «¿Tía Julia? ¿Quieren ir?».

«No, gracias, querida», respondió la abuela. «Mi moda está bien establecida».

«Podría...», reflexionó Julia, «podría ser divertido».

Eliza tomó nota de ello. «Hay invitaciones a dos cenas diferentes el sábado, pero pediré consejo a lady Merton al respecto. Esa noche también hay un baile con cena tardía, aunque supongo que podríamos hacer ambas cosas».

«Disculpen», dijo una chica desde la puerta. Era Dinah, la sobrina de Fisher. «¿Mi tía me pidió preguntarles si necesitan algo?».

«No necesitamos nada, querida», respondió Julia. «Pero gracias».

La chica se giró para irse.

«Dinah», dijo Jocelyn.

La chica se volvió.

«¿Te importaría unirte a nosotros para tomar el té?».

«No, señorita», tartamudeó la niña, e hizo una incómoda reverencia. «Gracias de todos modos».

Cuando se fue, prácticamente corriendo, Julia miró a Jocelyn con ternura. «No he tenido mejor suerte para que conviva».

«Parece que se sienten bien en el piso de abajo», dijo Alice. «He bajado cuando están jugando o trabajando en la mesa».

La abuela asintió. «Tienen la misma distribución abajo, donde se sentirán más cómodos». Se acercó para acariciar la mano de Jocelyn con dedos pegajosos. «No te preocupes».

~~~~

«Léelo», instó Joel a Dab mientras aplicaba tiza en la punta de su taco de billar. Los seis amigos estaban en una sala de billar de Boodle's y Dab y Nigel acababan de perder una partida contra los hermanos Stewart, a quienes pocos podían vencer. Ahora los gemelos se enfrentaban a Hugh y JG.

«No lo traje», dijo Dab, "pero la cuestión es que la muy estimada Lady Toomey, que pasó los últimos meses en Viena inspirándose, me invita a participar en una audición el próximo martes».

«¿Audición?», repitió Nigel.

«Sí. El objetivo es bailar como una de las selectas parejas que actuarán en su baile».

«Qué especial», dijo Hugh irónicamente.

«¿No es así? Ella desea participantes que sean atractivos y que posean vitalidad para demostrar la energía de la aristocracia actual».

«Lo que ella desea», dijo Jonathan, «es un espectáculo que hará que todos hablen sobre su evento durante las próximas semanas».

«Eso también», estuvo de acuerdo Dab.

«Yo también recibí una invitación», dijo JG mientras se concentraba en su tiro. Levantó la vista para ver a los demás que lo miraban con expresiones de desconcierto. «No me elegirán», añadió rápidamente. «Estoy seguro de que ella sintió que tenía que invitarme».

«Lo dudo», dijo Nigel.

JG se encogió de hombros y volvió a estudiar la mesa.

«Le respondí», habló Dab de nuevo, «sugiriendo a todos ustedes».

Jonathan y Hugh carraspearon.

«Vamos. Será divertido», respondió Dab, «no es necesario tener pareja de baile. Ha elegido encantadoras jovencitas para la audición y está deseando formar parejas. De hecho, si deseas a una joven en particular, debes obtener su aprobación».

«Oh, Señor», dijo Joel en voz baja. «Perdónenme si paso».

«No lo haré. ¡Vamos! Uno para todos y todos para uno».

«Los viejos Harrovianos hacen que cualquier cosa sea divertida», se unieron los demás y luego se rieron.

JG disparó y falló.

«¿Cómo pudiste perder?», Hugh se quejó.

«Practica», respondió JG.

«Estoy seguro de que invitó a los participantes que quería», le dijo Hugh a Dab.

«De hecho, ella envió un mensaje diciendo que todos pueden unirse».

«Paso», dijo Hugh mientras rodeaba la mesa buscando su mejor tiro. «Pero gracias».

Nigel parecía pensativo. «Me pregunto qué tan exigente será lady Toomey al aceptar a una dama como compañera», reflexionó. «¿Crees que un estadounidense pasaría el examen?».

«Depende», respondió Jonathan. «¿La estadounidense es encantadora e inteligente con dos ojos de diferentes colores?».

Nigel experimentó un orgullo inesperado. «Podría ser».

«Alice podría encantar a un cascarrabias», dijo Dab. «Deberías enfocar las dos bolas que están cerca del bolsillo de la esquina», le dijo a Hugh.

«Podría ser divertido», reflexionó Nigel.

«Pídele a tu madre que le escriba y que pida considerar a Alice», sugirió Dab. «Dudo que lady T., rechace a lady M.».

«Mírate», le dijo JG a Nigel. «Todo emocionado con tan solo pensarlo».

Hugh se inclinó para hacer su tiro. «Creo recordar que estabas angustiado ante la perspectiva de la temida estadounidense». Metió una bola en un bolsillo de una esquina.

Dab asintió. «Y si recuerdas, dije que deberías conocer a la dama primero y luego decidir cuán grave era la situación».

Jonathan sonrió con superioridad. «Sí, Dab, y el mero hecho de que lo hayas dicho hizo que todo saliera bien».

Dab miró a Nigel. «De nada».

*Todo funciona.* Nigel reflexionó sobre las palabras mientras sus amigos continuaban el juego. ¿Todo funcionará? Hasta hace unas semanas, había imaginado elegir como esposa a una dama que cumpliera con los aspectos más fundamentales, es decir, atractiva, de temperamento agradable, de buena familia y bien hablada. Nunca había albergado fantasías sobre enamorarse. No se había imaginado estar igualmente divertido, desconcertado y fascinado por la mente de una mujer y al mismo tiempo tremendamente atraído por ella a nivel físico. Alice había cambiado todo.

De repente quedó absolutamente claro lo que podía ser el matrimonio. Podría ser una verdadera asociación llena de pasión que enriqueciera enormemente la vida de uno. Sabía que le agradaba a Alice, pero quería que sus sentimientos fueran tan profundos que no pudiera imaginarse estar sin él. Si eso no sucedía, si ella regresaba a su casa en Boston, él se quedaría atrás y cambiaría para siempre, añorando la unión que podrían haber tenido. Estaba sintiendo demasiado y muy pronto. De alguna manera, necesitaba controlar sus sentimientos hasta evaluar los de ella.

Enamorarse era un estado de ser irracional. No tenía sentido ser feliz y miserable al mismo

tiempo. Vulnerable y, sin embargo, lo suficientemente audaz como para arriesgarlo todo. No tenía sentido tener esperanzas y temores al mismo tiempo. Enamorarse era para los pájaros y, aparentemente, tenía plumas y alas de las que nunca había sabido.

## Capítulo Trece

El viernes doce de mayo, Eliza Weatherly estaba sentada sola en la sala de estar. Su agenda estaba abierta sobre el escritorio frente a ella. Esta noche era el Ladd Ball en Mayfair y mañana asistirían a la ópera. Apenas había un día o una tarde sin un evento. Pruebas de vestidos. Reuniones de té. Fiestas en el jardín. Bailes. Teatro. Ópera. Conciertos. Las niñas se lo estaban pasando genial, pero a ella el horario le resultaba agotador.

Julia se había ofrecido a acompañarla cuando fuera necesario. Eliza no quería aprovecharse, pero hoy había aceptado la ayuda de su cuñada. Julia acompañaría a Alice y al Sr. Walston durante un paseo por el parque. Jocelyn también iría.

Se escuchó un golpe en la puerta y Eliza miró y vio a Fisher con una tetera. «Pensé que tal vez querría un poco de té fresco», ofreció la señora.

«Eso sería encantador. Gracias».

La señora entró, sirvió té caliente en la taza vacía de Eliza. «¿Es bueno tener un poco de tiempo para uno?».

«Sí, lo es. No mantenemos este ritmo social en casa».

«Me imagino que extraña a sus otras hijas y a los nietos».

Eliza asintió, «los extraño».

«He querido decirle lo mucho que me agradan sus chicas».

«Gracias. A mí también me agradan», dijo Eliza con una sonrisa.

«Lo sé. Qué gran trabajo ha hecho criándolas».

Eliza se reclinó mientras consideraba la declaración. «No sé cuánto crédito puedo tomar, honestamente». Era un tema en el que había reflexionado a menudo. «Son muy diferentes. Las cuatro».

«¿Lo son?».

«Sí. Es como si vinieran al mundo con personalidades propias que solo necesitaron tiempo para desplegarse... como los pétalos de una flor. Solo cuando está floreciendo sabes qué tipo de flor es y cuál es la mejor manera de cuidarla».

Fisher se rió entre dientes. «¿Qué tipo de flores son?».

Eliza reflexionó un momento. «Clara es una rosa con muy pocas espinas», respondió pensativa. «Sophia tendría que ser una flor silvestre. Quizás una flor de la pasión».

«No conozco esa flor».

«Las tenemos en casa. Son bastante dramáticas. Tienen zarcillos. Se enredan», sonrió ante la tontería del ejercicio, aunque era interesante pensar en ello. «Jocelyn sería un guisante de olor».

«¿Y qué hay de Alice?».

«Creo que sería algo sorprendente, como una dalia o un tulipán. Aunque podría argumentar a favor de un girasol. Brillante, audaz e inflexible en su postura».

«¿Y sus nietos?».

«Todos ellos también son diferentes. Samuel tiene ocho años. Es tranquilo y estudioso, como su padre. Stephen tiene cinco años y es precoz, y tiene muchas más probabilidades de hacer travesuras que su hermano. La pequeña Annabel tiene casi dos años y creo que se parecerá más a Stephen que a Samuel. Ella es un poco charlatana. La pequeña Lola de Sophia tiene la cabeza llena de rizos. Ella es tímida».

«Y Sophia tendrá un nuevo bebé dentro de poco», dijo Fisher.

Elisa asintió. «A finales del verano».

«¿Puedo traerle algo más?».

«No, pero gracias. Estoy perfectamente bien».

Fisher se fue y Eliza se levantó y fue hacia la ventana. Tanto la hoja superior como la inferior estaban abiertas, dejando entrar la fragante brisa del jardín. Era un día lleno de sol y canto de pájaros, ideal para dar un paseo por el parque. Eliza frunció el ceño mientras reflexionaba sobre Alice y Nigel Walston. Que a Alice le gustara tanto como a ella era inquietante. Había habido numerosos jóvenes adecuados interesados en ella en los últimos años y ella no había mostrado interés en ninguno de ellos, sin importar cuán atractivos o excelentes prospectos fueran.

Stanley Ingham tenía la edad, la altura y el pedigrí perfectos. Era un hombre apuesto que gozaba de excelente salud, buenos ingresos, personalidad y temperamento agradables. Estaba enamorado de Alice, pero no esperaría para siempre. Lo más desconcertante era que Alice no pudo o no quiso dar una razón satisfactoria de su falta de interés en él. Cuando la presionaban, ella decía que le gustaba pero que sus sentimientos no iban más allá. Había dado respuestas similares a Terrance Mickelson, Bart Johnson y Jim Whitehall. Una vez, Eliza se rindió y declaró que la vida real no era una ficción romántica. Alice, para su infinita molestia, respondió, «No desearías que me casara por menos que amor, ¿verdad?».

Era verdad, por supuesto. Eliza sí quería amor para todas sus hijas. Sin embargo, el amor se podía construir, siempre que se contara con las bases adecuadas. Por favor Dios, que no sea que aquí se haya tropezado con el amor. Sabía que su marido tenía la idea de que Alice se casara con un miembro de la nobleza, pero esperaba que Alice se rebelara contra la interferencia. Su tercer hija ciertamente se había burlado cada vez que ella tenía una opinión.

Estas vacaciones en Londres solo estaban destinadas a ser una excursión de primavera a pleno verano. Sus vidas estaban en Boston. Tal vez, en el fondo de su mente, había esperado secretamente que este viaje hiciera que Alice estuviera más dispuesta a recibir las atenciones del señor Ingham cuando regresaran a casa. Eliza suspiró y cerró los ojos con fuerza por un momento. *Que sea un capricho pasajero con Nigel Walston. ¡Por favor!*

~~~

«Nuestra segunda caminata del día», le dijo Jocelyn a su tía mientras paseaban por el amplio sendero que bordeaba Rotten Row, el camino de grava que la nobleza de la ciudad atravesaba en elegantes carruajes o a caballo.

«Esto no es un paseo», respondió Julia. «Esto es un torbellino. El único ejercicio es el del cuello, girándose para ver quién está aquí y qué lleva puesto».

«Aunque es divertido, ¿no? Sería un disfrute aún mayor si conociera a más personas. ¿Has notado las miradas que están poniendo hacia Alice y Nigel? Él debe ser muy conocido».

La mirada de Julia se dirigió a Alice y al señor Walston que caminaban varios metros delante de ellos. «En efecto». El parque era hermoso, a la vista tanto del río Serpentine como de los jardines de Kensington.

«Creo que ella está enamorada de él», confió Jocelyn.

Julia parpadeó sorprendida. «Puedo ver que le gusta, pero parece demasiado pronto para esa profundidad de sentimiento».

«¿No crees que puedes enamorarte en un solo día? ¿O incluso en una hora si es la persona adecuada?».

«No sé. No diría que es imposible. Nunca lo hice», ella hizo una pausa. «¿Alice ha dicho que está enamorada de él?».

«No, pero ella no lo diría. No todavía, de cualquier forma. Ella pensaría que es demasiado pronto para esa profundidad de sentimiento».

Julia sonrió. «Tiene una buena cabeza sobre sus hombros. Y tú también».

«Siempre lo he pensado y, sin embargo, el hombre adecuado puede convertir tus rodillas en gelatina y tu mente en vertiginosos asombro y ensoñaciones».

«¡Oh, Dios! ¡Qué descripción!».

«¿Cómo era mi tío?».

«Él era un buen hombre... ordinario, diría yo».

«Pero, ¿qué pensaste cuando lo conociste por primera vez? ¿Lo encontraste apuesto?».

«Me casé cuando tenía veintitantos años, no dieciocho», respondió Julia con una expresión tierna. «Y él tenía cuarenta y un años, y era un hombre viudo. Entonces, no. No lo encontré apuesto. Lo consideré aceptable. Me propuso matrimonio y yo quería casarme. Esperaba fervientemente que pudiéramos concebir un hijo. Él y su primera esposa no habían tenido la suerte de tener hijos».

«Y luego vino Jeremy».

«Sí». Una pareja joven pasó junto a ellas en un carruaje deportivo. Lo seguían dos damas que vestían trajes elegantes, una de azul y otra de amarillo. Llevaban sombreros de copa más cortos, uno de ellos con una pluma encima. «Sabía que había algo diferente en Jeremy desde que tenía dos o tres años, pero nunca lo amé menos por eso».

«Por supuesto que no lo hiciste».

«Y su padre tampoco».

«¿Qué edad tenía Jeremy cuando murió su padre?».

«Casi seis. Ese fue un momento difícil. La muerte de Peter fue un shock terrible. Fue un ataque al corazón».

«Lo siento».

«Recuerdo la mañana que sucedió tan claramente. Peter no se sentía bien. Seguía quejándose de dolor en el brazo. Le confundió cómo se las había arreglado para dañarse un músculo allí. Jeremy estaba en la mesa de la cocina haciendo un dibujo que quería que Peter llevara al trabajo con él. Recuerdo una sonrisa muy particular que me dio Peter antes de subir a buscar su chaqueta. Dijo que se tomaría su tiempo y no se iría hasta que el dibujo estuviera terminado». Julia hizo una pausa. «No mucho después de eso, escuchamos un ruido en el piso de arriba».

Las damas se detuvieron.

«Se había ido», dijo Julia suavemente con un movimiento de cabeza. «Cuando llegué arriba. Corrí tan pronto como escuché la caída, pero... ya había muerto. Fue tan repentino», ella tragó. «Tan repentino», repitió en un susurro.

Las lágrimas habían brotado de los ojos de Jocelyn, pero las contuvo. Si su tía no lloraba, no tenía derecho a hacerlo ella.

Empezaron a caminar de nuevo. «Peter era empleado», continuó Julia, «por lo que nunca hubo mucho dinero en nuestra casa. Nos las arreglábamos sin dificultades», añadió rápidamente, «pero alquilamos la casa en la que vivíamos. Afortunadamente, tenía un hogar al que regresar y una madre que nos recibió con los brazos abiertos. Realmente hemos sido muy afortunados».

«Espero poder emular siempre tu actitud, tía Julia. Eres muy optimista».

«No estoy simplemente poniendo buena cara», replicó Julia, «en verdad. Mi vida es una que elegí y volvería a elegir. He sido bendecida con las personas en mi vida. Piénsalo. Podría haber tenido una educación menos amorosa, una madre menos amable, un hermano menos generoso y todo habría sido diferente. La casa pertenece a tu padre, ¿sabes? Naturalmente, mamá tiene un

alquiler vitalicio, pero Richard me asegura que yo debería pensar que Jeremy y yo tenemos lo mismo».

«¡Por supuesto! Es tu casa».

«También es tu hogar, si alguna vez lo necesitas o lo deseas».

Jocelyn le sonrió afectuosamente a su tía. «Gracias, tía Julia».

«Estamos encantados de tenerlos aquí. Han traído vida y alegría al hogar. Tú y Alice han provocado un cambio en Jeremy que no hubiera creído posible».

Las palabras tocaron la fibra sensible de Jocelyn. Ella pensó que era el cumplido más lindo que jamás había recibido. «Lo amamos. Y nos agrada, que son cosas muy diferentes».

«Sí, lo son».

«Ahora, a veces Sophia...», dijo Jocelyn en broma. «Digamos que siempre la amamos».

Julia se rió.

~~~

«Se me ocurre que...», le dijo Nigel a Alice, «he sido negligente en algo».

Alice lo miró. «¿En qué?».

«Pidiendo cortejarte».

Se detuvo con una profunda inspiración.

«Se dieron demasiadas cosas por sentado», añadió.

«Fue una situación inusual», dijo entrecortadamente.

«Oh, no lo sé. Todos los matrimonios solían ser concertados, ¿sabes? Este muchacho...», dijo fingiendo una voz, «se casará con esta muchacha. Pero señor, todavía están en sus cunas. No importa. Se casarán y serán felices. O tal vez no sean felices, pero se casarán».

«¿Sentiste que se dijo eso? Cásate con esta chica y sé feliz. O no seas feliz y cástate con ella».

«No. De nada. La idea del matrimonio nunca me fue impuesta. Fue sugerida, pero no forzada».

Ella se preguntó si sería verdad. Ninguna mujer quería que la impusieran a nadie. Quería ser amada y apreciada exactamente por quién y qué era. Si tan solo no se hubiera discutido el matrimonio entre sus padres antes de conocerse. Si al menos no se hubiera discutido un acuerdo financiero. El hecho había ensombrecido la relación. ¿Qué pasaría si ella no tuviera una dote sustancial? ¿Estaría pidiendo cortejarla? ¿Estaría considerando casarse con ella? *Casarse con ella*. Pasar el resto de sus vidas juntos. ¡Dios mío, qué pensamiento! Especialmente, porque viviría tan lejos de su familia.

«Me gustaría», dijo él.

Su declaración la sacó de su ensoñación y provocó un momento de alarma. «¿Te gustaría qué?».

«Cortejarte. Me gustaría cortejarla, señorita Weatherly».

Se sintió aliviada de que no se estuviera refiriendo al matrimonio.

«¿Estás dispuesta?», preguntó él.

«Sí», respondió ella pensativamente. «Lo estoy», hizo una pausa antes de añadir, «en cuanto al resto, necesito tiempo».

«Por supuesto», respondió. «Ambos lo necesitamos».

Intentó no reaccionar, pero las palabras le parecieron una especie de bofetada. Lo cual no era nada razonable. «Hay tantas cosas que no sé sobre ti que me gustaría conocer», dijo ella.

«¿Como qué?».

«Bueno... ¿qué haces la mayoría de los días?».

«Una pregunta justa. Por cierto, siéntete libre de tomarme del brazo si lo deseas. Después de todo, estamos en un cortejo».

Deslizó su mano alrededor de su brazo y la sensación de caminar en pareja fue estimulante. Había caminado con otros caballeros, pero nunca había experimentado esta extraña emoción.

«No estoy obligado a estar presente en la Cámara de los Lores todavía», dijo, «pero lo estaré. Y disfruto de la política hasta cierto punto. El funcionamiento del parlamento es importante. Después de todo, ellos hacen las leyes, abordan los problemas del día y controlan los impuestos. Así que paso un día, a veces dos, en el salón de la Cámara de los Comunes o de la Cámara de los Lores escuchando y aprendiendo. Realmente depende de lo que esté pasando».

Alice asintió.

«Todavía no controlo la economía familiar, pero el tema me interesa mucho. Mi tía Rosemont, la hermana menor de mi madre, me hizo asumir la gestión financiera de su patrimonio hace unos años. No tomo grandes decisiones sin ella, pero hago recomendaciones y les ha ido bien. Monty, mi tía, insiste en que tome el mismo porcentaje de ganancias que cualquier otro administrador. Así que, con esa suma, comencé a hacer algunas inversiones propias y les ha ido bien».

Se le ocurrió a ella que, si estuvieran casados, podría acariciarle el brazo discretamente. O abrazarse a él. La idea era excitante. De hecho, *tenía* demasiado atractivo. No era propio de una dama tener tales anhelos.

«Hago actividad física algunos días a la semana», continuó, «boxeo, esgrima, remo», eso explicaba la fuerza de su brazo.

«Y normalmente me reúno con mis amigos una o dos veces por semana en un club para jugar a las cartas u otras diversiones». Pasó una pareja en una calesa y el hombre levantó una mano a modo de saludo. Nigel le devolvió el saludo antes de mirar a Alice con una sonrisa curiosa. «Cambiano a un tema completamente diferente, ¿bailas el vals?».

«Ese sí que es un tema diferente. Sí, me encanta el vals».

«La próxima semana habrá un evento bastante inusual y me encantaría participar si lo consideras agradable».

«Estoy intrigada».

«Te lo contaré todo. Ahí delante está ‘Cake House’».

A lo lejos, miró hacia una bonita cabaña de ladrillos con gente dando vueltas a su alrededor. El río brillaba detrás.

«Sirven refrigerios y bebidas. ¿Nos detenemos y pedimos un *syllabub*?

[Nota de la Trad.: *El syllabub es un postre inglés tradicional que data del siglo XVI. Es ligero y refrescante siendo una mezcla de crema, vino blanco, azúcar, limón y especias*]

«Eso suena perfecto».

«Bien. Estoy disfrutando muchísimo este día, señorita Weatherly».

«Yo también, señor Walston».

Viernes 12 de mayo

AWE

*Mañana: 10:00 Paseo en el parque*

*Tarde: Volver a trabajar en la escena de James y Martha.*

*Noche: 9:00 Gala Ruston*

*Hoy Nigel pidió cortejarme y dije que sí. ¡Sí!*

*Debería escribir, porque no estoy satisfecha con el capítulo dos, pero no puedo borrar de mi mente ese pensamiento sobre él. Fue un paseo excelente, aunque la forma en que la gente nos observaba abiertamente parecía extraña. Debo admitir que tengo algunos anhelos bastante poco femeninos en lo que respecta a Nigel Walston. Probablemente sea porque no tenemos hermanos, pero parecen una especie completamente diferente a la nuestra. Una que me gusta más de lo que pensaba.*

*Nigel James Walston.*

*~~Sra. Nigel Walston.~~*

*~~Señora Merton.~~*

*~~Señora Alice Merton.~~*

*~~Alice Walston.~~*

*Me acabo de dar cuenta de que mis iniciales seguirían siendo las mismas.*

*Familia Weatherly*

Se le invita cordialmente a la residencia de

Lord Fitzroy Ladd

Sábado 13 de mayo a las 8 en punto

Para el baile de Ladd Pleasure

No. 11 Charles Street

## Capítulo Catorce

De camino al baile, se recomendó encarecidamente a Alice y Jocelyn que bailaran con un caballero solo una vez, a menos que quisieran que se rumoreara que tenían una relación con el hombre. Aparentemente, Ada se había olvidado de sí misma en el último baile y ahora se encontraba inexorablemente conectada con Harrison Bower.

Las chicas escucharon sin comentarios. Jocelyn, llevaba un vestido rosa polvo, y Alice, iba vestida de rosa pálido. Habían sido testigos de la atracción entre Ada y Harrison en el baile de Buckley, y habían visto el cariño y el compromiso desarrollados desde entonces, de modo que, si se utilizaba a la pareja como tema de una historia con moraleja, no era demasiado eficaz.

Alice había estado en el baile más de una hora, había socializado apropiadamente y había bailado con dos caballeros diferentes antes de que llegaran los Walston, ya que habían tenido un compromiso previo para cenar.

«Mi madre y sus compromisos», refunfuñó Nigel cuando finalmente estuvo junto a Alice. «O lo aceptamos o no terminamos nunca. Debemos asistir a esta cena. Debemos asistir a ese recital. Mis hermanas deben quedarse dos tardes para llamadas formales y quedarse los jueves para recibir».

Alice sabía todo esto por las quejas de Lakely.

«Pero ahora soy libre y estoy listo para disfrutar un poco», dijo Nigel. «¿Bailamos?».

«Si es tu baile preferido», respondió tímidamente. «Solo puedo bailar con un caballero una o dos veces, ¿sabes? De lo contrario, la gente asume que existe una relación».

«¡Ah! ¿Así que así es como va todo?».

Ella asintió. «Lo sé de buena fuente».

«Pero tenemos una relación. Nuestras familias son grandes amistades».

«Entonces, dos bailes», respondió ella. «Siempre y cuando no sean consecutivos».

«Nunca seguidos», siguió él el juego. «Eso podría implicar un compromiso».

Alice miró y descubrió que lady Merton los observaba. La dama sonrió con aire de suficiencia antes de darse la vuelta.

~~~

La naturaleza había llamado y Jocelyn se había visto obligada a responder. Regresaba al salón de baile después de una ida a una de las salas de descanso cuando vio a JG esperando en el pasillo, afuera del salón de baile sosteniendo dos copas de champán. Él le sonrió y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. «Hola», dijo mientras lo alcanzaba.

«Hola», él le ofreció un vaso. «Soborné a la ayuda para que los trajera».

Ella aceptó. «Gracias».

Levantó su vaso. «Es maravilloso verte de nuevo», dijo él.

«A ti también», ella chocó su vaso con el de él y bebieron. Nunca había probado un champán más fino. «¿Realmente sobornaste a alguien para que lo trajera?».

«Lo hice. Y sugiero que lo bebamos aquí antes de volver al interior. Y no solo porque deseo unos momentos a solas contigo. Más bien a solas, debería decir».

El pasillo estaba lejos de estar vacío y, sin embargo, estar allí con él se sentía clandestino de alguna manera. «¿Acabas de llegar?».

«Sí. Con mi abuelo».

Una explosión de excitación la recorrió. «¡Oh!».

JG parecía incómodo y luego se inclinó ligeramente hacia adelante. «No es la persona más amable», confió. Me temo que es un snob terrible.

Su sonrisa se atenuó por la aprensión en su rostro. Bebió de nuevo para tener algo que hacer. Parecía que a su abuelo no le interesaba conocerla. Fue la primera vez que experimentó una limitación impuesta por no ser de noble cuna. Tenía una cualidad claramente amarga. No era de extrañar que su padre hubiera desarrollado tanta sensibilidad al respecto. Podía imaginar la frustración de ser evaluada siempre por algo sobre lo que no tenía control. Peor aún, ser ignorada por ello sin ninguna consideración real de su carácter. «Hay algo que me gustaría discutir contigo», dijo ella.

Su rostro se iluminó y asintió.

«Mi primo, Jeremy. Él es... diferente de los demás. No se siente cómodo con mucha gente. Pero es un artista magnífico».

«¿Lo es?».

Ella asintió. «Sí. Es joven, solo tiene diecisiete años, pero creo que sus cuadros se venderán bien. Podrían venderse bien. Pero no tenemos idea de cómo hacer para presentar su trabajo a las personas adecuadas».

«¿Es algo que él quiere?».

«Creo que sí. Sí. Su padre murió cuando él era un niño y su madre, mi tía Julia, no obtuvo mucho dinero. Por lo tanto, tener una vía de ingresos no solo sería apreciado en su hogar, sino que también lo haría sentir orgulloso de contribuir. Un día, si sus pinturas resultan ser un éxito, eso le prepararía para la independencia».

«Estaría encantado de poder ayudar. Tendré que hacer averiguaciones y primero necesitaría ver su trabajo. ¿Sería eso posible?».

«No sale mucho de casa. Tendrías... que venir a verlo».

«Me encantaría hacerlo», dijo con entusiasmo.

«¿Quizás para tomar el té?», sugirió tímidamente.

«Eso sería excelente. Menciona el día».

«Debería ser a tu conveniencia. ¿A principios de la próxima semana, tal vez? ¿Martes?».

«Perfecto».

Ella sonrió. «Es en Bryanston Square. Número catorce».

«Memorizado. Lo espero con impaciencia».

«Yo también».

Él notó que un caballero le dirigió una mirada penetrante. «Desafortunadamente, tendremos que regresar al salón de baile por separado, pero te encontraré más tarde, si te parece bien».

«Por supuesto».

«Para un baile, ¿espero?».

«Sí. Gracias de nuevo por el champán».

«Verte de nuevo es motivo de celebración».

Ella se sonrojó, pero su corazón se alegró. Él se quedó como si tuviera algo más que decir, ¿o se suponía que ella debía irse primero?

«Has estado en mi mente desde que nos conocimos», admitió. «Ojos marrones con un centro ámbar».

Su rubor se estaba intensificando, así que se dio vuelta y regresó al salón de baile. ¿O estaba flotando? Sentía como si su corazón se elevara, alzando todo su ser. Quizás JG estaba

equivocado. Quizás a su abuelo le gustaría ella. De repente, todo lo bueno del mundo se convirtió en una posibilidad.

~~~~

Lady Merton observó a Lakely conversar con amigos al otro lado de la habitación. Esta noche, su hija mayor vestía de rojo y el vestido destacaba en la sala llena de vestidos de colores claros. Lakely era tan hermosa y podía ser perfecta en su gracia social cuando así lo deseaba, pero había una infelicidad subyacente dentro de la chica que había empeorado en los últimos meses. Ada sospechaba que se debía a una cuestión del corazón, ya sea alguien a quien Lakely amaba y que no le devolvía el afecto o alguien que no estaba disponible. ¿Un hombre casado tal vez?

No era fácil estar cerca de Lakely, al menos no para su madre. Aceite y agua, comentaba frecuentemente su marido. Su conclusión era que eran demasiado parecidas. Lakely y Ada eran cercanas, pero era fácil estar cerca de Ada. Ella no era temperamental ni discutidora. Lakely vivía para discutir cualquier punto. Podría ser divertido observarlo si la disputa fuera con su padre. Por lo general, detenía el debate declarando «¡Suficiente! ¡Lakely! ¡Es suficiente!», a lo cual, Lakely aceptaría con seguridad su retirada como una victoria a su favor. Nigel a veces criticaba a su hermana por diversión. Los dos bromeaban, pero rara vez acaloradamente.

Lady Merton se preguntaba si la melancolía de Lakely tenía que ver con el apego de Ada a Harrison Bower. Era difícil cuando una hermana menor encontraba una pareja antes que la mayor. O tal vez era angustia por la idea de perder la compañía diaria de su hermana menor. Cuando Lakely miró en su dirección, lady Merton le hizo un gesto. Lakely se disculpó y se dirigió hacia ella.

«Hola», dijo Lakely cuando llegó hasta ella. «¿Estás disfrutando?».

«Lo suficientemente bien. Quería decirte que estás hermosa esta noche. Me encanta ese color en ti».

El cumplido pareció sorprender a Lakely. «Gracias», ella miró a su alrededor. «¿Dónde está tu esposo?».

«Mi esposo, ¿qué viene siendo tu padre?».

«A menos que haya algo que quieras decirme», respondió Lakely inocentemente.

Lady Merton se rió a su pesar. «No sé dónde está en este momento. Sinceramente, quería hablar contigo porque estoy preocupada por ti».

«¿Por qué?», Lakely preguntó con ecuanimidad.

Allí estaba otra vez. Ese muro invisible entre ellas. Había vuelto a encajar de golpe. Lakely se paró ante ella regia e inalcanzable. «Desearía que fueras más feliz», afirmó su madre.

Pasaron varios momentos antes de que Lakely respondiera. «Yo también».

¿Era eso una pequeña rendija en la pared? «¿Hay alguien en quien hayas puesto tu corazón?».

Lakely reflexionó sobre una respuesta. «Sí, pero es un fantasma. O si no lo soy yo. No estoy del todo segura de cuál es. Parece que no podemos conectarnos porque él tiene su mundo y yo tengo el mío, aunque giran uno alrededor del otro. De vez en cuando incluso colisionan».

Lady Merton no la seguía. ¿Era un hombre casado? Desafortunadamente, el heredero de los Meltzer dio un paso al frente y le pidió a Lakely que bailara. Ella aceptó y se dirigió hacia la pista de baile con él, dejando a su madre completamente desconcertada. ¿Le habían dado algún tipo de respuesta o la extraña respuesta había sido más bien un juego de Lakely para mantenerla a distancia? Realmente no lo sabía.

## Capítulo Quince

Eliza Weatherly colocó un marcador y cerró la novela, una historia trágica y bastante frustrante que Alice había comprado hacía una semana y ya había terminado. Esta era la segunda noche tranquila consecutiva para la familia y estaba agradecida por ello. Richard pasaría la velada con su amigo Randall Page y todos los demás ya se habían retirado a sus habitaciones. Ella disfrutó del silencio.

Cuando subió las escaleras, vio a Julia parada afuera de la entrada al tercer piso. Había algo en la forma en que su cuñada estaba de pie, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada hacia adelante y el dorso de una mano presionado contra los labios. ¿Estaba llorando? Eliza se acercó, pero Julia miró y Eliza vio que su expresión era de alegría. Eliza estaba a punto de hablar cuando Julia señaló el tercer piso. Como si fuera una señal, escuchó risas de sus hijos.

«Lo prometo», dijo Alice, «aplastó al pobre hombre».

«Y él con su vaso lleno de vino tinto», añadió Jocelyn.

Hubo más risas.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Julia. «Solo escucha eso», dijo en voz baja. «Las chicas han sido una bendición del cielo».

Eliza tocó el brazo de Julia y asintió. «Buenas noches», susurró.

«Buenas noches».

En la puerta de su habitación, Eliza miró hacia donde Julia seguía escuchando, embelesada por los sonidos de diversión. Fue un momento que sabía que recordaría como uno de los más conmovedores del viaje.

~~~~

«¿Qué te pondrás para el Derby?», Jocelyn le preguntó a su hermana en el mismo momento.

«No lo sé todavía», respondió Alice distraídamente mientras continuaba hojeando una revista. Esta trataba de casi todos los temas, política, moda, editoriales. Ella y Jocelyn estaban descansando en la habitación de Jeremy con una jarra de vino a medio consumir. Le hacían compañía a su primo mientras él trabajaba. «Quizá mi beige y rojo. O el azul que usé en la boda de Shoemaker. ¿Crees que estaría bien para asistir a observar una carrera?».

«Azul», dijo Jeremy.

Alice sonrió. «Un voto por el azul».

«Dos votos por el azul», coincidió Jocelyn.

«¿Y tú?», Alice le preguntó. «¿Qué te pondrás?».

Jocelyn sonrió dulcemente. «¿Tu beige y rojo?».

Alice puso los ojos en blanco, pasó la página y siguió leyendo. «Hablando de moda, escucha esto. *“Fancy, la Primera Ministra de la Moda, con su toque creativo”*», leyó Alice con voz fingida, «*“...aún continúa inspirando, ayudada por su doncella, Invention, la activa sacerdotisa del baño”*».

«Baño», repitió Jeremy.

«*“Con alas ligeras y de arcoíris”*», continuó Alice, haciendo su voz aún más cómica, «*“continúan revoloteando sobre diferentes establecimientos dedicados a adornar la Belleza”*». La Belleza con B mayúscula, eso sí».

«Entonces, ¿puedo usarlo?», Jocelyn engatusó. «El beige y el rojo».

«Supongo. De todos modos, te queda mejor a ti que a mí».

«Entonces, ¿puedo quedármelo?».

«¡No!».

Jocelyn se volvió hacia Jeremy. «¿Estás seguro de que no irás con nosotras el miércoles? Será divertido».

Sacudió la cabeza y cogió otra brocha.

«Dime si puedo ayudarte con algo», ofreció Jocelyn. Se levantó para servirse más vino. «Me gusta especialmente la parte del afilado. Hay satisfacción cuando todo empieza a verse suave».

Alice hizo una mueca de confusión. «Aquí dice que otro gorro favorito para un paseo en carruaje es el sombrero Caroline de satén rojo lavanda. ¿Lavanda roja? ¿Qué es la lavanda roja?».

«No lo sé», respondió Jocelyn.

«Una mezcla de aceite de lavanda y romero», dijo Jeremy sin apartar la vista de su lienzo. «Y sándalo rojo».

«¿Estás diciendo que es un color real?», preguntó Alice.

«Nuez moscada», continuó enumerando los ingredientes, «corteza de canela».

«Suena delicioso», comentó Jocelyn. Se acercó y se inclinó sobre el hombro de Alice para ver la ilustración. «Es bonito. Me gusta».

Alice continuó leyendo. «*“Para la media vestimenta, últimamente ha aparecido un nuevo material llamado crespón de Baltimore, que está ramificado; el color es el de la hoja seca del dátil”*», volvió a mirar a Jeremy. «¿Supongo que también sabes qué color es ese?».

Esto le pareció gracioso y se rió de manera tan contagiosa que las chicas no pudieron evitar unirse a él.

Capítulo Dieciséis

El martes por la tarde, el día de la audición de baile, Alice subió al carruaje de Walston, donde Lakely estaba sentada junto a una señora de unos cuarenta y cinco años que se parecía mucho a ella. El cabello oscuro de la dama tenía un mechón plateado que parecía tan perfectamente colocado que era casi teatral. «Hola», dijo Alice.

«Hola», respondió Lakely. «Alice, ella es la tía Rosemont, lady Vinson, a quien llamamos Monty. Tía Rosemont, te presento a la señorita Alice Weatherly, de quien hemos hablado extensamente».

«Encantada de conocerla, lady Vinson», dijo Alice mientras el carruaje comenzaba a moverse.

«Llámame Monty. Todos lo hacen. Ya siento que te conozco, querida».

«Monty es la más divertida de toda nuestra familia y con quien soy más cercana, salvo Ada, por supuesto».

«Como debería ser», afirmó Lady Vinson.

Lakely la miró. «Excepto que no es contigo y con mi madre».

«Bueno no. Pero, por supuesto, la quiero mucho y amo a sus hijos», ella miró a Alice. «Yo no tuve los míos, ¿sabes? Así que de vez en cuando he tomado prestados a mi sobrino y sobrinas para apaciguar esos impulsos maternos rebeldes que surgían de la nada», ella sonrió con picardía. «Después, generalmente agradecía no tener hijos todo el tiempo».

Lakely se rió.

«Supongo que Nigel se reunirá con nosotros allí», Alice preguntó esperanzada.

Lakely respondió afirmativamente. «Tenía algunos asuntos con mi padre y luego se reuniría con sus amigos y se iría con cualquiera de ellos que se uniera a esta diversión».

Diversión. ¿Lo sería? «Estoy un poco nerviosa», admitió Alice.

«No lo estés», respondió Lakely. «Lady Toomey tiene una visión en su cabeza para esta actuación y elegirá exactamente quién quiera que la lleve a cabo. Creo que probablemente sea mitad político y mitad... bueno, no sé qué. Aunque debería ser una tarde interesante».

«Oh, sí», asintió lady Vinson.

«¿Con quién bailarás?», Alice le preguntó a Lakely.

«No tengo idea. Lady Toomey emparejará a las personas, a menos que soliciten permiso para hacerlo».

Alice sintió que se le enrojecía el rostro ante el evocador término, que era una tontería. Como de costumbre, estaba pensando demasiado. «Espero que no haya nada diferente en la forma en que hacen el vals de lo que yo conozco».

«Bueno, veamos», dijo Lakely con picardía. «Atrás, de lado, cerca. Uno, dos, tres. Arriba, de lado, cerca. Uno, dos, tres. ¿Suena bien?».

Alice se rió. «Lo hace».

«No me preocuparía», le dijo Lady Vinton. «Nigel solo piensa en lo divertido que resultará, aunque sea solo por hoy».

Cuando Lakely anunció que estaban cerca, Alice se dio cuenta de que estaban cerca del parque nuevamente, lo que significaba que se habían desviado de su camino para ir por ella.

«Esa pertenece al duque», dijo Lakely señalando una mansión más allá de una valla de hierro forjado y pilares de ladrillo. «Es la Casa Apsley».

«¿El duque?».

«De Wellington».

Ah. De la fama de Waterloo. La casa de lord y lady Toomey cuando llegaron no era menos grandiosa que la Casa Apsley. Los carruajes llegaban constantemente y sus ocupantes elegantemente vestidos bajaban de ellos. ¿Estaría vestida lo suficientemente bien?

Lady Vinson se inclinó hacia adelante. «Es una casa preciosa, sí», dijo amablemente. «Imagínate que vives en una muy similar y luego entra, sé tú misma y pásala genial». La puerta del carruaje se abrió. «¿Estás lista?», preguntó Lady Vinson.

Alice asintió. «Creo que sí». Cada una fue ayudada a bajar del carruaje y se dirigieron hacia los escalones que conducían a la terraza delantera. Hubo un tiempo, no hace mucho, en que ella habría absorbido cada detalle del lugar para usarlo en sus escritos. Ahora toda su atención se centraba en compararse con las otras mujeres que se dirigían hacia el mismo destino.

Entraron en un gran vestíbulo, en su mayor parte blanco. Los únicos toques de color procedían de un arreglo floral en un jarrón oriental sobre una mesa, una alfombra redonda y un banco tapizado de terciopelo escarlata. Se unieron a una fila de damas para ser registradas por un caballero sentado en un escritorio.

«Ese es su secretario», susurró Lakely discretamente. «La acompaña a casi todas partes», añadió sugerentemente. Cuando llegaron junto al hombre, Lakely dijo, «La señorita Walston y la señorita Weatherly».

«Muy bien», dijo marcando sus nombres. «Si hace el favor, señorita Walston, coloque esto en su vestido antes de la audición». Le entregó una ancha cinta blanca con el número 26 bordado. «Usted debe ser la señorita Weatherly», le dijo a Alice.

«Sí», dijo con una sonrisa nerviosa.

Le entregó una cinta con el 47 escrito. «Aquí tiene».

«Gracias», dijo Alice.

Él ladeó levemente la cabeza y sonrió, probablemente notando sus ojos o tal vez respondiendo a su acento. «De nada».

Alice y Lakely siguieron la fila hacia el sonido de los instrumentos de cuerda que se encontraban calentándose. Alice siempre había disfrutado de los sonidos de los instrumentistas antes de una actuación. Nunca dejaba de provocar una sensación de emoción. «¿Supongo que has estado aquí antes?», preguntó Alice.

«Todos los años. Tienen dos salones de baile uno al lado del otro. Hoy estamos en el salón de baile más pequeño», dijo mientras entraban en una sala cavernosa que medía no menos de treinta metros de largo por veinte de ancho.

¿Este era el más pequeño de los dos? Se habían reunido al menos cien personas, mujeres hermosas, hombres de aspecto impresionante, además de sus acompañantes. Se habían dispuesto algunos asientos y la mitad de ellos habían sido ocupados por acompañantes. Había una mesa larga en el centro con tres sillas detrás, pero nadie se había sentado todavía. Un violinista y un violonchelista calentaban en el balcón de la orquesta.

Una señora de mediana edad se acercó apresuradamente a ellas ofreciéndoles ayuda para colocar sus cintas. Ella conectó ambas de manera rápida y eficiente y dijo que comenzarían pronto. Alice se inquietó mientras miraba a su alrededor en busca de Nigel. Ella no lo vio... y luego lo hizo, en el mismo momento en que él la vio desde el otro lado del salón.

«¿Y esa sonrisa?», preguntó Lakely.

Alice no había tenido la intención de estallar en una sonrisa. «Tu hermano y yo tenemos la costumbre de vernos en el mismo instante».

«Por supuesto que sí. ¿Y es mi imaginación o de repente suenan unos violines?».

Alice se rió para sí misma cuando Nigel se unió a ellas junto con Dabney Adams.

«¿Dónde está el resto de la alegre banda?», preguntó Lakely.

«Quizá venga Jonathan», respondió Nigel. «Pero aún no lo hemos visto. Joel y Hugh se negaron rotundamente a participar y JG tenía algo más que hacer».

«JG», dijo Dab, «está convencido de que no tiene ninguna posibilidad de ser elegido, por lo que no participará en absoluto, y no creo que Jonathan se presente».

Lakely se acercó a Alice. «En cuanto a quién es quién», dijo, «se considera que la captura de la temporada en la categoría femenina se encuentra... de pie a nuestra izquierda, con el cabello más claro que el tuyo».

Alice miró y vio a una hermosa joven con un vestido azul pálido.

«Lady Meredith Hill. Su padre es lord Graveston, un duque. Lo único más grande que su dote es su vanidad. Acercándose a ella está la señorita Baldwin. Constanza Baldwin».

La señorita Baldwin era atractiva, pero no extraordinaria.

«Su padre tiene el toque de Midas y ella será su heredera», dijo Lakely. «A continuación, tenemos...».

Fue interrumpida por el golpeteo de una cuchara contra un cristal. Miraron hacia donde un hombre alto y delgado, con un bigote rizado, estaba de pie en el centro de la pista de baile. «Si me permiten su atención», llamó con una voz que se transmitía bien.

La habitación quedó en silencio. Alice notó que las tres damas sentadas en la mesa estaban preparadas para juzgar. Se apretó las manos para que dejaran de temblar. Estaba por comenzar.

«Está la realeza, de hecho», susurró Lakely cuando también notó el panel. «Lady Toomey está en el medio, lady Castlereagh está a su derecha y lady Jersey a su izquierda».

El bigotudo volvió a hablar. «Lord y lady Toomey estuvieron recientemente en Viena». Su voz era de afectación con perfecta modulación. «Allí se inspiraron mucho en la música y el baile. En su baile anual de este año, aquellos de ustedes que sean seleccionados interpretarán un vals. Soy Phineas Skeffington, maestro de danza», añadió con una leve reverencia. «Seré el maestro de ceremonia en el baile y lo he coreografiado». El pausó. «Confío en que perdonen la grosería de haberles asignado un número, pero es la manera más fácil de estar seguro de las selecciones. Pueden pensar que todo el mundo los conoce, y tal vez lo hagan, pero ¿qué habría parecido si hubiésemos dado un número a todo el mundo excepto a alguno de ustedes?».

Hubo una risa generalizada.

«Haremos que las parejas bailen un vals simple de diez en diez, comenzando con los números del uno al diez. Cuando termine la melodía, o les hagan una señal...», con dos dedos, hizo una gesticulación oscilante, haciendo esto repetidamente, girando su cuerpo para que todos lo vieran, «eso indica que hemos visto suficiente y estarán excusados. Ser excusado no implica ni aceptación ni rechazo, solo que hemos visto lo que necesitamos. Sin embargo, si reciben este gesto...», hizo una pausa mientras se señalaba a sí mismo, «por favor, quédense atrás para posiblemente volver a bailar. Muy sencillo, ¿no?».

Nadie indicó lo contrario.

«Recibirán noticias sobre la participación al final de la semana. ¿Se entiende todo?».

Y así empezó, aunque no sin problemas. Las diez primeras parejas se presentaron, pero algunas tuvieron que ser cambiadas debido a una diferencia de altura muy marcada. Cuando terminó el primer grupo de bailarines, Phineas Skeffington consultó con el panel y los bailarines fueron excusados o se les ordenó que se quedaran atrás. Alice se había dado cuenta del escrutinio que estaba recibiendo de algunas mujeres entre la multitud, una en particular. Intentó ignorarla, pero la distraía.

Dab era parte del segundo grupo. Posteriormente, se le ordenó que se quedara atrás, al igual que varios otros. Lakely era parte del tercer grupo. Desafortunadamente, su compañero era un joven de rostro sonrojado sin la gracia suficiente para felicitarse a sí mismo. Cuando terminó la música, él se disculpó y a ella le pidieron que permaneciera.

«Eso fue doloroso», murmuró cuando regresó con Alice. «¿Por qué no pude haber bailado con Dab?».

«Tienes una mejor pareja», le dijo Nigel a Alice con una sonrisa burlona.

Ella sonrió, pero se desvaneció su sonrisa cuando vio a la mujer que la había estado mirando entrar a la pista. «¿Quién es la dama de este lado?», le preguntó a Lakely, «Viste de verde».

Lakely hizo una mueca de disgusto. «Diana Fletcher. Tiene algunos buenos amigos; no estoy segura de cómo, pero es mejor evitarla. Nos desagradamos intensamente, así que, si estás conmigo, evitarla no será difícil. Ella no se acercará a menos de tres metros de mí. Una vez le dije lo que pensaba sobre algunos comentarios que había hecho. Fue en presencia de otras personas y luego la voz se extendió como la pólvora. Se fue temprano esa noche, como debía haberlo hecho».

La música comenzó de nuevo y la señorita Fletcher, que tenía una pareja fuerte, bailó con confianza y aplomo. Después la excusaron, probablemente porque había sido seleccionada sin dudarla. Algunos de los mejores bailarines habían sido excusados.

Cuando finalmente llegó su turno, Nigel le ofreció el brazo y llevó a Alice a la pista de baile. El suyo era el grupo final. De hecho, tenían el último número.

«Me importa un comino si somos seleccionados o no», comentó él. «Solo quería bailar contigo hoy».

Eso ayudó a aliviar su ansiedad. La música empezó y se movieron juntos con facilidad y se divirtieron. Cuando terminó la música, el maestro de danza volvió a conferenciar con las damas y luego hizo los pronunciamientos. Nigel y Alice fueron excusados, pero el señor Skeffington les pidió en voz baja que pasaran por la mesa. Nigel llevó a Alice allí e hizo una reverencia cuando llegaron. «Señoras, ¿puedo tener el honor de presentarles a la señorita Alice Weatherly?».

«¿Cómo están ustedes?», dijo Alice.

«Señorita Weatherly», dijo Nigel, «ellas son lady Jersey, lady Toomey y lady Castlereagh».

«Es un honor», respondió Alice.

«Nos alegró mucho tenerla aquí», le dijo lady Toomey. «¿Cómo va su visita?».

«No podría ser mejor».

«Ese acento americano», dijo lady Jersey con una expresión divertida. «Pero es encantadora y bailó maravillosamente. Ustedes dos. Nos pareció agradable verlos».

«¿Están ustedes dos comprometidos?», preguntó lady Castlereagh en voz baja.

Alice intentó permanecer inexpresiva.

«No», dijo Nigel. «No... no en este momento», tartamudeó. Su torpeza parecía motivo de diversión para las damas, aunque se mostraban discretas al respecto. Mientras se alejaban, preguntó Nigel. «¿Cuántas veces acabo de decir la palabra no?», susurró como si sufriera dolor.

Alice se rió en silencio. «¿Lo dijiste más de una vez? No me di cuenta».

Encontraron asientos al lado de Monty, quien los felicitó por su baile y observaron cómo continuaba la audición.

~~~

«Señor Baillie para ver a la señorita Jocelyn», dijo JG, entregándole su tarjeta a la doncella.

«Por supuesto, señor», dijo Fisher, dando un paso atrás. «Por favor, entre».

Entró cuando una atractiva dama llegó al vestíbulo. «Es Lord Blairwood, ¿no?», preguntó amablemente la señora.

«Así es», hizo una reverencia.

«Soy la tía de la niña. Bienvenido».

«Señora Alward», dijo él. «Es un gran placer conocerla».

«Y a usted. El salón está por aquí».

Jocelyn se alisó la falda con nerviosismo. Había escuchado cada palabra y ahora escuchaba sus pasos acercándose.

«Aquí estamos», dijo Julia, entrando.

JG y Jocelyn intercambiaron una sonrisa y una reverencia.

«Si me disculpan un momento», dijo Julia, «le haré saber a Jeremy que está usted aquí. Quizá se una a nosotros».

Mientras Julia se alejaba, Jocelyn señaló una silla. «Por favor».

Se acercó y se sentó. «¿Cómo estás?».

«Muy bien gracias. ¿Y tú?».

«Excelente».

Parecía nervioso y Jocelyn se preguntó fugazmente si debería disculparse por la irregularidad de la invitación y por quedarse solos juntos. Por ser estadounidense y no pertenecer a la nobleza y ya estar medio enamorada de él y...

«Siempre me ha gustado esta zona», afirmó.

«A mí también. Especialmente porque mi padre creció aquí».

«¿Está él en casa?».

«No. Él y mi madre tenían un compromiso. No me di cuenta cuando lo sugerí para hoy».

«Si es un problema», dijo rápidamente.

«¡No! Para nada. Para mí. Pero me doy cuenta de que la cultura de la que venimos es menos... estructurada que esta. Por supuesto, quiero comportarme correctamente».

«Lo haces. Por favor, nunca sientas lo contrario. Adoro tu... ¿puedo decir frescura? Hay una tranquilidad y honestidad entre ti y tu hermana que hace que uno se sienta bien con ello».

La idea la animó. «Tampoco recordé que hoy era el día de la audición de lady Toomey».

Sacudió la cabeza. «Eso no tenía ningún interés para mí. El baile en sí será excelente, pero no tengo ningún deseo de exhibirme durante el mismo», se encogió, «de la idea de ello. Puedo verme tropezando con mis propios pies, adquiriendo el color de una remolacha y probablemente haciendo tropezar a mi desafortunada compañera y a cualquiera que esté a mi alrededor».

Ella no pudo evitar reírse.

Él dio un escalofrío fingido.

«Dudo mucho que eso suceda», replicó. «Hemos bailado juntos. ¿Lo recuerdas?».

«Nunca lo olvidaría».

Se dio cuenta de que ya se había relajado. Le sonrió a su tía cuando volvió a entrar al salón. «¿Jeremy no bajará?».

«No, pero está deseando conocerlo», le dijo Julia a JG.

«¿Vamos con él?», Jocelyn le preguntó a JG.

«Si a tu tía le parece bien», dijo JG.

«Lo es», le aseguró Julia. «Tomaremos el té después».

Jocelyn se levantó y lo dirigió a la salida del salón. En el segundo piso, aminoró el paso. «Mi primo es muy inteligente», explicó suavemente, «pero la mayoría de la gente lo hace sentir incómodo». Ella se detuvo por completo y lo miró. «Es posible que no te mire ni te hable

directamente. Puede balancearse hacia adelante y hacia atrás».

«No te preocupes por mí», respondió JG con la misma suavidad. «Puedo aceptar a una persona tal como es, como sea. No me dejo herir fácilmente por ningún desaire. He tenido toda una vida de práctica en esto».

La declaración la entristeció tanto que sintió la necesidad de extender la mano y tocarle el brazo, pero este no era el momento de seguir pensando y ciertamente no podía ser tan audaz como para tocarlo de una manera tan familiar. «Está en el tercer piso», dijo antes de dirigirse al ático.

Jeremy había movido los tres caballetes para formar una curva con ellos, de modo que las pinturas fueron lo primero que se viera. JG quedó claramente asombrado por lo que vio. «Oh Dios», exclamó mientras se acercaba.

Jeremy se quedó a un lado mirándolo furtivamente.

«Pensé», comenzó JG. Sacudió la cabeza. «Pensé que tal vez habías sido demasiado parcial dado tu afecto por tu primo, pero estos son magníficos. Mira la luz en este. La forma en que arroja el agua de color verde, pero aún con una calidad translúcida. Y este. Los rojos son tan... primarios. ¿Es un jarrón de flores inclinado en una habitación desordenada, o es mucho más? ¿Es esto un pétalo de rosa o una gota de sangre? No puedo evitar preguntarme qué pasó aquí».

Jocelyn miró a Jeremy y sonrió. Fue maravilloso ver a JG atrapado en las pinturas y a Jeremy disfrutando de su reacción.

«Son tan poderosos», comentó JG mientras se volvía hacia el tercero. «La expresión de su rostro», murmuró, gesticulando con las manos. «¿Es un momento de iluminación? ¿Furia?», de repente miró a Jeremy, «Oh, perdóneme. Me obsesioné tanto con su trabajo que olvidé por completo mis modales. Soy amigo de Jocelyn, JG».

A Jocelyn se le cortó el aliento; a ella le encantaron esas palabras. Jeremy hizo una reverencia y verlo le tocó la fibra sensible. La reverencia era algo que habían practicado.

«¿Cómo está?», dijo Jeremy con la mirada fija en el suelo.

JG hizo una reverencia. «Estoy muy bien. Gracias. ¿Y usted?».

«Muy bien».

«Solo por curiosidad, ¿han estado en Somerset House?», preguntó JG, mirando entre ellos.

«No», respondió Jocelyn.

Jeremy sacudió la cabeza, pero todavía evitaba la mirada de JG.

«¡Ah, deben hacerlo! Era un palacio destinado a la princesa Carlota, pero luego ella murió. Lo cual fue muy trágico».

«En el parto, ¿no?», preguntó Jocelyn.

«Inmediatamente después. Dicen que el parto fue terriblemente fallido. La bebé nació mal y murió pocas horas después. El médico responsable se suicidó».

«Hace dos años», dijo Jeremy.

«Sí», dijo JG. «Toda la nación se puso de luto», le dijo a Jocelyn. «Pero mencioné Somerset House porque es el lugar donde se celebra la exposición de la Royal Academy. Es algo que maravilla a cualquiera, y mucho más a un artista».

«Entonces, ¿lo has visto?», preguntó Jocelyn.

«Oh, sí. Voy todos los años. La sala de exposición es muy grande y está llena de cuadros de todos los tamaños. El techo debe tener treinta metros de altura y hay enormes ventanas abovedadas. Debe haber veinte metros de cuadros uno encima del otro en una habitación del tamaño de esta casa». Hizo una pausa y miró a Jeremy. «Espero que me permita llevarle este año». Miró a Jocelyn. «Y a ti y a Alice». Volvió a mirar a Jeremy. «Y tal vez a sus madres.

Disponemos de un autocar urbano con capacidad para seis personas cómodamente. Podríamos dedicarle una tarde».

«Suenan maravillosos», dijo Jocelyn. Se dio cuenta de que Jeremy había comenzado a balancearse ligeramente. «Sin embargo, a mi primo no le gustan especialmente las multitudes, así que...».

«Ah, pero», dijo JG tan abruptamente que Jeremy dejó de balancearse y lo miró. «Imagínense que estamos allí y que todas estas paredes son enormes y están llenas de pinturas. Sí, hay multitud, pero todo el mundo está haciendo esto». JG miró fijamente la pared, moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo lentamente como si contemplara cada cuadro. Se acercó hasta que estuvo al lado de Jeremy, y luego pasó junto a él sin mirarlo y dijo, «Perdóneme», de manera distraída.

Jeremy parecía estar imaginándolo, así que Jocelyn siguió el juego. «Oh, mira ese», murmuró para sí misma como si estuviera mirando un cuadro grande. Ella también se acercó hasta estar al lado de Jeremy, pero no lo miró. Entonces lo hizo, pero solo para darle una sonrisa educada y desdeñosa y dar un paso para estudiar la siguiente sección de pinturas.

«Piénselo, señor Alward», instó JG. «¿O puedo llamarte Jeremy?».

Jeremy asintió. «Sí».

*¡Progreso!* Jocelyn pensó emocionada.

«Ahora mi siguiente pregunta es esta. ¿Quieres vender tus cuadros?».

Jeremy asintió. «Sí», miró a JG. «¿Lo harán?».

«¿Se venderán? ¿Honestamente? Sí. Creo que se venderán. Creo que son brillantes y estaré encantado de ayudarles. ¿Quizás contactar al dueño de una galería?».

Jeremy asintió de nuevo. «Por favor».

«Tendría que mostrarle tu trabajo. ¿Puedo llevarme uno o dos cuadros? ¿Quizás incluso tres?».

«Está bien. Sí».

«¿Cuáles? ¿O quieres pensarlo un poco? Ciertamente puedo volver», miró a Jocelyn.

«Sí», respondió ella con entusiasmo.

«Lo pensaré», murmuró Jeremy. «Lo pensaré. Cuáles. Tres».

«Bien. Luego volveré y lo esperaré con ansias. Fue un gran placer conocerte y ver tu trabajo».

Jeremy inclinó la cabeza. «Es un pla... placer».

«Piensa en la exposición. Me encantaría que la vieras».

Jocelyn llamó la atención de JG. Ella no quería que lo presionara; había resultado tan bien.

«Adiós», dijo JG. Se giró y siguió a Jocelyn.

«Adiós», dijo Jeremy cuando llegaron a las escaleras.

JG se volvió y sonrió. «Te veré pronto».

Jocelyn se alegró de estar a la cabeza, por lo que JG no vio su expresión. Con suerte, ella sería capaz de controlar los feroces latidos de su corazón antes de que él la viera de lleno. Se sentía orgullosa de JG. Ella no tenía derecho a sentirse tan orgullosa de él, pero lo estaba. Llegaron al segundo piso y se dirigieron hacia la otra escalera, pero ella se detuvo antes de que llegaran y se volvió hacia él. Él la miró expectante. «Gracias», dijo significativamente.

Su expresión era tierna. Él tomó su mano, se la llevó a los labios y le dio un beso. «No hay nada que agradecerme».

Sus hombros temblaron. Logró inhalar silenciosamente, lo que le pareció una hazaña.

«Su trabajo es sorprendentemente bueno», dijo. «Lo que te hace sentir. La forma en que te atrae la imagen. Estaré encantado de poder ayudar. Es un muchacho muy atractivo. Me pregunto

si se podría crear un poco de misterio para despertar el interés. Su trabajo, su apariencia, su ilusión».

Estaba inmensamente emocionada de que él estuviera dispuesto a ayudar. Era un hombre tan maravilloso. «¿Tomamos té?».

«Absolutamente».

~~~

Cuando el reloj dio las diez de la noche, Julia se fue a la cama, como de costumbre, pero no podía concentrarse en su libro. Había visto algunas de las pinturas de su hijo antes. Ella no juzgaba el gran arte, pero sus pinturas le parecían geniales. ¿De dónde había sacado el talento? Ella no tenía ninguna habilidad artística y, hasta donde ella sabía, Peter tampoco la poseía.

Cogió su oporto y tomó un sorbo. Ella siempre había tenido la intención de hacer lo mejor que pudiera por su hijo, pero ¿lo había hecho? ¿Lo había retenido ella, sin saberlo, sobreprotegiéndolo? Nunca le habían pedido que hiciera recados. Ella compraba todo lo que necesitaba y se lo llevaba a casa. Había tratado de hacerle la vida lo más placentera posible, pero ¿lo había impedido sin darse cuenta?

Alice y Jocelyn lo aceptaron de todo corazón y alentaron la exploración. Le habían dado fuerzas para salir de casa y participar en actividades. Cenar en un restaurante. Un paseo en carruaje. Una excursión. Un viaje a una cafetería. Incluso estaba pensando en asistir al Derby de mañana. ¿El éxito de la chica con Jeremy se debió a que tenía casi su edad o simplemente lo habían reforzado e inspirado como ella debería haberlo hecho todo el tiempo?

Sus pensamientos volvieron a Peter y a todas las cosas que no sabía y que nunca sabría sobre él. Pero una cosa era segura. «Estarías orgulloso de él», dijo con nostalgia. «Tan orgulloso».

Capítulo Diecisiete

¡El Derby! Jocelyn se llevó una mano enguantada al estómago y caminó lo más cerca que pudo del borde de las gradas. Ella respiró hondo y se estremeció. ¡Estaban tan arriba y qué vista! Epsom Downs estaba lleno de miles de personas esperando que comenzara la gran carrera, y ella sería testigo del evento desde la gradería cubierta más alta. Habían planeado asistir durante semanas, pero solo tenían entradas para la planta baja. JG se enteró ayer e hizo arreglos para que estuvieran ahí.

Quería recordar todo lo relacionado con el día de hoy. Hacía buen tiempo y soplaba una suave brisa, pero llevaba días lloviendo y la pista estaba lodosa. Podía ver el brillo de los charcos debajo.

«Hola», dijo JG detrás de ella.

Ella sonrió y se volvió hacia él. «Hola».

«¿Qué opinas?».

«Es emocionante estar tan alto. Gracias por esto».

«No fue nada. Pero tú y yo tenemos asuntos importantes que atender».

«¿Tenemos?».

«En efecto. Las apuestas tienen que hacerse pronto».

«Apuestas», repitió. «De las cuales no sé nada».

«Como sea, todo es una suposición. Ah, mira», dijo cuando algo llamó su atención debajo. «Los están sacando».

De hecho, el ruido de la multitud había aumentado. Se volvió para contemplar el desfile de jinetes montados en magníficos caballos. Los caballos llevaban mantas en el lomo y la camisa y gorra de cada jockey hacían juego con el color de cada una. Había amarillo brillante, fucsia, blanco, azul, verde oscuro y verde claro y muchos más.

«Algunas pistas están en línea recta», dijo JG, acercándose a ella. «Esta es orbicular. En realidad, tiene forma de C grande. ¿Ves? Comenzarán allí y terminarán allá».

«La pista tiene mucho lodo», comentó.

«Sí, pero no está tan embarrada como cuando inicie. También afectará la carrera».

Ella lo miró. «¿Sigues de cerca el deporte?».

«Lo disfruto. Son animales tan espléndidos».

«Sí, lo son». Volvió a mirar el desfile de hombres y caballos.

«Entonces, ¿cuál de ellos parece afortunado?», preguntó.

«No tengo ni idea. Hay muchos de ellos, ¿no?».

«Hay catorce de ellos. Ese de ahí», dijo señalándolo, «es Abjer. Muchos tipos están apostando por él. Lo mismo con Pindarri. Aquél».

Un semental castaño alto y elegante llamó su atención. «¿Y ese de patas largas?».

«Ese es Sailor. Un fuerte contendiente. Las probabilidades son cuatro a uno», dijo, consultando la hoja de datos que tenía en la mano.

«Sailor», decidió. «Me gusta la forma en que sostiene la cabeza. Esa es mi elección».

JG evaluó pensativamente a Jocelyn. «Ella levantó la vista del caballo castaño con su pelo y ojos color castaño, aunque tenía el frente dorado». Él sonrió. «Supongo que no soy tan bueno con las palabras como tu hermana».

«En mi opinión, pocos lo son», respondió con una sonrisa tímida.

«Voy a apostar por Sailor», dijo, dando un paso atrás. «Pedí ponche con champán y estará aquí pronto. Ya vuelvo».

Mientras se alejaba, Jocelyn llamó la atención de Ada. De pie al otro lado de las gradas, Ada parecía feliz entre el señor Bower y Hugh Pritchett. Ada le dedicó una sonrisa de complicidad y Jocelyn se la devolvió antes de volver al espectáculo de abajo. *Elevada y ligera*. Así se sentía ella. Se sentía elevada en todos los sentidos de la palabra y tan ligera como una pluma.

~~~

Alice estaba a varios metros de distancia mirando a la multitud de abajo. Se decía que normalmente asistían a la carrera cien mil personas. ¿Realmente podrían ser tantos? La mayoría estaba celebrando bulliciosamente. Era extraño estar por encima de todo. Nigel estaba junto a ella, excepto que estaba de cara a la sala. Su expresión parecía preocupada. «¿Qué pasa?», preguntó ella, viendo en dirección de su mirada.

«Mi padre», respondió.

Miró a lord Merton, que conversaba alegremente con otros dos hombres y se lo estaba pasando genial. «¿Qué hay de él?».

Nigel se volvió y miró hacia la pista. «A veces echa un vistazo», respondió en voz baja. Él unió miradas con las de ella. «Ha jurado no volver a apostar más, pero admite que no se puede confiar en que cumpla sus propios edictos».

Se alegró de que él confiara en ella. Se sentía bien. Apareció un mesero con una bandeja de vasos llenos de un brebaje efervescente de color naranja con frambuesas flotando encima. «Cortesía de lord Blairwood», dijo el mesero.

«Gracias», dijeron Nigel y Alice. Cada uno tomó uno y dio un sorbo. Era refrescante con sabor a naranja y piña. «Delicioso», dijo ella.

Él estuvo de acuerdo, pero todavía estaba distraído por sus pensamientos. «No te dije esto antes, pero cuando me sugirieron todo por primera vez, es decir, tú, *nosotros*, mi padre dijo que su plan era entregarme la administración de la propiedad lo más pronto posible. Dijo que cuando todo estuviera arreglado...».

«¿Te refieres a mí? ¿O más bien a nosotros?».

«Sí. Cuando todo estuviera arreglado, *él* se iría a vivir a Francia».

Ella parpadeó sorprendida. Para empezar, Nigel acababa de decir *él*. ¿No ellos? ¿No lady Merton? «Francia», repitió.

Él asintió de nuevo. «Mi madre tuvo una reacción más apasionada que esa, te lo puedo asegurar. Pero parecía firme en su decisión. Dijo que no se puede confiar en que no apueste y que quiere proteger su reputación. No es que no haya sido ya dañada, porque sí lo ha sido, pero no está más allá de la redención».

«Pero abandonar el país», reflexionó Alice.

«Él tiene un primo allí y son socios en un viñedo. Digo socios. Sé que padre es copropietario. Realmente desconozco los detalles».

«¿Sigues siendo ese su plan?», preguntó con curiosidad.

«No he oído lo contrario».

Ella tomó otro sorbo. «¿Qué hay de tu madre?».

«Supongo que ella iría de aquí a allá. No los veo separados por mucho tiempo, por mucho que él la exaspere».

Ella esperó a que continuara.

«Para ser honesto, no sabía qué pensar cuando me propusieron la idea, pero cuanto más pienso

en ello, veo el mérito. Especialmente cuando siento que la fiebre comienza en él».

«La fiebre por apostar», dijo ella en voz baja.

Sus miradas se conectaron de nuevo y él asintió.

Miró hacia abajo, a las potras y potros que desfilaban por la pista. «Me alegra que me lo hayas dicho».

«Yo también. Nuestra amistad ha crecido, pero no es nada en comparación con lo que sería en el matrimonio. Sé que no estamos en el punto de comprometernos, pero no se deben guardar secretos entre nosotros. Especialmente no los secretos que impactan nuestras vidas».

Ella lo miró. «Estoy de acuerdo».

«Admiro tu franqueza. Lo quisiera para mí. La quiero entre nosotros».

Había tal magnetismo entre ellos que sus pezones se habían endurecido dolorosamente y sus mejillas se habían calentado. Miró a lord Merton para romper el hechizo. Lo estaba pasando bien. «Espero que estés equivocado acerca de él».

«Yo también».

Ella le dedicó una sonrisa y se volvió hacia las vistas de abajo.

«Soy bueno con las finanzas, Alice», dijo en voz baja. «Puedo hacer que el patrimonio goce de buena salud y mantenerlo así. Pero no puede ser un perjuicio continuo».

Ella discretamente le tocó el brazo para consolarlo y asintió.

~~~

La carrera transcurrió increíblemente rápido, parecieron apenas unos segundos, y Sailor ganó. Jocelyn gritó y saltó de alegría. Todo el lugar era tan ruidoso y revoltoso que, con suerte, nadie había notado su violación de la etiqueta. JG también se reía encantado.

«Ganamos», gritó. «¡Lo hiciste!».

Se sintió mareada y llena de felicidad. JG la levantó, lo que la tomó por sorpresa, pero no fue desagradable. Él rápidamente la bajó, pero ella dejó sus manos sobre sus hombros por un momento más. Miró a su alrededor para ver si alguien se había dado cuenta y su mirada se encontró con lord Morguston, unos metros detrás de ellos. Su rostro estaba tan oscuro por el disgusto que ella sintió como si la hubieran golpeado con un balde de agua fría.

«¿Qué ocurre?», JG preguntó antes de verlo por sí mismo.

La mirada de respuesta de su abuelo no fue menos pétrea hacia él antes de que se alejara cojeando.

JG la miró disculpándose. «Lo lamento. Te lo habría ahorrado si hubiera podido».

«Todo está bien».

«No lo está, pero él nunca cambiará», la miró inquisitivamente, con expresión vulnerable. «¿Esperarás por mí?», preguntó justo por encima de un susurro.

Se encontró asintiendo antes de darse cuenta de que lo estaba haciendo. Pero era verdad. Ella esperaría. Si les tomara diez años estar juntos, ella esperaría.

~~~

Lakely notó el ceño fruncido de lord Morguston y buscó al destinatario de la mirada. JG y Jocelyn acababan de abrazarse. Su mandíbula casi se cae. ¿Cuándo se había hecho esa conexión? Volvió a mirar a lord Morguston y supo que él nunca permitiría que esto progresara más. Se sintió muy mal por Jocelyn. Le habían fallado.

~~~

Esa noche, Lakely llamó y luego entró en la habitación de su hermana. Olía a polvo con aroma floral.

«Entra», dijo Ada con sarcasmo. «No esperes a que te inviten».

Beatrice, una de las doncellas del piso de arriba, estaba abrochando los botones de la espalda del vestido de Ada. «¿El señor Bower se quedará a cenar?», Lakely preguntó con irritación evidente en su tono.

«Sí, lo hará».

«¿No tiene un hogar y gente propia a quienes regresar? Deben pensar que desapareció de la faz de la tierra».

Ada lanzó una mirada fría a su hermana para dejarle muy claro que no iba a verse envuelta en una discusión. «Me gustaría que te esforzaras más en aceptar al hombre que será tu cuñado. Si lo intentaras, te agradecería».

Lakely puso los ojos en blanco. «Me agrada, pero ustedes dos siempre están juntos. Es molesto cuando quiero hablar a solas contigo».

«Bueno, aquí estoy yo y ahí estás tú. ¿Quieres una palabra?».

«Sí».

«Entonces, tómala. Por Dios. Tienes una cara como una nube de tormenta y un comportamiento a la altura. ¿No pasaste un día encantador? Yo sí».

«Si tengo el comportamiento de una nube de tormenta, es porque estoy preocupada por alguien que nos importa. Por cierto, detesto que actúes con madurez y superioridad». Se acercó para mirar más de cerca el vestido de su hermana. «Es bonito. No lo había visto».

«Gracias».

Beatrice se acercó a la cómoda para coger el collar que estaba encima. «Yo haré eso, Beatrice», dijo Lakely extendiendo la mano para cogerlo.

«Sí, señorita», dijo Beatrice. Ella se lo entregó. «¿Habrás algo más?», le preguntó a Ada.

«No, gracias», respondió Ada.

Beatriz miró a Lakely. «¿Te vestirás pronto?».

Lakely lo pensó con el ceño fruncido. «No tengo ganas de cambiarme. Llamaré si cambio de opinión».

Cuando Beatrice salió de la habitación, Lakely colocó el collar alrededor del cuello de su hermana. «Se siente como si hubieras crecido de la noche a la mañana».

«¿Sí? Llevo bastante tiempo en esto».

«Ahí está», dijo Lakely, ajustando el broche. «Hecho».

Ada se volvió hacia ella. «¿Cómo me veo?».

«Te ves hermosa y como si hubieras crecido de la noche a la mañana».

«Gracias».

«Lo siento si he sido difícil. Me gusta Harrison. Mucho. No necesitas preocuparte por eso».

«Lo sé. O, mejor dicho, sabía que lo harías. Es cariñoso y divertido y me adora».

Lakely asintió. «Él y yo tenemos esas cosas en común».

Ada tomó las manos de su hermana. «Creo que estás un poco celosa del tiempo que él y yo pasamos juntos. Aunque sabes que nadie podría reemplazarte».

Lakely se enfurruñó. «Odio cuando tienes razón».

«No odias cuando tengo razón. Odias cuando te equivocas. Ahora, ¿había algo de lo que quisieras hablarme?».

La expresión de Lakely se volvió seria. «Vi algo hoy. Jocelyn. Y JG».

«Oh».

Lakely apartó las manos. «¿Lo sabías? ¡Sabías que habían formado algún tipo de vínculo!».

«Sí».

«¿Cómo no lo supe yo? ¿Cuándo ocurrió?».

«Se conocieron en el baile de Buckley, la misma noche que conocimos a Harrison. Y no lo sabías porque saliste furiosa detrás de papá y has estado ocupada con tu propia vida».

«¿Por qué no me lo dijiste?».

Ada se encogió de hombros mientras negaba con la cabeza. «No estoy segura de qué había que contar. Entablaron una amistad y sí, hay una chispa ahí. Pero no se van a fugar. Se gustan mucho y se lo están pasando genial juntos».

«Creo que es más que eso», contestó Lakely.

«Está bien. Yo también», Ada se volvió para mirarse en el espejo. «Pero Jaus es mi amiga y estoy feliz por ella». Ada se volvió hacia su hermana. «Y JG es nuestro amigo. Estoy feliz por ambos. ¿No crees que es maravilloso ver florecer el amor y el afecto por todas partes?».

«Oh, sí», replicó Lakely. «Para todos menos para mí. Pero te estás perdiendo un punto vital».

«¿Cuál?».

«El señor Morguston».

Ada no reaccionó por un momento. «Es un viejo pesado», admitió. «¿Crees que le guste no ser agradable? Papá dice que en la Cámara de los Lores le tienen miedo».

«No tengo idea, pero lo vi hoy y la mirada que le dio a Jocelyn...».

«Ay, querida. Espero que ella no lo haya visto».

«Lo hizo. Ada, deberíamos haberla protegido. Advertirle».

«Ella no es más niña que yo», afirmó Ada. «Piénsalo. Si te importara alguien, ¿te advertirían porque su abuelo pensara que no eras lo suficientemente buena?», ella hizo una pausa, «sabes que no lo harías».

«Él no permitirá una relación entre ellos», dijo Lakely. «Ni siquiera aprobó que JG se juntara con Nigel y los demás».

«¿Y eso ha detenido a JG?».

«Los amigos son una cosa. El matrimonio es diferente».

«No sabemos qué sienten o esperan JG y Jocelyn», respondió Ada. «Si resulta ser matrimonio, JG simplemente tendrá que ser valiente. Tendrá que enfrentarse a su abuelo. ‘Un corazón tímido nunca ganó a la dama hermosa, como se ha dicho a menudo. Pero si te importa un ápice, por una vez serás audaz’».

Lakely se cruzó de brazos intencionadamente y arqueó una ceja. La nueva confianza de su hermana menor la estaba poniendo de los nervios. «El corazón débil debería tener cuidado de no recibir una patada de la rodilla del abuelo».

Ada se llevó la mano a las caderas. «Si el abuelo patea, entonces mi amigo JG debería alejarse rápidamente o levantar su propia rodilla».

«Es fácil para nosotras tomarlo a la ligera», dijo Lakely.

«No lo estoy tomando a la ligera. No quiero que nadie salga lastimado. Pero ninguno de nosotros somos niños. Ahora baja y únete a nosotros en un juego». Ada se dirigió hacia la puerta. «Pero báñate y vístete primero. De todos modos, mamá insistirá en ello».

Ada siguió caminando y Lakely regresó malhumorada a su habitación recordando la gala de Buckley cuando ella, Ada, Jocelyn y Alice habían levantado una copa para... ¿qué era? ¿Una velada llena de acontecimientos? Al parecer así había sido. El vínculo entre Nigel y Alice se había asegurado, Ada no solo había conocido, sino que se había enamorado perdidamente de

Harrison y él de ella, y JG y Jocelyn habían entablado una amistad con chispas. «Todos, menos yo», murmuró Lakely.

~~~

«No sé a qué estás jugando, JG», dijo siniestramente su abuelo.

JG había llegado a casa solo para ser citado para presentarse ante su abuelo en su estudio. «¿Jugando?».

«Puedo decirlo», afirmó lord Morguston en tono decidido. «Te casarás el próximo año con una dama de posición apropiada que yo apruebe».

«Amo a la señorita Jocelyn Weatherly», afirmó JG.

El labio superior de lord Morguston se curvó en una sonrisa. «Los encaprichamientos van y vienen».

«No es un capricho, señor».

«¡Ella no es de tu posición!».

«No me importa».

«Te importará. Harás lo que te diga o te repudiaré».

JG parpadeó. Su abuelo estaba diciendo tonterías. Él era el heredero, el único heredero.

«No quiero hacer eso, pero hay que proteger el legado».

¿El legado? ¿No había sido su legado por derecho de nacimiento?

«Hay primos lejanos», afirmó su abuelo.

JG solo pudo quedarse boquiabierto. ¿Quieres que todo vaya a parar a algún primo lejano? ¿En lugar de a mí? ¿En lugar de tu propio nieto? ¿Solo porque no apruebas a la mujer que amo? ¿Alguien que ni siquiera conoces todavía?».

«El ducado conlleva privilegios y responsabilidades», tronó el anciano mientras golpeaba el escritorio. «Te casarás correctamente. Si es necesario, sigue coqueteando con esa estadounidense», añadió, levantando una mano en el aire. «Pero solo después de engendrar un heredero legítimo».

JG sacudió la cabeza y dio un paso atrás. Se giró y se dirigió hacia la puerta.

«Aún no hemos terminado», exclamó su abuelo.

JG se alejó de la puerta. «Oh, lo hemos hecho». Abrió la puerta y salió, dejándola abierta de par en par.

## Capítulo Dieciocho

Jocelyn se sorprendió cuando Julia paró un taxi durante una caminata matutina más larga de lo habitual. «Quiero mostrarte algo», fue la única explicación. El día estaba nublado, había un fuerte olor a lluvia en el aire y no habían traído paraguas, pero el taxi tenía capota, costados y hasta una cortina que se podía correr para protegerlas de la lluvia, si era necesario.

«Park Lane, por favor», le dijo Julia al conductor. «Conduce a lo largo y luego llévanos al número catorce de Bryanston Square».

Julia y Jocelyn disfrutaron el viaje, charlando amigablemente. Cuando llegaron a Mayfair, Jocelyn se quedó boquiabierta al observar las casas palaciegas. «¿Puedes imaginártelo?».

«¿Imaginas vivir como reyes y reinas? Eso es más bien lo que son en la sociedad: reyes, reinas, príncipes y princesas no reales que no se ven afectados por las realidades que nos gobiernan a la mayoría de nosotros». El taxi giró hacia Park Lane.

«Son espléndidas», dijo Jocelyn.

«Sí, lo son. Creo que es esa», dijo Julia, señalando una mansión en una esquina. Era de piedra con un pórtico con columnas y una hilera de ventanas ornamentadas en el segundo nivel.

«¿Qué pasa con esa?», Jocelyn preguntó con curiosidad.

«Creo que esa es la residencia del duque de Morguston».

Jocelyn miró a su tía. «No sé quién es».

«El abuelo de JG», respondió su tía. «Y algún día, pertenecerá a JG cuando sea duque».

Las palabras tenían tanta gravedad. El corazón de Jocelyn se sintió pesado mientras miraba hacia la mansión. «¿JG vive allí?».

«Sí».

Jocelyn soltó un suspiro tembloroso. «Solo viven ahí él y su abuelo».

«Y al menos una docena de sirvientes».

El taxi llegó al final de la calle y dio media vuelta para regresar por donde había venido. Jocelyn no podía apartar la vista del lugar. «¿Por qué me la mostraste?».

Julia parecía agobiada. «Para prepararte, mi amor. La vida no es un cuento de hadas. Al menos no muy a menudo».

Las lágrimas atormentaron el fondo de los ojos de Jocelyn. «Pensé que te gustaba».

«¡Me gusta! Mucho. Es amable y divertido. De alguna manera, ha escapado de la sofocante arrogancia de la mayoría de los de su clase».

*La mayoría de los de su clase.* JG le había dicho que su abuelo no era el más amable de los hombres. Un terrible snob. ¿Y por qué no cuando vivían en un palacio con al menos una docena de sirvientes? Su abuelo no creía que ella fuera lo suficientemente buena para él. Por eso había sido el ceño de odio en el Derby. Él nunca la aceptaría a pesar de que JG sí lo hiciera.

«No quiero desalentar tu amistad con JG, pero debes estar preparada para la resistencia», dijo en tono de disculpa. «He oído que Morguston es bastante imponente».

La lluvia cayó repentina y con fuerza. Julia cerró la cortina de un tirón. Normalmente, Jocelyn habría disfrutado de la emoción de una tormenta y la sensación de intimidad que creaba en el taxi. Le encantaba la lluvia, su sonido, su olor. Pero la alegría había desaparecido del día.

Julia se acercó para poner una mano sobre la suya. «Tú lo conoces mejor que yo, pero por favor protege tu corazón».

*Demasiado tarde para eso,* pensó Jocelyn. Ya era demasiado, demasiado tarde.

~~~

En el momento en que Lakely entró al comedor para desayunar, Ada levantó una carta. «Estás dentro», gritó. «Has sido invitada para bailar en el baile de Toomey».

«¿Cómo lo sabes?», Lakely preguntó enojada mientras se acercaba. Le arrebató la carta de la mano a su hermana y miró a Ada de manera acusadora.

«El sello estaba suelto», dijo Ada inocentemente. «Prácticamente se cayó».

Nigel se rió discreto y Lakely lo fulminó con la mirada antes de notar las expresiones divertidas de sus padres, aunque la mirada de su madre estaba en su taza de té y la de su padre en el periódico que tenía en la mano. Se sentó en su lugar y tomó un panecillo antes de sacar la carta y leer su contenido. «¿Y tú?», le preguntó a Nigel.

Él asintió. «Nosotros también».

Lakely cogió la mermelada y la untó sobre su panecillo. «¿Lady Toomey permitirá que una estadounidense baile en su gala? El objetivo, además de crear un espectáculo, es demostrar la vitalidad de la joven aristocracia inglesa».

«¿Cómo sabes eso?», preguntó Ada.

«La invitación hacía alusión a ello y luego Monty se quedó a tomar el té después de la audición. Al parecer, en Viena se dijo algo acerca de que la aristocracia británica había vivido sus mejores días. Que el mundo está cambiando y todo eso».

«Bueno», dijo Nigel, «no me importaba si nos elegían o no, pero ahora habrá al menos tres ensayos y a lo mejor más».

«Y estás deseando que llegue», observó Ada.

Las comisuras de su boca se torcieron. «No lo temo».

«No dice con quién bailaré», dijo Lakely, volviendo a la carta.

«Tienes mermelada», dijo Ada, señalando el costado de su boca.

«Espero que no sea con Francis Beckman». Lakely se secó los labios con la servilleta. «Él es tan aburrido. No reconocería un momento de frivolidad si se acercara sigilosamente y le mordiera el lóbulo de la oreja».

Ada se echó a reír y se tapó la boca después del comentario.

~~~

Fisher llamó a Alice para que dejara de escribir porque Nigel había llegado. Alice parpadeó sorprendida, pero rápidamente se levantó diciendo que bajaría enseguida. Su vestido había sido muy usado, de un tono verde musgo pálido que le gustaba, pero tenía una mancha de tinta. Oh, bueno. No lo esperaba, de lo contrario se habría vestido mejor. Bajó y lo encontró en el vestíbulo. «Hola», saludó.

«Mis disculpas por simplemente aparecer, pero...», hizo una pausa y levantó una carta. «Estamos dentro. Nos han invitado a participar en la actuación de lady Toomey. Tenía que venir a decírtelo».

«¡Oh!», Alice se acercó. «No esperaba ser elegida».

«¿Quieres hacerlo?», preguntó él esperanzado.

Ella se dio cuenta de que sí. «Creo que sería divertido. ¿Tú quieres?».

«Sí».

Ella sonrió. «¿Aceptaron a Lakely?».

Él asintió. «Ella también está dentro».

«Estoy tan feliz. ¿Y Dab?».

«Estoy seguro de que lo logró. No lo he oído, pero le habrán preguntado. ¿El Adonis querido de la alta sociedad? No puedo imaginar que no sea elegido».

«¿Te gustaría entrar al salón?».

«Me interesaría dar un paseo si quisieras. Es un día tan agradable».

«Sí, lo haré». Se puso un sombrero y cogió su sombrilla al salir. Se sintió bien estar al aire libre. Jocelyn había estado de un humor extraño todo el día, casi evitándola o eso parecía. «¿Lakely está emocionada por la invitación?».

«A ella le habría disgustado que no se lo pidieran. Estoy tratando de pensar en la última vez que la vi realmente emocionada por algo. Espero que algún día pueda sentar cabeza y elegir ser feliz».

Alice reflexionó sobre la afirmación. «Dadas las circunstancias adecuadas, estoy segura de que ella será feliz. Enamorarse...».

Él dejó escapar un suspiro. «No puedo imaginarme a ese hombre», admitió. «Puedo sentir algo por él, pero no puedo imaginármelo. Mi hermana no es una dama dócil».

«Tampoco querrá una», replicó Alice. «No todos los caballeros quieren una dama dócil».

«Eso es cierto», respondió con una sonrisa diabólica. Caminaron en silencio por un rato. «Dime algo que no sé sobre ti».

Ella se quedó en blanco. Sabía sobre su familia, sus antecedentes, sus escritos.

«¿Te digo algo mío?», él ofreció.

«Sí».

«Tenía un hermano mayor».

Ella se detuvo y lo miró, sorprendida.

«Murió hace muchos años. Solo tenía doce años. Yo tenía ocho años».

«Lo siento».

«Fue una afección pulmonar provocada por una fiebre. Devastó a mis padres, por supuesto. A todos nosotros».

Ella murmuró con simpatía.

«Me he encontrado pensando más en él estos últimos meses».

«¿Por qué?».

«Habría sido el heredero. La herencia habría sido para él. El título, la responsabilidad».

Allí estaba esa palabra otra vez.

«Como segundo hijo, habría sido libre de ejercer la profesión que quisiera».

La declaración resultaba inquietante. Le hacía parecer atrapado. «¿Qué hubieras elegido?», preguntó ella.

«No lo sé», admitió él. «No política, ni medicina. No el clero. Negocios, supongo. Comercio de algún tipo. Eso es lo que surge más natural».

«En cambio, eres el heredero», dijo. *Con el patrimonio, título y responsabilidades*. Recordó que Lakely dijo que no había hecho nada más que intentar estar a la altura de sus responsabilidades. Alice estaba teniendo un mal presentimiento otra vez. Ella comenzó a moverse nuevamente y Nigel permaneció a su lado. Acomodó la sombrilla.

«Lo siento si te hice sentir triste», dijo.

«No lo hiciste», dijo, aunque no era del todo cierto. Conflicto era probablemente una palabra mejor. «¿Cómo se llamaba?».

«James. Por mi padre. También es mi segundo nombre. Lo llamábamos Jamie. Ahora es tu turno».

«Mi segundo nombre es Emmanuel. Me pusieron el nombre de la abuela».

Él asintió.

«¿Y qué más?», ella murmuró. «Tenemos un perro en casa».

Su sonrisa de respuesta fue brillante. «¿Tú?».

«Sí. Un viejo perro mestizo adorable llamado Tildy. Matilda, pero la llamamos Tildy. Apareció un día en el patio trasero cuando yo tenía siete u ocho años. Sophia, Jaus y yo estábamos jugando y llegó. Pobrecilla. Estaba medio muerta de hambre y tenía todo mal, pero la acogimos y mejoró. Ella es vieja ahora. No hace mucho más que tomar una siesta». Nigel parecía divertido y feliz. ¿Lo estaba? ¿Era un acto? «¿Lamentas ser el heredero?», ella soltó.

«¡No! Oh, no», se detuvo y la miró. «¿Te di esa impresión? No lo siento en absoluto. He tenido la mayor parte de mi vida para prepararme para ello. Es la otra noción, que las cosas habrían sido diferentes si Jamie hubiera vivido, eso es lo que es extraño. No estoy seguro de por qué me he centrado en ello últimamente. Es solo que realmente no sé quién o qué habría sido».

Ella asintió lentamente. Parecía sincero. Creía que así era. «No puedes saber qué hubieras hecho como profesión, pero en cuanto a quién eres, no sé por qué serías tan diferente».

«¿Eso es algo bueno?».

«En mi opinión, es algo muy bueno». Él sonrió, ella hizo lo mismo y se sintió mejor. Tenía que dejar de hacer volar su imaginación.

~~~

Cuando el reloj dio las cuatro de la mañana, los ojos de Alice se abrieron de par en par. *Vuelve a dormir*, se ordenó. Se giró de lado y descubrió que Jocelyn la miraba. Eso le hizo dar un sobresalto. «¿Qué estás haciendo despierta?», preguntó suavemente.

«Pensando», respondió Jocelyn. «No llevo despierta mucho tiempo».

«¿Estás bien? Estabas preocupada hoy».

«Lo estaba, pero estoy bien». Hizo una pausa antes de agregar, «No me importa si es rico».

«¿Quién?».

«J.G. Él es rico. Su familia es muy rica».

Alice se encogió ligeramente de hombros. «Todos lo son».

«Te das cuenta de que piensan eso de nosotros».

«¿Qué? ¿Que somos ricos?».

«Sí. La primera noche que conocí a JG, pensó que yo era tú. Él dijo: 'Oh, eres la heredera de Estados Unidos'».

Alice se burló. «Heredera».

Jocelyn asintió. «Ada lo corrigió y luego se disculpó por ofenderme. Dije que no me ofendió, pero que no éramos herederas».

«Esa maldita dote», se quejó Alice.

«Me pregunto cuánto será», murmuró Jocelyn.

«Yo también. ¿Crees que papá me lo diría si le preguntara?».

«Probablemente no. Él diría que es asunto de caballeros».

«Eso es ofensivo», declaró Alice.

Se hizo el silencio. Solo se oía el tictac del reloj de la repisa. «Quizá sea mejor pensar en ello como un negocio», razonó Jocelyn. «Mientras haya amor, ¿qué importa si al principio también hay una transacción comercial?».

«Porque enturbia el agua», replicó Alice. «Lo vuelve todo oscuro y viscoso. No puedes ver lo que hay debajo de la superficie. En mi opinión, los negocios no pertenecen ni de lejos al amor».

Jocelyn lo pensó. «Me imagino que nuestras hermanas tenían una dote y míralas. Al menos

Clara y Ross. No podrían estar más felices ni más enamorados».

Quizá sería útil considerar eso. «Ahora realmente quiero saberlo», admitió Alice. «¿Tenían dote? ¿Cuánto era? ¿Cuanto es el mío? ¿Y el tuyo?».

«Yo también quiero saber. Pero sé quién es JG. Y sabes quién es Nigel». Respiró hondo y cerró los ojos, lista para volver a dormir.

Alice deseaba sentir la misma tranquilidad, pero no podía librarse de la inquietante idea de que ella y Nigel no se cortejarían excepto por la dote. Ese hecho lo enturbiaba todo.

Capítulo Diecinueve

Alice miraba alrededor del salón de baile de Toomey a los demás que se habían reunido para el primer ensayo de baile. Bailarían doce parejas, damas y caballeros, veintitrés de los cuales eran nobles o relacionados con la nobleza. Y luego estaba ella. Se alegraba de haber venido con Nigel y Lakely y estar entre ellos. Al otro lado de Lakely estaba Franklin Hopewell, el caballero con el que la habían emparejado. Dab estaba al otro lado de Nigel con su compañera, lady Cora Greenwood.

Phineas Skeffington estaba delante de todos ellos con una dama de mediana edad y un hombre más joven que se le parecían. «¿Puedo presentarles a mis asistentes?», dijo en voz alta y clara. «Mi hermana, la señorita Honoraria Skeffington».

La señorita Skeffington hizo una reverencia con la elegante floritura de una bailarina experimentada.

Y mi sobrino, el señor Bartholomew Hammersley.

El joven se inclinó de una manera tan afeminada que Alice se preguntó si no habría preferido hacer una reverencia. Era posible que hubiera superado a su tía con el ademán. Sospechaba que él le habría dado competencia.

«Antes de comenzar», continuó Phineas, «debo establecer el requisito del secreto. El baile sorprenderá a la *alta sociedad*, pero solo si permanece *non dévoilé* (no revelado), hasta la noche del baile. No hablen de ello fuera de esta habitación, ni siquiera con sus mamás. Si nos enteramos de una violación de nuestra confianza, el infractor será despedido inmediatamente, no invitado y será privado de sus derechos».

«¿También será decapitado?», Lakely le susurró a Alice.

Alice luchó por no reír. No podía permitirse el lujo de que le provocaran risa, eso podría llevarla a ser despedida de inmediato, no ser invitada y privada de sus derechos.

«Por favor, damas y caballeros», dijo el Sr. Skeffington, «acérquense y formen dos filas, los caballeros parados frente a sus parejas». Cuando todos obedecieron, el señor Skeffington continuó. «Todos deberían poder vernos a mí y a mis compañeros instructores. La música que están a punto de escuchar es original y el baile ha sido coreografiado para ello». El señor Skeffington indicó a los músicos que empezaran a tocar. «Por supuesto, habrá una orquesta completa tocando, pero estos caballeros proporcionarán tanto la melodía como el tempo para aprender el baile».

«Durante este preludio, todos ustedes se dirigirán a la pista, cada caballero con su dama del brazo. Caminarán por la pista hasta su lugar, que se decidirá más adelante. Por ahora, nos concentraremos en los pasos iniciales. Uno frente al otro», hizo una pausa mientras la señorita Skeffington y el señor Hammersley se colocaban en su sitio. «Manos a sus costados. Pueden detener la música», indicó a los músicos quienes obedecieron.

«Aprenderemos los pasos y luego le pondremos música. Para empezar, señores, su mano derecha va hacia la cintura de su pareja, mientras que la izquierda va detrás de la espalda de ellas. De esta manera». Lo demostraba al mismo tiempo que lo hacía su sobrino. «Ahora ustedes».

Nigel extendió la mano como se demostró y Alice se quedó sin aliento al sentir su mano en su cintura. Sintió que se le calentaban las mejillas. *Por favor continúe*, rogó en silencio al instructor. Cuanto más tiempo permanecieran así, más colorada se volvería su cara.

«Señoras, sus brazos permanecen a los costados, con las manos ligeramente hacia afuera. ¿Cuál es la historia, se preguntarán? Se las planteo, pero solo ustedes pueden decidir. Quizás el hombre que tienen delante sea su prometido y haya cometido un error. Meramente por accidente. Ahora él está tratando de recuperar su cariño y ustedes están decidiendo cuánto tiempo seguirán enfadadas, aunque, en el fondo de su corazón, quieren perdonarlo. O quizá la historia es que nunca han bailado con un hombre. Han aprendido los pasos, pero no tienen idea de cómo encajan con los de él. Él, siendo más mundano y experimentado, se los está mostrando. Uno inventa su propia historia, pero el baile debe mostrarlo».

«Ya tengo los pasos hasta ahora», bromeó Nigel.

A Alice le resultaba difícil concentrarse en otra cosa que no fuera la mano de él en su cintura y su cercanía.

«El baile comienza con los caballeros dirigiendo todo el movimiento. Durante doce tiempos, con la música, solo fluyan. Es de ida y vuelta, de ida y vuelta, paso de vals normal, paso de vals normal y repetición». El Sr. Skeffington hizo el movimiento mientras decía los pasos al igual que sus asistentes, quienes obviamente tenían todo el baile memorizado.

«De esta manera, forman un círculo que termina donde empezaron. Ahora ustedes inténtenlo. ¿Listos? De ida y vuelta, de ida y vuelta, paso de vals normal, paso de vals normal. De ida y vuelta, de ida y vuelta, paso de vals normal, paso de vals normal. Bien. De nuevo».

Luego, los bailarines realizaron el paso varias veces.

«Ahora, caballeros, tomen su mano izquierda de detrás de su espalda y levanten la mano de ella en el aire insistiendo en que participe en el baile y no simplemente se deje llevar. Damas, él levanta su brazo. Permítanle levantarlo. Sígalo con la mirada, apunten con gracia hacia el techo. Finalmente, cederán y disfrutarán del baile. Asuman una posición normal de vals, con la mano izquierda sobre su brazo cerca del hombro, la derecha se desliza hacia su mano. Y bailaremos el vals alrededor del salón. Intentémoslo desde el principio con la música».

Los pasos se sintieron sensuales. La historia que se contaba parecía ser que ella era tímida y reticente mientras él se hacía cargo. Tocándola, controlándola. Moviéndola, incitándola a unirse al baile. Cada pareja giraba en la pista de baile en tándem y, sin embargo, encerrados en su propio emparejamiento.

El maestro de baile hizo una señal para que la música se detuviera. «Siguiente. Sepárense de nuevo. Caballeros, extiendan la mano derecha, dramáticamente, así. Damas, su mano acepta la de él, suavemente. Él coloca sus manos hacia arriba, arriba, ahora las manos izquierdas se conectan abajo y él las hace girar bajo su brazo».

Fueron necesarios varios intentos para acertar el movimiento. Alice se preguntaba si todos los demás estarían tan sin aliento como ella. No fue tanto el esfuerzo, sino que los movimientos del baile eran tan íntimos. Se dio cuenta de que Nigel sentía lo mismo. Su mirada era intensa, sus ojos ardían de pasión.

«Siguiente. Caballeros, por favor, coloquen su mano derecha sobre la cintura de su pareja, con la izquierda apuntando hacia arriba, como en diagonal, así. Damas, la mano derecha sobre su hombro y la mano izquierda apuntando en diagonal hacia abajo. ¿Ven la línea que se hace desde el techo hasta el suelo con los brazos? En esta posición bailarían el vals. Aquí el paso se hace más rápido, pero lo haremos al ritmo normal para que capten la sensación. Y uno-dos-tres, uno-dos-tres».

El ensayo continuó durante otra hora antes de que hicieran una pausa para tomar un refrigerio. Para entonces, el ambiente era de alivio y jovialidad. Se sentían cómodos con sus parejas y tuvieron un buen comienzo en el aprendizaje de los pasos. Phineas Skeffington no tenía ninguna

duda de que la actuación sería un logro supremo para él, y todos comenzaban a intuir que podría ser cierto.

Durante los refrigerios, y después de que se les advirtiera que no comieran en exceso, se informó a las damas que serían medidas y ajustadas para un vestido que pagarían lord y lady Toomey. Sin lugar a dudas, Alice se había vuelto más sensible y receptiva hacia Nigel. Consciente de su físico, la fuerza y al mismo tiempo la delicadeza de sus manos, la línea de su mandíbula. Hubo momentos en que sus cuerpos tuvieron contacto. Su pecho rozó su brazo. Su mano en su cintura. Su cálido aliento en su cuello. Temía estar mirándolo con excitación. ¿Todos podrían darse cuenta? ¿Podría él darse cuenta? Incluso sentada con él durante el descanso y esforzándose por ser perfectamente correcta, era como si se hubiera cruzado una barrera y sin lugar a dudas fueran una pareja. Era emocionante.

Cuando concluyó el ensayo y Alice, Nigel y Lakely tomaron asiento en el carruaje para el regreso a casa; Lakely se dio cuenta de que se había olvidado el chal. Ella fue tras él, dejando a Nigel y Alice uno frente al otro al otro lado del carruaje.

Los ojos de Nigel bailaron de alegría. «¿Qué diría Robina Rathke sobre un hombre y una mujer sentados de esta manera? Especialmente cuando el hombre pensaba en robarle un beso».

«Pero una dama y un caballero solteros *nunca* están solos», respondió Alice inocentemente. «Ella siempre está acompañada».

«Ah. Así es. Me olvidé», se inclinó ligeramente hacia adelante, tomó su mano enguantada y le dio un beso. Mirándola dijo, «disfruté siendo tu pareja hoy».

En un movimiento impulsivo, Alice se inclinó hacia delante hasta que sus caras estuvieron a solo unos centímetros de distancia. «Yo también». Cerró la distancia y besó suavemente sus labios. Cuando se separaron, le hormigueaban los labios y le subía la sangre. El momento fue fortuito ya que se abrió la puerta para Lakely, quien subió y se sentó junto a Alice.

«Pienso que todo salió bien», dijo Lakely.

«Yo también», dijo Nigel. «No puedo esperar a que llegue el próximo».

El corazón de Alice latió con fuerza. Ella tampoco podía esperar.

Capítulo Veinte

En los días designados para realizar visitas sociales, se había convertido en una rutina que Lakely y Ada desayunaran mientras discutían a quién visitarían. Una conversación típica podría ser: «Deberíamos ver a Cecelia Markham hoy», comentaría alguien. «Sí», estaría de acuerdo la otra. «Y no debemos olvidarnos de visitar a las hermanas Sloan».

Naturalmente, lady Merton escuchaba discretamente. Después de todo, ella era una cuidadosa dueña de su casa y de sus ocupantes. Luego, las niñas se preparaban, se despedían de su madre, ya que ella tenía sus propios amigos a quienes visitar, y partían hacia la casa de los Weatherly en Bryanston Square. Siempre tenían cuidado de no decir que iban a ir a ninguna casa en particular, solo que debían, podrían y deberían.

En el salón de arriba de la casa de los Weatherly, Alice, Jocelyn, Lakely y Ada charlaban sobre todo tipo de cosas. El trabajo de Alice era un tema frecuente. Lakely había descubierto una posible historia a través de una amiga de su tía, y Ada estaba profundizando en la historia del antepasado de Harrison que había muerto a bordo de un barco de tropas en el camino a casa después de la guerra.

El segundo capítulo del manuscrito de Alice era la historia de Horace Madsen y Catherine Kerr, una pareja que había estado al borde del matrimonio cuando comenzó la rebelión. Alice solo tenía dos cartas de Horace, una escrita antes de que él se fuera de casa y otra breve carta escrita poco antes de caer en la batalla. Catherine le había escrito con frecuencia, pero rara vez sabía dónde enviar las cartas, por lo que todavía mantenía la mayoría de ellas cuando Alice se le acercó. Catherine las había prestado gustosamente con su bendición para que se contara su historia.

Esa tarde, las chicas habían estado comentando acerca del capítulo mientras tomaban té y bollos servidos con una opción de crema cuajada o cuajada de limón. «La pregunta que tengo en mente», reflexionó Alice, «es si termino el capítulo con su carta final, seguida de la fecha, el lugar y el motivo de su muerte. Puede que sea demasiado brusco, pero sirve para... sorprender al lector de la misma manera que Catherine debió haberse sorprendido. Es lógico que sea devastador, ¿no creen? *Fue devastador*».

«Sí», estuvo de acuerdo Lakely. «A través de todo lo que se ha revelado en sus cartas, sus sentimientos son claros».

Ada asintió. «Siento que la conozco. ¿Puedo volver a ver las miniaturas?».

Alice pasó por alto los retratos en miniatura pintados, uno de Horace y otro de Catherine. Horace nunca había visto el de ella. Se lo habrían enviado si ella hubiera sabido dónde lo recibiría. Su rostro con bigotes tenía una cualidad poética, así como sus ojos castaños oscuros. Catherine era más sencilla que bonita, excepto por unos preciosos ojos muy azules.

«No lo sé, Ali», respondió Jocelyn. «La escena que escribiste cuando Catherine descubre que él se ha ido estuvo hermosamente escrita. Fue desgarrador».

«Me temo que es sensiblero», dijo Alice.

«Lee su última carta nuevamente», sugirió.

Alice la tomó. «Está fechada el ocho de septiembre. *'Querida Catherine. Estoy sentado en una posada en la primera tarde que tengo libre en más de tres semanas. Es bueno dejar el campamento por un tiempo y disfrutar de una pinta, pero no puedo sacarte de mi mente. Tampoco puedo evitar un presentimiento con respecto a la batalla que se avecina. Howe está*

intentando apoderarse de Filadelfia y tenemos que detenerlo. Marcharemos con las primeras luces del día.

Mi dulce Cat, sabes cuánto deseaba casarme, pero reflexionando, creo que fue mejor que no lo hiciéramos. Si lo hubiéramos hecho y si hubieras quedado embarazada, habrías sufrido mucho más en caso de mi muerte. Si sobrevivo a esta guerra, comenzaremos de nuevo. Si Dios quiere, antes de que pase mucho tiempo. Aquí cada día es largo. Las noches, aún más. Dicho esto, ya sabes cuánto creo en nuestra causa. Mi vida está comprometida de todo corazón con el logro de la libertad para nosotros y las generaciones venideras.

Ruego que este sentimiento oscuro que se ha arraigado en mi pecho sea un error y que yo pueda llegar a tu hogar. Tengo visiones de ese día. Te tomaré en mis brazos y te besaré como nunca te han besado. Si quedan moretones en tu piel debido a mi abrazo demasiado entusiasta, con gratitud les daré besos suaves y húmedos hasta que se desvanezcan.

Pero si este presentimiento mío no es un error, sino una especie de regalo, una advertencia para estar preparados, te ruego que sepas que, sobre todo, quiero la felicidad para ti. No te preocupes más por mí, ya que estaré más allá de todo daño. Creo que mi espíritu permanecerá en la luz moteada de nuestro huerto agradecido por el amor que hemos conocido. Esta vida no es el final. Cada vez estoy más seguro de ello'. Alice hizo una pausa antes de añadir, 'Tuyo eternamente', con una voz ahogada por la emoción.

Jocelyn sollozó y Ada hizo lo mismo una fracción de segundo después. Incluso Lakely se secaba los ojos y respiraba entrecortadamente.

«La última línea del capítulo será: 'Horace L. Madsen, nacido el 6 de enero de 1754, fallecido el 11 de septiembre de 1777. Batalla de Brandywine'».

«Tres días después de que él se la escribiera a ella», dijo Lakely con voz ronca.

Alice asintió.

«Creo que deberías terminarla de esa manera», dijo Lakely. «Es desgarrador, pero debería serlo».

«Estoy de acuerdo», dijo Ada detrás de su pañuelo. Ella se sonó la nariz.

Dinah apareció en la puerta, abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar alarmada al verlas a todas llorando.

«Está bien, Dinah», dijo Jocelyn mientras se secaba la cara. «Acabamos de escuchar una historia triste, pero estamos bien».

«¿Necesitan algo?», preguntó la niña tímidamente.

Ada miró a la niña. «¿Le dirás al cocinero que esa fue la mejor cuajada de limón que he probado en mucho tiempo? Quizás jamás».

«Sí, señorita».

«Ya sabes», le dijo Lakely a Alice. «La vida es corta. Pregúntale a Catherine. ¿Hay vino?».

«Estamos bien, Dinah», dijo Alice con una sonrisa. «Gracias». Cuando la niña hubo partido, Alice arqueó una ceja hacia Lakely. «Lo he aprendido de ti». Se levantó y fue a buscar una botella de vino de naranja casero que había escondido en un mueble lateral decorativo.

«Eres una mala influencia», le dijo Ada a su hermana con fingida severidad.

«Gracias», replicó Lakely. «Lo intento».

~~~

«JG», saludó Sir George James mientras se levantaba y rodeaba su escritorio para encontrarse con él. Se dieron la mano efusivamente. «¡Qué bueno verte!».

«Es bueno verte también, tío George».

«Siéntate, siéntate. ¿O preferirías ir al club ahora? ¿Tienes hambre?».

«¿Podemos hablar primero?», preguntó JG con cierta seriedad.

«Por supuesto», George lo miró por un momento y luego rodeó su escritorio y se sentó. JG era su ahijado. Henry Baillie, el padre de JG, había sido su mejor amigo. «¿Hay algún problema?».

«¿Te parece si voy directo al grano?».

«Soy abogado. Eso es lo que hacemos»

«Es precisamente de eso de lo que quería hablarte. Me gustaría aprender derecho y ser abogado».

George se reclinó en su silla. «¿Pasó algo con el dictamen de que los caballeros no trabajan?».

«Tú eres un caballero. De los mejores que he conocido».

«Gracias por eso, pero permíteme reformularlo. Los caballeros de la nobleza no trabajan. Más allá de administrar su riqueza y sentarse en la Cámara de los Lores y demás. Entonces, algo ha provocado esto. ¿Qué es?».

JG suspiró. «No sé hasta qué punto lo dice en serio», comenzó de mala gana, «aunque temo que tal vez sea así. El abuelo me ha amenazado con repudiarme y, peor aún, desheredarme».

George se enderezó, alarmado. «¿Por qué?».

«Porque me he enamorado».

George parpadeó. «Normalmente diría que te felicito sin dudarlo un momento», dijo con cautela, «pero, por favor, continúa. Obviamente, tu abuelo no aprueba tu elección».

«Eso sería correcto. Él solo la ha mirado desde el otro lado de unas gradas muy concurridas; de hecho, la ha mirado con furia. Pero él no se ha dignado a encontrarse con ella. Y tampoco lo hará».

«Ay, querido. ¿Quién es ella? ¿La doncella?».

JG se rió. «¡No! Nada de ese tipo. Ella es la señorita Jocelyn Weatherly de Estados Unidos, un ángel en la tierra que está visitando a su familia aquí. Su padre es nativo de estas tierras».

«¿No es Richard Weatherly?», preguntó George con curiosidad.

«¡Sí!».

«Lo conocí cuando era niño. Estuvimos juntos en Eton».

«¿En serio?».

«Sí, en efecto. Era un buen tipo, según recuerdo. Era más joven que yo».

«No lo conozco todavía, pero su hija...».

George esperó mientras JG buscaba las palabras adecuadas. Le parecía que su ahijado había madurado mucho estos últimos meses.

«Jocelyn es la dama más amable y gentil del mundo entero. Nos enamoramos la noche que nos conocimos. Quizás incluso en el primer minuto. Al menos, en el primer minuto que la miré a los ojos. Verás, su hermana mayor, Alice, tiene dos ojos de diferentes colores. Uno azul y otro verde».

«Eso es inusual».

«Sí. Mucho. De todos modos, lo noté y luego volteeé para ver los de Jocelyn. Ella sacudió la cabeza y dijo que sus ojos eran del mismo color, un marrón aburrido. Ah, pero no son aburridos. Son hermosos con centros dorados. Son la vida misma».

«Oh, Dios mío», dijo George en voz baja. «Entonces, tu abuelo...», dijo con un sutil movimiento de la mano.

«Dice que tenemos diez mil años de sangre noble, y no seré el primero en corromper el linaje».

«Mmm. Bueno, no puedo decir que esté muy sorprendido».

«Sabía que al principio se resistiría, pero pensé que la conocería. En algún momento. Si lo hiciera, ella lo *conquistaría*. Ella se ganaría a cualquiera. Pero él es inflexible. Dice que el próximo año me casaré con alguien que él apruebe o me repudiará. Aparentemente, hay un primo lejano en quien la propiedad podría recaer».

Las manos de George estaban cruzadas sobre el escritorio, pero su dedo índice golpeaba repetidamente el nudillo opuesto. «Mis preguntas son estas», dijo con calma. «¿Hace cuánto que conoces a la señorita Weatherly? ¿Realmente la conoces lo suficiente como para haber tomado esta decisión? ¿Y ella conoce tus sentimientos? Esa es la primera ronda de preguntas».

«¿Y la segunda?».

«¡JG! ¡Renunciarías a tu derecho de nacimiento! Riqueza, conexiones, el título...».

«No me importa renunciar al dinero. Nunca he tenido que pensar en las finanzas. ¿En cuanto al resto?», sacudió la cabeza resueltamente, «si hay un resultado final en esta situación, es este. No renunciaré a Jocelyn. No, si ella me acepta».

«¿Tiene ella sentimientos similares hacia ti?», preguntó George con cuidado.

«Sí».

«¿Ella te lo dijo?».

«No con tantas palabras, pero conocemos el corazón del otro. No estoy seguro de poder explicarlo, pero ambos nos conocemos y lo hicimos desde el principio. Me doy cuenta de que no fue hace mucho tiempo, pero también sé que nunca me había sentido tan aliado con ningún otro ser humano de manera tan completa. Nunca esperé que sucediera, pero cada uno de nosotros sabe lo que el otro piensa y siente. No le he dicho que la amo, pero ella lo sabe de todos modos. Y ella cree en mí. No en mi título, en mí. A ella no le importa el título. Su padre no tiene uno. Ella es estadounidense. Piensan en todas las cosas de manera diferente. ¿Y la forma en que ella me mira? Ella me ve, tío George. A mí. Ella me está ayudando a encontrarme y creer en mí mismo. ¿Tiene eso algún sentido?».

«Claro que lo tiene».

«Tengo amigos maravillosos, pero siempre estoy al margen, aunque sea solo un poco. Siempre ha sido así. Al principio en la escuela, más tarde en la escuela. Puedo ser un poco bufón».

«No digas eso», lo reprendió George. «Eres demasiado duro contigo mismo».

«Estoy siendo honesto. Pero con Jocelyn, no estoy al margen. Estoy justo donde debería estar y quién debería ser. Si puedo ir por la vida con ella a mi lado, lo haré. Por eso debo prepararme para abrirme camino en el mundo».

«Ya veo».

«La verdad es que lo espero con ansias. Hacer mi propio camino, mi propia vida», hizo una pausa, «¿me aceptarás como aprendiz?».

«No es tan simple. Para convertirte en abogado, debes inscribirte en una de las *Inns of Court* y completar los estudios».

[Nota de la Trad.: *Los Inns of Court son asociaciones profesionales en Inglaterra que juegan un papel fundamental en la formación y regulación de los abogados.*]

JG asintió lentamente. «Creo que lo sabía».

«Te ayudaré en cualquier camino que elijas si está en mi poder hacerlo, pero te recomiendo encarecidamente que hables con Jocelyn primero. Cuéntale lo que estás planificando. Dile la verdad».

JG asintió. «De acuerdo».

«Y luego habla con tu abuelo. Es terco, pero es tu abuelo. Él te ama».

«No sé si lo hace», respondió JG con seriedad.

«Lo hace», dijo George enfáticamente. «No es un hombre fácil ni demostrativo, lo sé. Él era igual con tu padre».

«¿En serio?».

«Sí».

«Odio no recordar a mi padre más que yo. No recuerdo nada de su relación con el abuelo. De hecho, la mayor parte de lo que sé proviene de ti. Pero, tío George, si le digo al abuelo lo que estoy pensando y planificando, puede que me muestre la puerta».

«Si lo hace, vendrás a nosotros».

«Sabes que lo aprecio. Es solo que asumí que tendría un año para planificar y adaptarme».

«La honestidad es la mejor política», aconsejó George. «Honestidad contigo mismo, con la señorita Weatherly y con tu abuelo. Antes de proceder, ten mucha firmeza de que vas en serio en este asunto, porque hacer lo que has sugerido no será fácil».

«Lo sé y nunca he ido más serio en mi vida».

George asintió. «De acuerdo, entonces, vamos a comer. Me gustaría saber más sobre Jocelyn».

«Gracias por escucharme, tío George».

«Siempre escucharé e intentaré aconsejarte y ayudarte. Eres el único ahijado que tengo». Se levantó, al igual que JG, y se marcharon.

## Capítulo Veintiuno

A mitad del tercer ensayo, los bailarines ya habían aprendido todos los movimientos. La melodía duraba poco más de ocho minutos. Era un número musical poderoso que comenzaba tranquilamente y luego fue ganando volumen, pasión y tempo. Mientras Phineas Skeffington los observaba, se balanceaba y agitaba las manos con cada movimiento, mientras contaba mentalmente. Lady Toomey también miraba. La maestra de danza le había advertido que aún no estaba pulido, pero le resultó apasionante. Cuando los hombres levantaron a su pareja en el aire, ella jadeó. Era justo lo que esperaba. Nadie podría distraerla en ese momento.

«Bien», gritó Skeffington cuando concluyó el baile. «Tomemos un breve descanso y luego volvamos a la pista. En la mesa de refrigerios hay bebidas y bocaditos».

Mientras los bailarines abandonaban la pista, Nigel se entretuvo. Alice estaba un poco sin aliento y sonrojada por el baile, pero se sentía feliz. Estaba muy contenta de que participaran en la exhibición. Resultaba muy divertido.

«¿Puedo?», Nigel preguntó en voz baja, alcanzando su mano derecha. Él estaba frente a ella, de espaldas a los demás.

Ella obedeció con una sonrisa confusa. Rápidamente la tomó, girándola ligeramente para exponer su muñeca. Presionó un beso en el interior de su muñeca, dejándola sin aliento. La sensación de sus cálidos labios contra su piel provocó un temblor a través de ella. Y luego mordió ligeramente un pedacito de piel con una sonrisa en los labios. Él le soltó la mano y ella se quedó paralizada, mirándolo a los ojos con el deseo insondable que había allí. Apartó la mirada para romper el hechizo y vio que, afortunadamente, el hecho no había sido presenciado por nadie. Temblaba por todas partes.

«¿Vamos?», preguntó con calma, ofreciéndole el brazo.

Ella dudó y luego lo tomó aturdida; el mundo a su alrededor se había vuelto más lento y se dirigieron hacia la mesa de refrigerios. ¿Qué le acababa de hacer? Era como si la hubiera derretido y transformado en algo lujurioso.

«Dijo algo sobre bocaditos», dijo Nigel, apenas capaz de evitar sonreír.

En lugar de responder, ella le pellizcó el brazo, lo que no tuvo ningún efecto a través de sus guantes y su chaqueta.

Él se rió. «Una pregunta», dijo. Se detuvo antes de que alcanzaran a los demás. «Una pregunta posiblemente inapropiada».

«¿Una posible pregunta inapropiada seguida de una acción posiblemente inapropiada?», dijo ella a la ligera.

«Espero no haberte molestado».

No parecía estar preocupada. «¿Me veo molesta?».

Su sonrisa desapareció. «Te ves gloriosa. Eres gloriosa. No pude evitarlo».

Ella se estaba derritiendo. Estaba absolutamente derritiéndose. Nuevamente miró a los demás, que estaban charlando entre ellos. «¿Y la pregunta?».

«Si viviéramos en un mundo sin restricciones y estuviéramos solos, ¿qué te gustaría hacer ahora?».

Numerosos pensamientos y visiones inundaron su mente, además de la respuesta, *te mostraría los que son bocaditos*, pero levantó ligeramente la barbilla, fingiendo ofenderse. «Soy una dama, señor». Hizo una pausa lo suficiente para verlo sobrio. «No puedo responder a eso», añadió con

picardía. Ella siguió caminando, pero miró hacia atrás y vio lo que esperaba ver: a él sonriendo con deleite y pasión. ¡Oh, Señor! ¿Qué le estaba haciendo ella?

Cuando el ensayo comenzó de nuevo, lady Toomey continuó observando con sus manos enjovadas sosteniendo su barbilla. Observaba una pareja y luego a la siguiente. Había algo en Nigel Walston y la guapa estadounidense que ella notaba, un trasfondo de pasión apenas contenida que resultaba deslumbrante. Verlos hacía que uno se sintiera como un *voyeur*. Cuando Skeffington se acercó a ella, sin apartar la vista de los demás bailarines, sacó su abanico y lo usó, ya que se había calentado. «Señor Walston», le dijo en voz baja, «y su pareja».

«Señorita Weatherly», dijo, sin apartar la vista del suelo.

«Parece como si fueran a girar y...», detuvo su abanico frente a sus labios, «hicieran el amor en un rincón».

Él se rió discretamente y luego la miró sonriente. «Si pudiera hacer que todas las parejas se vieran igual, lo haría».

«Creo que no», ella se rió. «Eso haría que la actuación pasara de ser *casi* escandalosamente sensual a... totalmente escandalosa».

Él se rió ante tan perverso y delicioso pensamiento.

## Capítulo Veintidós

Un jueves por la mañana, con vestidos ligeros y sombrillas para protegerse la cara, Alice y Jocelyn paseaban por el parque. «Mañana llevaremos aquí seis semanas», comentó Jocelyn. «¿Puedes creerlo?».

Alice asintió. «Lo sé. Ha pasado volando».

«Lo ha hecho y, sin embargo, parece más tiempo que eso».

«Estoy de acuerdo», se rió Alice.

El plan original había sido que regresarían a casa la primera semana de julio, pero, para finales de julio, las habían invitado a ir a Merton Park, a la finca de los Walston. En la ciudad hacía calor y olía mal en pleno verano, así que todos los que podían escapar lo hacían. Alice y Jocelyn querían ir a Merton Park y experimentar los bailes campestres y las largas caminatas en un clima más fresco y aire más limpio, pero aún no habían recibido el permiso de sus padres.

«¿Nigel y tú han hablado más sobre algunas cosas?», Jocelyn preguntó casualmente.

«Hablamos de la mayoría de las cosas», Alice miró a su hermana de reojo. «No hemos comentado acerca de un compromiso, si a eso te refieres».

«Sabes qué es lo que quise decir».

«No hemos querido apresurar el asunto cuando las cosas van tan bien».

«Ah».

«¿Tiene sentido? Las cosas van muy bien. Hay cordialidad entre nosotros. Es perfecto, de verdad. No quiero que se estropee. Nunca me he considerado una persona pesimista, pero a veces siento que estoy esperando que todo se vaya al caño».

«Pero, ¿por qué lo haría?».

«No sé. Hay tantas damas hermosas aquí, tan elegantes. Muchas de ellas, la mayoría, tienen que tener dotes sustanciales».

Jocelyn asintió. «Sí».

*Entonces, ¿por qué yo?*, se preguntó Alice. ¿Por qué la habían elegido como solución a la deuda de juego de lord Merton? «Jaus, ¿crees que he cambiado?», Alice preguntó con curiosidad. «Me siento tan diferente».

«¿Cómo?».

«En muchos sentidos me siento... más. Y antes ya sentía mucho».

Jocelyn sonrió. «Eso es lo que se espera cuando te enamoras», respondió con nostalgia.

Alice se detuvo abruptamente. «No he declarado eso», dijo con cautela.

«Lo cual no significa que no sea así. Oh, Ali, ¿a qué le tienes miedo?».

Alice comenzó a caminar de nuevo. «Quiero seguir siendo yo misma».

«¿Quién más serías, tonta?».

«Es diferente ser esposa. Siempre me he sentido tan independiente. Supongo que es una tontería cuando nuestros padres se han encargado de todo».

«No es una tontería. Tienes una mentalidad más independiente que la mayoría de las jóvenes. Y es cierto que cuando amas a alguien, hay dependencia, pero es una dependencia del uno con el otro. No te debilita a ti más de lo que lo debilita a él. De hecho, juntos, ustedes dos son más fuertes».

«Eso está muy bien dicho».

«Gracias».

«Sería difícil vivir lejos de todos. Nuestra familia está en Boston».

«Y también aquí».

Caminaron en silencio durante unos minutos antes de que Alice dijera, «Tú también has cambiado».

«Lo sé», estuvo de acuerdo Jocelyn. Ella sonrió jubilosa. «¿A veces no quieres gritarle al mundo que lo amas?».

Alice se detuvo y estudió a su hermana. Los ojos de Jocelyn brillaban y su color estaba intenso. «¿Hay algo que quieras gritarle al mundo?».

«Lo haré si tú lo haces», desafió Jocelyn.

Alice casi se rió. «No tengo ganas de gritar».

«¿No?».

«No. Una de las formas en que he cambiado es ser muy consciente de cómo me ven los demás», Alice sabía que Jocelyn no estaba satisfecha con su respuesta. «Está bien», cedió. «Obviamente, no lo gritaré, pero...», Alice se acercó y susurró. «Lo amo».

«Lo sé», susurró Jocelyn.

«¿Se nota?», Alice preguntó preocupada.

«Para mí, pero te conozco».

Alice suspiró. «No quiero que sea evidente. No estoy lista para eso todavía. Si todo esto estuviera sucediendo en Boston, sería diferente».

«Pero eso no sucederá allí. Solo se ha producido porque estamos aquí donde la sociedad es diferente».

«Si acepto casarme con él, ¿realmente vivirías aquí parte del tiempo?».

"«Sí. Podría hacerlo de cualquier manera. Me gusta estar aquí».

Alice sonrió aliviada. «Extrañaría a todos en casa, pero no puedo imaginarme estar sin ti».

«Ni yo sin ti».

«Ahora te toca a ti», dijo Alice con entusiasmo. «¿Qué te gustaría gritar?».

Jocelyn se inclinó y le susurró al oído a su hermana. Cuando se apartó, Alice quedó atónita. «¿Qué?», Jocelyn preguntó alarmada. «¡Te gusta!».

«Sí. Él me gusta mucho. Y supe que te gustaba», ella hizo una pausa. «¿Lo *amas*?».

Jocelyn asintió. «Sí. Con todo mi corazón».

Alice parecía preocupada. «Debería haberme dado cuenta esa noche que dijiste que no te importaba que fuera rico».

«¿Por qué te veo de esa manera?», Jocelyn se preocupó.

«Lakely está preocupada», admitió Alice. «Tiene miedo de que te lastimen. Verás, lord Morguston...».

«Oh, lo sé. Es un viejo snob pomposo que parece odiarme sin haberse molestado en conocerme».

«Jaus, si prohíbe la relación...».

«Entonces esperaremos hasta que muera».

Alice jadeó.

«Lamento haberte sorprendido, pero es verdad. JG me preguntó si podía esperarlo».

«¿Por qué no me dijiste que tus sentimientos estaban tan avanzados?».

«Supongo que he estado atrapada en eso. Lo mismo que tú has estado con Nigel. Hemos estado muy ocupadas, felices y distraídas. Nunca fue mi intención ocultarlo. En realidad, supuse que lo sabías».

Alice se sintió terrible por no haber podido comprender algo de tanta importancia para la

persona más cercana a ella en el mundo. «Lamento mucho no haberme...».

«No», exclamó Jocelyn. «No lo lamente. Ni por un instante. Piénsalo, Ali. Vinimos aquí para una excursión de verano y para visitar a nuestra familia, y las dos nos hemos enamorado. No deberíamos estar más que emocionadas y agradecidas».

«Pero, ¿qué pasa si Lord Morguston vive hasta los noventa años? No quiero que renuncies a una vida normal con un esposo y una familia».

«Yo tampoco quiero renunciar a esas cosas. Y nunca le he deseado el mal a nadie. Pero preferiría desear que...», se inclinó para susurrar el resto al oído de Alice. Ante lo cual, los ojos de Alice se abrieron enormes. Una sonrisa culpable luchó por contenerse mientras agarraba el brazo de su hermana y las hacía avanzar nuevamente, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie las estuviera observando demasiado de cerca.

Las chicas llegaron a casa muy emocionadas. Jeremy había recibido correspondencia de JG preguntándole cuándo podría volver a visitarlo y llevarse algunos cuadros. Había encontrado a un galerista interesado en verlos.

Jeremy había estado en el proceso de selección durante las últimas dos horas.

El señor y la señora Weatherly se preguntaban quién era JG Baillie y cómo había llegado a ser amigo de Jeremy a través de Jocelyn.

Julia caminaba de un lado a otro, igualmente emocionada por la idea de que los cuadros de su hijo se vendieran en una galería y preocupada de que terminara herido si lo rechazaban.

Las niñas obtuvieron todo esto a los dos minutos de haber llegado a casa.

«Ha pedido permiso para reunirse con nosotros», le dijo Richard Weatherly a su hija menor.

«¿Por qué esa expresión de preocupación?», ella respondió a la ligera. «Es una persona muy agradable que te gustará mucho, igual que a nosotras», añadió, mirando a Alice, quien asintió en silencio.

«Es muy amable», repitió Alice. «Muy simpático».

«¿Con el pelo rojizo?», le preguntó la señora Weatherly a Jocelyn con recelo. «Te he visto bailar con él».

«Sí, es cierto», respondió Jocelyn. «¿Alguien le respondió?».

«Sí», respondió su padre. «Tu muy simpático y agradable amigo ha sido invitado aquí mañana a las once».

Jocelyn logró contener su sonrisa y su emoción, pero sus padres lo notaron de todos modos. *Dios mío*, gimió su madre para sus adentros.

«¿La tía Julia mencionó que lo había conocido?» preguntó Jocelyn.

«Lo hizo», respondió su padre. «Ella dijo que debería pedirte detalles».

«Bueno», dijo Alice con indiferencia. «Ahora ya los tienes», ella miró a su hermana. «Vamos a ayudar a Jeremy a elegir qué cuadros enviará». Y las dos salieron en un torbellino que dejó a sus padres desconcertados.

## Capítulo Veintitrés

JG llegó diez minutos antes de la hora señalada y comenzó a pasear por la acera para presentarse en el tiempo en punto, pero Jocelyn lo estaba esperando, abrió la puerta y lo invitó a pasar.

«Llegué temprano», se disculpó mientras entraba.

«Me alegro», respondió ella.

«Espero hablar contigo, si es posible», dijo. «Mientras esté aquí, quiero decir. No tiene por qué ser lo primero».

Ella estaba asintiendo. «Está bien. Ven a conocer a mi familia», instó.

«Estoy nervioso», susurró.

«No es necesario que lo estés», le susurró ella. «Lo prometo». Ella abrió el camino hacia el salón donde estaban reunidos los adultos. Su padre se puso de pie cuando entraron. «Mamá, papá, este es nuestro amigo, JG Baillie». Ella le devolvió la mirada con una expresión reconfortante. «Por supuesto, ya conociste a la tía Julia y a la abuela».

«Sí, en efecto. Hola de nuevo, señoras».

«Hola, JG», dijo la abuela alegremente.

«Es un placer volver a verte», dijo Julia. «Estamos encantadas de recibir la noticia».

Parpadeó y su sonrisa se apagó. «¿Noticias?».

«¿Sobre la galería?».

«¡Oh! Sí».

«Y, por supuesto, conoces a Alice», dijo Jocelyn cuando Alice entró en el salón.

«Sí, hola», le dijo.

«Hola, lord Blairwood», dijo en tono formal con una inclinación burlona de la cabeza.

«Oh, por favor, no es necesario», se rió.

Alice miró a sus padres. «JG es modesto, pero es el heredero aparente del Ducado de Morguston y actualmente tiene el título de Marqués de Blairwood, por lo tanto, lord Blairwood». Ella lo miró. «¿Lo dije todo correctamente?».

«Lo hiciste», miró al señor Weatherly. «Pero, prefiero JG».

«En ese caso, es un placer, JG», dijo el señor Weatherly.

«El placer es mío, señor», miró a la señora Weatherly. «Gracias por permitirme visitarlos».

«Estamos encantados de conocerte», dijo la señora Weatherly. «¿Quieres sentarte?».

«Sí. Gracias».

Todos tomaron asiento. «Entonces, la galería», le dijo Jocelyn a JG.

«Se llama ‘The Bast Gallery’ y es propiedad de un hombre llamado Thomas I. Bast», dijo mirando a cada ocupante de la habitación. «Y es conocido como Thomas I», añadió entre risas generalizadas. «Es un tipo afable, pero serio en el arte y los artistas. La galería está en Bond Street».

«Sí», dijo el señor Weatherly. «He pasado por ahí. Buen lugar».

«Lo es», estuvo de acuerdo JG. «Lleva en el negocio doce o trece años en ese mismo lugar. Anteriormente fue socio de un establecimiento en Pall Mall. Al parecer, los socios tenían visiones diferentes, por lo que se separaron. La visión de Bast es más progresista, supongo que podría decirse, lo cual es bueno para nosotros», dijo, dirigiendo lo último a Jocelyn con una sonrisa que ella le devolvió al instante.

Eliza Weatherly lo notó y se estremeció. Por primera vez, se arrepentía seriamente del viaje.

«Con frecuencia expone el trabajo de artistas más nuevos, la mayoría de ellos británicos. También eso es bueno para nosotros. Representa a Zoffany, Swaine, y a Bonington, que todavía está vivo. Artaud, también sigue vivo. Ahora bien, personalmente hablando, no estoy muy impresionado con la imaginación del tipo, pero puede capturar un rostro. Aunque siempre parece usar los mismos colores. Veamos, ahí está Ingaltón y sus paisajes. Aún vivo, está Knox». Hizo una pausa antes de añadir, «puedo ver que el trabajo de Jeremy encaja perfectamente».

Julia sacudió la cabeza asombrada de que estuvieran teniendo esta conversación. «Nunca imaginé que sus pinturas se venderían».

«Oh, lo harán», respondió JG. «Son maravillosas», miró al señor Weatherly. «¿Las ha visto, señor?».

«No. Aún no. Ha sido bastante protector, incluso reservado al respecto y nunca quise presionarlo».

«Eso es cierto», coincidió Julia. «Solo he tenido vislumbres estos últimos años. Son las chicas las que rompieron su reserva. Por lo cual estoy muy agradecida».

«Por el momento», habló Alice, «todavía está eligiendo qué cuadros enviar. Pero él lo está disfrutando», le dijo tiernamente a su tía, quien le devolvió una sonrisa.

«No puedo esperar a ver cuáles son las opciones», respondió JG.

«Entonces», dijo Jocelyn. «¿Llevarás los cuadros al señor Bast?».

«Sí. Me envió cajas resistentes y traje un chofer y un lacayo, así que lo tendremos bien organizado. Y quien quiera venir, puede acompañarme. Iré allí cuando salga de aquí».

Jocelyn miró esperanzada a su padre. «Me gustaría ir. ¿Si está bien?».

«Yo también», habló Alice.

«Tal vez vayamos todos», dijo alegremente el señor Weatherly. Miró a Julia. «Incluido Jeremy».

«Me encantaría verlo», respondió Julia. «No sé si querrá ir o no».

Jocelyn miró a JG. «¿Abrumaríamos al señor Bast? ¿Todos nosotros invadiendo su galería?».

«Para nada. Para eso está el lugar».

Jocelyn lo miró con adoración, haciendo que el corazón de su madre se desplomara.

«Si Jeremy no quiere ir», dijo JG, «he estado pensando que podríamos crear un folleto sobre él. Él podría hacer un autorretrato en miniatura que incluiría en el folleto, y Alice, que es experta con las palabras, puede escribir una especie de biografía».

Jocelyn sonrió. «Eso es brillante».

JG disfrutó de sus elogios. «De esa manera, el comprador se sentiría conectado con el artista. Quizás incluso interesado. También crearíamos un poco de mística sobre él. Es muy atractivo, entonces ¿por qué no hace apariciones personales?».

«Creo que es una idea maravillosa», coincidió Alice. «Espero que el señor Bast esté interesado».

«Lo estará», respondió JG. «Sé que lo estará».

«¿Subimos ahora?», Jocelyn le preguntó a JG. Ella miró a su padre. «¿Está bien?».

«Sí», respondió amablemente.

«¿Te quedarás a almorzar, JG?», preguntó la abuela.

«Estaría encantado, señora Weatherly. Gracias».

Jocelyn se puso de pie y JG y Alice también lo hicieron. «¿Te gustaría venir con nosotros, tía Julia?», preguntó Jocelyn.

«Creo que puede ser mejor si solo van ustedes tres», respondió ella.

Salieron de la habitación, pero JG se dio la vuelta. «Oh. Sr. Weatherly. Quería comentarle que conozco a alguien que lo conoce. Mi tío George. En realidad, no es mi tío, no de sangre; él es mi padrino. Fue el amigo más cercano de mi padre y estoy orgulloso de decir que es uno de los míos. ¿George James? Estuvieron juntos en Eton».

El señor Weatherly se irguió. «¡Sí! Casi todo el mundo lo conocía. Fue miembro de ‘Sixth Form Select and Pop’. Un buen hombre».

«Él dijo lo mismo de usted, señor».

«Me sorprende que se acuerde de mí. Dale mis saludos».

«Lo haré, señor».

Cuando llegaron al tercer piso, Jeremy estaba nervioso. JG le ofreció la mano y el joven la estrechó vacilantemente. «Me alegro de verte de nuevo, Jeremy. Entonces, ¿qué has pensado? ¿Estos?», señaló los tres cuadros sobre caballetes, aunque había tres más alineados contra la mesa. «Son maravillosos».

«¿Cuáles?», Jeremy preguntó a sus primas.

«No podrías equivocarte con ninguno de los que elijas», dijo Alice, «pero creo que esta es una excelente opción», señaló una pintura de una pareja tendida sobre una manta al lado de un lago, a última hora de la tarde de verano. El hombre estaba apoyado sobre su codo, mirando el agua con el cuerpo alejado del espectador. La mujer yacía tumbada, mirando hacia el cielo nublado. Había una cesta, una botella de vino y dos copas. Era intrigante por su expresión y porque Jeremy había capturado la esencia del agua que fluía.

«Y este también», dijo Jocelyn, señalando la pintura del carruaje que había visto por primera vez. «*La Invitación*. Me fascina».

Alice estuvo de acuerdo. «Quiero subir al carruaje y saber todo sobre ambos».

«Tiene ese efecto», coincidió JG. «Y el jarrón caído. Ese me fascina. Pero es tu elección», le dijo a Jeremy. «¿Cuáles son tus favoritos... de cuáles estarías dispuesto a separarte?».

Jeremy se encogió de hombros. «Esos están bien».

«Bien», dijo JG. «Hecho. Ahora tengo una pregunta para ti. Cuando salga de aquí, llevaré los cuadros a la galería. ¿Te importaría acompañarnos?».

Jeremy frunció el ceño. «Yo...».

«No tienes que decidir en este momento», dijo JG. «Me han invitado a quedarme a almorzar».

«No quiero que me juzguen», dijo Jeremy. «Debería ser solo el trabajo. Las pinturas deberían ser juzgadas. Yo no».

Fue un pensamiento tan lúcido, directo y tan lleno de vulnerabilidad que los afectó a todos.

«Oh, Jeremy», respiró Jocelyn.

«Estoy de acuerdo contigo», respondió JG con toda seriedad. «Y estoy seguro de que así será. Bast se encargará de ello. Es un apasionado del arte. Ya sabes, todos los artistas son un poco diferentes al resto de nosotros. Probablemente porque están en sintonía con un mundo que nosotros, simples mortales, solo podemos experimentar a través de ustedes», miró a Alice. «También incluyo a Alice en eso». Volvió a mirar a Jeremy. «Creo que disfrutarías viendo la galería, pero puedes hacerlo en cualquier momento, así que hoy no hay presión si prefieres no hacerlo. Con orgullo actuaré como tu representante si así lo deseas».

Jeremy asintió. «Sí. Por favor».

«Está bien. Ahora, con respecto a fijar un precio y todo eso, creo que deberíamos dejarlo en manos de Bast. Recibe una comisión, creo que el treinta y cinco por ciento, por lo que le conviene obtener el mejor precio por todo lo que vende. Es lo que hace y lo que conoce, así que, en mi opinión, deberíamos dejarlo en sus manos».

«Sí», estuvo de acuerdo Jeremy. «Thomas I. Bast. Anteriormente socio con Solomon Quigley en ‘The Seymour Gallery’».

«Eh, sí», dijo JG. «Creo que eso es correcto».

«Jeremy», dijo Alice. «¿Qué te parecería hacer una ilustración tuya, un miniretrato para un folleto? JG tuvo la idea de crear uno para que los clientes del señor Bast supieran de ti».

Jeremy separó el pulgar y el índice y movió la mano para crear un círculo. «¿Así?».

«Eso sería ideal», respondió JG. «Si hicieras un retrato de tamaño natural que coincidiera, apuesto a que se vendería desde el folleto».

Jocelyn le sonrió a su primo. «Tengo una idea. ¿Por qué no los bajamos y se los mostramos a los demás?».

Jeremy le devolvió la sonrisa y asintió. «Está bien».

«Solo por curiosidad», dijo JG. «¿Cuál es tu favorito?».

Jeremy dudó un momento y luego fue a un gran gabinete en el fondo de la habitación, lo abrió y sacó un cuadro. Estaba volteado para que no pudieran ver la imagen todavía.

«Déjame mover este», dijo JG, acercándose a un caballete. Cogió *La Invitación*, se acercó y lo colocó con cuidado contra la pared. «Entonces cerraremos los ojos hasta que tu favorito esté en su lugar». Cerró los ojos y las chicas obedecieron felices.

«Ahora», dijo Jeremy cuando lo acomodó.

Abrieron los ojos y vieron un cuadro de una mujer de unos veinte años con un vestido vaporoso en una tarde de viento e iluminada por la luna. Se acercaron y observaron el rostro sereno de la dama, los mechones de cabello que se habían soltado de un moño suelto y la forma en que su vestido se ondulaba con la brisa.

«Es la tía Julia», se dio cuenta Alice. Miró a Jeremy. «Es tu madre cuando era joven, ¿no?».

«Sí».

«Es tan hermoso», se maravilló Jocelyn. «¿Ella lo ha visto?».

Sacudió la cabeza. «¿Le gustará?».

«A ella le encantará», respondieron todos al mismo tiempo, seguido de risas por parte de todos.

«Las brisas de la Providencia», leyó Jocelyn en la placa de latón en el marco. «Oh, Jeremy. Debe colgarse donde todos los miembros de la familia puedan verlo y disfrutarlo. Me encanta».

Alice se acercó para tocar el brazo de su primo. «Es perfecto», le dijo.

Alice apareció en el salón, interrumpiendo la conversación. «Damas y caballeros, estamos por presentar los cuadros que serán llevados a la galería. Por favor, cierren los ojos».

Los adultos mayores hicieron lo que se les pidió, cada uno con una sonrisa.

«No dejen que me duerma», dijo la abuela.

«No tardaremos tanto, abuela», respondió Alice. Regresó al pasillo y luego ella, JG y Jocelyn entraron en el salón, cada uno con un cuadro en la mano mientras Jeremy permanecía en la puerta para observar las reacciones de la familia. Alice y Jocelyn dieron la espalda a sus mayores para que solo se viera la pintura que llevaba JG.

«Listo», dijo JG. «Pueden abrir los ojos».

La familia abrió los ojos. Sus reacciones, desde la inhalación brusca hasta las exclamaciones de sorpresa y deleite, llenaron de orgullo a Jeremy. Todos se levantaron y se acercaron, incluso la abuela, aunque le llevó unos momentos más.

«Oh, Jeremy», exclamó la señora Weatherly.

«Es magnífico», dijo el señor Weatherly, claramente aturdido.

JG asintió. «Creo que ese también fue mi primer comentario».

Julia rodeó con el brazo a su madre, a quien le brillaban lágrimas en los ojos.

«El siguiente», dijo JG mientras se alejaba con la pintura.

Jocelyn se dio vuelta con la pintura del carruaje y la reacción fue igual de entusiasta. Alice siguió tercera y los adultos quedaron embelesados.

«Cariño», dijo Julia, mirando a su hijo, «son maravillosos».

«Hay uno más para mostrarles», dijo Jocelyn cuando el entusiasmo se calmó. «Aunque este no va para la galería». Los tres salieron de la habitación y colocaron sus cuadros contra la pared del pasillo. «¿Quieres presentarlo tú?», Jocelyn le preguntó a Jeremy.

Jeremy sacudió la cabeza y miró a JG. «Mi apoderado».

JG sonrió. «Con gusto».

Alice entró en la habitación. «Cierren los ojos de nuevo. Esta imagen que están a punto de ver es la favorita personal de Jeremy. Y la mía también, ahora que ya la he visto».

«La mía también», dijo Jocelyn, entrando al salón para verla de nuevo.

JG entró con el cuadro mientras Jeremy permanecía donde estaba, concentrado en su madre. «Abran los ojos», dijo JG.

El cuadro conmovió a todos, pero a Julia, sobre todo. Después de varios momentos de mirarlo fijamente, se volvió hacia Jeremy con los ojos llenos de lágrimas.

Él asintió.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y Eliza le entregó un pañuelo antes de sonreírle a Jeremy, demasiado conmovida para hablar por el momento.

«He aquí el poder del arte», dijo JG.

«Tienes un don poco común, Jeremy», afirmó el Sr. Weatherly.

«Lo sabía», dijo la abuela. «Y todavía estoy superada. Amo tanto esto que me duele el corazón». Buscó a tientas su propio pañuelo y se sonó la nariz.

Jeremy se acercó a su madre y ella lo abrazó. No era algo común lo que lo hacía aún más dulce. «Gracias, mi amor», dijo. Ella retrocedió y volvió a mirar el cuadro. «Gracias por verme de esa manera».

No había ni un solo ojo seco en la habitación.

~~~

Antes de partir hacia la galería, JG y Jocelyn dieron un paseo por el vecindario. «Entonces...», comenzó él, «como le mencioné a tu padre, el otro día fui a ver a mi tío George. No solo porque la visita había tardado un tiempo, sino porque estoy interesado en aprender derecho».

Ella lo miró con curiosidad. «¿Eh?».

Él asintió. «Justicia y todo eso. Es interesante y creo que podría ser bueno en eso. ¿Crees que sería bueno en eso?».

«Sí, claro. Si es lo que quieres hacer. Uno de mis cuñados es abogado».

«¿En serio?».

Ella asintió. «Es muy exitoso. Tiene una personalidad extrovertida que ayuda, y tú también. ¿Pero cómo se sentirá tu abuelo al respecto?».

«De eso se trata, ¿ves?».

Él se detuvo y se volvió hacia ella con cara de dolor. «El meollo de la cuestión es que el abuelo cree que puede obligarme a que me case».

Se sintió como si la hubieran golpeado. «¿Qué quieres decir? ¿Con quién? ¿Con quién te casarías?».

«No hay ninguna dama específica en mente. Verás, no importa quién sea ella, solo que...».

«Que ella pertenezca a una familia noble», dijo entrecortadamente cuando él hizo una pausa.

Suspiró y luego asintió. «Mi abuelo es de otra generación. A veces pienso que pertenece a un mundo completamente diferente. Uno donde el amor no es importante. El cariño tampoco. Ni siquiera es relevante eso. Y que definitivamente puedes olvidarte de la diversión y la amistad. Solo el linaje y el deber son importantes».

Ella apartó la mirada pensando en la soledad de tal existencia, pero luego volvió a mirarlo. «¿Qué tiene eso que ver con tu tío George?».

«Me temo que no hay una manera amable de decir esto. Mi abuelo me ha amenazado con repudiarme».

Ella se quedó boquiabierta.

«A menos que me case con alguien de su aprobación el próximo año».

Dejó escapar un suspiro tembloroso, sacudida hasta la médula.

Él la tomó de las manos. «Jaus, escucha. Por favor. Fui a ver al tío George para preguntarle si me aceptaría como aprendiz porque tengo que prepararme en caso de que el abuelo haga lo que amenazó. Por supuesto, no entendí completamente el proceso. Resulta que primero tengo que ir a una facultad de derecho. Pero él ayudará con todo eso».

«¿Estás diciendo que no te casarás...?».

«Declaro que no viviré sin ti si es mi elección».

Ella sacudió la cabeza lentamente y la verdad fue apareciendo poco a poco. «Oh, JG».

«Por favor, no parezcas tan afectada».

«Pero va a repudiarte», repitió ella. Sus ojos mostraban sus lágrimas. «Es tan terrible».

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza. «Significaría que viviría como la mayoría de las personas. Tendría que abrirme camino en el mundo. Lo he pensado mucho y creo que podría hacer un buen trabajo como abogado o procurador. Al tío George le ha ido bien y está contento. Dijiste que a tu cuñado le ha ido bien también».

«Pero renunciarías a todo. Por mí».

«Por nosotros», corrigió. «Por la vida que tendríamos juntos. En realidad, es una decisión egoísta, basada en lo que necesito y quiero. Sé que esto es mucho para asimilar. He tenido tiempo para pensarlo. No es que tuviera ninguna duda sobre lo que tenía que ser. La verdad es que se trata simplemente de un cambio de circunstancias. Ya no tendré una fortuna, una casa grande y un título».

Ella tragó.

«Le prometí a mi tío que hablaría contigo y sería honesto acerca de mis sentimientos».

«Tu tío George parece un hombre maravilloso».

«Lo es. Preguntó si...habíamos hablado de nuestros sentimientos. Dije que no, no con palabras, y sin embargo creía con todo mi corazón que ambos sabíamos cómo se sentía el otro. No he proclamado en voz alta que te amo y que no quiero vivir sin ti, pero es verdad. Tampoco lo has dicho tú. Que me amas. Que quieres una vida conmigo tanto como yo quiero una contigo. Pero creo que es verdad. Si me equivoco, por favor dímelo».

Ella sacudió la cabeza lentamente. «No te equivocas, pero...».

«Sin peros. Lo que acabo de decir es lo único importante».

Ella estaba aturdida por la información que él había compartido. *Por mí*, seguía susurrando en su mente. *Él renunciará a todo por mí*. Él había afirmado que la decisión se había tomado *por ellos*, y ella lo entendía, pero si no hubiera sido por ella...

«También le aseguré al tío George que hablaría con mi abuelo y sería honesto con él».

«Sí, debes hacerlo», estuvo de acuerdo.

«No hará ninguna diferencia. A mi abuelo le importa más el título que yo».

Ella sacudió la cabeza enfáticamente. «Eso no puede ser cierto».

«Mi madre murió cuando yo tenía dos años por complicaciones durante un segundo parto. No tengo ningún recuerdo de ella. Mi padre murió de una enfermedad cuando yo tenía siete años. He vivido con mi abuelo durante mucho tiempo. Lo conozco muy bien». Él miró sus manos y luego levantó una más. «¿Puedo?», preguntó mientras lentamente comenzaba a quitarle uno de sus guantes.

Ella no lo detuvo. Ni siquiera miró a su alrededor para ver quién podría estar mirando. Fue una sensación de lo más sensual. Cuando quitó el guante, se llevó la mano de ella a sus labios y la besó. Una vez, dos veces, tres veces. Lentamente, demorándose en ello. Su respiración se había vuelto dificultosa y ella se sentía completamente sonrojada.

«¿Me amarás sin la riqueza, el título y los adornos?».

«Ya sabes la respuesta a eso», dijo apenas en un susurro. «Te amo y te amaré pase lo que pase. No me importan la riqueza, el título ni los adornos».

«Entonces no tengo miedo. El futuro será lo que hagamos de él».

«Lo que hagamos», repitió.

«No me importa renunciar a nada... excepto a ti».

Se besaron sin saber quién lo había iniciado. ¿Qué importaba? Estaban juntos ahora. Eran uno solo.

**El Conde y la Condesa de Goffston
Solicitan el distinguido placer de su compañía
Madame Alice Weatherly y Madame Jocelyn Weatherly
a su Baile y Cena De Medianoche anual
Ditton Place, No. Seis St. James Square, Westminster**

Sábado 27 de mayo, a las 8 en punto.

“Dum vivimus vivamus!”

“Mientras estemos vivos, ¡vivamos!”

Capítulo Veinticuatro

Alice estaba junto a Nigel en medio de una fila de parejas que esperaban en un vestíbulo particular fuera del salón de baile. Entre presentaciones de baile, se anunciaba a personas "distinguidas" antes de hacer su entrada. Sus padres y su hermana ya estaban dentro, al igual que lord y lady Merton; este último había decidido saltarse una presentación. Ella también habría elegido saltársela y entrar sin problemas. Estaba entre tensa y aterrorizada.

Cuando la orquesta dejaba de tocar y las presentaciones comenzaban de nuevo, subían unos escalones cortos para llegar a un rellano con una puerta. Una vez que la pareja frente a ellos abandonara el escenario que representaba la entrada, sería su turno de mirar a la multitud en el salón de baile de abajo. Se mencionarían sus nombres y luego bajarían las escaleras. No era tan terriblemente difícil a menos que tropezaran, se desmayaran o se congelaran.

Nigel se acercó. «¿Sabes qué haría que todo esto fuera aún peor?».

Se preparó para la broma que él estaba a punto de hacer.

«Justo antes de que nos anuncien, que la música comience de nuevo. Solo que esta vez sea una marcha fúnebre». Lo dijo sombríamente, pero luego sonrió y casi se echó a reír.

Ella sacudió su cabeza. Una simple broma no iba a hacerla olvidar sus nervios.

«¿Preferirías que saliéramos y nos presentáramos en otro baile?», preguntó.

«Sí, por favor. O simplemente podríamos salirnos de la fila y colarnos en el salón de baile».

«El problema con eso es que ya nos tienen en la fila. No creo que sea mejor que anuncien nuestros nombres sin que estemos por ningún lado».

«Supongo que tienes razón. Piensa en los rumores que circularían. Solo desearía que no fuera tan estresante».

«¿Por qué es así?».

«Porque todo el mundo estará mirando».

«Ese es el punto».

«¿Qué pasa si me pongo toda colorada?».

«Nunca te pones toda colorada. Te sonrojas de la manera más atractiva. Me gusta cuando lo haces. Normalmente, significa que has entendido mi punto».

«Nigel», se quejó en voz baja.

«Alice», respondió. «Te diré algo. Si te sonrojas, contendré la respiración y haré lo mismo». Aspiró y contuvo la respiración, hinchando las mejillas con ella.

«Eso no ayudaría, ya que todos se preguntarían qué habíamos estado haciendo para sonrojarnos ambos».

Hizo una mueca. «Cierto».

De hecho, las bromas habían ayudado a calmar su ansiedad. «¿Por qué es tan importante esta presentación para tu madre?».

«Apariencias. Hablando de eso, y lo digo con toda honestidad, eres la dama más hermosa aquí. No deberías preocuparte por nada. Estarás perfecta».

Era una afirmación ridícula, pero parecía decirla en serio. «Me estremezco al pensar en lo hermosa que me veré si tropiezo y caigo por las escaleras».

«No te dejaré caer», dijo él con seriedad. «Lo prometo».

Inhaló y exhaló un suspiro tranquilo, decidida a calmarse. «Está bien».

«¿Mejor?».

Ella asintió. «Gracias».

«¿Los colores de tu vestido los elegiste tú o la modista?».

«Ella me los sugirió y me mostró cómo funcionarían las telas juntas».

«Los colores de tus ojos», dijo con una sonrisa afectuosa. «Puede que sean mis favoritos».

Ella sonrió, pero entonces la música se detuvo y ella se puso rígida de nuevo.

Le dio unas palmaditas en la mano que tenía colocada alrededor de su brazo. «Todo estará bien», susurró.

«Su Gracia, el Duque de Gramhurst», entonó una voz profunda. «Y Su Gracia, Philippa, duquesa viuda de Gramhurst».

Alice se mordió el labio. Ella sería la única sin título. ¿Qué estaba haciendo ella aquí?

«El Muy Honorable, Marqués y la Marquesa de Quellinshire».

Nigel y Alice llegaron al pie de las escaleras. Solo dos parejas estaban delante de ellos.

«El señor de Banbridge y la señorita Dorsett».

¿Señorita Dorsett? ¿Otra plebeya? Alice sintió una oleada de alivio. Se levantó la falda y comenzaron a subir las escaleras. Solo quedaba una pareja.

«Sir Augustus Fulton y lady Fulton».

Oh, Señor. Era su turno.

«Pondré una copa de champán en tus manos dentro de los próximos cinco minutos», dijo Nigel en voz baja.

Otro respiro profundo. Dentro y fuera. Esto no era tan difícil. Cruzaron la puerta y la escena que tenía ante ella era tal como la había imaginado. Mil personas la estaban mirando.

«El Honorable Sr. Walston y la Señorita Weatherly».

Se dijo y siguieron adelante. Los escalones eran anchos y poco profundos y tenía un excelente agarre del brazo de Nigel. Podría terminar magullada por su agarre, pero ya casi habían llegado al final.

«El Muy Honorable lord Kenner y la señorita Cleaves».

La pareja detrás de ellos había sido anunciada y la atención se centró en ellos. Todo había terminado y ella no se había caído de bruces. «Creo que dijiste algo sobre champán», dijo temblorosamente.

«Sí lo hice», respondió con orgullo. «¿Te gustaría una copa o una botella? Yo diría que mi madre te debe eso».

~~~

«Oh, Alice», le dijo Jocelyn un cuarto de hora después. «Parecías de la realeza allá arriba. Tan hermosa y regia. Estaba llena de orgullo».

«Estaba tan segura de que tropezaría».

Jocelyn negó con la cabeza. «Nigel no te habría dejado».

Las palabras provocaron una fuerte emoción. «Él dijo lo mismo», confió Alice.

Dos caballeros se acercaron y sacaron a bailar a las hermanas, y ellas accedieron. Se esperaba que una dama bailara cuando se le pedía, especialmente a esa hora de la noche. Nigel tendría que hacer lo mismo. Hasta que se comprometieran, debían tener en cuenta las apariencias. Alice sintió una sacudida al darse cuenta de que había pensado que su compromiso era una certeza.

Cuando salió de la pista después de su cuarto baile de la noche, no vio a nadie de su grupo, pero Dabney Adams estaba allí.

«Hola», dijo cuando ella se unió a él.

«Hola», respondió ella. «¿Acabas de llegar?».

«Sí. Me retrasé porque...», sacudió la cabeza, «bueno, no importa».

Ella lo miró con curiosidad.

«Es mi padre. Al parecer está enfermo».

«Oh, lo siento».

«No somos cercanos», dijo rápidamente. «De hecho, es raro que nos veamos», hizo una pausa, «aunque supongo que debería estar con él». Cuando ella se abstuvo de hacer comentarios, él le dirigió una mirada curiosa. «Al menos nueve de cada diez personas habrían dicho, 'Sí, deberías ir con él. Después de todo, él es tu padre'».

Ella se encogió ligeramente de hombros. «Tengo mente de escritora. Siempre imagino todos los lados de cualquier situación dada. Incluso cuando se ha cometido un delito y la culpa parece evidente, siempre me pregunto... pero ¿y si no lo hizo? O si lo hizo, ¿por qué lo hizo? Hay dos versiones de cada historia».

«Sí, señorita Weatherly. Las hay».

~~~~~

Nigel había sido detenido por lady Pearson y su séquito, quienes tenían una curiosidad insaciable por Alice. Mientras seguían parlotando, notó que Alice hablaba con Dab. Los dos parecían enfrascados en una discusión curiosamente seria. Se veían sorprendentemente juntos. *Si no la quieres*, había bromeado Dab.

Nigel sintió la necesidad de apretarle el cuello. ¿Eran celos los que estaba experimentando? Cuando pudo salir cortésmente, se acercó a Alice. ¿Afirmar su lugar? Ada, Harrison Bower y Hugh también se habían unido al círculo. «Hola», le dijo Nigel a Dab. «Te perdiste nuestra gran entrada», agregó, mirando a Alice con una sonrisa. Volvió a mirar a Dab. «¿Todo está bien?».

«Sí», respondió Dab con una sonrisa fácil. «Lamento habérmelo perdido. Estoy seguro de que fue espectacular».

Nigel miró a Alice. «Espectacular. ¿Irías tan lejos?».

«Bueno», evadió ella. «Nigel estaba nervioso, pero...».

Hubo diversión general en el grupo, pero unos momentos después, Nigel captó un vistazo significativo entre Dab y Alice. ¿*Qué diablos?* «¿Bailamos?», le preguntó a Alice. Sabía que era una tontería, pero quería alejarla de Dab.

Capítulo Veinticinco

El ensayo final de baile había comenzado a las diez de la mañana del doce de junio para perfeccionar los movimientos. Fue seguido por una prueba final y un almuerzo solo para damas. Durante el almuerzo, Alice estaba sentada entre Lakely a su derecha y una amable señorita Benson a su izquierda. Las damas de enfrente también eran agradables. Afortunadamente, Diana Fletcher estaba sentada en el mismo lado de la mesa que Alice, por lo que no estaban en el campo de visión de la otra. Eso era algo bueno, ya que a la señorita Fletcher no le agradaba o no le gustaba la idea de que una estadounidense participara en el baile.

Muchas de las discusiones en torno a la mesa giraban en torno al rey y la reina. La reina Carolina, que había estado prácticamente exiliada durante años, había regresado a Londres una semana antes para reclamar el lugar que le correspondía en la monarquía, pero el rey despreciaba a su esposa. El suyo había sido un matrimonio concertado que él nunca había deseado y llevaba años intentando divorciarse de ella. El sentimiento público estaba en gran medida a favor de la reina, ya que el rey era generalmente odiado por sus excesos, vanidad y vida relajada, y su reinado era visto como corrupto.

«Tengo una pregunta para usted», dijo Lakely. Hasta el momento, habían disfrutado de un delicado vino blanco, sopa de cangrejo y ostras chamuscadas envueltas con tocino.

«Yo también tengo una para usted», respondió Alice a la ligera.

«Yo primero», dijo Lakely. «¿Va a ir a Merton Park con nosotros? Nigel se muere por saberlo. No es que se lo vaya a decir si usted no lo desea, pero siempre es bueno saber algo que él no sabe».

Alice sonrió. «Yo quiero. Jocelyn también. Es solo que habíamos planeado irnos para entonces».

«Lo sé. Su hermana va a tener su bebé. Pero el bebé no le conocerá por mucho tiempo».

«Ese no es el punto», replicó Alice.

«Oh, lo sé».

Frente a ella se colocó un plato de ensalada cubierta con verduras delicadamente cortadas. «Aún tengo que obtener permiso», dijo Alice.

Lakely hizo un puchero. «Debes venir».

«Sí quiero», ella le dio una probada al platillo. Le gustó especialmente la vinagreta. «Más tarde hoy hablaré con mamá nuevamente».

«Entonces, ¿cuál es tu pregunta?», preguntó Lakely.

«No tienes que responder, por supuesto, pero me pregunto cuál es el deseo de tu corazón».

«¿Además del postre?».

«Tengo una sospecha».

«No puedo esperar a escucharla».

Alice miró a su alrededor para asegurarse de tener suficiente privacidad y luego se llevó la servilleta a los labios para pronunciar discretamente una palabra.

La sonrisa de Lakely se desvaneció. Ella miró hacia otro lado y luego tomó su vino. Tomó un sorbo y dejó el vaso sobre la mesa antes de volver a hablar. «¿Por qué dices eso?», preguntó en voz baja. Solo entonces miró a Alice.

«Fue solo un sentimiento. ¿No debería haberlo adivinado?».

«Tú eres la única que lo tiene. ¿No dirás nada?».

«No», respondió Alice sacudiendo la cabeza. «Por supuesto que no lo haré».

«Ves a la gente con bastante claridad», observó Lakely.

«La mayor parte del tiempo, pero normalmente no a mí. ¿No es extraño?».

«Yo me veo bastante claro», dijo Lakely. «Aunque frecuentemente no me importa lo que veo».

«Entonces deberías mirar más detenidamente. Veo a alguien que es hermoso, inteligente y valiente».

«No valiente», respondió Lakely en voz baja. «En lo más mínimo».

~~~

Al mismo tiempo, Nigel revisó el contenido de cada vitrina de vidrio en una joyería de Hatton Garden en busca del regalo perfecto para Alice. Quería mostrar su consideración sin ser ostentoso. Recientemente había vendido algunas acciones con una buena ganancia y el regalo de Alice se compraría con parte de ellas. Con suerte, sería el primer regalo de muchos.

Nunca había esperado sentir un deseo tan definido de casarse con una dama en particular, pero ahora sucedía. Desafortunadamente, sentía que algo o alguien la estaba frenando. Quería casarse con Alice, pero solo si sus sentimientos fueran correspondidos. ¡Buen Señor! Amar a alguien que no te amara sería miserable. Sería intolerable.

¿Estaba siendo un hipócrita? Muchos matrimonios eran así. Antes de que Alice entrara en su vida, nunca lo había pensado ni un momento. Tampoco habría pensado que la idea de un amor no correspondido le preocuparía tanto como lo hacía esto.

«¿Hay algo que le llame la atención, señor?», preguntó uno de los empleados. Era la cuarta vez que le ofrecían ayuda.

«Me gusta ese», respondió Nigel, señalando un collar con un colgante rosa en forma de lágrima. Había visto a Alice vestir en ese mismo tono de rosa.

«Ah, sí», dijo el hombre, alcanzando el collar. Lo extrajo y se lo entregó. «A la vez llamativo y delicado».

«¿Cuál es la gema?».

«Topacio rosa».

«Interesante. No sabía que existía tal cosa. Probablemente pueda notar que no he comprado muchas joyas para damas».

«Aparentemente, ¿ahora hay una necesidad?», dijo el hombre a la ligera.

«Eso espero».

«Sin duda causará una gran impresión, si se me permite decirlo. También tiene aretes a juego».

Nigel le devolvió el collar con una sonrisa. «Los llevaré. ¿Puede envolverlo?».

«Oh, sí señor. Con mucho gusto».

~~~

La cena en Larkspur House estuvo compuesta por la familia Walston, la familia Weatherly, incluidos Julia y Jeremy, Harrison Bower y JG. Después de la comida, se reunieron en el salón, pero lord Merton y el señor Weatherly se excusaron para fumar y probar un nuevo coñac, y Harrison fue con ellos, lo que agradó a Ada. Las madres, Lydia, Eliza y Julia, habían disfrutado demasiado del vino y ahora estaban bebiendo ratafía mientras jugaban al juego real de la oca

para su gran diversión.

Lakely y Jeremy, que habían entablado una extraña camaradería, habían comenzado a resolver un rompecabezas, en el que él era sorprendentemente bueno. Los otros, Nigel, Alice, Ada, Jocelyn y JG habían estado jugando a la baraja de cinco cartas, pero acababan de terminar un juego con JG como ganador.

«¿Podemos salir?», Nigel le preguntó a Alice, señalando las puertas francesas abiertas. «A plena vista», le dijo a su madre, quien levantó la mirada.

«¿Dije algo?», preguntó lady Merton a la ligera.

«Por supuesto», respondió Alice a Nigel.

«En ese caso, interpretaremos al juego de naipes Euchre», sugirió Ada. JG y Jocelyn se mostraron más que de acuerdo, aunque los dos podrían haber jugueteado con los pulgares mientras se miraban el uno al otro y estar contentos.

Nigel llevó a Alice a un lugar en particular, colocándose de modo que los ocupantes de la habitación solo pudieran verlo parcialmente. Alice estaba frente a él, no a la vista de nadie más que de él. «He pensado esto», susurró.

Él estaba tramando algo, pero ella no tenía idea de qué. «¿Pensaste qué?».

«El domingo se cumplirán dos meses desde que nos conocimos», dijo Nigel. «Y conocerte me ha cambiado».

¿Esta iba a ser la propuesta? Su corazón empezó a latir con fuerza. «A mí también me ha cambiado», admitió.

«Tengo algo para ti. Quédate ahí».

Ella lo observó mientras él se acercaba a una urna alta con flores rebosantes de vegetación y extraía algo que obviamente había colocado allí antes. Como él se había alejado de la ventana, ahora se la podía ver desde la habitación, pero nadie les prestaba atención. Regresó con un joyero largo, no una caja de anillos, colocándose exactamente donde había estado, esencialmente bloqueándola de la vista. Él le entregó el regalo. «Espero que te guste. Me hizo pensar en ti».

Abrió el regalo y murmuró lo bien envuelto que estaba. Dentro de la caja había un collar y aretes con colgantes rosas. «Es hermoso», ella lo miró. «Gracias».

«De nada. Creo que tienes algo de ese color».

Ella asintió. «Sí».

«Es topacio rosa».

Ella soltó una expresión entrecortada. Iba a decir que le encantaba, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Se sintió ridículamente emocionada. Por un momento, pensó que era la propuesta. No es que estuviera decepcionada. ¿Lo estaba? El regalo era precioso.

«Quería mostrar mi respeto».

Se secó una lágrima que se le escapó y asintió.

Extendió la mano y le acarició el lóbulo de la oreja. «Los pendientes te quedarán exquisitos».

El toque provocador de su dedo envió el deseo pulsando a través de ella. Se le escapó un suspiro tembloroso mientras el dorso de sus dedos viajaba acariciando su mandíbula y el costado de su cuello. Lo estaba haciendo de nuevo. Derritiéndola.

«El collar», susurró. Él puso ligeramente su mano sobre su garganta y ella se estremeció. Con un dedo, trazó un camino más allá del fondo de su garganta y hacia abajo. Se detuvo en la hinchazón de su escote. Pareció reaccionar y retiró la mano. Miró hacia abajo. «Pensé que había planificado esto, pero...».

Ella fue sacudida de la manera más deliciosamente sensual. Cuando él se giró, ella vio el importante bulto en sus pantalones. Se le cortó el aliento al darse cuenta de que hacía calor *allí*

abajo. Su cuerpo palpitaba de necesidad. Su cara ardía. Su cara y todo lo demás. Era posible que estuviera resplandeciente por el calor.

«¿Por qué no nos sentamos allí?», dijo él, señalando una banca. «Y tal vez puedas contarme un chiste. Una broma estaría bien».

Ella rió. Era pura liberación, pero también la situación resultaba cómica. Al menos, algún día les resultaría así, cómica. En ese momento, él se sentía algo incómodo y ella estaba sonrojada y temblando de la cabeza a los pies. «Me encanta el regalo, Nigel. Gracias».

«Con gusto».

El Duque y la Duquesa de Toomey
Solicitan su presencia

Sr. y Sra. R. Weatherly, Señoritas Weatherly
Y Sra. J. Alward

A su
8º Baile Anual
‘Una Noche de Esplendor’
17 de junio A las ocho y media de la noche

Capítulo Veintiséis

Jocelyn entró en la cocina y encontró a Fisher sentada a la mesa pelando guisantes y a la señora Halley trabajando duro en la masa, poniendo todo su peso en el amasado antes de darle una palmada y hacerlo de nuevo. Dinah se encontraba en la mesa mientras Ethan trabajaba en una página de aritmética y no parecía muy contento con ello. «¿Qué te pasa, Ethan?» preguntó Jocelyn. «¿No te interesan las matemáticas?».

«Ni un poco», respondió con tristeza. «También no veo por qué es importante».

«Tampoco, querido», dijo su tía. «*Tampoco* veo por qué son importantes».

Él hizo un gesto. «Si estás de acuerdo con eso, ¿por qué tengo que hacerlo?».

La señora Halley soltó una carcajada. «Él te llevó allí».

Fisher le dedicó a su sobrino una sonrisa paciente y le hizo un gesto para que continuara.

«Son importantes», le dijo Jocelyn, aunque parecía empática. Miró a Fisher. «¿Está bien si Dinah ayuda con el vestido de Alice dentro de un rato?».

«Por supuesto», dijo Fisher.

«¿Aproximadamente en una hora?», Jocelyn le dijo a Dinah, quien asintió.

«Habrà mucho bullicio en la casa esta tarde», comentó Fisher.

«Sí, lo habrá», estuvo de acuerdo Jocelyn. Por la noche se celebraría el baile de los Toomey. Alice estaba inquieta por eso, temiendo cometer un error en los pasos de baile, pero se los sabía de memoria. Su vestido había sido entregado antes, cortesía de lady Toomey, y era precioso, pero extrañamente construido y complicado.

También había llegado ropa de noche para Jeremy. No había sido incluido en la invitación de esta noche, pero no resultó ser un problema. Tampoco lo había hecho vestirse con ropa desconocida desde que JG y Hugh habían venido a ayudar.

«¿Los caballeros se quedan a cenar?», preguntó Halley, deteniéndose para darle una mirada severa.

«No. Ellos irán a su club. No te lo avisaríamos así sin más».

Halley gruñó y volvió a su trabajo. La pobre masa no tenía ninguna posibilidad de indulto.

«Parece tan feliz como una almeja durante la marea alta, señorita Jocelyn», comentó Fisher con un brillo en los ojos.

«Lo estoy», admitió Jocelyn. «Estoy emocionada por el baile, especialmente por ver el baile en el que han trabajado tan duro».

«Queremos saberlo todo mañana», dijo Fisher.

«Se lo contaremos todo», prometió Jocelyn.

~~~

«La falda es muy pesada», se quejó Jocelyn cuando ella y Dinah lograron colocarle el vestido a Alice. «Debe tener unos diez metros de tela».

«Por una buena razón», dijo Alice en broma.

«En efecto. El gran secreto. Apenas puedo esperar».

Dinah comenzó a abrochar los botones y los lazos en la parte posterior del vestido, y Jocelyn dio un paso atrás y lo admiró. Era de color rosa suave pálido, con un cuello abierto y cuadrado que dejaba ver mucho escote y la mitad de los hombros de su hermana, aunque también le habían

enviado una capa corta a juego. Las mangas también eran cortas y abullonadas, el corpiño ceñido y con cintura larga. «¿Es un diseño italiano?».

«No sé. Nunca lo dijeron. Es bonito, ¿no?».

«Es exquisito. ¿Todos los vestidos de mujer son diferentes o iguales?».

«Son similares, pero de diferentes colores. Lakely lleva índigo. Ella tiene el más oscuro».

«Eso será bueno para ella. ¿Pudiste elegir el color?».

«No. Nos acercaban rollo tras rollo de tela hasta que decidieron qué era el que mejor nos iba».

Llamaron a la puerta y Alice permitió que entraran. Jeremy entró luciendo elegante con su traje. Todas las chicas lo elogiaron a la vez. Sonriendo, se acercó y les tendió una invitación que había falsificado basándose en la que les habían enviado. La invitación real había incluido a todos los miembros de la familia excepto a él y a la abuela, que era demasiado mayor para ir o preocuparse, o eso decía. Alice y Jocelyn habían visto la falsificación en marcha; ahora era una copia perfecta. «Se ve perfecto», dijo Alice.

«Así es», coincidió Jocelyn.

«Voy a ir con ellos», dijo Jeremy.

«¿Con JG y Hugh?», preguntó Jocelyn. «¿A su club?».

Él asintió.

«Diviértete», dijo Alice con calma, aunque estaba lo suficientemente emocionada como para bailar un *jig* poco digno. [Nota de la Trad.: *El “jig” es un tipo de danza folclórica rápida y animada, originaria de las Islas Británicas*]

Cuando se fue, Alice y Jocelyn se miraron, conmovidas por la confianza que había adquirido.

«JG estará al pendiente de él», dijo Jocelyn en voz baja.

«Sé que lo hará», respondió Alice.

~~~~~

A las diez y cuarto, Alice salió del salón de baile y se dirigió a un salón designado donde los asistentes estaban esperando para ayudar. Otros cuatro bailarines estaban siendo ayudados. La miraron con sonrisas amigables y nerviosas, que ella les devolvió.

«Usa la bacinica primero, si la necesitas», dijo una señora mayor sentada en un rincón.

Alice se preguntó si el trabajo de la dama era preguntar por sus funciones corporales. La señora de la bacinica. Alice sonrió cortésmente al reconocer el consejo. «No lo necesito», respondió un momento después ante el continuo escrutinio de la dama.

«Aquí tienes, querida», le hizo una seña una asistente.

Alice se acercó a ella y se quitó la capa, que le entregó. «Estoy nerviosa», admitió.

«Estarás bien», dijo la dama mientras se sentaba en un taburete bajo para comenzar a deshacer los elaborados ganchos y ojales que sujetaban los pliegues de tela dentro de la falda. «Estarás brillante. Te he visto bailar».

«Gracias».

La asistente trabajó rápida y competentemente, diciendo “gira”, cuando estaba lista para la siguiente sección. Había seis pliegues ocultos a lo largo de la falda. Las bailarinas habían recibido instrucciones de que, desde ese momento hasta que comenzara el baile, debían moverse con cuidado sin levantar ni esponjar la falda. De ahí la importancia de la señora de la bacinica. Cada bailarín sabía exactamente hacia dónde ir a partir de ese momento. *Solo no dejes que sea yo quien lo arruine*, rezó Alice.

~~~~~

«Estoy muy ansiosa por ella», le dijo Jocelyn a JG cuando el reloj estaba a punto de dar las once. Se había hecho un anuncio para la actuación y la multitud se había congregado para presenciar el tan comentado entretenimiento.

«Tú», dijo JG, «eres tan...», se inclinó más cerca y le susurró al oído «adorable».

«Creo que está prejuiciado, señor».

«Lo estoy», asintió felizmente. «Y siempre lo estaré. Para ser honesto, yo también estoy un poco ansioso. Sé lo mucho que significa para ella. Estaba nervioso por Jeremy, pero le está yendo bien».

«Lo sé. No creo que haya hablado con nadie más que con la familia y contigo, pero sé que se lo está pasando genial. Estoy muy orgullosa de él. Ha sido un desafío para él salir de casa, pero lo está haciendo ahora».

JG asintió. «Él sabe que es diferente, pero cuanto más salga, más se dará cuenta de que la mayoría de las personas solo se preocupan por sí mismas. Además, no vale la pena preocuparse por cualquiera que juzgue a los demás con dureza por el mero deseo de hacerlo».

Ella murmuró su acuerdo. «¿Por qué no vamos a encontrar a la familia y miramos el espectáculo juntos? ¿Sabes dónde están?».

«No, pero los encontraremos», le ofreció el brazo, que ella tomó. «Me encanta tener una familia a la que pertenecer», confió.

Su corazón se hinchó.

~~~

Susan Moorcroft observaba a JG y Jocelyn con fascinación. Obedientemente se paró junto a Therese, pero se había cansado de tratar de animarla. El desánimo de Therese no era una estrategia para sentir lástima, pero el hecho de que se sintiera tan melancólica no tenía sentido. Therese era hermosa y erudita. Podía elegir entre caballeros, salvo uno o dos de los que ya se había hablado. Uno en particular. Y sí, Nigel Walston era la raíz de su tristeza. Susan no estaba pensando en Nigel en ese momento ni siquiera en la conexión entre él y la dama que había estado observando. «No parecen darse cuenta de que hay alguien más en el salón», comentó.

Therese miró a Susan y luego a lord Blairwood y a la señorita Jocelyn Weatherly. La forma en que conversaban. La forma en que se miraban el uno al otro. Parecía tan sencillo y maravillosamente cómodo. «¿Son todas las estadounidenses tan tranquilas?»

«No lo sé», respondió Susan. «Él se ve mucho mejor estos días, ¿no crees?».

«Sí».

«No tan gordo», añadió Susan.

Therese le dirigió una mirada de desaprobación.

«Está bien, gordo es una exageración», admitió Susan. «Pero se ve mejor. Ese era mi punto».

«Eso es lo que el amor hace por una persona», dijo Therese con nostalgia. «Cuando es correspondido».

«Supongo. ¿Crees que Dab Adams alguna vez se enamorará? No podría verse mejor». Aparentemente, Therese no consideró que la pregunta mereciera una respuesta.

~~~

«Ya es hora», dijo una señora.

Alice, parada al fondo de la habitación, juntó las manos. Uno a uno, los bailarines salieron de la sala para ir al encuentro de sus compañeros, moviéndose con cuidado. En su mayor parte, sus

vestidos eran azules y morados de varios tonos. Había uno rosa melocotón y otro rosa más intenso. Alice llevaba los diamantes de su madre y los había combinado con una pequeña tiara a juego. Salió y fue a reunirse con Nigel.

Como se había indicado, él la estaba esperando con una sonrisa orgullosa. Los invitados se habían agolpado en el salón de baile y Phineas Skeffington tenía la palabra y hablaba sobre los Toomey, Venecia y su inspiración.

«¿Puedo darte un beso en la mejilla para tener suerte?», preguntó Nigel.

Ella asintió y él se inclinó para darle un suave beso en la mejilla. Su aliento le hizo cosquillas en la oreja e hizo que su cuerpo reaccionara. Él se apartó y ella se dio cuenta de lo enamorada que estaba de él. Le costaba respirar. «Oh», dijo, como si estuviera decepcionada. «Pensé que te referías a la otra mejilla».

«Pido perdón», dijo siguiendo el juego. «¿Permíteme corregir eso?».

Ella giró la cabeza para ofrecerle la otra mejilla, pero la giró justo antes de que sus labios la alcanzaran, provocando que sus labios se encontraran. Cuando se separaron, ella parecía traviesa. «Sé lo que debes estar pensando. Esas descaradas estadounidenses».

«Cerca. Estaba pensando... en mi descarada estadounidense».

*Pídemelo, pensó. Pídeme que me case contigo en este mismo instante y te diré que sí.* En cambio, empezó la música, la señal para entrar y ocupar su lugar. Entraron al salón de baile y emprendieron el camino por uno de los caminos que les habían dejado despejados.

Ya era hora.

~~~~~

Se habían construido amplias gradas alrededor del perímetro exterior del salón de baile con mesas y sillas delante de cada una. El lugar estaba lleno, con tantas mesas, sillas y la pista detrás. Jocelyn estaba parada cerca del frente de la pista de baile con su familia y amigos. JG estaba a su lado y su madre estaba al otro lado. Cuando los bailarines entraron y tomaron su lugar, ella se acercó y agarró la mano de JG por los nervios.

«Ya me gusta el baile», dijo, apretando su mano.

Todos los bailarines lucían muy elegantes mientras ocupaban sus lugares en un círculo alrededor de la pista. Las damas se veían encantadoras y elegantes, los caballeros guapos y confiados. Las damas no sonreían y no miraban a sus parejas. La música cambió a un ritmo ligeramente más rápido y cada hombre extendió la mano y rodeó la cintura de su compañera. Jocelyn contuvo el aliento. La otra mano de cada hombre estaba sostenida detrás de su espalda en lo que a ella le pareció una pose militar.

Las parejas empezaron a bailar, pero las damas no sujetaban a su pareja. Llevaban ambas manos a los costados. Él guiaba y dirigía, ella simplemente seguía los pasos, todavía sin mirarlo ni sonreírle, pero a él no parecía molestarle. Casi parecía como si lo consideraran como un desafío bienvenido. No estaba segura de por qué el baile le resultaba tan seductor, pero así era. Cuando el hombre tomó su mano de detrás de su espalda y levantó su brazo, la dama lo observaba, casi sorprendida de lo que estaba sucediendo, y luego se relajaba, sonreía y asumía la posición normal, una mano en la de él, la otra en su brazo cerca del hombro de él.

El ritmo se aceleró al igual que el ritmo del baile. Cuando cada hombre giró a su pareja bajo el brazo en un empujón rápido, casi violento, las faldas de la mujer se abrieron en volumen, moviéndose a su alrededor. Un grito ahogado general llegó de la audiencia. Los bailarines giraban por la habitación en una gloriosa variedad de colores, como flores exóticas abriéndose. Se veían remolinos y remolinos de azules, rosas y morados.

Los bailarines recorrieron la pista de baile y luego la atravesaron, pasándose unos a otros con tanta agilidad y tan cerca que uno se quedaba sin aliento al verlos.

«Es fantástico», dijo JG.

Los bailarines comenzaron a dar vueltas nuevamente, pero ahora uno de sus brazos apuntaba hacia arriba mientras que el de ella apuntaba hacia abajo. Un derviche giratorio. En realidad, Jocelyn nunca había visto el espectáculo, solo había escuchado cómo lo describían, pero eso era lo que recordaba. Parecía algo etéreo. El baile había sido sorprendentemente físico y sensual, en gran medida sobre el entrelazamiento de un hombre y una mujer, pero ahora tenía casi una cualidad espiritual. Como debería ser, pensó Jocelyn.

Un movimiento fluía sin problemas hacia otro. Algunos miembros del público en el fondo de la sala se pararon en sillas para presenciarlo mejor. Cuando el baile terminó con una profunda reverencia e inclinación, el aplauso fue atronador. Todos los que estaban sentados se pusieron de pie. Jocelyn miró a Jeremy, que sonreía y aplaudía junto con todos los demás. Él la miró y se rieron asombrados.

Phineas Skeffington se unió a los bailarines y recibió el reconocimiento merecido, inclinándose varias veces y disfrutando cada segundo. Jocelyn todavía se sentía embelesada cuando empezó otro vals y la gente se agolpaba en la pista. Alice y Nigel finalmente llegaron hasta ellos después de haber sido detenidos repetidamente por innumerables elogios y preguntas.

«Fue espectacular», gritó Jocelyn. «¡Estuviste fabulosa! Ustedes dos. Fue extraordinario».

«Gracias», respondió Nigel riendo. «Nos divertimos».

«Pensé que sería solo un baile», le dijo Jocelyn a Alice. «Pero fue una verdadera actuación. Nunca he visto nada parecido».

«Ay, cariño», dijo la señora Weatherly, acercándose para abrazar a su hija. «¡Fue maravilloso!».

«Estamos orgullosos de ustedes dos», dijo el Sr. Weatherly, dándole una palmada a Nigel en el hombro y luego besando la mejilla de su hija.

«Gracias, papá», dijo Alice.

«También podríamos bailar», le dijo JG alegremente a Jocelyn.

Jocelyn asintió. Se sintió mareada de felicidad mientras se dirigían a la pista.

«Si lo vuelven a hacer el año que viene», dijo. «Quizá lo intentemos».

Ella sonrió. «Me encantaría».

~~~

Alice y Jocelyn se acostaron en la cama y escucharon el reloj dar las tres. Era la hora habitual de vigilia de Alice, pero esta vez, estaba despierta porque aún no habían dormido. Estaban alegres, exhaustas y aún así revitalizadas por la emoción de la noche.

«Me alegra mucho que te hayan elegido para el baile», dijo Jocelyn. «Hubiera sido emocionante verlo, sin importar qué, pero lo fue aún más porque estuviste en ello».

«Oh, Jaus. Creo que fue la noche más maravillosa de mi vida».

«Y piensa en todas las maravillosas noches que vendrán».

«Me voy a casar con Nigel», confió Alice. «Si me lo hubiera pedido esta noche, habría dicho que sí».

«Me voy a casar con JG», respondió Jocelyn. «Si me lo hubiera pedido esta noche, habría dicho que sí».

Alice se rió. «Eso es realmente lo mejor. Nos tendremos la una a la otra».

«Extrañaré a la familia», dijo Jocelyn. «¿No sería perfecto si se mudaran aquí? ¿Todos ellos?».

«Sí, pero no lo harán», Alice bostezó.

«Estuviste espléndida esta noche, Ali», dijo Jocelyn, cerrando los ojos.

«Tú también», susurró Alice.

## Capítulo Veintisiete

Lakely miró hacia el cenador cubierto de hiedra que bloqueaba el brillo y el calor castigador del sol, hipnotizada por las tonalidades de verde y los destellos dorados de la luz solar que se filtraba. Las damas estaban en el patio trasero de los Weatherly, habiendo comido sándwiches de pepino y limonada. «Me encanta esto», murmuró. «Me siento muy relajada aquí».

El clima de finales de junio era demasiado cálido, pero al menos había suficiente brisa como para hacer que las campanas de viento cobraran vida. El jardín de Julia era laberíntico, pero Lakely lo prefería al de ellos, que estaba muy estructurado. Este contaba con una gran variedad de colores esporádicos. El aroma de fresas y madreselva, peonías y guisantes de olor se mezclaban en un perfume embriagador. «¿Podemos acomodar a tres en tu cama?», preguntó Lakely. «Estoy pensando en mudarme».

«Podríamos simplemente cambiarte por Alice», bromeó Ada. «Tú te mudas aquí y ella se muda con nosotros».

Ada y Jocelyn estaban sentadas una al lado de la otra, hojeando números de ‘*The Lady's Magazine*’, y la abuela dormitaba en una silla, roncando ligeramente. Alice estaba tomando notas para el libro. «A mí también me encanta», dijo ella sin levantar la vista.

«¿Qué?», preguntó Jocelyn.

Alice la miró. «El patio trasero, por supuesto».

La reacción tardía hizo reír a los demás, lo que despertó a la abuela.

«¿Recuerdas cuando dije que ella entra en su propio mundo?», preguntó Jocelyn.

«No estaba en mi propio mundo», objetó Alice.

«A veces no escucha ninguna pregunta», añadió Jocelyn.

«¿Julia todavía no está aquí?», preguntó la abuela.

«No», respondió Jocelyn. «Sigue de compras con mamá. ¿Quieres volver a entrar?».

«No. Pero tomaré un poco más de limonada».

Lakely se inclinó hacia la jarra y llenó el vaso de la abuela.

«Gracias, querida. ¿Hay más sándwiches?».

Lakely se levantó para coger el plato y pasárselo. «Algunos quedaron solo para ti», dijo. «¿Alguien más quiere limonada?».

«Por favor», dijo Ada. Mientras su hermana llenaba su vaso, dijo, «qué excelente doncella serías».

«Es una idea», respondió Lakely.

El día transcurrió en un agradable letargo. El calor había ralentizado todo.

Alice comentó, «nunca pensé que me cansaría de ir a los bailes».

Lakely gimió. «Me tienen muy aburrida».

«En realidad, los está contando», dijo Ada.

«Sí, lo hago», asintió Lakely. «Estaré lista para recibirlos nuevamente en Navidad, pero ahora hace mucho calor. Además, hay una...».

«¿Qué?», preguntó Jocelyn.

«Una triste desesperación, supongo. Para aquellos que tenían grandes esperanzas en conseguir un compañero y no han sido atravesados por la flecha de Cupido. Incluso si no lo sientes, la gente espera que lo sientas. Ellos creen que sí».

La abuela negó con la cabeza. «No debes preocuparte por lo que los demás esperan», dijo. «Si

lo haces, no harás más que preocuparte. Al diablo con eso».  
Las damas más jóvenes se echaron a reír.

Los Señores Weatherly(s) y Alward

*Le invitan a una velada de celebración  
Jueves 22 de junio a las siete en punto de la noche*

*-L. Foster, Esq., No. 38 Stanhope Street  
Se requiere confirmación antes del día 14*

## Capítulo Veintiocho

Alice utilizó el orinal en una de las salas de estar del piso de arriba. Ya era bastante pasada la medianoche y la velada de los Foster seguía en marcha. Antes del tercer baile de la noche, Nigel se acercó para decir, «sabes que realmente no deberíamos volver a bailar. La gente podría hablar».

«Lo sé», había estado de acuerdo. Él le ofreció felizmente el brazo y ella aceptó con la misma alegría. Comprobó su apariencia en el espejo y luego se dirigió hacia la puerta. Acababa de abrirla cuando escuchó su nombre pronunciado por otra mujer, se quedó helada.

«¿La señorita Weatherly?», preguntó una segunda mujer en voz baja.

«La estadounidense. No me digas que no lo has escuchado».

Alice abrió más la puerta y vio la espalda de una de las dos damas que acababan de pasar. Caminaban lentamente mientras criticaban. Ella se esforzó por escuchar.

«Ella se casará con Nigel Walston a cambio de una enorme dote».

Alice sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

«Por la deuda de lord Merton», continuó la voz. Lo último de esto fue susurrado, lo que de alguna manera lo hizo aún más cortante.

«El pobre Nigel lo odia, pero no tiene otra opción. Por supuesto, es por Therese por quien se rompe el corazón. Ella y Nigel estaban listos para anunciar su compromiso, ¿sabes? Está destrozada».

Alice salió al pasillo, boquiabierta, con una mano presionada contra su estómago. Una de las mujeres era pequeña, la otra era Diana Fletcher. No era de extrañar que la señorita Fletcher la detestara. Era amiga de Therese St. Clair. *El pobre Nigel lo odia, pero no tiene otra opción.* ¿Cómo había sabido la señorita Fletcher la información a menos que alguien lo hubiera dicho? ¿Había sido Nigel? ¿A Therese? *Oh, Dios mío.* ¿Realmente habían estado planeando su compromiso?

~~~

Diana Fletcher no pudo evitar la sonrisa en sus labios. Apenas pudo contenerse de mirar atrás para ver el rostro de Alice Weatherly. Desde el instante en que vio a la estadounidense alejarse de Nigel y subir las escaleras, supo lo que iba a hacer. Agarró a Susan y le indicó exactamente qué decir y cuándo. También había salido perfecto.

También seguiría haciéndolo, haciendo correr la voz de que Nigel Walston había sido comprado y pagado debido a las deudas de juego de su padre. Ella no era tonta; esa tenía que ser la explicación. Nada más tenía sentido. Las estadounidenses malditas pensaban que podían irrumpir en la *alta sociedad* con fajos de billetes sudorosos y conseguir exactamente lo que querían. Todas necesitaban ser ignoradas. No debería haber lugar para ellas en la sociedad educada.

~~~

Alice regresó al salón de baile sintiéndose enferma y visible. Cada mirada de cada extraño parecía confirmar lo que había oído. Era humillante. Se unió a Jocelyn, quien le presentó a la señorita Hubbert. Alice intentó concentrarse en la conversación, pero no pudo evitar mirar a su

alrededor en busca de Nigel. Ella lo vio parado solo, luciendo pensativo. Al principio de su relación, él había afirmado que ella no le había sido impuesta, pero ¿y si así había sido? ¿Cuando en realidad amaba a Therese St. Clair?

«¿Alice?», dijo Jocelyn. «¿Estás bien? Pareces a un millón de kilómetros de distancia. ¿Estás cansada?».

Alice asintió. «Lo estoy», le dedicó a la señorita Hubbert una sonrisa de disculpa. «Parece haber golpeado todo a la vez».

«A mí me ha sucedido eso», dijo la señorita Hubbert. «Estás bien en un momento y al siguiente tienes ganas de desplomarte».

Jocelyn asintió educadamente. «Podemos irnos ahora, si quieres. Mamá y papá nos dejaron el carruaje y se fueron con lady Merton. Estaba lista para partir y lord Merton tenía algo más que hacer. Aunque creo que todavía está aquí. Lo vi hace un rato y me preguntó si la estábamos pasando bien. Fue tan amable como siempre».

«Si no te importa», dijo Alice. «Estoy lista para irme».

«No me importa en absoluto».

Alice sabía que era verdad, ya que JG había sido obligado a ir a otra parte. «Iré a avisarle al señor Walston», dijo Alice.

Jocelyn empezó a reírse por la forma formal en que Alice lo había expresado, pero luego se puso seria y frunció el ceño con preocupación.

Alice se alejó, tratando de no mirar a nadie más. Eran rostros anónimos. Ella no conocía a estas personas y ellos no la conocían a ella. ¿Todos pensaban que ella era un monstruo que solo pensaba en sí misma? ¿Un elemento que rompía un compromiso?

Nigel sonrió al verla. ¿No era más que un actor? ¿Parecía feliz cuando ella lo dejó y luego melancólico cuando ella se fue y ahora instantáneamente feliz otra vez? «Jaus y yo nos vamos», dijo. «De repente estoy muy cansada».

«Yo también me iré», respondió sin dudarlo.

«Por favor, no lo hagas por nuestra causa», dijo con rigidez.

«Estoy listo para irme». Su mirada se dirigió a un rincón de la habitación. «Hay personas a las que preferiría no ver», confió.

Mientras regresaba hacia su hermana, no pudo evitar mirar en la misma dirección que él, buscando ese cabello castaño rojizo. Ella no lo vio, pero ¿acababa de estar allí la señorita St. Clair? Alice miró a Nigel que caminaba a su lado. Porque a pesar de lo alegre que había estado antes, ahora parecía taciturno. ¿Por haber visto a la señorita St. Clair? ¿Por la culpa y el remordimiento? Las acompañó hasta el carruaje y se dieron las buenas noches.

«¿Qué ocurre?», Jocelyn preguntó cuando se cerró la puerta del carruaje.

Alice sacudió la cabeza y miró por la ventana. El carruaje se puso en movimiento.

«¡Ali! Dime».

Alice se inclinó hacia delante y observó a Nigel darse la vuelta y emprender el regreso hacia la casa. Él iba a volver a entrar. Ella se recostó y miró a su hermana que la observaba con preocupación. «Escuché a alguien hablar sobre Nigel y yo, la dote y la deuda».

La mandíbula de Jocelyn cayó. «¿Quién?».

«No la conocemos y ella no nos conoce», respondió con voz plana. «Aunque ella cree que sí». Alice negó con la cabeza. Se sentía muy alterada. «Ay, Jaus, ¿y si somos nosotras las que no lo sabemos? No lo sabía antes. Puedo estar tan ciega ante lo que tengo delante».

«¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que no sabemos?».

«Que han obligado a Nigel a comprometerse conmigo».

Jocelyn parecía dolida. «No puedes hablar en serio. Eso es como decir que te lo han impuesto. Nadie puede imponerte nada y nadie lo ha obligado a él. Él te lo dijo».

«Sé que lo hizo. Pero ahora me pregunto si está actuando».

«¡Alice!».

«¿Cómo es que todos están enterados del acuerdo? ¿El acuerdo supuestamente secreto que idearon nuestros padres?».

Jocelyn negó con la cabeza. «Estás siendo tonta. Todo el mundo no lo sabe. Desafortunadamente, no es el secreto del mundo el que lord Merton tenga problemas... ¿sabes qué? La gente habla y ve que nuestras familias son amigas cuando nosotros no somos de su posición. Ven que tú y Nigel están juntos con frecuencia. Cualquiera que tenga ojos puede ver que hay una chispa entre ustedes. Lo digo deliberadamente de manera suave».

Alice volvió a mirar por la ventana.

«¿Qué se dijo exactamente?», Jocelyn empujó.

«¿Has notado a una hermosa dama de cabello castaño rojizo llamada Therese St. Clair?».

«No. ¿Quién es ella?».

«Ella y Nigel estaban...».

«¿Qué?».

«En cortejo. Es posible que incluso hayan estado cerca de un compromiso».

Jocelyn lo pensó. «Bueno, tal vez lo estuvieron y tal vez no. Esto fue antes de que llegáramos, ¿correcto?».

«Sí».

«Bueno, ahí lo tienes».

Alice resopló. «¿Qué quieres decir con... ahí lo tienes? Así que me presento con mi dote y...».

«Eso no es lo que quise decir. No creo ni por un minuto que Nigel se haya enamorado de ti por tu dote. Alice, él está enamorado de ti».

Alice se mordió el labio. ¿Lo estaba? ¿O era simplemente un actor talentoso que tenía responsabilidades hacia su familia?

«Alguna entrometida dijo algunas palabras feas», dijo Jocelyn.

Alice suspiró. «No quiero hablar más de eso. Realmente estoy tan cansada de repente».

«Odio verte miserable. Por favor no lo permitas. No dejes que gane la mujer intrigosa. Cualquiera puede ver que Nigel está enamorado de ti».

Alice sacudió la cabeza desconcertada. Ella lo había pensado, pero ahora nada estaba claro.

«Deberías admitir que también estás enamorada de él. Con eso quiero decir que deberías hacérselo saber».

Alice se encontró sacudiendo la cabeza antes de darse cuenta de que lo estaba haciendo. «No. Ahora no. Primero tengo que estar segura de él».

«Prométeme que no reaccionarás de forma exagerada».

«No lo hago. No tengo ningún deseo de hacerlo». Qué irónico era que Nigel hubiera hablado una y otra vez sobre la honestidad y el no tener secretos. ¿Había dicho todas las cosas correctas sin otra razón que ganarse su confianza y su corazón? ¿Y su dinero? ¿Quién era la persona que había dicho que quería evitar? ¿Y por qué había regresado al lugar cuando había dicho que se iba a casa?

~~~

Nigel llamó a la puerta de la habitación de su madre. Cuando ella dijo que entrara, él abrió la puerta y la encontró reclinada en una tumbona en bata y con un libro sin abrir en su regazo. «¿Padre está jugando de nuevo?», preguntó sin preámbulos.

Ella suspiró. «No sé. Espero que no».

«¿Dónde está?».

«Dijo que iba a la sala de juego a mirar. Solo a mirar».

«Bueno, miré ahí antes de irme», sacudió la cabeza, «no estaba allí».

«¿Qué te hace pensar que está jugando otra vez?», preguntó con cautela.

«Me imagino que por la misma razón que tú tienes para temerlo. Es un sentimiento. Es una cierta mirada que él tiene».

Ella miró hacia otro lado. «Oh, Nigel», dijo abatida.

Se acercó y se sentó en el costado del diván y se dio cuenta de que realmente no había considerado lo difícil que había sido esto para ella. «Lo siento, madre».

«Yo también. Y él también. ¿Pero de qué sirve eso?».

«Iré a buscarlo».

«Podrías salir y buscar en todos los clubes y no encontrarlo. O podrías encontrarlo y sería demasiado tarde». Ella sacudió su cabeza. «Me temo que tendrá que vivir esta compulsión de pesadilla. O vuelve a cometer un error o sale del vacío».

Probablemente tenía razón, pero era frustrante no hacer nada. La besó en la mejilla y salió de la habitación. Parecía que el destino de la finca estaba en manos de su padre. *¡Por favor, que no haya allí también un par de dados!*

Capítulo Veintinueve

La última hora de la mañana estaba húmeda cuando Alice salió de la casa. Miró a un lado y a otro de la calle, pero no vio a su tía ni a su hermana. Había rechazado un paseo con ellas hace menos de diez minutos, pero había cambiado de opinión. Quizá sería mejor. Un paseo sola podría ser precisamente lo que necesitaba.

Ella ya había decidido algunas cosas. Principalmente, que no iba a permitir que los rumores de la señorita Fletcher minaran sus sentimientos por Nigel. Si resultaba que había sido deshonesto con ella, sería un asunto diferente. Esa noche encontraría el camino hacia la verdad. Necesitaba saber si él estaba enamorado de la señorita St. Clair. Necesitaba saber, si no fuera por su dote, ¿si él tendría interés en ella? Lo más importante, *¿estás enamorado de mí?* Obviamente, ella no sería tan directa al respecto, pero tenía que definir sus verdaderos sentimientos.

«Alice», llamó su madre.

Alice se giró y regresó para encontrarse con su madre, que acababa de salir de la casa y corría hacia ella.

«Fisher quiere saber qué vestido usarás esta noche», dijo su madre. «Si es el crema...».

«No, usaré el rosa otra vez. Está listo».

«Por supuesto. Con tus nuevas joyas», su madre se dio vuelta para irse.

«Mamá», llamó Alice.

Eliza Weatherly se volvió. «¿Pasa algo?», preguntó cuando Alice parecía haberse quedado sin palabras.

Alice respiró hondo. Si hoy era el Día de la Verdad, era hora de empezar. Se acercó y levantó la barbilla. «Solo me casaré cuando esté enamorada y puede que eso no sea cuando cumpla veintidós años».

La señora Weatherly pareció desconcertada.

«Puede que tenga veintitrés años. O veinticinco».

Su madre esperó. «¿Y?».

Alice retrocedió. «¿Qué quieres decir con ‘y’? Exigiste una promesa de que...».

«Oh, Alice. No seas tonta. ¿Qué diferencia hace?».

Alice sintió que se le aflojaba la mandíbula. «Pero tu...».

Su madre agitó una mano en el aire. «Recuerdo vagamente una conversación sin sentido después de que rechazaste al chico Mickelson. Dios mío, eso fue hace años».

«Sí, lo sé», dijo Alice acusadoramente. «Tenía dieciocho años».

«Me sentí frustrada en ese momento. Era muy agradable y estaba bien establecido y tenía esos preciosos rizos oscuros». Ella hizo una pausa. «Agua pasada», dijo encogiéndose de hombros. Ella se dio vuelta y se puso en marcha. «Disfruta tu paseo».

Alice solo pudo mirar con incredulidad. ¿Sin sentido? ¿Agua pasada? ¿Qué?

~~~

Esa noche, Alice salió a una de las terrazas del segundo piso, que era más fresca que el estrecho salón de baile y las salas de recepción dentro de Sandon Hall. Esta terraza en particular, elegida porque estaba vacía en ese momento, daba al costado de la casa y hacia la calle, o todo lo que se podía ver gracias a un roble gigante. Alice colocó su mano enguantada sobre la

balaustrada y se preguntó si podría inclinarse lo suficiente hacia adelante para tocar sus ramas. Si saltaba, ciertamente podría agarrarlo, pero ¿la sujetaría?

«Aquí estás», dijo Nigel, habiéndola seguido.

Ella se volvió hacia él. Se lo habían pasado muy bien esa noche, pero sentía como si algo no dicho acechara entre ellos. ¿Era su imaginación? Mirándolo ahora, no parecía molesto y no había sido más que amable. Sería fácil dejar pasar el asunto. *No seas cobarde*, se reprendió. «Hablaste de honestidad entre nosotros», comenzó ella.

Se acercó. «Sí».

Ella miró su botón superior ya que era más fácil que mirarlo a los ojos. «¿Has estado enamorado?». Ante su brusca inspiración, ella levantó la vista alarmada. «No conmigo», añadió ella rápidamente. «No... no quise decir eso».

Él ladeó la cabeza confundido. «Oh».

«Quise decir antes. Digamos en marzo. El último día de marzo, si alguien me hubiera preguntado, y si fuera completamente honesta...».

«El último día de marzo de este año», repitió él.

«Sí».

Parecía desconcertado. «El último día de marzo de este año, una persona bastante entrometida me pregunta si alguna vez he estado enamorado».

Ella asintió.

«¿Es esto un juego?».

«No».

«Porque si es un juego, debería conocer las reglas. Me gusta ganar, ¿sabes?».

«¿No lo hacen todos?».

Él la consideró por un momento. «No», respondió.

Ella le sostuvo la mirada. «No conozco a una sola persona a la que no le guste ganar».

«Quise decir que no a tu primera pregunta. En marzo, me preguntas, si estuve enamorado. La respuesta es no».

Sintió una liberación de tensión. De hecho, fue una carrera embriagadora. «Oh».

«¿Y tú?».

Ella parpadeó. «¿Me haces la misma pregunta?».

«Sí».

«No», respondió ella. «La respuesta es no», en el interior, la música empezó de nuevo, los músicos habían regresado de un descanso. «Entonces, a partir de... digamos marzo, ¿nunca habías planificado comprometerte con nadie?».

«Siempre he asumido que me comprometería en algún momento».

Sintió que se ponía nerviosa. Ella lo había preguntado todo mal. «¿Alguna vez le pediste a alguien que se casara contigo?», ella soltó.

Lanzó una breve carcajada.

Ella se encogió. «No quise decir eso tan abruptamente».

«Bueno, así pareció, pero no. Nunca le he pedido a nadie que se case conmigo». Parecía perfectamente tranquilo, como si estuviera divirtiéndose. «¿Y tú?».

«Yo tampoco le he pedido nunca a nadie que se case conmigo».

«Muy simpática. Sabes lo que quise decir. ¿Alguien ha pedido tu mano?».

Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza sin comprometerse antes de ceder y asentir. No era allí donde ella había querido que condujera la conversación, pero no le mentiría.

Se puso serio. «¿Sí?».

«Una o dos veces», añadió débilmente.

Parecía ofendido. «Vaya, ¿fue una o dos veces?».

«Dije que no, por supuesto. No los amaba».

«A ellos. Plural. Así que fueron dos», dijo levantando dos dedos y parecía cada vez más molesto.

«Tres si debes saberlo, pero ¿qué importa?».

Él resopló. «¿Quiénes eran?».

«No los conoces. Están en Boston». Claramente, ella había arruinado esto. «Eso no es de lo que quería hablar».

«¿De qué querías hablar?».

«De tus sentimientos».

«Bueno, tal vez quiera yo conocer tus sentimientos», respondió a la defensiva.

De repente reconoció su vulnerabilidad. «Los tengo», dijo en voz baja.

Su mirada se volvió tierna. «Yo también los tengo. Los tengo ahora. No los tuve en marzo».

Era lo que ella había querido oír.

«Alice, si tú... si no quisieras ir más lejos en nuestra relación», dijo entrecortadamente.

«¿Dirías eso? ¿Me lo dirías?».

«Por supuesto», exclamó. ¡Oh, Señor! Seguramente, él no pensaba que ella fuera alguien que coleccionaba propuestas por diversión. De hecho, no era divertido rechazar a un caballero. Era miserable lastimar a alguien.

«En menos de un mes partiremos hacia Merton. Tengo muchas ganas de mostrarte el lugar».

«Quiero verlo. Quiero ir».

«¿Has vuelto a hablar con tu madre?».

«Sí, pero ella no ha respondido mucho. La verdad es que detesta la idea. Quiere que regresemos a casa como estaba previsto. Pero lo mencionaré de nuevo».

«Bien», él hizo una pausa, «¿por qué las preguntas de antes? ¿Pensaste que le había pedido a alguien que se casara conmigo?».

No quería transmitir lo que había oído ni admitir lo mucho que la había molestado, y definitivamente no quería conjurar a Therese St. Clair entre ellos. «He visto a una o dos damas mirando en tu dirección con interés», dijo.

«¿Sí? Oh, por favor dime que experimentaste un momento de celos. Nadie lo había hecho antes».

«Dudo que eso sea cierto».

«He vivido momentos de celos cuando un caballero te hacía demasiado caso», admitió. «Esto genera todo tipo de inseguridades».

«No es necesario que los sientas», dijo con ternura. Miró a su alrededor, encontró que no había moros en la costa y se inclinó para besarla. Sabía que vendría y lo quería. La sensación de sus labios sobre los de ella y su cuerpo cerca del de ella le provocó algo volátil. Ella agarró sus brazos mientras él la acercaba más. Sintió sus manos cerrarse alrededor de su espalda y sus manos se deslizaron alrededor de sus hombros, instándolo a acercarse.

La habían besado antes, pero no así. Una fiebre se había aflojado dentro de ella que amenazaba con consumirla, posiblemente consumirlos a ambos. Sus manos se apretaron posesivamente. La de ella ahuecó la nuca de él y sintió el cosquilleo de su cabello en sus dedos. Sus labios se separaron ante su insistencia y su lengua jugueteó con sus labios antes de mezclarse con los de ella. ¡Sentía tanto calor! Como si se estuvieran fusionando.

Se separaron bruscamente al oír un carraspeo. Miró por encima del hombro de Nigel y vio que

el carraspeo había seguido adelante. Volvió a mirar a Nigel. Su mirada era cautelosa, preguntándose su reacción, pero también llena de hambre. «Oh, cielos», susurró.

Él asintió. «¿Era eso todo lo que querías comentar?»

Se lo preguntó con tanta naturalidad que ella se rió y él hizo lo mismo. Se giró y se agarró a la barandilla de hierro. No podían volver a entrar ahora mismo; ambos estaban demasiado sonrojados y alterados. Cualquiera que los viera pensaría que no habían hecho nada bueno. Oh, pero había sido bueno. Muy muy bueno. «Tengo una última pregunta», dijo ella.

«¿Sí?».

«¿Crees que es posible bajar corriendo del árbol y regresar a la puerta principal luciendo inocente?».

Parecía pensativo y luego empezó a quitarse la chaqueta. «Yo iré primero. Arrójame mi abrigo cuando llegue al suelo».

Ella se rió encantada. «Vuelve a ponértelo. Preferiremos recibir los golpes de los indiscretos que levantan rumores, antes que una caída».

Él sonrió mientras se ponía la chaqueta de nuevo y le ofrecía el brazo. «Déjalos que hablen».

Lord y Lady Roxon

De Roxon Hall en Berkley Square  
Solicitan su presencia en:

El Gran Baile

Sábado 1º de julio / Nueve en punto de la noche  
*‘¡Sean alegres, queridos amigos!’*  
Se ruega su confirmación

## Capítulo Treinta

JG entró en el comedor y se sentó en el lugar que le había preparado su abuelo. JG había venido a petición suya. Sería la primera comida que compartieran en cinco días y sería ligera ya que JG iba al baile de los Roxon. «No me gusta la tensión entre nosotros, JG», comenzó lord Morguston en tono conciliador. «Somos familia. Toda la familia que tenemos».

«Creo que hay primos lejanos, ¿no es así?».

Lord Morguston cogió una pequeña campanilla de plata y la hizo sonar. Enseguida se sirvió un consomé. «Los Roxon servirán un abundante banquete, así que el cocinero ha preparado una comida ligera».

«¿Vas a ir?», preguntó JG.

«No me parece. Demasiado cansado».

Comieron la sopa en silencio y bebieron un vino intrigante. «¿Qué es esto?», preguntó JG mientras hacía girar el líquido para disfrutar el aroma.

«Un madeira que fue recomendado. Si lo prefieres, hay un Burdeos abierto».

«No, esto está bien. De todos modos, no quiero beber mucho».

«George James me escribió».

JG lo miró con expresión inescrutable. «¿Lo hizo?».

«Me aconsejó que tuviera cuidado de no alienarte», hizo una pausa, «¿crees que ese es mi deseo?».

«¿Alienarme? No. Creo que te gustaría controlar mi vida».

«Quiero la mejor vida para tu vida», afirmó Lord Morguston.

«Yo también».

«Pero he vivido más y he visto mucho más. Quiero lo que sea mejor para ti».

«Tenemos ideas diferentes al respecto», dijo JG. «¿Y la mía no debería contar más? Es mi vida».

Esta firme resolución no era propia de JG. Mientras se servía el siguiente plato, una tentadora carne con cebolla y zanahoria, lord Morguston estudió a su nieto. Algo había cambiado en él. Estaba siendo inalcanzable e irrazonable.

«Esto se ve fabuloso», le dijo JG a Ensley, el mayordomo. «¿Qué es?».

«Conejo, señor», respondió el mayordomo. «Marinado en vino tinto y caldo de res».

JG lo probó. «Delicioso. ¿Qué es la dulzura de la salsa?».

Lord Morguston sonrió interiormente. «Arándanos, creo».

«Le ruego que me disculpe, mi señor», dijo el mayordomo. «Son bayas de enebro».

«Ah», dijo lord Morguston. Observó a Ensley acercarse al aparador en busca de la jarra. El mayordomo regresó y llenó el vaso de JG. Se acercó para volver a llenar el de lord Morguston, pero lo rechazó con un gesto. «Quiero sobrepasar este desacuerdo entre nosotros», dijo lord Morguston cuando Ensley se fue. JG no respondió. «¿No es eso lo que quieres?», él chasqueó.

«Ojalá pudiera ser así».

Lord Morguston tomó su tenedor y le dio un mordisco. Todo lo relacionado con esta discusión tenía que estar en el momento adecuado. «Perder a tu padre», dijo.

JG lo miró sorprendido por las palabras.

«Que nunca conozcas el tormento de perder un hijo. Seis semanas. Estuvo enfermo durante seis semanas. Pero al final, seguía sin estar para su muerte...», se le quebró la voz y se

interrumpió.

«No te angusties», dijo JG en voz baja.

«La idea de perderte es angustiada. Quiero arreglar las cosas entre nosotros».

JG guardó silencio un momento. «Yo también», respondió finalmente.

Lord Morguston suspiró aliviado. Sonrió pálidamente y tomó su vino, que levantó en el aire. JG hizo lo mismo y bebieron. «Quizá sea hora de que escuche sobre tu amiga estadounidense»

JG lo estudió. «¿Quieres decir que...?».

«Sí».

JG sonrió asombrado. «Estoy tan feliz».

«Señorita Jocelyn Weatherly, dijiste. ¿Qué te intriga de ella?».

«Todo. Pero no solo estoy intrigado. La amo».

«Puedo ver la profundidad del sentimiento que tienes», admitió.

«Ya verás, abuelo. Te gustará. Ella es amable y buena».

«La vi, así que sé que es atractiva».

«Ella es más que atractiva. Es hermosa».

«¿De dónde es ella?»

JG tomó su vino. «Boston».

«Oh, es cierto. Dijiste que ella está aquí visitando a su familia».

«Sí».

~~~

En el pasillo, Ensley caminaba con el ceño fruncido. En el momento que le pareció oportuno, fue a buscar a dos de los lacayos.

~~~

«Es una gran coincidencia que tu padrino conociera a este tipo Weatherly en la escuela», comentó lord Morguston. La conversación fluía bien. Exactamente lo que necesitaba.

«Sí. Me sorprendió cuando el tío...», JG se interrumpió y se aclaró la garganta. De repente se sintió tenso. Había tenido dificultades para articular y ahora la habitación parecía inclinarse. Se agarró de la mesa consciente de que su abuelo tocaba el timbre con insistencia. ¿Qué estaba pasando? No había bebido mucho vino. Escuchó pasos resonantes y sintió unas manos en sus brazos. Los lacayos.

«A ver, señor», dijo uno de ellos. «Lo llevaremos a su cama».

¿Cama? ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? Todo se movía, estaba inclinado, extraño y distorsionado. JG se dio cuenta de que iba a enfermarse. Iba a desmayarse. ¿Qué estaba pasando?

Mientras los lacayos se llevaban a JG incapacitado, Ensley recogió la garrafa. «Me desharé de esto», dijo en voz baja.

«Sí», dijo lord Morguston en voz baja. «Hizo que fuera fácil decir arándano. Ojalá no lo hubiera hecho». Se apartó de la mesa y se levantó. Se dio unas palmaditas en un lado del pecho para asegurarse del paquete de billetes en el bolsillo interior. Había llegado el momento de ocuparnos de este asunto de las amigas estadounidenses, de una vez por todas. «Llama al carruaje».

«Sí, mi señor».

~~~

El Stratford Club era un lugar donde los caballeros jugaban a las cartas. Sin que la mayoría de la gente, incluso algunos de sus miembros, lo supieran, había una sala en el segundo piso donde ocasionalmente se jugaba un juego de azar de alto riesgo. James Walston, el estimado lord Merton, aunque su estima se había debilitado últimamente, había estado jugando en la sala durante seis horas seguidas.

Inicialmente, había ganado, pero luego la suerte le dio la espalda y perdió repetidamente por una suma de ocho mil libras. En ese momento, entró en pánico y se sintió mal del estómago. Tenía que recuperarlo. Si pudiera recuperar sus pérdidas, nunca volvería a coger una carta o un par de dados. *Lo juró*, rogando a la providencia. Por supuesto, ya había jurado antes.

«¿Dentro o fuera, Merton?», preguntó lord Kronwell con una sonrisa maliciosa.

Todos lo miraban, pero James Walston mantuvo su mirada fija en Kronwall. Odiaba al hombre y su maldita presunción. Si se escabullía ahora, siendo un perdedor, nunca podría sacarse de la cabeza esa noche o aquella mueca de desprecio. Tenía que volver a ganar. Tenía que al menos alcanzar el punto de equilibrio. «Dentro».

«Merton», lo reprendió lord Kelly en voz baja. «Lo perderás todo».

«¿Alguien más?», Kronwell preguntó a los otros hombres en la sala. Cuatro de ellos, incluido Kronwell, actuaban en colaboración como banco y se repartirían las ganancias o las pérdidas. «¿No?». Se encogió de hombros y miró a Merton. «Solo usted y yo entonces. Es decisión del ganador tirar o posponer, y yo pospongo». Deslizó los dados hacia Merton. «¿Cuál es su apuesta?».

«Ocho mil», dijo Merton, provocando un revuelo en la habitación.

«Una posible duplicación de su pérdida», dijo Kronwell con fingida simpatía. «¿Está seguro de que quiere llegar tan lejos?».

Dios lo ayude. Tenía que recuperarlo. «Sí».

Kronwell se encogió de hombros y dijo: «Gire».

Lord Merton cerró los ojos por un momento, esperando encontrar inspiración. Por alguna razón, Alice vino a su mente, sonriendo, divertida por algo. «Cinco», dijo. Abrió los ojos y rodó. Tenía los músculos tensos y la respiración contenida. Un dado aterrizó en un seis y el otro en un cuatro. Diez. Había sacado un diez, lo que significa que no había ganado ni perdido. Ahora, *tenía* que sacar un diez, llamado oportunidad, antes de sacar un cinco, el principal.

Lanzó nuevamente y obtuvo un total de siete. Comenzaron apuestas paralelas animadas sobre si lanzaría primero la apuesta principal o la oportunidad. Ningún otro número contó. Si ganaba, seguiría adelante. Se necesitarían tres derrotas consecutivas antes de que tuviera que pasar los dados, pero lo único que realmente contaba era esta tirada. Si ganaba, no volvería a apostar tanto. Cogió y arrojó suavemente los dados que tenía en la mano. *Vamos, vamos*, cantó en silencio. Rodaron. Un doble tres.

Tragó y volvió a coger los dados. Las apuestas paralelas habían cobrado fervor. Los hombres eran como tiburones que olían sangre en el agua. Él rodó. Un cuatro y un seis. Respiró hondo y exhaló con fuerza, escuchando cómo la sala estalló en exclamaciones de deleite o consternación, dependiendo de cómo había apostado cada hombre. Pero él había ganado. Negaba sus pérdidas anteriores. Al menos a partir de esta noche.

Consideró su próximo movimiento. Luego tomó un trago de whisky y cogió los dados. «Apuesto dos mil», dijo. Sacudió los dados que tenía en la mano. «Nueve. El principal es nueve». Los hizo rodar.

Alice estaba abrochando el último botón de Jocelyn cuando alguien llamó a la puerta. «Adelante», respondió.

Su madre entró con una carta en la mano. «Ambas se ven maravillosas».

«Gracias», dijeron al unísono. Alice vestía de blanco con una faja violeta y una red blanca sobre la falda con pequeñas perlas y trozos de plata incrustados. El vestido de Jocelyn caía entre el óxido y el rojo. Era un diseño nuevo, ligeramente fuera del hombro y drapeado en la espalda. Habían hecho un esfuerzo extra con su apariencia porque se decía que esta noche sería el cenit de todos los bailes. Faltaban pocas semanas para que concluyera la temporada y el mercado matrimonial estaba en pleno frenesí.

«Su padre y yo no asistiremos esta noche».

«¿Por qué no?», preguntó Jocelyn.

«Clara escribió y...».

Había algo en su tono. «¿Todo está bien?», Alice preguntó preocupada.

«El parto de Sophia ha comenzado».

«Pero es demasiado pronto», dijo Alice alarmada mientras ambas niñas corrían hacia su madre.

«A veces la naturaleza decide estas cosas», respondió la señora Weatherly.

«¿Ella está bien?», preguntó Jocelyn. «¿Ya tuvo al bebé?».

«Sí, a ambas preguntas. Su hermana es débil», afirmó la señora Weatherly con calma. «Y el bebé es pequeño», ella sonrió. «Es otra niña».

«Una niña», repitió Jocelyn. Las lágrimas inundaron sus ojos.

«¿Qué tan pequeña?», preguntó Alice. «¿Y qué tan débil está Sophia?».

La señora Weatherly le entregó la carta. «El médico cree que Sophia estará bien y, con suerte, la bebé también lo estará. Era extremadamente pequeña». La señora Weatherly mantuvo las manos ahuecadas abiertas y con las palmas hacia arriba, con unos veinte centímetros entre ellas. «Y tiene dificultades para alimentarse».

«Regresas a casa», se dio cuenta Alice en voz alta.

«Sí. Tu padre y yo nos iremos por la mañana».

«¿Deberíamos ir también?», preguntó Jocelyn.

«Esa es su elección, pero no sé qué podrían hacer ustedes en casa que Clara y yo no podamos. Si quieren quedarse, pueden hacerlo. Julia las acompañará cuando sea necesario».

«Hablamos de ir al campo con los Walston», dijo Alice tímidamente.

Eliza suspiró, «¿qué importancia tiene?».

«Queremos ir», respondió Alice. «Sí».

La señora Weatherly miró a su hija menor, quien asintió.

«Es un viaje familiar», dijo Alice. «Lord y lady Merton estarán allí. Y la hermana de lady Merton, lady Vinson. Ella me acompañó una vez antes. Habrá muchas acompañantes si la tía Julia prefiere no ir».

«Está bien», cedió la señora Weatherly. «Ya que sus corazones parecen decididos a ello».

«Gracias», dijo Alice expresivamente.

«De nada», ella estudió a Alice. «Estás enamorada de él, ¿no?».

«Sí», respondió Alice. Hizo una pausa antes de agregar, «espero que eso no te decepcione».

«Solo la distancia», admitió su madre.

«¿Cómo se llama la bebé?», preguntó Jocelyn.

La señora Weatherly sonrió. «Eliza».

Sus hijas reaccionaron con “oh” y “ah” mientras la abrazaban. «La pequeña Eliza estará bien,

mamá», añadió Jocelyn. «Ambas lo estarán».

La señora Weatherly solo pudo asentir. Estaba demasiado cerca de sollozar si pronunciaba otra palabra.

Capítulo Treinta y uno

Alice le preguntó a su tía si se estaba divirtiendo cuando salieron de la pista de baile después de participar en el cotillón. Era un baile pasado de moda, un producto del siglo anterior y ya rara vez se bailaba, pero era pintoresco y muy divertido.

«Lo hago», respondió Julia. «Estoy pasando un momento maravilloso. Pero ahora voy a volver con las mujeres más cercanas a mi edad, para recuperar el aliento y observar a la gente de tu edad».

«¿Crees que alguna vez convenceremos a Jeremy de entrar a la pista?». preguntó Alice.

Julia sonrió con nostalgia. «¿No sería maravilloso? ¿Por qué no lo convertimos en nuestra misión?».

Alice sonrió y asintió. Mientras Julia seguía caminando, Alice miró a su alrededor, pero no vio a Jocelyn ni a Nigel. Se abrió paso con cuidado entre la multitud hasta que vio a Lakely acercándose a ella luciendo extremadamente ansiosa.

«Ahí estás», dijo Lakely sin aliento mientras la alcanzaba. «¿Dónde está Nigel?».

«Acabo de salir de la pista. No sé».

«Quería contárselo a los dos juntos; tengo una noticia». Agarró las manos de Alice. «Mi padre...».

Había una expresión casi febril en el rostro de Lakely. Alice no podía decir si la noticia era buena o mala, solo trascendental.

Lakely se inclinó hacia adelante para susurrar. «Volvió a apostar».

A Alice se le cortó el aliento. *Oh, no.*

«Y ganó», añadió Lakely. Ella se echó hacia atrás y las lágrimas brillaron en sus ojos. «¡Lo recuperé todo!».

Alice no pudo evitar quedarse boquiabierta.

Lakely asintió. «Todo. Ha saldado la deuda. Ah, ¿no lo ves? Ada no necesita casarse con el señor Bower ahora. Tengo que encontrarla». Apretó y soltó las manos de Alice y se alejó rápidamente.

Alice se quedó mirándola, atónita por la declaración. Ada amaba a Harrison Bower y él la amaba a ella. ¿Lakely realmente no se daba cuenta? *Pero, ¿qué pasaría con Nigel?* Alice miró a su alrededor frenéticamente hasta que lo vio al otro lado del camino hablando con su padre. Nigel estaba de espaldas a ella, pero le estaban dando la noticia en ese mismo instante. Alice contuvo la respiración. ¿Se estarían desacelerando las cosas? Por supuesto, era solo su imaginación, su mente, pero las cosas parecían moverse irrealmente lentas.

Lord Merton dio golpecitos en los brazos de su hijo luciendo alegre y luego hizo un gesto para pedir copas de champán. Un asistente les sirvió. Lord Merton le entregó una a su hijo. No, dos. Le entregó a Nigel dos copas de champán y luego tomó una para él. Nigel se volvió hacia ella y su expresión era de asombro y absoluta alegría. Ella sonrió al verlo. Él estaba mirando a su alrededor... ¿buscándola? *¡Dios mío, que sea para ella!* Ella deseaba que él mirara en su dirección y captara su mirada como lo habían hecho tantas veces antes, pero la gente se interponía en su camino.

Ella se acercó a donde él había estado, pero la gente seguía interponiéndose en su camino. Finalmente lo vio. Levantó una copa hacia Therese St. Clair. Alice se detuvo en seco, sufriendo un dolor agudo en el estómago. Se dio la vuelta, pero estaba demasiado mareada para moverse.

Estaba temblando por todas partes. De la estupidez. Y traición. *¡Niña estúpida!* ¿No había conocido la verdad en su mente? Pero había dejado que su corazón se interpusiera en el camino del sentido común. Cuando estuvo lo suficientemente estable, puso un pie delante del otro, desesperada por escapar.

~~~

En el balcón de arriba, Ada vio cómo se desarrollaban los acontecimientos. Era como ver dos carruajes chocar en cámara lenta cuando no había nada que pudiera hacer para detenerlo. Había pura devastación en el rostro de Alice. ¿Por qué? ¿Por qué demonios estaba Nigel junto a la señorita St. Clair? Necesitaba ir con Alice. No tenía idea de lo cerca que había estado. Ahora ella se iba. *Ve a ella. Ve tras ella*, deseaba.

«¿Ada?», dijo Harrison, tocándole el codo. «Querida. ¿Qué pasa?».

Sacudió la cabeza porque no sabía lo que acababa de pasar, pero tenía un presentimiento terrible al respecto. Los últimos diez minutos habían sido algunos de los más extraños de su vida. Primero, su madre le había informado que su padre había ganado un juego de azar de alto riesgo ese mismo día y que sus deudas ahora estaban saldadas. Naturalmente, eso sería motivo de gran celebración, pero también de preocupación porque había prometido no volver a jugar nunca más, pero siguió haciéndolo.

«No cambia nada entre nosotros», pronunció Harrison débilmente.

Su rostro estaba lleno de tal inquietud que le dolió el corazón. «No», dijo con un ferviente movimiento de cabeza. «Sabes que no es así. Te amo».

Se inclinó para besarle las manos. «Vivo para el día en que seas mi esposa».

~~~

No más deuda. Nigel escuchó las palabras, pero eran casi demasiado estremecedoras para aceptarlas. Fue una especie de milagro. Él y Alice comenzarían sus vidas sin ningún déficit. Le pusieron copas de champán en las manos y fue a buscarla. Desafortunadamente, casi chocó con Therese St. Clair.

«Nigel», dijo. «Señor Weatherly», se corrigió, bajando la cabeza avergonzada.

Lo sintió por ella. Se dio cuenta de que ella sentía algo por él. Si no se hubiera enamorado de Alice, podrían haber considerado un vínculo. «Hola», dijo.

«Quería decirte...», tartamudeó miserablemente. De repente notó las dos copas que tenía en la mano. «¡Oh! Le ruego me disculpe. Estaba...».

«No. Todo está bien. Hay abundantes. Toma», dijo, entregándole una copa. «Para la buena suerte», dijo. Parecía como si ella estuviera a punto de romper a llorar. *Por favor, no lo hagas*, suplicó él en silencio. Quería celebrarlo con Alice. «Te deseo la mejor de las suertes», dijo él.

«Deseo lo mismo para ti», respondió ella. «Eso es lo que quería decirte. He sabido que se han dicho algunas cosas desagradables...».

Sacudió la cabeza porque lo último que quería oír eran comentarios duros sobre la imprudencia de su padre. Como si no lo supiera ya y como si no fuera cierto, pero no necesitaba ni deseaba escucharlo ahora. «Eso no importa», dijo suavemente. «Está en el pasado. En verdad. Gracias por pensarlo, pero... ¿me disculpas? Hay alguien con quien debo hablar».

«Por supuesto».

Siguió adelante para encontrarse con Alice. Primero, necesitaba otra copa de champán para ella.

~~~

Dab volvió a entrar después de fumar y vio a Alice dirigiéndose hacia las puertas principales. Tenía un aspecto peculiar, casi como sonámbulo. «¿Alice?», ella se detuvo y lo vio pero no pareció reconocerlo por un momento. Estaba pálida y visiblemente temblando. Cerró la distancia entre ellos. «¿Qué ocurre? ¿Estás enferma?».

Ella miró hacia otro lado. «No fue real», pronunció en voz baja.

«¿Qué no fue real?».

Ella sacudió la cabeza lentamente. «Nunca fui real. Nunca fue amor».

«¿De qué estás hablando?». Se dio cuenta de que lo había preguntado más bruscamente de lo que pretendía. «¿Ha pasado algo?».

Ella suspiró y lo miró. «Sí», respondió ella desapasionadamente. «Y se acabó».

«¿Qué fue lo que se acabó? No puedes decir que todo se acabó con Nigel».

Ella se estremeció. Parecía afligida.

Estuvo tentado de sacudirla. «¡Alice!».

«Había alguien antes», pronunció. Sus ojos se llenaron y se desbordaron, pero rápidamente se secó las lágrimas.

Él retrocedió, estupefacto. ¿Su relación con Nigel había terminado porque había alguien de antes a quien ella amaba? ¿Por qué diablos no se lo había hecho saber a Nigel? Quedaría devastado. Nigel estaba enamorado de ella. ¿Y ahora tenía la audacia de decir que no era real y que no era amor? Hace solo un momento, había estado preocupado por ella, pero ahora se sentía enojado.

«¿Dab?», Nigel dijo mientras se acercaba a ellos, mirando de uno a otro.

Dab se sentía muy mal por lo que estaba por venir, pero no le correspondía estar en medio de ello. Después, sí. Después de que Alice le hubiera roto el corazón en mil pedazos con su revelación. Todo lo que podría hacer en ese momento sería compadecerse de lo engañosas que eran las mujeres y emborrachar a su amigo, pero bien podía hacer eso. Caminó hacia Nigel y le dio una palmada en el hombro. «Lo siento», dijo y luego siguió caminando.

~~~

El corazón de Nigel latió con fuerza. ¿En qué diablos acababa de meterse? Se acercó a Alice y le ofreció la copa de champán que acababa de recibir. Ella dejó de llorar; su cara no estaba completamente seca. ¿Con qué acababa de tropezar? Excepto que él lo sabía. Lo había temido por un tiempo. Dab y Alice. «Supongo que tenemos que hablar», dijo casi sin tono.

Miró la copa de champán. «Champán», dijo. Ella resopló y sacudió la cabeza. «¿Por qué no?», ella la tomó.

«¿Hay algo que quieras decirme?», preguntó, temiendo la respuesta.

Sus ojos brillaron hacia él. «¿No hay algo que quieras decirme?».

No podía distinguir su expresión o comportamiento. Parecía conmovida. De hecho, estaba temblando. No podía distinguir las emociones que hervían en ella y eso lo hacía sentir tremendamente desequilibrado. Necesitaba mantener la calma, pero no era fácil. «De hecho, sí. Mi padre ganó mucho dinero hoy».

«Eso escuché. Felicidades. No hay más deuda».

Él parpadeó. Lo que debería haber sido una proclamación gozosa se había pronunciado desapasionadamente. Necesitaba armarse de valor porque ella estaba a punto de decirle lo que había temido en secreto durante semanas.

«Ya no me necesitan», añadió.

Se dio cuenta de la verdad plena y obvia. Alice se había sentido atraída por la lamentable situación de su familia y se sintió obligada a ayudar. Estaba decidida a sacar lo mejor de la situación, pero no lo amaba. Había veces, tantas veces, que él se había convencido de que ella lo amaba, que ella lo amaba como él la amaba a ella, pero luego estaba Dab. Dab increíblemente guapo e irresistible. Una vez más, Nigel Walston quedaba en segundo lugar. ¿Alguna vez había sido algo más que el segundo mejor en toda su vida? «Hay alguien más», se escuchó decir él mismo. Fue doloroso pronunciar las palabras.

«Sí», respondió ella temblorosamente. «Y tú lo sientes y yo lo siento. Debo decir que no sé para qué me ofreces el champán». Las lágrimas volvieron a correr por su rostro. «Digo... ¿En serio? ¿Champán?», ella sacudió la cabeza y le devolvió la copa y luego se giró y salió por la puerta.

Sentía tantas náuseas que temía moverse.

~~~~~

«Al fin», le dijo Lakely a Ada. «Te he estado buscando por todas partes».

«Ahora no. Tengo que encontrar a Alice», dijo Ada, tratando de pasar junto a su hermana.

«¡Espera! Tengo noticias».

Ada se volvió hacia ella con impaciencia.

«Papá...», comenzó Lakely.

«Lo sé», interrumpió Ada. «Él ganó hoy. Y, por supuesto, esas son buenas noticias, pero solo son buenas noticias para este momento. ¿No lo ves? Rompió su promesa y volvió a apostar. Ganó esta vez, pero no ganará la próxima. Entonces, ¿qué diferencia hay realmente?».

«¡Ada! No tienes que casarte con Harrison».

Ada agachó la cabeza y suspiró audiblemente. Luego volvió a mirar a su hermana y le tomó las manos. «Nunca me casaré por dinero», dijo Ada enfáticamente. «Lo amo. Todavía me voy a casar con él».

Lakely retrocedió.

«Lakely. ¿No me conoces tan bien como yo te conozco? ¿Cómo no puedes ver que lo amo?».

Lakely parecía abatida. «Yo...».

«No, sé la respuesta», respondió Ada suavemente. «Has estado tan preocupada por protegerme que es en todo lo que puedes pensar. Y lo entiendo. Sí. Yo también quiero protegerte. Y a Nigel y a Alice. Y algo está pasando por ese motivo. Vamos». Siguió caminando, tomando a Lakely del brazo. «Tenemos que encontrarlos».

«¿De qué estás hablando?».

«Solo busca a cualquiera de ellos. A Jaus también. Ella puede ayudar».

«¡Ada!».

«Te lo explicaré a medida que avancemos», dijo Ada, arrastrando a su hermana.

Durante un cuarto de hora, Ada y Lakely recorrieron el salón de baile, pero los invitados cambiaban continuamente de un lugar a otro. Además del enorme salón de baile, había salones y salas, el comedor y amplios pasillos llenos de gente. No habían tenido suerte y Ada estaba tan tensa que Lakely también sintió la urgencia. «No revisamos en las terrazas», dijo Lakely mientras miraban una sala de fumadores en pleno uso.

Ada asintió. «Primero miremos el pórtico y luego nos separaremos y trabajaremos de nuevo unidas».

Encontraron a Nigel sentado en un banco del vestíbulo con dos copas de champán vacías en

ambas manos. Estaba mirando fijamente. «¿Nigel?», dijo Ada mientras se acercaban.

Sus hermanas se sentaron a cada lado de él. «¿Qué sucede contigo?», preguntó Lakely.

Él no respondió. Tampoco las miró.

«¿Dónde está Alice?», Ada preguntó preocupada.

«Desapareció»

«¿Desapareció?», repitió Lakely. «¿Adónde se ha ido?».

«No sé». Su voz estaba desprovista de emoción. «Se sintió mal y se fue».

Ada se puso rígida. «¿Qué quieres decir?».

Le entregó a Ada una copa y a Lakely la otra. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

«Nigel», llamó Lakely, poniéndose de pie.

Él las ignoró y siguió adelante.

Lakely miró a Ada. «¿Todos se han vuelto locos esta noche? ¿Por qué se ve así? ¿Deberíamos ir tras él?».

Dab se acercó por detrás. «¿Dónde está Nigel?».

«Simplemente se fue», dijo Lakely. «Actuando de manera muy extraña».

«Eso es porque Alice terminó las cosas entre ellos», dijo Dab con amargura. «Aparentemente, había alguien más de antes».

«¿Qué?», ambas chicas exclamaron con incredulidad.

«Eso es una tontería», dijo Lakely.

Dab negó con la cabeza. «Les estoy contando lo que ella me dijo».

«No», negó Ada sacudiendo la cabeza.

«¿Cuándo fue esto?», espetó Lakely. «¿Exactamente qué dijo?».

«Fue un poco antes. Fumaba un cigarrillo, volví adentro, aquí mismo, y la vi caminando hacia las puertas. Pensé que estaba enferma, así que fui a ver qué pasaba. Fue entonces cuando dijo que todo había terminado. Que había alguien de antes».

Ada gimió. «Sé lo que pasó. Al menos la mitad».

Lakely y Dab se volvieron hacia ella.

«Alice no estaba hablando de ella misma», le dijo Ada a Dab. «Ella cree que Nigel amaba a alguien antes que ella. Que todavía ama a esta otra dama».

Los ojos de Lakely se abrieron enormes. «¿Therese St. Clair?».

Ada asintió. «Incluso sé por qué pensó eso. Lo vi todo desde el balcón».

«Nigel no ama a Therese St. Clair», objetó Dab. «Él nunca lo hizo».

«Pero Alice cree que sí», se dio cuenta Lakely. «Ella me preguntó una vez si habrían estado juntos si ella no hubiera aparecido». Se llevó el puño a los labios mientras pensaba en ello. «No estoy del todo segura de lo que dije, pero hay algo en la franqueza de Alice que te incita a ser sincero y... bueno, honestamente, siempre pensé que era una posibilidad. Me refiero a antes de Alice, por supuesto. Nunca después». Lakely negó con la cabeza. «Pero todavía estoy confundida. Nigel y Alice debieron haber hablado».

«Sí», dijo Dab. «Lo hicieron. Debieron hacerlo. Acababa de hablar con Alice cuando él se acercó con copas de champán. Detesté lo que pensé que ella le iba a decir, pero no me correspondía estar en medio de eso, así que me fui y tomé una copa. Acabo de regresar para ver cómo estaba».

«¿Pensaste que ella amaba a alguien de antes?», Ada le preguntó a Dab.

«Sí. Pensé que eso era lo que ella estaba diciendo», admitió.

Lakely lo miró. «¿Nigel podría haber pensado eso también? ¿Es eso lo que estás pensando?».

«No lo sé», respondió Ada, «pero deberíamos encontrarlo. Tú lo viste a él. Tenía un aspecto

terrible. Parecía... traicionado. Sé que él la ama».

«Y sabemos que ella lo ama», dijo Lakely.

«¿Podrían estar equivocadas?», Dab dijo inquisitivamente. «¿Podría haber alguien de antes a quien ella ame más?».

«No», dijeron ambas chicas a la vez.

«Pero lo que no sé», dijo Ada, «es por qué estaba tomando champán con la señorita St. Clair después de que mi padre se lo dijera».

Lakely la miró fijamente.

«¿Le dijera qué?», preguntó Dab.

«Padre ganó un juego», respondió Ada. «O varios, supongo. Su deuda ha sido saldada».

Dab parpadeó sorprendido. «Bueno, eso es algo. Pero Nigel no parecía entusiasmado ni alegre cuando lo vi. En realidad, todo lo contrario».

Lakely miró a Dab. «¿Puedes intentar alcanzarlo?».

«Por supuesto».

«Convéncelo de que vuelva a casa», dijo Ada. «Por favor. Creo que todo esto es un terrible malentendido, pero es necesario corregirlo».

Dab asintió y se fue.

«Voy a buscar a Harrison y le diré que nos vamos», dijo Ada. «¿Por qué no caminas una vez más y tratas de encontrar a Jocelyn? Y deberíamos decirle a mamá que nos vamos».

Lakely estuvo de acuerdo y las chicas tomaron diferentes direcciones.

~~~

Desde que había visto a lord Morguston una hora antes, Jocelyn no había podido apartar la mirada del hombre por mucho tiempo. Ella había sido discreta al respecto. No creía que él se hubiera fijado en ella. Era extraño que JG no hubiera aparecido esa noche. ¿O estaba él aquí y simplemente no la había encontrado todavía? De cualquier manera, el hecho de que él aún no estuviera con ella hacía que ésta fuera una oportunidad.

JG no solo estaba dispuesto, sino que planeaba renunciar a su título y su fortuna por ella, pero si pudiera conocer a su abuelo y él pudiera ver que ella era una buena persona que amaba a su nieto, tal vez su corazón se suavizaría. No tanto hacia ella, sino hacia JG. Seguramente, si llegara a desheredar a su propio nieto, algún día se odiaría por ello. ¿Cómo podría no hacerlo? Si podía evitar que sucediera, tenía que intentarlo.

Cuando lord Morguston finalmente salió del salón de baile, ella lo siguió. En el pasillo, ella miró hacia un lado y no lo vio. Miró hacia otro lado y estaba allí. Tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda y la estaba mirando. Él no la estaba observando como antes. De hecho, estaba extrañamente inexpresivo. Así que ahora era el momento.

Ella se acercó a él, más nerviosa que nunca. Se detuvo a unos metros de él. «Lord Morguston». En el denso silencio que siguió, se preguntó si debería hacer una reverencia, pero una joven no se presentaba ante un caballero. Todo esto era muy impropio. «¿Puedo hablar con usted?».

«Me estás hablando a mí», respondió con frialdad.

«Soy...».

«Sé quién eres», interrumpió. «Tú eres la estadounidense que quiere ver arruinado a mi nieto».

Las palabras fueron impactantes. «No», exclamó ella sacudiendo la cabeza. «Yo nunca lo quisiera».

«Entonces, Pruébalo. Vuelve al lugar de donde vienes. Déjalo con su debido destino».

Su animosidad la bloqueó tanto que no pudo encontrar el aliento ni las palabras para responder. Ella había cometido un error. No había manera de solucionarlo. JG tenía razón. Lord Morguston nunca cambiaría de opinión ni de actitud.

«Te pagaré para que vayas», añadió en voz baja. «Dile a mi nieto que no estás interesada en vivir con él y luego vete».

Ella sacudió la cabeza lentamente, luchando por contener las lágrimas. Ella dio un paso atrás, lista para darse la vuelta e irse, pero se quedó paralizada cuando él se dirigió hacia ella.

«Dime tu precio», dijo sin sentimiento.

«¡No quiero su dinero!».

«No te equivoques», pronunció. «Si...», se detuvo bruscamente, se agarró la cadera y gritó mientras caía al suelo.

Ella corrió hacia él, pero antes de alcanzarlo, él la miró con tal odio que la detuvo en seco. Escuchó pasos y gritos. Otros venían. Estaban por todas partes, algunos se inclinaban para ayudar y otros retrocedían. Jocelyn se sintió mareada y extraña, sus piernas casi demasiado débiles para mantenerse en pie.

«Ella me hizo tropezar», escuchó desde lejos.

¡Oh, Dios del Cielo! No había sido desde la distancia. Había sido pronunciado por lord Morguston. Él la estaba mirando, declarando que ella lo había hecho tropezar a propósito.

«Esa es la estadounidense», dijo una mujer.

Era como si el tiempo se hubiera ralentizado. Alice había explicado el fenómeno, pero Jocelyn nunca lo había experimentado. Miró a su alrededor y vio expresiones confusas en algunos rostros, expresiones acusadoras en otros y puro disgusto en algunos. Más gente se precipitaba hacia la pelea.

«Eso es absurdo, Morguston», exclamó un caballero. Era un hombre calvo de unos cincuenta años con bigote gris. «Te vi caminando hacia ella cuando colapsaste. Venía a hablar contigo y vi todo el asunto».

«Reilly», dijo furioso lord Morguston. «Probablemente estuviste involucrado con ella».

«Que alguien busque un médico», ordenó Reilly. «Lord Morguston ha vuelto a caer. Probablemente se rompió la cabeza y también la cadera», murmuró en voz baja.

«¿Hay un médico presente?», alguien gritó.

«Necesitamos un médico», llamó alguien más.

Jocelyn se volvió vacilante. Tenía que irse antes de que vomitara.

«Él mostró un comportamiento abominable, señorita», dijo Reilly mientras caminaba a su lado. «Trate de no dejar que esto la moleste».

Ella se detuvo y lo miró. Tenía ojos grises de mirada compasiva.

«Servimos juntos en el Parlamento», explicó. «Conozco a la vieja cabra desde hace años. Todo lo que puedo pensar es que debe haber estado hablando fuera de sí por el dolor. Es insoportable, pero no suele estar loco. Es esa cadera suya. Se niega a usar un bastón como le han dicho». El pausó. «¿Está bien, querida?».

«Sí», mintió. «Gracias, Señor Reilly». Se giró y siguió caminando concentrándose en colocar un pie delante del otro. *Ignora las miradas de la gente. No te conocen. No los conoces. ¡Camina! Solo camina.* Las puertas de entrada eran una vista bienvenida. Salió a la noche. ¡Gracias a Dios! Dio pasos a ciegas. Estaba temblando de tanto frío. ¿Había empezado a hacer más frío? ¿El primero de julio? Miró a su alrededor en busca de un banco. Necesitaba sentarse antes de desplomarse.

«¿Jocelyn?».

Se volvió hacia el hombre de cabello oscuro y bigote que había hablado. Joel Stewart.

«¿Estás bien?», preguntó.

«No, no. Necesito... irme».

«¿Están tus padres aquí?».

Ella sacudió su cabeza. «Mi tía Julia».

«¿Estás enferma?».

Ella asintió y apartó la mirada de él.

«¿Por qué no te llevamos adentro y puedes recostarte?».

Ella retrocedió horrorizada ante la idea. No volvería a entrar para enfrentarse a esa gente otra vez. «¡No!».

«Está bien, entonces», la tranquilizó Joel. «¿Cómo puedo encontrar a tu tía?».

El interrogado dejó perpleja a Jocelyn por un momento. «Nigel o Alice», tartamudeó. «O lady Merton. Los Walston la conocen».

«La encontraré», dijo tranquilizadamente. «Si no, te llevaré a casa y luego volveré a buscarla. ¿Está bien?».

Sus ojos estaban llenos hasta el borde de lágrimas y luego se derramaron. Afortunadamente, Joel ya había entrado corriendo.

«¿Ella está bien?», le preguntó un hombre a Joel mientras regresaba al interior.

Joel se detuvo en seco. El hombre no era otro que Robert Reilly, conde de Greenwich.

«Me temo que no, lord Greenwich. Creo que está enferma. Voy a buscar a su tía».

«¿Quién es ella?», preguntó haciendo un gesto hacia Jocelyn.

«La señorita Jocelyn Weatherly».

«Una estadounidense», dijo Reilly.

«Sí. Su hermana Alice está en cortejo con Nigel Walston».

«Escuché algo sobre eso. Dicen que es una chica encantadora con ojos de dos colores distintos».

«Sí», Joel volvió a mirar el caos al final del pasillo. «¿Sabe lo que está pasando allí?».

«Morguston volvió a caerse», él resopló con disgusto. «Si esta vez no se ha roto la cadera, es solo cuestión de tiempo. Esa fue la tercera caída, que yo sepa».

«¿JG sabe que está herido?».

«¿Su nieto? No lo he visto esta noche».

«Si me disculpa», dijo Joel. «Necesito encontrar a su tía».

«Por supuesto».

Joel entró al salón de baile y miró a su alrededor. Parecía como si la noche se hubiera torcido terriblemente. Jocelyn enferma. Lord Morguston estaba herido. Después de minutos de búsqueda infructuosa, la extraña sensación aumentó. Nigel parecía estar desaparecido. Alice parecía estar desaparecida. Lakely, Ada e incluso el señor Bower ya no estaban en ningún lugar donde pudiera verlos. Todos habían estado presentes hace menos de media hora. Ahora que lo pensaba, Dab no estaba a la vista.

Hugh estaba en la pista de baile, aparentemente sin darse cuenta de ninguna situación. También lo estaba Jonathan. Joel finalmente vio a lady Merton parada con otras dos damas y corrió hacia ella. «Lady Merton, perdone la interrupción, pero estoy buscando a la tía de Jocelyn».

«Yo soy su tía», dijo otra señora.

«Ella no se encuentra bien», explicó. «Le dije que iría a buscarla».

«¡Oh! Sí», ella se disculpó y los dos se alejaron rápidamente.

~~~~

«Cariño», le dijo Julia a Jocelyn mientras el carruaje se alejaba. «¿Qué ocurre?».

Jocelyn sacudió la cabeza y rompió a llorar. Todo lo que Julia pudo hacer fue abrazarla. No habían encontrado a Alice y se sentía mal dejarla atrás, pero el Sr. Stewart le había asegurado que la encontraría y le contaría lo que había sucedido. Sin duda, Alice estaba con Nigel pasándola de maravilla y no había ninguna razón para que eso cambiara.

~~~~

Joel, Jonathan y Hugh estaban desconcertados. Se sentía como si la tierra se hubiera abierto y sus amigos hubieran sido tragados por el abismo mientras que ellos no habían sentido ni siquiera un temblor. Era sumamente extraño que JG no se hubiera presentado, como estaba previsto. JG siempre hacía lo planeado. Si decía que iba a hacer algo, lo hacía.

También resultaba peculiar que Nigel, Dab, Alice, Lakely, Ada y el Sr. Bower se hubieran ido sin decir una palabra a nadie. Aparentemente, Jocelyn había enfermado por el mal comportamiento de lord Morguston hacia ella. Se habían enterado por Henry Gaines, quien lo había escuchado de Diana Fletcher. La señorita Fletcher estaba ocupada haciendo circular que Jocelyn había hecho tropezar a lord Morguston a propósito y provocado su caída.

«Alguien debería encerrar a esa víbora mujer en un armario», dijo Jonathan. «Donde nadie la descubra durante unos días».

Joel asintió. «Todo el mundo sabe que es una arpía».

«Creo que iré a ver qué pasa con JG», dijo Hugh preocupado.

«Lord y lady Merton todavía están aquí», notó Joel. «Tan felices como no los he visto en mucho tiempo».

«Se dice que hoy ganó mucho en el azar», respondió Jonathan.

«¿Los demás se habrían ido a celebrar?», preguntó Joel.

«Lo dudo», respondió Hugh. «No sin decírnoslo. Además...».

«Sí», dijo Jonathan sombríamente. «Además, algo se siente mal».

Joel asintió con sombrío acuerdo.

Media hora más tarde, con Jonathan a su lado, Hugh tocó la pesada aldaba de la casa de lord Morguston en Park Lane. Una doncella abrió la puerta y preguntó si podía ayudarlos. «Estamos aquí para ver a JG», respondió Hugh.

Una expresión incómoda cruzó su rostro. «Lo siento, señor. Está indispuesto». Se acercaban pasos y ella rápidamente dio un paso atrás cuando apareció el mayordomo.

«¿Puedo ayudarlos, caballeros?».

«Estamos aquí para venir por JG», dijo Jonathan. «Llegamos tarde, pero...».

«Lo siento, señor», dijo el mayordomo con frialdad. «Él no está disponible. Quizá no los esperaba y se adelantó».

«¿No está en casa o está indispuesto?», preguntó Hugh, mirando a la doncella que parecía intimidada.

«Si quiere dejar su tarjeta o un mensaje», dijo el mayordomo, ignorando la pregunta.

Hugh normalmente no reaccionaba de forma exagerada, pero estaba nervioso. «Humildemente les pediré perdón si me equivoco». De repente, entró y pasó junto al mayordomo.

«Señor», espetó el mayordomo, indignado por la intrusión.

Jonathan lo siguió. «Él es nuestro amigo y revisaremos su habitación», afirmó.

«¡No harán tal cosa!».

Jonathan y Hugh aceleraron el paso. El mayordomo los seguía y les ordenó que se detuvieran. Ya habían llamado a lacayos para que los sacaran de inmediato.

«¿Sabes qué habitación es?», le preguntó Jonathan a Hugh.

«Sí».

«No tienen ningún derecho», arengó el mayordomo.

«Es ésta», dijo Hugh, centrándose en una puerta. La abrieron y entraron. La habitación estaba a oscuras, pero había alguien en la cama. Jonathan se acercó a las ventanas y abrió las cortinas y contraventanas.

«JG», dijo Hugh, acercándose a él.

Entre la luz del pasillo y la iluminación de la luna y las lámparas de gas de la calle, pudieron ver que JG estaba profundamente dormido. Estaba quieto y pálido. Si había enfermado, ¿por qué no lo habían dicho los sirvientes?

«JG», dijo Hugh de nuevo, sacudiéndolo ligeramente. JG no se movió. Hugh encendió la lámpara de la mesilla de noche.

«Qué diablos», murmuró Jonathan, acercándose.

El mayordomo acechaba en la puerta y de repente se quedó en silencio. Se oyeron pasos, probablemente los lacayos que corrían en ayuda del mayordomo. Este levantó una mano para impedirles avanzar.

«JG», llamó Jonathan, sacudiéndolo con más fuerza.

JG no se movió ni despertó.

«¿Qué ha pasado aquí?», preguntó Jonathan al mayordomo.

Hugh se inclinó más hacia JG para sentir su aliento con el dorso de los dedos. Sin sentirlo, cogió una muñeca inerte y le tomó el pulso.

El mayordomo se acercó y parecía preocupado.

«Necesita un médico», le espetó Hugh al hombre. «¡Consigue un médico!».

«Estoy seguro de que está bien», dijo el mayordomo, pero no parecía convencido.

«Apenas puedo distinguir el aliento o el pulso», replicó Hugh con furia. «¡Traiga un maldito médico aquí ahora! ¡O juro por Dios que lo veré colgado!».

El mayordomo hizo una señal a uno de los lacayos, que se apresuró a alejarse.

«¿Qué es esto?», Jonathan le preguntó al mayordomo. «¿Qué le sucedió?».

«Tomó algunos de los medicamentos de su abuelo... para ayudarlo a dormir», dijo el hombre. De repente estaba sudando.

«¿Qué medicina?», exigió Hugh.

«Láudano».

«JG odia el láudano», afirmó Hugh. «Cuando se rompió la muñeca, apenas podría soltársela. Usted está mintiendo».

«Dije que era *de* láudano. Es una versión en polvo. Entregado a él por orden de su abuelo, mi empleador».

«Lo drogaste», acusó Hugh. Cuando el hombre no lo negó, resopló con disgusto. «¿En forma de polvo? ¿Qué? ¿Se coló en su té o en su vino?».

El mayordomo se giró y salió de la habitación, seguido por el resto de lacayos y la doncella.

«Vamos a sentarlo», sugirió Jonathan.

«JG», llamó Hugh mientras lo ayudaban a sentarse.

«Está sin vida», dijo Jonathan preocupado.

«No digas eso. ¡JG!».

«Voy a asegurarme de que hayan llamado a un médico», dijo Jonathan. «O conseguiré uno yo mismo».

«Yo lo tengo», dijo Hugh. «Lo mantendré erguido».

Capítulo Treinta y Dos

Jocelyn escuchó que la llamaban por su nombre mientras la sacaban de su sueño. Luchó por abrir los ojos. Cuando lo logró, vio que era de mañana. Estaba tan desorientada; pasaron varios momentos hasta que el recuerdo de la noche anterior volvió a ella junto con una avalancha de humillación y miseria. Alice estaba a su lado vistiendo su bata de viaje.

«Lamento despertarte», dijo Alice. «Pero me voy a casa con nuestros padres. No podía irme sin decírtelo».

Jocelyn se obligó a sentarse. Se sentía mareada. Oh, sí. Había tomado una dosis del polvo de tía Julia. La había dejado sin sentido, que era lo que quería en ese momento. «¿Qué?», preguntó, dudando si había entendido mal.

«Me voy a casa», repitió Alice. «Nos vamos en una hora».

Jocelyn negó con la cabeza. La afirmación no tenía sentido.

«¿Estás bien?», preguntó Alice.

«Yo también voy».

«No es necesario», respondió Alice.

Jocelyn se frotó la cara y sacó las piernas de la cama. Luego sacudió la cabeza confundida. «Espera. ¿Por qué te vas? ¿Qué pasa con Nigel?».

«Se acabó entre nosotros. Ya hice las maletas. No podía dormir».

Jocelyn se quedó mirando. «¿Qué quieres decir con que se acabó?», ella tartamudeó.

«Justo lo que dije», afirmó Alice con tristeza. Ella se puso de pie. «¿Te pasó algo anoche? ¿O te enojaste porque te enteraste de...?».

«Espera. No pienso con claridad en absoluto», se quejó Jocelyn. «¿Cómo puede terminar todo lo que hay entre Nigel y tú?».

«Él ama a otra persona».

Jocelyn resopló. «Alice», la regañó. «Eso no es verdad».

«Es verdad. Los vi. Y lo admitió. Así que me voy a casa».

¿Lo admitió? Jocelyn la miró con incredulidad.

«No es necesario que vayas con nosotros», repitió Alice con ternura. «Pero si vienes, tendrás que prepararte. Mamá no se perderá la partida».

«¿Qué ha pasado?», se lamentó Jocelyn en voz baja. Se sintió dos pasos atrás.

«Jaus, ¿estás bien despierta? ¿Cuánto bebiste anoche? Soy demasiado tonta para pensar por las dos hoy. No dormí nada. ¿O ya dije eso?».

Jocelyn se levantó.

«Te ayudaré», dijo Alice. «Te habría despertado antes, pero no pensé que quisieras venir».

Jocelyn se preparó torpemente y, juntas, lograron hacer su equipaje. «Tengo que escribirle a JG», dijo en voz baja.

«Odiará que te vayas», dijo Alice.

«Sí», dijo Jocelyn en voz baja.

Alice se dirigió hacia la puerta. «Te traeré té y galletas. Casi se nos acaba el tiempo».

Después de que Alice se fue, Jocelyn se quedó quieta durante varios segundos. Todavía no se había despedido de nadie. Nada parecía real. Se sentó, sacó un trozo de pergamino y preparó su bolígrafo.

Estimado JG,

Temo que esto será un duro golpe y te pido perdón por ello, pero no puedo ser yo quien se interponga entre tú y tu abuelo. Desearía que las cosas fueran diferentes. Regreso a casa con mi familia. Sigue la vida que debías tener y sé feliz. Nunca te olvidaré.

Saludos afectuosos,

Jocelyn

Se le escapó un sollozo ahogado y lloró amargamente.

~~~

«No lo entiendo», dijo Julia a su hermano y a su cuñada mientras estaban juntos en el salón. «Tengo que ser la peor acompañante que jamás haya existido. Las chicas parecían estar bien. Se lo estaban pasando genial. Y luego...».

«No es tu culpa», respondió Eliza. «Alice vio a Nigel con una dama y luego él confirmó que siempre había sentido algo por esa otra dama. Lord Merton ganó ayer una gran suma de dinero, por lo que ya no es necesaria la dote de Alice».

Julia negó con la cabeza. No parecía cierto.

«Jocelyn debe haberse enterado», continuó Eliza. «Por eso estaba tan molesta. No dio explicaciones porque... tal vez porque no sentía que fuera su lugar. Al menos esa es mi suposición».

«Se siente como si me hubieran quitado la alfombra debajo de mis pies», dijo Julia.

«Todos nos sentimos así», habló la abuela desde su silla.

«Especialmente Alice», dijo Richard. «En primer lugar, me siento fatal por haberle presentado a los Walston». Eliza respiró hondo para hablar, pero él lo fulminó con la mirada. «No digas que te lo dije», espetó. «Por favor».

~~~

«¿Sí?», Jocelyn dijo en respuesta al golpe en la puerta. Logró dejar de llorar y se lavó la cara con agua fría, pero eso no borraba la evidencia. Tenía un aspecto terrible.

Dinah entró con una bandeja. La dejó y le dirigió a Jocelyn una mirada comprensiva. «¿Escuchó otra historia triste?».

Jocelyn agarró una toalla y presionó su cara contra ella, sollozando. Sentía como si su corazón estuviera siendo destrozado.

~~~

«No quiero que te vayas», le dijo Jeremy a Alice.

Ella asintió, incapaz de hablar por el momento. Las últimas ocho horas habían sido las más duras de su vida y despedirse iba a ser la conclusión brutal. «Lo sé», susurró. Se aclaró la

garganta dolorida. «Pero nos veremos de nuevo».

«¿Cuándo?».

Ella dejó escapar un suspiro y trató de estabilizarse. «No sé. Pero sé que lo haremos. Puedes venir a visitarnos».

«A los Estados Unidos. Me gustaría ver indios con plumas».

«Estaba bromeando sobre eso».

«¿Habrá un lugar para pintar?».

Ella extendió la mano y le tomó sus manos. «Por supuesto».

«Ojalá no te fueras».

~~~~

«Compórtate», susurró Jocelyn a su imagen en el espejo. Ya había empacado, estaba lista y era hora de irse. Había tomado una taza de té y se había obligado a tragar dos bocados. Cualquiera podía ver que había estado llorando, pero nadie decía nada. Miró el sobre que había sobre la mesa, puso un beso en los dedos y tocó el sobre.

Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo deseando que las lágrimas se mantuvieran bajo control, y luego se dirigió hacia la puerta. Alguien llamó justo cuando ella llegaba. La abrió y encontró a Jeremy parado allí. Se miraron un momento y luego él hizo lo casi impensable. Él dio un paso adelante, la abrazó fraternalmente y la abrazó mientras ella sollozaba de nuevo. Temía que no hubiera suficientes pañuelos en el mundo para superar ese día.

~~~~

Mientras su barco zarpaba del puerto, Alice y Jocelyn se quedaron con las manos en la barandilla observando a la gente en tierra despidiéndose de los demás pasajeros. Nadie que ellas conocían se despedía. Se sentían desconectadas y completamente agotadas a medida que la costa se alejaba cada vez más. Los mechones sueltos de sus cabellos ondeaban y sus faldas así lo mismo con el viento salado. El final de su estancia había llegado tan abruptamente que no parecía real.

Sus padres habían ido a su camarote. Alice y Jocelyn tenían su propia cabina, un área estrecha de dos metros y medio por dos metros y medio. La habitación del señor y la señora Weatherly tenía una cama doble estrecha, un pequeño juego de cajones, un banco corto y un mueble con un lavabo, un cubo para las aguas residuales, una jarra y un orinal. La cabina de Alice y Jocelyn tenía dos literas estrechas, una encima de la otra. Habían metido un baúl por cada una debajo de la cama inferior y los demás estaban guardados.

«Me pregunto si alguien ha dormido alguna vez durante seis semanas seguidas», dijo Alice.

«No lo sé, pero vale la pena intentarlo», respondió Jocelyn. Aún así, se quedaron mirando a las gaviotas volar y planear. «No nos despedimos de Lakely y de Ada».

«Les escribí una nota», dijo Alice.

«Bien», dijo Jocelyn en voz baja.

«Estoy muy cansada y me pican los ojos. Tengo que acostarme».

Jocelyn continuó allí de pie mucho después de que Alice se hubiera ido a su camarote. Necesitaba tiempo para comprender todo lo que había sucedido y lo que había dejado atrás.

~~~~

Cuando Nigel cruzó la puerta de su casa por la mañana, estaba insensible debido a la bebida. Su familia había quedado reducida a una preocupación casi histérica, pero no había forma de impresionarlo ni de eso ni de nada. Lo ayudaron a acostarse cantando una oscura melodía sobre jueces y jurados, las alas de un águila y un viaje por el océano.

«Esto es ridículo», se quejó Lakely con su hermana. «Voy a ir a la casa Weatherly a ver a Alice».

«Iré contigo», respondió Ada.

Desafortunadamente, su plan de acción llevó al descubrimiento de que la familia Weatherly de Boston estaba de viaje de regreso a casa. Todos ellos. El conocimiento fue impactante.

«Todo se vino abajo», relató Julia. «En una sola noche».

Ada y Lakely se fueron sintiéndose miserables. Tenían dos cartas en su poder, una que Alice les había escrito para despedirse y otra que Jocelyn le había escrito a JG y le habían prometido a Julia que se las entregaría.

«Voy a escribirle a Alice y explicárselo», dijo Ada mientras cabalgaban a casa.

«Debería ser Nigel quien le explique», respondió Lakely mientras guardaba las notas dentro de su bolso.

Ada suspiró profundamente. «Qué lío tan enredado».

Lakely negó con la cabeza. «Si tan solo hubiésemos podido ver a Alice antes de que se fuera. Y arrastró a la pobre Jocelyn con ella. Debería haber intentado verla anoche».

«Pensé que tendríamos una oportunidad. Todavía no puedo creer que se hayan ido». Cabalgaron en silencio durante un rato. «¿Crees que papá seguirá con su idea de ir a Francia ahora?»

Lakely puso los ojos en blanco y gimió. «¿Quién puede decirlo? ¿Crees que la abuela y la tía Julia me dejarán mudarme con ellas ahora? La vida es mucho más sencilla allí».

«Quizá me fugue con Harrison de inmediato y tú puedas mudarte con nosotros».

«Quizá salte en el próximo barco a Boston. Llevaré tu carta conmigo».

Regresaron a casa y encontraron a Dab y Hugh esperándolas. Dab llegó primero y Hugh unos minutos después. Habían venido a ver a Nigel, pero como él estaba indispuesto, habían esperado a que regresaran Lakely y Ada.

Dab había venido con preguntas que no pudieron responder porque Nigel no les había proporcionado ninguna. Hugh había llegado con la información de que lord Morguston se había caído y se había herido la noche anterior, pero solo después de haber agredido verbalmente a Jocelyn. Y antes de eso, esencialmente había envenenado a su propio nieto para mantenerlo en casa. JG casi había muerto por una sobredosis de algo llamado morfina.

«No puedo creer lo que estoy escuchando», exclamó Ada. «¡Pobre JG! Jocelyn no podría haberlo sabido o nunca se habría ido».

Lakely se preguntó qué le habría dicho lord Morguston a Jocelyn para enojarla tanto. «¿Qué pasaría si Jaus no regresara a casa en busca de apoyo moral? ¿Alguien sabe qué le dijo lord Morguston?».

«No», respondió Hugh. «Pero circulaba un feo rumor acerca de que ella lo había hecho tropezar para hacerlo caer».

«Eso es ridículo», exclamó Ada furiosamente.

«Lo sé», estuvo de acuerdo Hugh. «Pero él fue quien lo reclamó».

Ada se quedó boquiabierta. «Él... ¿Lord Morguston?».

Él asintió con gravedad.

«¡Bueno, es mentira!».

«No lo dudo. De hecho, lord Reilly estaba allí, vio todo y estableció que no era cierto. Pero ya conoces los rumores».

Lakely se acercó a la mesa donde había dejado su bolso. Lo abrió y sacó la nota para JG.

«Lakely», advirtió Ada. «¡No!».

No estaba sellado. Era un trozo de pergamino doblado en forma de sobre. «¿Qué?», Lakely dijo inocentemente. «¿Cuál sello? Mira, no hay ningún sello». Abrió los pliegues de la carta.

«Basta», gritó Ada, mirándola, «eso es privado...».

Lakely se giró, escaneó apresuradamente la nota y luego se giró cuando Ada la alcanzó. «Tienes razón. Lo lamento. No la leeré».

«Dámela», insistió Ada con la mano extendida.

Lakely se la entregó y Ada quien la volvió a doblar sin mirar el contenido y luego se acercó y se la entregó a Hugh. «¿Volverás a ver a JG hoy?».

«Hoy o mañana. Estoy agotado en este momento. Nos quedamos hasta que estuvo fuera de peligro».

«¿Podrías darle esto por favor cuando lo veas? Es una nota de Jocelyn».

«Por supuesto que lo haré».

«Gracias. Le contaremos a Nigel lo que pasó cuando despierte».

Hugh se despidió y se fue, y Dab lo siguió.

Cuando se fueron, Ada le frunció el ceño a su hermana.

«Mi curiosidad es como el juego de papá», dijo Lakely con sentimiento de culpa. «Me supera de vez en cuando».

Ada negó con la cabeza mientras salía. «Voy a escribirle a Alice», dijo por encima del hombro. «No voy a esperar ni una hora más».

«Y yo voy a escribirle a Jocelyn», dijo Lakely en voz baja. Esperó treinta segundos y luego la siguió.

Capítulo Treinta y Tres

Nigel la miró confundido. «¿Se fueron?».

Había bajado las escaleras en busca de sustento ya que aparentemente los sirvientes habían recibido instrucciones de no traerle nada más que agua. Era muy molesto, pero lo había obligado a levantarse. Era de día, pero no sabía la hora ni le importaba. Ni siquiera estaba del todo seguro de qué día era.

Se sintió aliviado al encontrar el comedor vacío, pero el aparador también estaba vacío. Por suerte, una doncella acudió en su ayuda. Fue a buscar comida y una taza de té y dijo que las llevaría a la sala de estar. Afortunadamente, esa habitación tampoco había gente. Se dejó caer en la silla más cómoda y apoyó la cabeza dolorida en la mano, pensando que podría quedarse dormido hasta que llegara la comida.

«Pareces algo que el gato arrastró», dijo Lakely con frialdad mientras entraba. «¿Finalmente estás sobrio?».

Él ni siquiera la miró. «Desafortunadamente. No planeo seguir así».

«Hablando como un adulto responsable».

«Vete. Lejos».

«Bien, lo haré. Pero primero permíteme contarte algunas noticias».

Apretó la mandíbula. Si la noticia fuera sobre Alice y Dab estando juntos...

«Alice se ha ido».

Se preparó para escuchar que se trataba de que la pareja se había escapado junta. La humillación iba a ser profunda.

«Los Weatherly ya no están», añadió.

Finalmente levantó la vista. «¿Se fueron?».

«Sí. Ahora están navegando de regreso a América. Se fueron ayer. Te buscamos por todas partes para detenerlos».

«¿Por qué se fueron?».

Entró en la habitación, dio un paseo y se sentó. «La hermana mayor de Alice y Jocelyn dio a luz antes de tiempo y el bebé es frágil. Por eso los padres se fueron».

Él ya sabía eso. Alice se lo había comentado. Lakely estaba poniendo a prueba su paciencia a propósito.

«Como sabes, Alice y Jocelyn iban a quedarse e ir a Merton Park con nosotros, pero la noche de El Gran Baile cambió todo».

La doncella entró en la habitación con una bandeja para él. La dejó sobre la mesa, sintiendo la tensión en la habitación salió corriendo.

«Come», instó Lakely con sarcasmo. «Por favor, no dejes que te detenga. Come, bebe y diviértete».

Él la fulminó con la mirada y luego se sirvió una taza de té y tomó un trago. «¿Hablas en serio acerca de que todos se han ido?»., preguntó finalmente. «¿O estás jugando conmigo?».

«Lo juro», dijo con seriedad. «Se han marchado. Los cuatro».

Sintió un dolor en el estómago. Sería porque lo tenía vacío. Cogió un panecillo y le dio un mordisco. ¿Qué importaba la noticia? Alice ya se había ido con él. Él no lo había aceptado del todo, no en su corazón, pero el hecho es que ella había elegido a un hombre diferente. Sin lugar a dudas, vería a su hermana y al nuevo bebé y luego regresaría, solo que esta vez a Dab. Al menos,

mientras tanto, podría desaparecer. Irse a Italia, Bélgica o a China.

«Hay algo más», continuó Lakely. «Lord Morguston no aprobaba los sentimientos de JG por Jocelyn. Es una larga historia, pero trató de incapacitar a JG la noche del baile para que él, lord Morguston, pudiera esencialmente comprar a Jaus o asustarla. Para lograr la hazaña, de mantener a JG en casa, hizo que le pusieran algo en el vino. Se suponía que solo lo haría dormir, pero casi lo mata».

Nigel se quedó boquiabierto. ¿Esto había estado sucediendo mientras estaba borracho? «¿Qué?», Nigel respiró profundo.

«Él va a estar bien», agregó Lakely, permitiendo que la compasión entrara en su tono. «Tus amigos también han estado preocupados por ti».

Una oleada de amargura regresó. «¿Lo han hecho?».

Ella retrocedió desconcertada. «¿Qué demonios...?».

«¡No!». Se levantó, pero tuvo que luchar contra un momento de mareos y náuseas. No estaba destinado a ser un borracho. No tenía la constitución para ello. «No digas una palabra sobre Alice y... ninguno de mis supuestos amigos. ¡No quiero oírlo!». Cogió la bandeja y se fue, dejándola sin palabras.

~~~~~

Lakely se quedó mirando la puerta por la que había pasado su hermano. Algo había sucedido. Algo había cambiado, se había clavado dentro de su hermano. Quizá, después de todo, realmente no sabían lo que había pasado entre él y Alice. Cualquiera que fuera la verdad, ella no dejaría el asunto así. No cuando había conducido a tanta miseria en todos los sentidos. Ella salió del salón. «Crichton», dijo cuando lo vio inspeccionando el comedor. «¿Dónde están mis padres?».

Creo que su padre está en su estudio. Su madre salió».

Lakely se apresuró a ir al estudio de su padre. La puerta estaba abierta y él estaba sentado ante su escritorio, inclinado sobre un libro de contabilidad. «Algo anda mal con Nigel», exclamó, haciéndolo saltar.

Él la miró con el ceño fruncido.

«Algo muy extraño. Está muy apagado. No podemos dejar que salga de esta casa y desaparezca de nuevo, y creo que está planeando hacer precisamente eso».

«¿Qué esperas, Lakely? Alice lo dejó. Por supuesto que está actuando de manera extraña».

«Te lo explicamos. Ella se fue porque pensó que él amaba a otra persona».

«Eso puede ser cierto. No lo sé. El caso es que ella se fue. Tú, querida, simplemente tendrás que darle tiempo para superarlo».

Ella puso sus manos en sus caderas. «No le daré tiempo para superarlo. Necesita arreglarlo. Quiero que bajes y esperes conmigo hasta que aparezca. Entonces intentaremos comunicarnos con él. Le diremos a Crichton que no lo deje irse hasta que nos enfrente».

«Sé que te preocupas por tu hermano, pero tendrás que dejarlo superar este momento difícil».

«¡Todo es un malentendido!».

«Tú no sabes. Eso lo estás asumiendo».

«Necesito tu ayuda», insistió.

«Cierra la puerta al salir. Tengo trabajo que hacer».

Ella lo fulminó con la mirada y se fue, cerrando la puerta de golpe detrás de ella.

«Gracias, querida», dijo su padre sarcásticamente en voz baja.

Ada estaba reclinada en la bañera con los ojos cerrados.

«Este no es momento para un baño», dijo Lakely, irrumpiendo.

Ada abrió los ojos. «No estoy de acuerdo. Salí a dar un largo paseo con Harrison para hablar de todo y me excité. ¿Nigel ya se ha levantado?».

«Sí, está despierto y enojado. Ni siquiera me deja hablar. Tengo la terrible sensación de que volverá a salir a beber hasta perder el conocimiento y nuestro padre se niega a ayudar. Mamá está fuera, así que te necesito». Ella se dio vuelta, salió y alcanzó a decir, «Apresúrate».

Ada sacudió la cabeza, suspiró y volvió a cerrar los ojos.

~~~

Lord Merton emitió un suspiro de disgusto cuando un golpe en la puerta lo interrumpió una vez más. «¿Qué?», preguntó. Esperaba a Lakely, pero fue Nigel quien entró. Por lo que parecía, estaba vestido y listo para salir.

«¿Sigue siendo tu plan ir a Reims?», Nigel preguntó sin ningún interés real evidente en su rostro o tono. Parecía casi en blanco, pero a menos que su padre se equivocara, algo hervía bajo la superficie. Maldita sea si Lakely no hubiera tenido razón.

«¿Cómo te sientes?», preguntó lord Merton.

«¿Sigue siendo tu plan ir a Reims?», repitió Nigel, ignorando la pregunta.

Lord Merton se levantó. «No en este momento».

«Entonces, yo sí quiero hacerlo», afirmó Nigel. «No sé nada sobre los viñedos y el negocio del vino, y me gustaría aprender. ¿Alguna objeción?».

Lord Merton estaba bloqueado.

«Bien», dijo Nigel, se giró y se fue.

~~~

Lakely estaba paseando por el salón cuando Nigel entró. La sonrisa en su rostro era falsa y fría. «Podría simplemente haber hecho a un lado a Crichton y haberme ido», afirmó. «Pero como no lo hice, ya que estoy aquí, dejemos una cosa clara. No estás en posición de decirme qué hacer». Había avanzado con paso firme y ya no sonreía.

Ella levantó la barbilla. «Necesitamos discutir lo que pasó...».

«No lo menciones», explotó señalando amenazadoramente con el dedo en el aire. «No quiero escuchar su nombre».

«Nigel», exclamó su padre, entrando en la habitación. «Cálmate».

«Me voy», le dijo a su padre. Volvió a mirar a su hermana. «Me voy a Francia. Hoy. Estaré fuera por algún tiempo. No puedo decir cuánto. Por este día, por *un* maldito día, pueden abstenerse de pronunciar el nombre de Alice Weatherly».

La furia de Nigel era alucinante. No era él en absoluto.

«Si no lo haces», continuó, «si te atreves a mencionarme su nombre, créelo, si te importa un carajo, nunca volveré a hablar contigo. Lo juro».

Lakely tragó, sacudida por su resolución.

Nigel miró a su atónito padre. «Eso también se aplica a ti». Salió de la habitación, pero se detuvo en seco al ver a Ada parada en la puerta en bata. Zarcillos mojados caían sobre sus

hombros. Evidentemente acababa de salir de un baño. Si eso no fuera lo suficientemente impactante, las lágrimas corrían por su rostro y estaba temblando. ¿Estaba enferma? ¿Era eso lo que Lakely había querido decirle? ¿O JG había empeorado? Oh, Dios. ¿Qué tan egocéntrico había sido? «Ada», dijo.

Ella se movió como un relámpago, extendiendo la mano y abofeteándole la cara.

Se llevó una mano al lugar que le picaba en la cara y se quedó mirando. «¿Qué...?», pronunció él.

Tenía la cara húmeda y le moqueaba la nariz. Ella estaba hecha un desastre. «¡Cómo te atreves!»,

Lakely solo pudo quedarse boquiabierto. Ada nunca había arremetido en un momento de violencia en toda su vida. Ni una rabieta de niña, ni un ataque de mal genio de pequeña, nada. Y luego, esto.

«Le rompiste el corazón», criticó Ada. «Yo lo vi. Y ni siquiera lo sabes. Podríamos habértelo dicho. Todos te buscamos. Y ahora se han ido. ¡Alice se ha ido porque le rompiste el corazón!».

Sin lugar a dudas, había sacudido a Nigel, pero fue por su arrebato, no porque él creyera que ella sabía de lo que estaba hablando.

«Alice», gritó Ada. «Alice, Alice, Alice. Estoy diciendo su nombre. ¿Vas a amenazarme con no volver a hablarme nunca más? ¡Lo haremos! ¡Alice!».

«Ada», dijo sacudiendo la cabeza.

«No eres el único que llegó a amarla, Nigel. Ahora, te contaré lo que vi», dijo con voz temblorosa. «Te explicaremos lo que pasó».

«¡Lo que pasó es que ella me dejó! Lo que pasó es que se enamoró de Dab».

Ada se quedó boquiabierta. Y luego ella se echó a reír.

Él se sacudió.

«¿Dab?», repitió Lakely. «¡Eres un completo idiota! Dab intentó ayudar a encontrarte. Estaba molesto por ti porque pensó que ella estaba a punto de romperte el corazón».

«Dab nunca te traicionaría», se unió Ada, furiosa de nuevo. «¿Cómo pudiste siquiera pensarlo? ¿Cómo puedes ser tan ciego? Sus amigos son lo único que le importa en la vida. ¡Maldita sea tu estupidez!».

Nigel dio un paso atrás. Estaba conmocionado por lo traumatizada que estaba su hermana menor.

«Alice cree que amas a Therese St. Clair», dijo Ada.

Él frunció el ceño con furia. «Eso es una tontería».

«No», replicó Lakely. «No lo es. Ella los vio a ti y a Therese juntos desde el principio y preguntó si ustedes dos habrían...».

«¿Qué?», él chasqueó.

«No recuerdo cómo lo expresó», respondió Lakely. «Estar Juntos. Enamorado. Cortejado. Casado. ¿Entiendes la idea? Therese está enamorada de ti. Cualquier tonto puede verlo», ella se encogió de hombros. «Alice lo vio».

«¿Qué dijiste?», preguntó Nigel con incredulidad.

«Creo que dije que era posible», admitió ella. «No pensé que importara en ese momento».

Él la miró fijamente, pero estaba recordando la conversación en la terraza. *¿Alguna vez le has pedido a alguien que se case contigo?*

«En el baile, cuando papá te contó la noticia», Ada, que ya se encontraba más tranquila ahora, pero todavía temblaba y tenía la cara sonrojada y llena de manchas, y los ojos enrojecidos, continuó, «yo estaba en el balcón de arriba. Alice había salido de la pista de baile y había

hablado con Lakely, quien...».

«Le conté la noticia», intervino Lakely. «Sobre la liquidación de la deuda, y luego fui en busca de Ada».

«Lo estaba viendo todo», dijo Ada. «Tan pronto como Lakely se alejó, Alice se volvió para buscarte. Te vio hablando con papá. Era obvio que papá estaba compartiendo la buena noticia contigo y luego te dieron dos copas de champán».

El corazón de Nigel había empezado a latir con fuerza de forma desagradable. «Sí. Una de ellas era para Alice».

«Por supuesto que lo era. No dudo de tu corazón. El punto es que Alice se había acercado a ti, pero la gente seguía interponiéndose en su camino. Entonces el camino se despejó y ella te vio y...».

«Oh, Dios», él contuvo el aliento, «Therese».

Ada asintió. «Sí».

«La señorita St. Clair solo estaba siendo amable», explicó Nigel. «Quería disculparse u ofrecer apoyo por las cosas desagradables que se habían dicho. Ella solo estaba siendo amable y yo solo estaba siendo amable también, pero todo el intercambio no duró ni un minuto».

«Lo sé», se compadeció Ada. «Pero Alice te vio a ti y a Therese levantando una copa juntos. Como en celebración».

«No», exclamó él, «no era nada de eso». Caminó hacia el sofá y se sentó. «Le entregué una de las copas para calmar su vergüenza, pero solo quería llegar a Alice». Se inclinó y hundió la cara entre las manos. «¿Estás sugiriendo que Alice pensó...?».

«Alice pensó», dijo Lakely, «que estabas con ella solo por su dote. Y como la deuda desaparecía...».

Levantó la cabeza de golpe. No parecía que estuviera respirando.

Lakely se acercó y se sentó a su lado. «¿Por qué alguna vez pensaste que se había enamorado de Dab?».

Sacudió la cabeza mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

«Ella te ama», dijo Lakely. Ella se acercó, tomó su mano y la apretó con fuerza. «Alice *te* ama».

Ada se acercó a su otro lado. «Después de que te fuiste esa noche, Lakely y yo no sabíamos qué pensar, y luego Dab regresó al vestíbulo. Estaba preocupado por ti y enojado con ella porque la había entendido mal».

Nigel la miró y su mirada se agudizó. «¿Qué?».

Lakely asintió. «Él dijo que Alice parecía enferma cuando él regresó de fumar. Naturalmente, él fue hacia ella. Ella murmuró que no era real, que nunca había sido amor. Dijo que se había terminado. Preguntó qué había terminado y él respondió 'No estás hablando de Nigel, ¿verdad?', luego ella dijo que había alguien más de antes».

«Se refería a Therese», dijo Ada, «pero Dab pensó que estaba admitiendo que ella había amado a alguien antes. Lo único que podía pensar era en lo herido que estarías tú».

Nigel estaba recordando que Dab había dicho que lo sentía. Nigel pensó que estaba expresando remordimiento. En cambio, ¿había sido preocupación por sus sentimientos? «No, no, no. No pudo haber sido todo un estúpido malentendido», pronunció Nigel con tristeza.

«Creemos que sí», respondió Lakely.

«Lo fue», repitió Ada. «Lo sé en mi corazón. Vi la cara de Alice cuando se dio la vuelta después de verte a ti y a Therese. Estaba destrozada. Nigel, tienes que arreglarlo».

Nigel se levantó y caminó hacia las ventanas. «¿Cómo? ¿Si ya se han ido?».

Nadie respondió porque todos sabían la respuesta.

## Capítulo Treinta y Cuatro

El dolor en su vejiga finalmente hizo que Alice saliera de su litera. Atendió sus necesidades y luego se dirigió a la puerta cerrada que conducía a la terraza. Abrió las persianas y recibió una ráfaga de viento salado en la cara. Un cielo gris de aspecto amenazador hacía imposible juzgar la hora del día. Se volvió para mirar la litera superior y recordó que Jocelyn había abandonado el camarote hacía algún tiempo, en lo que parecía ser media noche. ¿Adónde había ido?

Alice cerró las contraventanas, regresó a su litera y se deslizó hacia atrás hasta sentarse contra la pared. Se sentía físicamente débil y tan dolorida, como si los boxeadores la hubieran golpeado por el gusto de hacerlo. ¿Por qué le dolía el cuerpo?

Cuando Jocelyn regresó, se inclinó para mirar a Alice y luego le entregó una taza de té. «Te traje esto y una manzana».

Alice aceptó agradecida la taza. «Gracias», Jocelyn sacó la manzana de su bolsillo y se sentó a su lado. Alice tomó un sorbo de la bebida tibia. «¿A dónde fuiste?».

«A caminar. A pensar. He visitado cada cubierta. Repetidamente».

«¿Estás bien?».

Jocelyn negó con la cabeza. «No. He cometido un gran error».

«¿Qué error?».

«Permitir que ese viejo odioso me ahuyentara... como si fuera un ratoncito temeroso».

Alice sacudió la cabeza confundida. «¿Qué?».

«Alice, has dormido la mayor parte de dos días».

«¿Lo he hecho?».

«Sí. Ahora levántate, vístete y ven a comer algo. Luego caminaremos y te lo contaré todo y tú me lo contarás todo. ¿No te sientes como si estuvieras atrapada en una pesadilla? O como el viejo de... oh, ¿cuál fue esa historia que salió el año pasado? Rip Van Winkle».

Alice sintió una desorientación parecida a una pesadilla. «Me siento débil».

«Por supuesto que sí. Necesitas comer. Vamos».

«Espera. Dime primero qué quisiste decir».

«Mientras te vistes», insistió Jocelyn.

Alice salió de la litera. Ella no se sentía nada bien.

«No sé por qué, pero JG no estuvo en el baile», comenzó Jocelyn mientras ella también se levantaba. «Su abuelo, sin embargo, sí estuvo ahí».

Alice se quitó el camisón y tomó su vestido de día del gancho, poniéndoselo sin molestarse con un corsé. Ya sentía como si necesitara sentarse de nuevo.

«Así que decidí hablar con él». Jocelyn dijo mientras caminaba hacia las puertas. Asegurándose de que Alice estuviera decentemente cubierta, abrió las tablillas para que entrara luz.

Alice estaba mirando con preocupación.

«Me acusó de intentar arruinar la vida de JG».

Alice negó con la cabeza. «Lo siento mucho».

«Y luego se cayó».

Alice retrocedió. «¿Se cayó?».

«Sí. Había comenzado a caminar hacia mí. Tiene mal la cadera, por alguna razón cedió y se

cayó. Pero luego prácticamente gritó que yo le había hecho tropezar».

La mandíbula de Alice cayó. «¡Qué!».

Jocelyn sacudió la cabeza para tranquilizarla. «Alguien vio todo. De hecho, había venido a hablar con lord Morguston. Gracias a Dios. Habló de inmediato en mi defensa».

«Oh, Jaus», dijo Alice con firmeza. No se sentía bien y estaba al borde de las lágrimas. «Qué terrible para ti».

«Lo fue. Pensé que me iba a enfermar. Salí y Joel Stewart me vio. Fue a buscarte a ti o a la tía Julia para que pudiéramos irnos».

«¿Cuándo fue esto? ¿A qué hora?».

«Pasada la medianoche y media».

«Ya me había ido», dijo Alice.

Ahora Jocelyn parecía confundida. «¿Ya te habías ido?».

Alice se volvió hacia el pequeño mostrador que contenía un lavabo. Después de todo, no estaba segura de estar a la altura de la explicación. Cogió su cepillo y empezó a desenredarse los nudos del cabello.

«¿Adónde?».

«¿Me cepillas el cabello? Me siento tan débil».

Jocelyn se acercó, le quitó el cepillo y empezó a desenredar los nudos. «JG estaba dispuesto a dejarlo todo para poder estar juntos. Él iba a estudiar derecho y convertirse en abogado para que pudiéramos tener una vida juntos».

Alice asintió. Ella ya lo sabía.

«Y luego dejé que ese viejo odioso me ahuyentara. No fue justo para JG. Me equivoqué».

Alice suspiró. «Esto nunca habría sucedido si mamá y papá no se hubieran ido», se dio cuenta.

«Es cierto», respondió Jocelyn. «Entonces, a fin de cuentas, es culpa de Sophia».

En el pequeño espejo inclinado sobre el lavabo, Alice sonrió pálida ante la broma.

«¿Lo sabes?», continuó Jocelyn. «Cuando desperté en lo que pensé que era la oscuridad de la noche, que en realidad era cerca del amanecer, estaba desconcertada sobre dónde estaba y qué había sucedido. Como si no tuviera el control de mis propias facultades y acciones».

Alice entendió el sentimiento. Le jaló la cabeza mientras Jocelyn formaba un simple giro de cabello.

«Pero lo fue», dijo Jocelyn. «Y estaba tan equivocada. Listo, ya quedó», dijo Jocelyn. Dejó el cepillo y dio un paso atrás. «Le enviaré una carta a JG tan pronto como pueda y le pediré perdón por irme como lo hice».

Alice se volvió hacia ella. «Él lo entenderá», respondió con ternura.

«Lo sé. Es una buena persona».

«Sí, lo es», asintió Alice.

«Alice, voy a regresar. Los veré a todos en casa y haré las maletas adecuadamente. Pero voy a volver. A nuestros padres no les gustará, pero ya soy una adulta».

«¿Qué haré sin ti?», Alice preguntó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

«Lo primero es lo primero. Necesitas comer».

Menos de una hora después, mientras llovía a cántaros, Alice y Jocelyn se sentaron frente a frente en una mesa de madera en el salón donde cenaban los pasajeros de primera clase. Otros se sentaban a jugar a las cartas o a los dados, pero con el ruido de la lluvia y la interacción de los demás, tenían una buena medida de privacidad. Los camarotes bordeaban el comedor, por lo que había puertas de persianas en todo el perímetro.

Alice había comido y explicado lo que había sucedido la noche del baile de Roxon. Jocelyn no entendió sus sospechas sobre la señorita St. Clair, por lo que Alice le recordó lo que había escuchado en la velada de los Foster.

«Alice, ¿no te pareció sospechoso que la señorita Fletcher, de quien me advirtieron en el primer baile, creo que fue Jonathan quien dijo que ella era una víbora malvada y que era mejor evitarla, con lo cual todos estuvieron de acuerdo? Eso no importa. ¿El punto es que esta conversación que escuchaste *accidentalmente* ocurre justo afuera de la sala de estar a la que habías entrado?».

Alice frunció el ceño. «No fue solo eso».

«Entonces, ¿qué?».

«Nigel se estaba comportando de manera extraña. Esa noche, después de escuchar lo que la mujer dijo, afirmó que se iría cuando nosotros lo hicimos, pero lo vi volver a entrar cuando nos alejamos».

«¿Y?».

Alice resopló. «¿Qué quieres decir con 'y'?».

«Tal vez tuvo que regresar a hacer sus necesidades. O decirle a un amigo que se iba. Hay una docena de buenas razones por las que podría haber vuelto a entrar».

«Solo estás jugando al abogado del diablo», acusó Alice.

«No estoy jugando a nada. Lo que soy es la hermana preocupada que no comprende las cosas terribles que se te meten en la cabeza sobre el hombre que te ama y el hombre que amas».

Alice se inclinó hacia adelante. «Los vi brindando entre ellos. Nigel y la señorita St. Clair. Inmediatamente después de que su padre le contó la noticia, le llevó champán a *ella*».

Jocelyn levantó una mano. «Permíteme que me asegure de tener esto claro y corrígeme si me equivoco», hizo una pausa, «después de ver a Nigel y a su padre hablando, obviamente a lord Merton contándole la gran noticia, y después de que a Nigel le hayan entregado dos copas de champán, lo pierdes de vista».

Alice asintió.

«Luego, un poco más tarde...».

«Instantes después», corrigió Alice, «segundos».

«¿Cuántos segundos?».

«No sé. Veinte, treinta, diez, no lo sé».

«Está bien. Entonces, digamos que veinte segundos después, lo vuelves a ver y está hablando con la señorita St. Clair».

«Sí. Estaba celebrando con ella».

«¿Así que los escuchaste?».

«No. Por supuesto que no lo hice».

«¿Por qué pensaste que estaban celebrando?».

«Cada uno tomó una copa de champán. Esto fue inmediatamente después de que recibió la noticia. ¿Qué más estarían haciendo?».

«Estoy tratando de imaginármelo. Ella tiene una copa de champán y él tiene una copa de champán».

«Sí».

«¿Estás segura de que él sigue manteniendo dos copas? ¿Y si ella ya tuviera una y fuera un encuentro casual?».

Alice estaba bloqueada. Entonces ella sacudió la cabeza. «Él no tenía dos. Él le había entregado una a ella».

«¿Estás segura?».

Alice vaciló. «Sí», respondió ella.

«Entonces, ¿por qué apareció con una copa de champán para ti ni siquiera... qué? ¿Cinco minutos después? ¿O fue más tiempo?».

«No sé cuánto tiempo pasó», espetó Alice. El calor le había sonrojado la cara y se sentía irritada por una aguda inquietud.

«Está bien. Revivamos la última conversación que tuvieron ustedes dos. Yo seré Nigel».

Alice hizo una mueca. «No».

«Necesito entenderlo. Por favor», hizo una pausa mientras Alice lo consideraba. «Me acercaré con una copa de champán para ti».

«No recuerdo lo que se dijo», mencionó Alice.

«Tienes una memoria asombrosa. Será lo suficientemente cercano».

«Bien. Entonces déjame hacerlo». Alice cerró los ojos y resopló. Apoyó los codos sobre la mesa y levantó ambas manos. Tenía una memoria extraordinaria y necesitaba superar la duda y el dolor que sentía. «Supongo que tenemos que hablar», dijo, agitando los dedos de una mano. Su expresión se volvió herida, aunque sus ojos permanecieron cerrados. «Champán», ella se burló divertidamente, moviendo los dedos de la otra mano. «¿Por qué no?». Hizo una pausa, repitiéndolo en su mente. «¿Hay algo que quieras decirme?», agitó los dedos de la primera mano. «¿No hay algo que quieras decirme?», su otra mano chasqueó con enojo.

Hizo una pausa y ladeó la cabeza al recordar. «Sí. Mi padre ganó una gran suma de dinero», Alice tragó. «Lo escuché», dijo la otra mano. «Así que no hay más deuda. Ya no me necesitas».

«Continúa», instó Jocelyn.

Alice abrió los ojos. «Él dijo... hay alguien más», pronunció sin tono.

«¿Lo dijo o lo preguntó?»

«Él lo dijo», dijo Alice vacilante.

«¿Estás segura?».

«Pensé que sí», dijo Alice apenas en un susurro.

Jocelyn asintió. «Sigue».

«Entonces, yo dije...».

«Intenta recordarlo exactamente».

«Dije que sí. Y tú lo sientes y yo lo siento».

«¡Ay, Ali! ¿No lo ves?».

«¿Ver qué?».

«Con tu asombrosa mente de escritora, imagina por un momento que él no siente nada por la señorita St. Clair y nunca tuvo sentimientos hacia ella. No tengo idea de cuál fue la conversación entre ellos, pero ¿y si fuera totalmente inocente? Imagina que eres él y estás en el lado opuesto de esa conversación». Hizo una pausa, dejando que lo asimilara. «Parece como si quisieras dejarlo».

Alice sacudió la cabeza en señal de negación. «No».

Jocelyn asintió lentamente. «Si no dijo que hay alguien más, si lo preguntó...».

«No. Detente. Solo déjame pensar». Alice se cubrió el rostro con las manos para revivir la conversación nuevamente.

No sería la última vez que lo haría.

## Capítulo Treinta y Cinco

Había catorce manzanas entre la casa de Clara y Ross en Hancock Street y la de ellos en Mt. Vernon Street, y Alice las caminaba sin prisas. No era porque estuviera disfrutando tanto del paseo como matando el tiempo. Desde que llegó a casa cinco días atrás, eso era lo que hacía. Matar el tiempo. Era un concepto espantoso.

Durante cinco horrendas y largas semanas, había estado prisionera de una melancolía que minaba sus fuerzas. Sus padres y su hermana esperaban que ella mejorara una vez que regresaran a casa, pero no resultó así. No quería visitar a sus amigos ni que ellos la visitaran porque no quería hablar sobre su tiempo en Londres. Ella no podía soportarlo.

Había perdido la capacidad de concentrarse, por lo que no estaba trabajando en el libro. Necesitaba escribirle a Nigel y lo había intentado numerosas veces. Era irónico que Jocelyn le escribiera página tras página a JG mientras ella, la supuesta escritora, agonizaba por una sola frase. Cuando lograba escribir un párrafo, odiaba cada palabra. No tenía idea de cuánto papel había desperdiciado intentando escribir una carta, pero era suficiente para una novela corta que valiera la pena.

Si tan solo supiera exactamente lo que había sucedido la noche del último baile. Debería haber reunido todos los datos antes de salir de Londres, pero no había hecho las preguntas necesarias. En cambio, lo había supuesto. ¿Y si se hubiera equivocado? De ser así, había sido terriblemente injusta con Nigel, tal vez incluso cruel. Era posible que, si ella se hubiera equivocado en sus suposiciones, él no quisiera tener nada más que ver con ella. Cuando finalmente encontrara las palabras adecuadas y escribiera la carta, él podría romperla sin siquiera leerla. O directamente después.

¿Y si no hubiera desarrollado sentimientos por la señorita St. Clair hasta después de que ella se fue? ¿Qué pasaría si los dos estuvieran juntos ahora mismo porque ella había juzgado mal la situación? Durante casi seis semanas había sufrido con ese pensamiento. Había ido y venido preguntándose si preferiría haberse equivocado o haber sido agraviada. Ambas resultaban elecciones abismales.

Giró hacia su calle con la esperanza de no ver a todas las personas que llamaban por la mañana. Se había corrido la voz de que estaban en casa, por lo que habían comenzado las visitas sociales. Ella simplemente se escabullía antes de que comenzaran. Se estaba escondiendo; esa era la triste verdad. No había ningún carruaje delante, lo cual era un alivio, pero entró por una puerta lateral de su casa para poder encontrar una vía de escape si algún visitante acechaba después de haber sido dejado.

No escuchó ninguna voz. Aún así, procedió con cuidado, espiando las habitaciones a medida que pasaba. El salón, la sala de música que rara vez usaban, la sala de estar. Alice pasó, luego se detuvo abruptamente y retrocedió, habiendo visto a Jocelyn en el salón, absorta en una carta que estaba leyendo. «¿Jaus?».

Jocelyn levantó la vista con lágrimas en los ojos. Se levantó y corrió hacia Alice. «Llegaron cartas», dijo Jocelyn. «Lakely me escribió». Le entregó la suya a Alice con mano temblorosa. «Ada te escribió».

«¿Por qué te ves así? ¿Qué pasa?».

«Es terrible y maravilloso. Mayormente terrible».

«¡Dime!».

Jocelyn asintió frenéticamente. «Te lo leeré».

Sería un milagro si pudiera leerlo ya que estaba temblando tanto.

*“Querida Jocelyn: Ada y yo deseábamos haber sabido lo que estaba pasando la noche del Baile Roxon. ¡Qué noche tan maldita resultó ser! En cuanto a lo que estaba sucediendo con Alice casi al mismo tiempo, ya lo sabrás. Lo que deseo explicar es la razón por la que JG no estuvo presente esa noche. Su abuelo lo incapacitó con un medicamento que él (Lord Morguston) tenía debido a una lesión anterior”.*

Alice jadeó.

Jocelyn la miró y luego volvió a leer. *“El medicamento era morfina, que lleva el nombre de Morfeo, el dios griego de los sueños. En verdad, fue una pesadilla para JG, quien casi muere por la dosis que le dieron”.*

«Oh, Jaus», resopló Alice.

*“Lord Morguston mezcló en secreto el polvo con el vino de JG durante la cena para que no pudiera asistir al baile. Su intención no era dañar a JG, sino sobornarte o acosarte para que terminaras tú la relación esa noche”.*

Las lágrimas también habían brotado de los ojos de Alice. Nunca había imaginado algo tan terrible. «¿JG está bien?», preguntó sin aliento.

Jocelyn asintió. «Se está recuperando, según Lakely. Por suerte, Hugh y Jonathan lo descubrieron esa noche y no lo abandonaron hasta que estuvo fuera de peligro». Ella cerró los ojos con fuerza. «Por favor, Dios, que esté bien».

Alice exhaló temblorosamente. Le resultaba difícil entender el acto. ¿Qué clase de desesperación había sentido el anciano para mantener separados a Jocelyn y JG? «No me agrada en lo más mínimo lord Morguston, pero... ¿cómo podrá vivir consigo mismo? ¿Cómo lo perdonará JG?».

Jocelyn se acercó y volvió a sentarse. Ella exhaló mientras se recostaba. «No lo sé. Lee la tuya».

Alice dudó un momento, pero luego abrió la carta y leyó en silencio.

«¿Qué dice?», Jocelyn insistió.

Alice bajó la carta. «Tenías razón», dijo en voz baja. «De nuevo».

Jocelyn se levantó y tomó la carta, pero siguió mirando a su hermana. «¿Por qué no te ves más feliz entonces?».

«Porque lo arruiné todo». Se giró y salió de la habitación.

«Alice», llamó Jocelyn.

Alice hizo una pausa. «Estoy bien. Caminé demasiado lejos», dijo con voz llana. «Me voy a acostar».

Jocelyn la miró preocupada, pero luego inclinó la cabeza para hojear la carta.

La declaración de Alice a Jocelyn había sido un eufemismo. Se sentía miserable en todos los sentidos imaginables. Débil, enferma, tonta, arrepentida. Acurrucarse en la escalera de abajo como un gato y dormir durante una semana sonaba mucho más deseable que arrastrarse hasta su habitación. ¿Tenía siquiera la fuerza para subir las escaleras? Vio la escalera con una especie de visión de túnel.

«Alice», dijo su madre.

«No estoy bien, mamá», murmuró Alice mientras su mano agarraba la barandilla. Llegaría a su habitación porque tenía que hacerlo y eso era todo.

«Hay alguien aquí para verte», dijo su madre.

No, no, no. No era un visitante. Peor aún, su madre estaba parada en la puerta principal, lo que

significaba que un visitante también estaba allí mirándola. Había sido atrapada. Había pasado junto a ellos sin siquiera verlos. Debería haber ido a descansar al salón, pero ya era demasiado tarde. La única salida era desplomarse desmayada para escapar de la visita. A decir verdad, no estaba muy lejos de cómo se sentía, pero nunca se había desmayado en toda su vida. No, ella se enfrentaría a la temida persona que quería verla. Ya era más de la hora en que alguien debería haber llamado, pero ella lo atendería brevemente y luego le explicaría que no se sentía bien.

Se volvió hacia su madre, que estaba a solo unos metros de ella y que sostenía un ramo de rosas amarillas en la mano. Alice miró con curiosidad al visitante y vio a Nigel parado allí con un enorme ramo de flores de colores. *Nigel*. Luciendo tan guapo. Con flores. Solo podría significar una cosa. Estaba alucinando.

«Alice», gritó su madre preocupada. «Querida, ¿qué es...?».

«¿Está Nigel aquí?», Alice respiró mientras lo miraba fijamente. Sintió algo frío y un cosquilleo en la cara y en el labio superior.

«Sí», dijo Nigel, dando un paso adelante con una mirada de grave preocupación. Dejó las flores a un lado y se acercó a ella. Colocó unas manos cálidas y fuertes sobre sus brazos. «Estoy aquí, mi amor».

¿*Mi amor*? ¿Todavía la amaba? ¿Después de todo? Temblando como una hoja, se inclinó hacia él y él la rodeó con sus brazos. «Lo siento», susurró ella.

«Yo también lo siento», susurró él en respuesta.

¿Él también lo lamentaba? Ella no sabía de qué estaba hablando, pero no podía moverse.

«Nigel», dijo Jocelyn alegremente. «¡Estás aquí! ¡Es maravilloso verte!».

«El salón es...», dijo la señora Weatherly, señalando hacia él.

Nigel asintió y comenzó a llevarse a Alice, quien se aferraba con fuerza a él. Ella no quería dejar de hacerlo jamás.

«Necesitan limonada», le dijo Jocelyn a su madre. «Ella al menos».

«Creo que tal vez necesite algo más fuerte que eso», respondió su madre. Se volvió hacia su doncella, que estaba esperando discretamente. «Trae limonada por favor. Y vino. Y té. Y cualquier otra cosa que tengamos. Tráelo todo».

La muchacha se apresuró a marcharse.

«¿Estás bien?», Jocelyn le preguntó a su madre.

«La expresión de su rostro», dijo Eliza mientras las lágrimas llenaban sus ojos. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos y la nariz. Un momento después, señaló a Jocelyn con un dedo. «Tú, hija mía, vas a venir a contarme cada detalle que se me ha ocultado».

Jocelyn sonrió agradablemente. «Sí mamá».

~~~

Nigel sentó a Alice en un sofá y se arrodilló frente a ella para comprobar su estado de salud. Había sido aterrador verla entrar al vestíbulo, luciendo como el fantasma de sí misma. Ella ni siquiera lo había notado parado allí. Le puso el pañuelo en las manos y ella se secó la cara.

«Por todos los cielos, ¿qué estás haciendo aquí?», preguntó con todo el aliento que pudo reunir.

«Mi hermana menor me devolvió el sentido con una bofetada y aquí estoy... habiendo seguido a la mujer que amo».

Las palabras fueron aplastantemente dulces. «Lo siento mucho», pronunció ella temblorosamente.

«Yo también», él tomó sus manos entre las suyas. «Alice, ¿me amas?».

Ella sonrió entre lágrimas. «Tanto que me está matando».

Él sonrió. «No puedo permitir eso», respondió él sacudiendo la cabeza. «Te necesito».

«Yo te necesito», repitió ella.

«¿Serías mi esposa?».

Ella asintió. «Si todavía me aceptas».

«¿Si todavía te acepto? Querida, eres tú. Has sido tú desde el día que nos conocimos y no sabías nada de mí. Ni siquiera podías recordar mi nombre cuando enfrentaste a tu padre».

«No enfrenté a mi padre», objetó riendo. Estaba temblando por todas partes y respirar era demasiado difícil. «No exactamente».

«Contaremos esa historia y nos reiremos de ella algún día», dijo.

«Hay algunas historias de las que nos reiremos».

«Sí, en efecto».

«Nigel, no sé nada sobre ser baronesa».

Le acarició la mejilla. «Solo me importa que te conviertas en mi esposa, mi más querida amiga y amante, ignorando a todos los demás. Y puedo prometer lo mismo».

Ella asintió. «Quiero eso». Buscó en su bolsillo una pequeña pero voluminosa bolsa de terciopelo oscuro y se la entregó. Ella la miró y luego la abrió y sacó una caja de anillo. En la caja había un anillo de compromiso, una esmeralda pálida y un zafiro pálido rodeados de diamantes. Ella empezó a llorar. «Es tan hermoso».

Él se lo quitó y se lo colocó en el dedo. «Esto no podría pertenecer a nadie más. Ni tampoco mi corazón».

Ella se inclinó y lo besó y luego tomó su rostro entre las manos. «Has venido hasta aquí».

«Por supuesto que lo hice. Te amo». Él agarró su muñeca sintiéndose arrepentido. «Fui un idiota por no agarrarte y decirte todo lo que sentía, pero... fui un cobarde, de verdad. Pensé que me ibas a dejar».

«Lo siento mucho. Estaba tan segura de que...».

«¿Qué?».

«Que habías aceptado casarte conmigo por deber, pero que tu corazón estaba con la señorita St. Clair».

«No», dijo firmemente con un movimiento de cabeza. «Y no. Bueno, sí», desistió. «A la parte del deber cuando se propuso por primera vez. Pero eso fue antes de conocerte. Pero a partir de entonces, se trataba de ti. De nosotros». Hizo una pausa y luego se levantó para sentarse a su lado. «Tengo que confesar algo, porque de ahora en adelante no quiero nada más que total honestidad entre nosotros».

Ella asintió.

«Pensé que habías desarrollado un apego hacia Dab».

Ella retrocedió confundida. «¿Dab?».

Él asintió. «Me da vergüenza, pero noté algunas conversaciones entre ustedes dos que parecían demasiado... ¿cuál es la palabra? ¿Profundas? ¿Apasionada?».

Ella sacudió la cabeza desconcertada. «No tuvimos muchas conversaciones. Una vez llegó tarde a un baile y yo estaba allí. Esa es la única vez que recuerdo que estuvimos solos. Explicó que llegó tarde porque se enteró de que su padre estaba enfermo».

Nigel ladeó la cabeza sorprendido. Dab no lo había mencionado.

«Esa fue la conversación más profunda que jamás hayamos tenido. Creo que tiene una relación muy complicada con su padre».

«La tiene. Con toda su familia. Realmente no habla de ellos».

«Él tampoco lo hizo esa noche. Dijo que se había enterado de que su padre estaba enfermo. Estaba esperando que continuara y me dijo que apreciaba que no le hubiera declarado de inmediato que debía correr hacia él. Dijo que nueve de cada diez personas lo habrían declarado. Entonces le expliqué que mi mente de escritora intentaba ver todos los lados de una historia».

Nigel asintió lentamente. «La sospecha y la inseguridad envenenaron mi pensamiento. No te lo merecías y él tampoco».

«Oh, Nigel, hice lo mismo». Tenía la voz tensa y la garganta contraída. «¿Cómo es que nos enredamos tanto?».

«Es realmente simple. Fuimos muy tontos».

Ella se rió y asintió. «Sí, lo fuimos».

Él tomó su mano entre las suyas y la acarició. «En lo que a mí respecta, creo que la raíz de cada malentendido fue el miedo al rechazo. Junto con una saludable medida de protección para mi propia vanidad».

Ella suspiró con cansancio. «Prometamos no volver a hacerlo nunca más».

«Nunca», estuvo de acuerdo. Él llevó su mano a sus labios y la besó y luego se inclinó para darle un beso real, uno que ella se encontró con él a mitad de camino para compartir. Luego se pusieron de pie, el beso se hizo más profundo, cada uno abrazando al otro con hambre y necesidad. Si no hubiera sido por el carraspeo desde la puerta, podrían haberse salido completamente de control. Fue la doncella quien traía una bandeja y salió rápidamente.

Nigel se rió entre dientes y se arregló la chaqueta. «¿Cómo está tu hermana? ¿Y el nuevo bebé?».

«Ambas están bien. Podrás conocer a todos ahora».

«Sí. Y me gustaría que siguiéramos adelante y nos casáramos aquí».

«¿En serio?».

«Sí. Hará que el viaje de regreso a casa sea mucho más placentero».

Ella se sonrojó enormemente, pero no podía dejar de sonreír.

Querida Jocelyn:

Es el cuatro de julio y hoy puedo sentarme y escribir. Puede que no parezca una gran victoria, pero lo es. Me he enterado de lo que ocurrió en mi ausencia del mundo consciente y me causa gran angustia pensar por lo que atravesaste. Lo siento mucho. Ojalá hubiera podido estar allí para protegerte.

Puede que te sorprenda, pero el abuelo está profundamente arrepentido por sus acciones. El no está bien. Descubrí que se ha caído varias veces y no me lo dijo. Su cadera es frágil y su ánimo está decaído. Lo he perdonado por sus acciones hacia mí y me asegura que otorgará su bendición con quien yo decida casarme. Pidió escribirte y pedir tu perdón, pero creo que necesita hacerlo en persona. Le perdonaré su transgresión hacia ti solo después de que tú lo hagas.

Por esta escritura temblorosa podrás darte cuenta de que todavía no estoy del todo estable. Por eso y porque Nigel está tan ansioso por irse para llegar a Alice, seré breve y confiaré en él para transmitir lo que ocurrió. Primero, ha prometido asegurarles que me estoy fortaleciendo y que continuaré haciéndolo. Estaré bien.

Rezo para que todavía tengamos la oportunidad de una vida juntos. ¿Volverás a mí? Si no, te seguiré a Boston. Como te dije antes, puedo renunciar a cualquier cosa excepto a ti.

Tuyo para siempre,

JG

Capítulo Treinta y Seis

Alice cerró la bolsa de viaje que llevaría consigo. «¿Qué tan pronto vendrás?», le preguntó a Jocelyn, quien estaba sentada en el tocador observando su preparación final.

«Un mes más o menos», respondió Jocelyn. «Esto es difícil para mamá y papá».

«Lo sé».

«¿Le entregarás mis cartas a JG tan pronto como puedas?».

«Sabes que lo haré. Solo espero que el peso del paquete no ralentice demasiado el barco».

Jocelyn se rió.

Alice miró alrededor de su habitación. Era extraño irse, pero ahora estaba en casa con su esposo. Nigel se había quedado casi tres semanas para conocer a su familia, pero ya era hora de que regresaran. Él tenía responsabilidades y ellos tenían una vida que construir. Cuando salió de la habitación, del brazo de su hermana, estaba luchando contra una ola de emoción.

«¿Estás segura de que no quieres que te acompañemos al puerto?», Jocelyn se preocupó.

«Sí, estoy segura. Lloraré si lo hacen y prefiero no comenzar el viaje con el corazón dolorido. Ya será bastante difícil tal como es».

«Concéntrate en la alegría de hacerlo. Te has casado con el hombre que amas y tendrás una vida muy feliz».

Alice sonrió.

«¿Irás a Merton Hall de inmediato?».

«Nos recuperaremos unos días en Larkspur House y luego iremos, pero solo por un mes aproximadamente. Volveremos a la ciudad para las vacaciones».

«Estaré allí para entonces. Es un pensamiento extraño... y a la vez no lo es». Llegaron a la escalera y vacilaron. «¿Nos despedimos aquí?», preguntó Jocelyn.

Alice dejó escapar un suspiro antes de girarse hacia su hermana y asentir.

«Sin lágrimas, lady Alice».

«No puedo prometerlo».

Jocelyn parecía pensativa. «¿Sabes que eres la única baronesa estadounidense que conozco?».

«Todavía no soy baronesa».

«Pero lo serás».

«Y tú serás duquesa. ¿Tendré que inclinarme ante ti?».

«Sí», exclamó Jocelyn, a lo que ambas se rieron. Se abrazaron fuertemente. «Te amo, Ali».

«Te amo», respondió Alice.

Se separaron, asintieron una vez para armarse de valor y comenzó a bajar las escaleras.

Aclaración:

En 1820, la Massachusetts Historical Society, fundada en 1791, aún no poseía las cartas entre John y Abigail Adams. Eso fue una licencia artística.